

100

F I R M A S

REVISTA REGISTRADORES



REGISTRADORES
DE ESPAÑA

Los Registros preparados para el siglo XXI

Manual de Carta

REGISTRADORES
DE ESPAÑA

Los Registros al servicio del usuario

REGISTRADORES
DE ESPAÑA

El Congreso de Registradores Europeos

El Ministerio contribuirá al reconocimiento de la función registral

REGISTRADORES
DE ESPAÑA

El Registro de la Propiedad en imágenes

REGISTRADORES
DE ESPAÑA

El Colegio de Registradores en las principales ferias sectoriales

REGISTRADORES
DE ESPAÑA

El Registro de la Propiedad por vía telemática

REGISTRADORES
DE ESPAÑA

La EUROPA que viene

REGISTRADORES
DE ESPAÑA

Fernando P. Méndez

REGISTRADORES
DE ESPAÑA

José María Michavila

REGISTRADORES
DE ESPAÑA

El Colegio de Registradores promueve el uso de la FIRMA ELECTRÓNICA AVANZADA

REGISTRADORES
DE ESPAÑA

ANA Palacio

REGISTRADORES
DE ESPAÑA

Servicio al usuario

REGISTRADORES
DE ESPAÑA

Derecho a Nuevas Tecnologías

Josip Piqué

Registadores

El Registro Mercantil "santo grial" de las posibilidades NUEVA EMPRESA

Registadores

Rajón

Registadores

CATALÁ

Registadores

El Colegio de Registradores promueve el uso de las FIRMAS ELECTRÓNICAS AVANZADAS

Registadores

Jordi Oliveras

Registadores

Decano de Nuevos Responsables de Justicia

Registadores

El Registro de la Propiedad por vía telemática

Registadores

Nueva Sede del Colegio de Registradores

Registadores

Hernando de Soto

Registadores

Congreso de Registradores

Registadores

Robert Alexy

Registadores

Juan Fernando López Aguilar

Registadores

La información medioambiental en el Registro de la Propiedad

Registadores

La información medioambiental en el Registro de la Propiedad

Registadores

Maria Antonia Trujillo

Registadores

Carlos Deloitte

Registadores

Nueva Junta de Gobierno

Registadores

Información registral por vía telemática

Registadores

Miguel Ángel Azaña

Registadores

Información medioambiental en el Registro de la Propiedad

Registadores

El Registro de la Propiedad por vía telemática

Registadores

El Registro de la Propiedad por vía telemática

Registadores

Registro de Protección de Datos

Registadoras

Calidad y Función Pública

Registadores

Ley del Suelo, arte y Medio Ambiente

Registadores

Destino el futuro La presentación telemática. UNA REALIDAD

Registadores

Escuelas ante el REGISTRO

Registadores

El Registro de la Propiedad por vía telemática

Registadores

El Registro de la Propiedad por vía telemática

Registadores

El Registro de la Propiedad por vía telemática

Registadores

Deporte y Derecho

Registadores

La Universidad del Futuro

Registadores

La Universidad del Futuro

Registadores

La Universidad del Futuro

Registadores

Obama



La revista Registradores alcanza el número cien

Cuenta el periodista argentino Carlos Pagni, que Jorge Luis Borges desolado por la muerte de su madre a los 99 años, recibió el pésame de una amiga de la difunta que le decía: “qué lástima Georgi que no llegó a cumplir los 100 años “... Y él respondió entre lágrimas: “señora ..que devoción por el sistema métrico decimal“. Ciertamente celebramos el centenario de la revista presos de una cierta devoción por el sistema métrico decimal, pero también porque como nos cuenta en su felicitación Anna Caballe una de las personalidades entrevistadas en el apartado cultural de nuestra revista, alcanzar el centenario es una heroicidad. Y es verdad. Casi 25 años desde que el decano Antonio Pau y la Junta que él encabezaba decidió crear la revista Registradores, analizando con periodicidad habitualmente trimestral la actualidad española e internacional desde una perspectiva institucional, desde una valoración positiva de España y de sus instituciones, y resaltando la relevancia del registro de la Propiedad Mercantil y Bienes Muebles para la seguridad jurídica inmobiliaria y mercantil. Después de Antonio Pau, Fernando P. Méndez, Eugenio Rodríguez Cepeda, Alfonso Candau, Gonzalo Aguilera, y, desde hace casi cinco años y tras repetir mandato, María Emilia Adán, la primera mujer al frente de la corporación registral en su centenaria historia. El decanato de María Emilia Adán representa la realidad profunda de la igualdad de género, la paridad y el protagonismo de la mujer en la profesión registral que, desde la revista, hemos tratado de poner de manifiesto y proponer como modelo en los números monográficos del 8 M, que en los dos últimos años han tenido la participación exclusiva de casi 200 mujeres líderes en sus respectivos sectores, con la presencia destacada de la ministra de Justicia Pilar Llop y de la directora general de Seguridad Jurídica y Fe Pública Sofía Puente.

Si algo hemos conseguido en ese terreno y también en dar a conocer que el Registro de la Propiedad y Mercantil según Tim Harford es uno de los cincuenta grandes inventos de la humanidad poco conocidos, no solo en su función de dar seguridad jurídica sino también de fomentar el crédito y colaborar en la lucha contra el blanqueo de capitales, los cien números de la revista “serán cenizas, mas tendrá sentido”... Y darán sentido a los cien siguientes. ●

índice

■ SERGIO DEL MOLINO <i>Somos europeos, no suizos</i>	8	■ CRISTINA DE LA HOZ <i>Todo lo que no podía ser, ha sido</i>	30
■ RAFA LATORRE <i>Lo de Shakespeare no es una maldición</i>	10	■ CARLOS CAPA <i>Una sociedad responsable y generosa para una sociedad feliz</i>	32
■ PATRICIA ROSETY <i>Misiles y corazones</i>	12	■ CARLOS SEGOVIA <i>La subida del voto europeísta es un seguro internacional para España</i>	34
■ PILAR GARCÍA DE LA GRANJA <i>La desesperanza de los fondos europeos</i>	14	■ JUAN CLAUDIO DE RAMÓN <i>Europa y el mago</i>	36
■ CARLOS SEGOVIA <i>El legado del virus: peligro de una deuda a la griega</i>	16	■ PILAR GARCÍA DE LA GRANJA <i>La historia de un éxito</i>	38
■ ARSENIO ESCOLAR <i>Cincuenta censados, pero dormimos veinte</i>	18	■ ANABEL DÍEZ <i>La ausencia de consenso aleja su reforma</i>	40
■ ESTHER PALOMERA <i>Triste destino</i>	20	■ EDURNE URIARTE <i>La antipolítica llegó a Europa</i>	42
■ ANABEL DÍEZ <i>El 8 de marzo fracasará si el feminismo y la política ahondan su división por la Ley Trans</i>	22	■ CARLOS CUESTA <i>La situación de la mujer en el mercado laboral: los datos son optimistas</i>	44
■ CARMEN REMÍREZ DE GANUZA <i>'Estado de Derecho', 'Estado con Derecho' y 'Derecho de Estado'</i>	24	■ CRISTINA DE LA HOZ <i>Lo que hace pequeño a un líder</i>	46
■ ANTONIO PAPELL <i>Frustración autonómica</i>	26	■ @LUISJASÁNCHEZ <i>Ese mantra llamado Transformación Digital</i>	48
■ NACHO CARDERO <i>La prensa tras el coronavirus: el fin de una era</i>	28	■ XAVIER GIL PECHARROMÁN <i>Diez años arrastrando los pies</i>	50
		■ RAQUEL DÍAZ GUIJARRO <i>Mucho más ser y menos estar</i>	52

■ ALMUDENA VIGIL HOCHLEITNER <i>La mala fama del mundo del Derecho...</i>	54	■ MIGUEL ÁNGEL NOCEDA <i>Una medida eficaz y prometedora...</i>	80
■ SERGIO MARTÍN HERRERA <i>Una cuestión estética...</i>	56	■ CARMEN DEL RIEGO <i>No es profesión para viejos...</i>	82
■ EVA ORÚE <i>La derrota de Sísifo...</i>	58	■ RAMÓN R. LAVÍN <i>Europa en el centro de la diana...</i>	84
■ LUCÍA MÉNDEZ <i>El futuro ya no es un lugar mejor...</i>	60	■ LALIA GONZÁLEZ-SANTIAGO <i>Cádiz...</i>	86
■ ÍÑIGO DE BARRÓN <i>El reto del periodismo: calidad en la era digital...</i>	62	■ MIGUEL DELIBES DE CASTRO <i>Planeta azul, frágil y poderoso...</i>	88
■ VÍCTOR-M. AMELA <i>De cómo TVE culturizó y aculturó España...</i>	64	■ JOSÉ ANTICH <i>El movimiento del 15-M...</i>	90
■ ENRIC HERNÁNDEZ <i>La refundación del Estado...</i>	66	■ ANTONIO SAN JOSÉ <i>Un urgente cambio de valores...</i>	92
■ SOLEDAD GALLEGO-DÍAZ <i>La experiencia de la Transición...</i>	68	■ ANDRÉS NEUMAN <i>La primera muerte de Moyano...</i>	94
■ CASIMIRO GARCÍA-ABADILLO <i>El renacimiento del nacionalismo...</i>	70	■ AGUSTÍN FERNÁNDEZ MALLO <i>Altamira en Internet...</i>	96
■ JOSÉ ANTONIO ZARZALEJOS <i>Don Juan Carlos, del 23-F al 2-J...</i>	72	■ JAVIER REVERTE <i>El amor, el viaje, la aventura...</i>	98
■ JOHN MÜLLER <i>El coste de pagar y cobrar mal...</i>	74	■ MÀRIUS CAROL <i>La felicidad es un diario con aroma de mantequilla...</i>	100
■ JORGE RIVERA <i>2014, ¿esta vez sí?...</i>	76	■ MARTA PUJADAS <i>¿Es usted feliz?...</i>	102
■ HERMANN TERTSCH <i>Una mirada limpia a Europa...</i>	78	■ NURIA PELÁEZ <i>El consumo sigue vivo...</i>	104

índice

- **JOSÉ ENRIQUE RUIZ-DOMÈNEC**
El colapso de los omeyas como ejemplo..... 106
- **XAVIER PERICAY**
Una comunidad..... 108
- **JOAN BARRIL**
Elegir a Dios..... 110
- **MÀRIUS CAROL**
Los placebos de la vida..... 112
- **VÍCTOR-M. AMELA**
Soy biología injertada de televisión.... 114
- **JOSÉ ANTONIO URETA**
El maletín y el esquilador..... 116
- **PERE FERRERES**
Los registros olímpicos..... 118
- **XAVIER PERICAY**
Dualidades..... 120
- **GONZALO UGIDOS**
El encanto particular de la excepción.. 122
- **JOSÉ MARÍA URETA**
Dar en el clavo..... 124
- **ANDRÉS TRAPIELLO**
Toreo al natural..... 126
- **GONZALO UGIDOS**
El arte de callarse..... 128
- **MARTÍN CASARIEGO**
El seiscientos y los minipisos..... 130
- **CHARO IZQUIERDO**
Must go on the show?..... 132
- **FÉLIX BORNSTEIN**
Irán y sus "átomos para la paz"..... 134
- **CARMEN TOMÁS**
La OPA de nunca acabar..... 136
- **CARMEN POSADAS**
¿Derecho u obligación?..... 138
- **EDURNE URIARTE**
Estereotipos ignorantes..... 140
- **COVADONGA O´SHEA**
Moda y Personalidad..... 142
- **FERNANDO JÁUREGUI**
Un poco frívolos, ¿no?..... 144
- **PALOMA GÓMEZ BORRERO**
El Gran Enamorado..... 146
- **JOSÉ APEZARENA**
Educar a un futuro rey..... 148
- **GERMÁN YANKE**
El consenso y el Derecho..... 150
- **PERE FERRERES**
¡A mí que me registren!..... 152
- **FERNANDO GONZÁLEZ URBANEJA**
Los medios de influencia andan en problemas..... 154
- **PALOMA GÓMEZ BORRERO**
Un fantasma llamado Fray Piccolo.... 156
- **ÁNGELES CASO**
Una posible declaración de deberes... 158
- **ANTONIO JIMÉNEZ**
Reflexiones de un periodista..... 160

■ RAFAEL MARTÍNEZ-SIMANCAS <i>Que llamen a Dios</i>	162	■ FERNANDO ONEGA <i>Aires de Cruzada</i>	190
■ ANTONIO PÉREZ HENARES <i>Ruta Quetzal</i>	164	■ JAIME CAMPMANY <i>Historias de familia</i>	192
■ CARMEN GURRUCHAGA <i>El riesgo de ser periodista</i>	166	■ RAMÓN PI <i>El amigo invisible</i>	194
■ JUAN PEDRO VALENTÍN <i>Muerte de un reportero</i>	168	■ HILARIO PINO <i>Cuestión de confianza</i>	196
■ LUIS IGNACIO PARADA <i>Tus herederos no te olvidan</i>	170	■ JUAN MANUEL DE PRADA <i>Publicidad restringida</i>	198
■ CARLOS DÁVILA		■ ALFREDO URDACI <i>Salir corriendo</i>	200
■ ANTONIO SAN JOSÉ <i>¿Nos merecemos la televisión que tenemos?</i>	174	■ MARTÍN PRIETO <i>Crónica de Montevideo</i>	202
■ VÍCTOR MÁRQUEZ REVIRIEGO <i>Registradores y letrados</i>	176	■ CÁNDIDO <i>A mí que me registren</i>	204
■ PEDRO PIQUERAS <i>La Benidormización</i>	178	■ PILAR CERNUDA <i>Topicazos</i>	206
■ MANUEL LEGUINECHE <i>Miré el Reloj</i>	180		
■ FERMÍN BOCOS <i>La Mirada de KAI</i>	182		
■ FERNANDO JÁUREGUI <i>Pero, ¿en qué momento...?</i>	184		
■ JULIO CÉSAR IGLESIAS <i>Ritmo y arritmia</i>	186		
■ RAÚL DEL POZO <i>Las lecturas de Aznar</i>	188		



Somos europeos, no suizos

SERGIO DEL MOLINO

ESCRITOR Y PERIODISTA

COMO ESPAÑOL, es imposible pasear por Suiza sin sentir la congoja de un complejo antiguo y secular, filogenético, transmitido de abuelos a nietos. A ratos se siente uno como el emigrante con maleta de cartón y pantalón de pana que lleva apuntadas las señas de su primo en Zúrich en un papel muy arrugado. La civilización adopta aquí una precisión tan pausada, la gente cruza los semáforos con tanta gracia y los precios son tan escandalosos, que se mueve uno con cautela, como en una tienda de antigüedades llena de jarrones y piezas de cristal. No tocamos nada por miedo a romperlo.

He venido a promocionar un libro y me impresiona la seriedad atenta del público, interesadísimo y cortés, curioso sin énfasis. Los más traviosos me previenen contra el aburrimiento suizo. Cuando les hablo de la belleza de sus ciudades, me recomiendan pasearlas al mediodía. Así, para la hora de cenar (las seis de la tarde), ya las habré disfrutado y podré hacer lo único sensato que se puede hacer en ellas cuando cae la noche: atarse una piedra grande al cuello y arrojarse al lago. La civilización está hecha de bostezos. La prosperidad consiste en vigilarse el colesterol. Las emociones fuertes son para países más pobres.

No es esa paz provinciana y burguesa la que me perturba mientras paseo por la Suiza alemana, sino algo que me cuesta verbalizar, pero se vuelve evidente en cuanto encuentro la primera frase: los edificios. En el centro monumental de las ciudades abundan las casas renacentistas, las iglesias medievales y las torres del poder civil con relojes que llevan más de trescientos años marcando precisamente la hora. Son auténticos, no reconstrucciones. El pasado se ha preservado como en ningún otro sitio, de una forma que llega a abrumar, sobre todo si se viene desde Alemania y sus ciudades rehechas desde los escombros de la guerra.

¿Por qué perturba tanto esta exuberancia patrimonial? Porque es la expresión de una utopía europea. Suiza no pertenece a la UE, pero es su versión en

¿Por qué perturba tanto esta exuberancia patrimonial? Porque es la expresión de una utopía europea.

Suiza no pertenece a la UE, pero es su versión en miniatura: una confederación plurilingüística con un estado social avanzado y una democracia incuestionable

NÚMERO 100

miniatura: una confederación plurilingüística con un estado social avanzado y una democracia incuestionable. Es lo que la UE quiere ser, por lo que cualquier europeísta debería sentirse complacido paseando por allí. Sin embargo, es también lo que Europa no ha podido ser. En Suiza se puede imaginar cómo sería el continente si hubiera disfrutado de quinientos años de paz, si la guerra no hubiera marcado su geografía, sus ciudades, su cultura y su política.

No estuvo Suiza tan al margen de las pasiones europeas, como demuestra el olor de la carne chamuscada de Miguel Servet y la teocracia de Calvino. La Confederación Helvética no existiría sin el cisma protestante y las guerras de religión del siglo XVI. Pero desde entonces se ha preservado como una anomalía, abrazada a su neutralidad, ensimismada en sus valles, adormecida por el cucú de sus relojes. Y pese a ofrecerse como refugio de los europeos perseguidos más audaces y distinguidos, convertirse en la caja de caudales de los ricos e inspirar incluso el mito de Frankenstein, no ha dejado de ser un vacío, una Europa situada en una dimensión paralela, fuera del espacio-tiempo. No es extraño que Albert Einstein saliese de allí ni que hoy fueren en su subsuelo los límites del conocimiento físico mediante la colisión de partículas elementales. Suiza, en muchos sentidos, solo existe como imposibilidad.

Pero el desasosiego no viene de la excepción, sino de la constatación de la norma que rige fuera de esas fronteras, la norma de la que viene el europeo. Paseando junto a murales que llevan aquí desde 1500, tan cuidados que parecen pintados ayer, se siente dolorosamente el peso de las guerras en Europa. El continente debe tanto a la guerra que es inimaginable sin ella. Suiza no vale ni como utopía. Los europeos debemos todo lo que somos a las matanzas y a la destrucción. Sin esa pulsión secular e ininterrumpida hasta 1945, nuestras sociedades serían muy distintas. Hasta lo que nos hace felices y sublimes, como la gran música y la gran literatura, debe su existencia a la guerra. Nada se explica sin la guerra. Todo remite a ella. Apabulla tanto su legado que uno no puede evitar pensar cuándo acabará al fin esta rara paz. Porque somos europeos, no suizos. ●



Lo de Shakespeare no es una maldición

RAFA LATORRE

PERIODISTA. DIRECTOR DE “LA BRÚJULA” DE ONDA CERO

PIEDAD, clama Shakespeare desde la tumba, dejen de malversar lo del invierno del descontento, que en la boca del Gloucester de Ricardo III es un verso portentoso y dicho por un tertuliano es una nadería, un tópico tan desgastado que la genialidad se ha convertido en guiñapo. Además es un tópico mentiroso porque, al contrario de lo que ocurrió en la crisis de 2008, el gran combustible político de este curso político no será el rencor sino el miedo.

La proximidad de un ciclo electoral impide que España se dé el baño de realismo que necesita. Se acabó la época del dinero barato, los bancos centrales están subiendo los tipos para forzar una recesión, el regulador europeo ha dejado de comprar deuda soberana y las reglas fiscales comunitarias, en suspenso desde la pandemia, pronto volverán a constreñir las cuentas de los Estados. Una campaña electoral es una tregua que se le concede a la realidad y -no sólo España, qué decir de Italia- demasiadas democracias en la era de la inestabilidad viven en permanente excitación electoral.

El gobierno español acaba de presentar un plan fiscal que confirma que los rumores sobre su decrepitud no eran en absoluto exagerados. Por de pronto, Pedro Sánchez ha tenido que conciliar la angustia por la exitosa ofensiva

emprendida por el PP con la necesidad de satisfacer las demandas de Unidas Podemos. El resultado es pobre, incluso si se le concede el beneficio del cálculo más optimista, porque si se pretende, como se pretende, actualizar las pensiones al ritmo de la inflación, subir los salarios públicos y sufragar todas las políticas expansivas que se dispararan en un año electoral, los 3.100 millones de ingresos extra se antojan una bagatela.

Así expuesto el diagnóstico, parecería que el único problema de España es su economía y, desafortunadamente, no es así.

Sólo es su cuestión más urgente y, para entenderlo, basta ponerse por un segundo en la piel de una familia con una hipoteca de tipo variable. Pero hay otros problemas que, aunque tienen una difícil traducción al lenguaje común, tienen aun mayor incidencia en la salud de la democracia.

Cabe preguntarse cómo actuará este gobierno bicéfalo a la hora de afrontar el problema territorial de España, la reforma de la Justicia, el reparto de los siempre codiciados medios de comunicación públicos o el cumplimiento de los criterios de estabilidad presupuestaria



El sistema está aquejado de una grave osteogénesis, que dicho en vulgo es como si tuviera las instituciones de cristal. La colonización partidista se considera un fenómeno naturalísimo, tanto que no supone ningún coste espetarle a un comisario de Justicia de la Unión Europea que ni por asomo se atenderá a su demanda de dotar de mayor independencia al órgano de gobierno de los jueces. Al español se le ha impartido esta legislatura una pedagogía perversa, según la cual no hay una sola convención que no pueda ser sometida a transacción. Por convención se entiende aquel acuerdo tácito y con vocación permanente que no necesita ser explicado. A saber, que la democracia es necesariamente limitada, que el poder no se puede indultar a sí mismo, que hay pactos que destruyen la convivencia y que el interés nacional no es una línea de crédito para financiar la carrera política de nadie. Las convenciones son necesarias, porque uno no puede ir por la vida recordándole constantemente a sus vecinos lo obvio. Cabría esperar que el partido que durante más tiempo ha gobernado España, que es el PSOE, fuera el principal interesado en la permanencia de las convenciones.

La economía es lo urgente, pero puede que no sea posible practicarle la cura de realidad que precisa si antes no se atiende a lo importante. De ahí que también preocupe la querencia que se le adivina al PP siempre que acaricia el poder. Un partido no puede aspirar a ser una unidad de intervención económica de emergencia. No es que no que no deba por su propio interés, es que ni siquiera eso es realmente eficaz para la economía.

Lo que delata a quien malversa el célebre verso del Ricardo III de Shakespeare es que en realidad es el comienzo de una celebración: «Ahora el invierno de nuestro descontento se vuelve verano con este sol de York; y todas las nubes que se encapotaban sobre nuestra casa están sepultadas en el hondo seno del océano». Ojalá el próximo verano, o a más tardar el siguiente, pueda recitarse de una vez con propiedad en España. ●



Misiles y corazones

PATRICIA ROSETY
PRESIDENTA DE ACIJUR

ASOMBRADOS, impotentes, sin palabras, a veces sin saber qué hacer o cómo reaccionar desde nuestra vida, desde nuestra acomodada vida. No entendemos y nos preguntamos cómo a estas alturas de la vida, en pleno siglo XXI, puede haber una guerra, puede haber una invasión como la de Rusia sobre Ucrania. Una guerra a la puerta de casa. Poco ha aprendido el ser humano a lo largo de la Historia. Cómo se puede matar, masacrar, a tantos inocentes. Atribuíamos determinadas barbaries a cualquier tiempo pasado, pero está claro que el ser humano poco ha aprendido. La guerra exterior es parte de la guerra interior que llevamos dentro.

“La guerra es un fracaso de la política y de la humanidad, una claudicación vergonzosa, una derrota frente a las fuerzas del mal. Toda guerra deja al mundo peor que como lo había encontrado”. Son palabras del Papa Francisco en “Fratelli Tutti”, su encíclica sobre la fraternidad y la amistad social. No quiero hablar de Putin ni de política, quiero hacerlo de la humanidad, de lo que están haciendo muchas personas por y con los ucranianos dentro y fuera del país. Prefiero prestar atención a las víctimas.

Hemos visto situaciones de película, pero reales. Hemos visto un éxodo desde el 24 de febrero, cuando Rusia comenzó la guerra en Ucrania, aunque la sombra de la invasión ya estaba ahí, en especial en las zonas fronterizas prorrusas. El mayor movimiento de personas desde la II Guerra Mundial. Millones de personas tuvieron que dejar sus casas de prisa y corriendo, algunas bombardeadas, tuvieron que salir con lo puesto, sin rumbo. De la noche a la mañana se quedan sin nada. No podemos imaginar lo que es eso.

Recuerdo en esos días, especialmente, los testimonios de la Misioneras de la Congregación de Santo Domingo en Kiev, donde la congregación lleva 25 años. Tres hermanas dominicas, María, María Jesús y Antonia, que están al frente de “La Casa de los Niños”, un centro de día para que los niños vayan al salir del colegio y no estén en la calle, para evitar la marginación. Allí aprenden español y tienen otras actividades. Tres misioneras que han vivido situaciones difíciles en distintas tierras de misión, pero no habían



visto nada comparable. Ni en África, decían, donde las guerras siguen y no hablamos de ellas. Tres misioneras que transmitían tranquilidad, sabían cuál era su misión y su presencia en Ucrania, hasta que no quedó otro remedio y la embajadora de España, Silvia Cortés, las sacó de allí.

Son muchas las acciones de los miembros de la Iglesia, como el sacerdote polaco, Mateusz Adamski, que tenía protegidas en los sótanos de su iglesia a un centenar de personas. O el sacerdote cordobés Pedro Zafra que, también en una iglesia de Kiev, tenía varias salas que servían de refugio. Pero no sólo la Iglesia, que siempre está ahí. Muchas personas se pusieron en funcionamiento para colaborar, como José Andrés, nuestro cocinero asturiano internacional, Premio Princesa de Asturias de la Concordia y Medalla de Oro de la Comunidad de Madrid. Nada más producirse la invasión, José Andrés desplegó su ONG “World Central Kitchen” en la frontera con Polonia para dar de comer a mucha gente, comida caliente en un lugar de mucho frío. A medida que avanza el conflicto ha colocado su ONG en otras zonas fronterizas.

Pero también hay muchas personas anónimas. Han cogido su coche y se han ido hasta las fronteras con Ucrania para recoger a personas que conocen, a las familias de los niños de acogida que suelen venir en verano a España. O simplemente, personas que han ido hasta allí a colaborar en lo que fuese necesario. Y desde aquí, desde España. Cuántas personas han colaborado económicamente o facilitando productos necesarios como mantas, ropa de abrigo, material de aseo personal o medicinas. Incluso algunos ucranianos que viven aquí pedían chalecos y cascos para enviar a las tropas ucranianas, para salvar vidas. Y familias que han acogido a otras familias.

Necesitamos actos solidarios, necesitamos compartir, necesitamos paz y tranquilidad. Necesitamos vivir. En esta horrible guerra, como lo son todas, hemos visto misiles, pero también hemos visto muchos corazones. ●



La desesperanza de los fondos europeos

PILAR GARCÍA DE LA GRANJA

PERIODISTA

PARECE UNA MALDICIÓN. Como en tantas otras ocasiones, vemos lo que pasa y añoramos lo que debió haber pasado. Observamos los primeros resultados de la gestión del Gobierno de los fondos europeos. Comprobamos que miles de empresas españolas podrían estar reactivándose, creando puestos de trabajo y desarrollando proyectos con una financiación europea que es extraordinaria, tanto por su cuantía, como por las condiciones en las que se ofrece. Sin embargo, sólo ven cómo se incrementan sus costes, cómo se complica la regulación que les afecta, cómo sobre ellas se vierten tormentas con problemas en vez de las ayudas y los auxilios que necesitan.

La creación del Mecanismo de Recuperación y Resiliencia llegó a los españoles como una noticia que suscitaba la mayor de las esperanzas, tanto para las administraciones públicas como para las empresas, ante el amplio abanico de oportunidades que ofrecía para dinamizar la economía. Un año después sabemos que los fondos no están llegando a sus destinatarios, que su nivel de ejecución es ridículo, y que muy pocas empresas -básicamente las grandes- cuentan con ellos para salir del pozo en el que esta crisis les ha metido. La gestión de los fondos está generando una gran desesperanza.

Son muchas las empresas que llevan largos meses esperando la llegada de los fondos europeos. Para la inmensa mayoría suponen la mera supervivencia. Para otras, la posibilidad de crecer. Para todas, el cumplimiento de una promesa que creyeron, más por venir de Bruselas que de Madrid

El único objetivo de estas ayudas era colaborar en la recuperación económica, tras una situación inédita. Los errores en el “desgobierno” de los fondos europeos son los que explican el nulo efecto que están teniendo en la recuperación económica.

Hay que destacar, en primer lugar, que el Gobierno está siendo lento. Las ayudas no llegan. Se ha marcado unos objetivos que no ha cumplido, mientras parece que no pasa nada. Los presupuestos Generales del Estado de 2021 incluían una dotación de 24.000 millones de euros que se correspondían con los fondos europeos. A fecha de hoy, se ha ejecutado el 45%, es decir, sólo se han pagado 11.000 millones, que justo



coincide con lo que se ha transferido a las CC.AA. De esa cantidad, se estima que se hayan gastado cerca de 1.500 millones, siendo optimista. Para el Gobierno de Pedro Sánchez es fácil volcar en las autonomías el peso de la mala ejecución. Pero lo que no hace es detallar que la mayor parte de los 11.000 millones de las CC.AA. se han transferido en los dos últimos meses del año, y su ejecución precisa de un tiempo de tramitación cuyo plazo acaba de comenzar.

No hay que olvidar que España va a recibir 70.000 millones en total, de los que el Estado va a gestionar directamente 50.000 millones. Si con los primeros 11.000 millones se está observando tanta torpeza, lo que queda por llegar no es muy esperanzador.

Son muchas las empresas que llevan largos meses esperando la llegada de los fondos europeos. Para la inmensa mayoría suponen la mera supervivencia. Para otras, la posibilidad de crecer. Para todas, el cumplimiento de una promesa que creyeron, más por venir de Bruselas que de Madrid. Cada día de retraso o de espera es un drama. El Gobierno, en su desgobierno de los fondos, ha activado el botón de pausa a una sociedad que no puede permitirse esperar ni un minuto. El entorno económico no ayuda. La inflación que parece haberse instalado entre nosotros, el raquítico crecimiento de nuestra economía, y la diarrea legislativa de la coalición que nos gobierna, dirigida a obstaculizar la actividad empresarial, son factores que hacen todo más difícil. Son las empresas, las generadoras de empleo, las que se resienten, ante el estupor de las administraciones regionales a las que el Gobierno quiere dejar sin margen de maniobra.

Ha sido un mal comienzo. Haría bien el Gobierno en intentar lo que hasta ahora no ha sabido ni ha querido hacer: rectificar, asesorarse con los mejores y asegurarse de que lo que se haga desde ahora tenga alguna utilidad para ayudar a las grandes necesitadas en esta situación: las empresas. ●

NÚMERO
97



El legado del virus: peligro de una deuda a la griega

CARLOS SEGOVIA

SUBDIRECTOR DE EL MUNDO

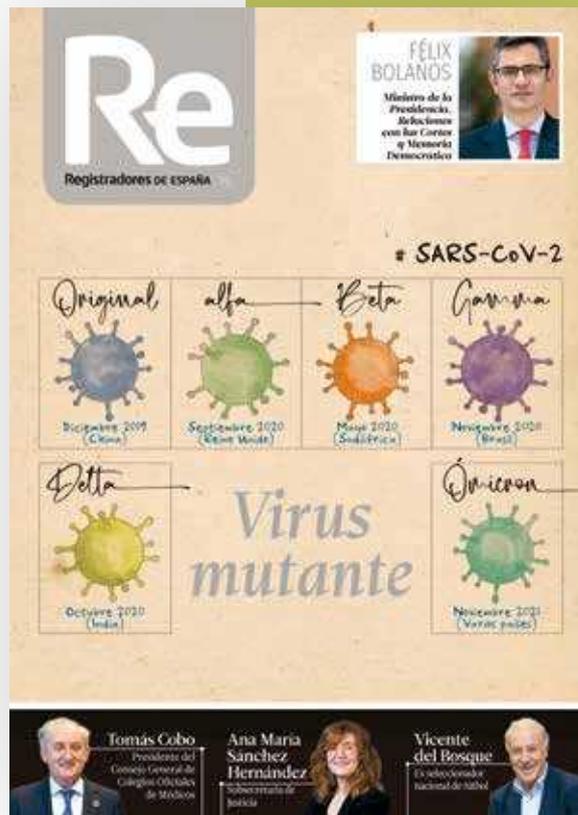
EL FONDO de pensiones del Gobierno noruego (Norges Bank Investment Management) es un gigante inversor y maneja un billón de euros. Entre sus inversiones para los pensionistas de su país incluye la compra de bonos de decenas de países, incluida España. En el año del estallido de la pandemia, en 2020, no aumentó sus compras de deuda del Tesoro español, pese a que el Gobierno tuvo que disparar sus emisiones. No obstante, según su informe oficial, mantuvo en 2020 en torno a 5.200 millones de euros invertidos en bonos y obligaciones del Estado español, que es una cifra apreciable. En contraste, asegura que no compró ni un solo título de deuda de Grecia que, pese a su mejora económica, no reúne aún las calificaciones de solvencia necesarias para este fondo oficial que quiere ser prudente con sus pensionistas. Grecia alcanzó en 2020 una deuda pública del 200% de su Producto Interior Bruto, espoleada por las necesidades extra de combatir la pandemia y rompiendo la tendencia a la baja que intentaba el gobierno sucesor del de Alexis Tsipras.

Ya es significativo que el prudente fondo noruego no quiso aumentar en el primer año de la pandemia su exposición a la deuda española, pese a estar protegida por el Banco Central Europeo

Atenas aumentó su deuda en 20 puntos de PIB, una gran escalada, pero inferior a los 25 puntos que se anotó el Estado español. España ha pasado así de contar con una deuda pública del 95% del PIB a otra del 120%. Esta pesada mochila es el gran legado económico del coronavirus en la mayoría de países, entre ellos España, y costará generaciones lograr su saneamiento.

Es más, si no hay una política consistente de reducción de deuda a largo plazo, la Autoridad Independiente de Responsabilidad Fiscal (AIReF) augura que España puede alcanzar en 2050 niveles de una insostenible deuda a la griega.

“Las proyecciones de AIReF dibujan una dinámica desfavorable de la ratio de deuda a medio y largo plazo bajo un escenario con políticas constantes. La ratio de deuda sobre PIB retomará una senda ascendente bajo la hipótesis de un escenario sin cambio de políticas, con un crecimiento medio nominal del 3,3% y un déficit estructural primario constante de dos puntos y medio de PIB



a partir de 2024. La trayectoria de la deuda aumenta notablemente al sumar el gasto estructural relativo al envejecimiento poblacional, proyectando una ratio de deuda del 190% del PIB a mediados de siglo”. ¡190%! es un peligro que España no se puede permitir precisamente para poder financiar a tipos razonables el Estado del Bienestar y no ser percibida como Grecia.

Ya es significativo que el prudente fondo noruego no quiso aumentar en el primer año de la pandemia su exposición a la deuda española, pese a estar protegida por el Banco Central Europeo (BCE). Sí lo hizo al alza con la deuda pública alemana, donde apuesta 16.000 millones, pese a que los intereses que ofrecía el entonces gobierno de Angela Merkel eran negativos.

Por eso hay que tomar en serio la decisión del BCE del pasado 16 de diciembre de poner fin a su programa de compras de emergencia (PEPP), tan crucial para la financiación de España. Se trata de acabar con el PEPP en marzo, pero incrementando al tiempo su plan ordinario de compras (PSPP) para no reducir drásticamente su papel de financiador de los estados más endeudados. Ese gradualismo es particularmente importante para España, porque fue lamentablemente en 2021 el país más sostenido por el BCE en proporción a su tamaño económico, más que Italia y Portugal. El apoyo equivale a cerca del 40% del PIB español nada menos.

La institución que preside Christine Lagarde impulsa una rebaja tan gradual de las compras de deuda que proporciona un tiempo precioso para que la cuarta economía del euro planifique y anuncie un saneamiento a medio plazo de las cuentas públicas que sea creíble y haga que en fondos como Norges puedan potenciar con tranquilidad en el futuro su apuesta por España y ayudar a dejar atrás el terrible legado económico del coronavirus. La solución populista de que se condone deuda es música celestial. ¿Deben los pensionistas noruegos perdonar deuda a los países en los que han confiado? No va a suceder. Seamos realistas. ●



Cincuenta censados, pero dormimos veinte

ARSENIO ESCOLAR

PERIODISTA Y PRESIDENTE DEL CLUB ABIERTO DE EDITORES

SOY muy afortunado. Tengo dos pueblos, soy doblemente de pueblo. Uno en Burgos, en el que nací y donde aún vive mi padre, ya de 92 años de edad. Otro en Guadalajara, a una hora de Madrid, en el que tengo una casa donde habré pasado una de cada cinco noches de los últimos 25 años. Muchas noches son esas, muchas de ellas muy felices. A medianoche, solo se oye el estrépito del silencio más absoluto. A veces, la lluvia en el tejado y en los canalones. De madrugada, el despertar de los pájaros en el huerto, un perro lejano, un gallo temprano.

– Aquí estamos censados unos cincuenta, pero en realidad dormimos veinte -comentan en el bar.

Es un bar atípico, un bar no comercial. Un local del Ayuntamiento en el que un par de jubilados más jóvenes se encargan de pedir al almacenista las cajas de vino y de cerveza y las bolsas de cacahuetes -ese es el género más consumido- y en el que todos hacemos alguna vez de camarero. Bajas al bar, tres paisanos juegan a las cartas allá al fondo, entras a la barra a ponerte un vino, llega en ese momento otro parroquiano... y ya te ha tocado de camarero para toda la velada.

– Aquí estamos censados unos cincuenta, pero repasas casa a casa y en realidad dormimos veinte -comentan en la barra, entre reo y reo.

– ¿El resto tiene insomnio, que no duerme? - los embromo.

– El resto está empadronado pero no vive aquí, están en Guadalajara. Alguno viene a diario a labrar, pero se vuelve por la tarde a la capital, con la mujer y los chicos.

Verás en el DLE que la segunda acepción de “dormir” es “pernoctar” y que una de las de “reo” es “vez, turno”.

En mi otro pueblo, el de Burgos, al “reo” del bar lo llamamos “ronda”:

– Pon otra ronda para todos, majo. Para mí, lo mismo que antes, un claro bien fresco.

El apelativo “majo” es cariñoso y muy de allí. Y al “claro” siempre lo hemos llamado “claro”, o como mucho “clarete”. Nunca “rosado”.



Cuando llegué al pueblo de Guadalajara, hace 25 años, había un bar comercial, dos tiendas, la escuela... y más de un centenar de personas. Hoy sólo quedan el bar comunal y esos veinte que duermen a diario. Cuando yo era pequeño, en mi pueblo de Burgos estaban empadronadas y dormían todo el año unas 1.500 personas; había ocho bares, dos pescaderías, dos carnicerías, cuatro tiendas de las llamadas de ultramarinos... Hoy, la mitad de la mitad en todo; y en habitantes, unos 600.

La España despoblada no es solo un problema de las dos Castillas. Ni siquiera lo es solo de la Serranía Celtibérica, esa amplísima región en torno al Sistema Ibérico que va desde las provincias de Valencia y Castellón a las de Burgos y La Rioja, pasando por Cuenca, Teruel, Guadalajara, Zaragoza, Huesca, Soria y Segovia, y que se extiende incluso más allá de su propio toponímico, a Palencia, Zamora, Salamanca, León, Asturias, la Galicia interior... Es un gravísimo problema general que tiene España. Un problema estructural, no coyuntural. Una enfermedad crónica que ahora se ha agravado, con la pandemia de coronavirus, la caída general de la natalidad y las nuevas y constantes corrientes migratorias desde la España rural y de las pequeñas ciudades del interior a las grandes urbes, sobre todo Madrid.

Algunos datos son demoledores. Uno: en el 53% de nuestra superficie solo vive el 15,8% del total de la población. Otro: la población española ha aumentado un 36% desde 1975, al pasar de 34,2 millones de habitantes a 46,9 millones, pero mientras en la Comunidad de Madrid la población ha crecido en ese periodo el 73% en la provincia de Soria se ha reducido en más de un 23%.

El drama humano que esas cifras esconden es enorme. Esa es nuestra principal brecha de desigualdad.

Soy muy afortunado. Además de dos pueblos, tengo una gran ciudad donde duermo unas cuatro noches de cada cinco, y donde dispongo de todas las oportunidades económicas, tecnológicas, culturales, sociales y vitales de un país moderno. Nuestros paisanos de la España rural no las tienen. Como país, no tenemos ningún reto tan importante como cerrar esa brecha. ●

NÚMERO
95



Triste destino

ESTHER PALOMERA

PERIODISTA. ADJUNTA AL DIRECTOR EN EL DIARIO.ES

LAS LEYES generales de Murphy son muy claras: la tostada siempre cae del lado de la mantequilla; cualquiera cosa es susceptible de empeorar; a perro flaco todo se le vuelven pulgas... Todas se basan en la máxima de que “si algo puede empeorar, empeorará”. Esta es la dinámica en la que ha entrado la prensa española. La crisis económica del 2008, la digitalización, las redes sociales y, ahora, la polarización. Es difícil cometer más errores en menos tiempo y dilapidar a tanta velocidad mayores dosis de crédito. Todo ha ido a peor.

Basta ver las ruedas de prensa sin preguntas, la ausencia de comparecencias públicas, la sumisión de los periodistas, y de los jefes de los periodistas, que aceptan las consignas políticas sin plantarse colectivamente a la soberbia de quienes se rebelan al control de una prensa crítica.

Empezamos con el “plasma” de Mariano Rajoy y las ruedas de prensa sin preguntas de Zapatero, el veto de VOX a determinados medios de comunicación y, ahora, tenemos todo tipo de vídeos editados y autodeclaraciones grabadas que difundir desde nuestros medios como si fueran dogma de fe.

Más allá de la obligada autocrítica, hay algo que debería llamar la atención de todos respecto al deterioro de las reglas del juego democrático, que incluye tanto la obligación del periodista de preguntar, indagar e incluso criticar de forma responsable como la de los políticos de responder puntualmente ante los ciudadanos.

Todos los políticos, sin excepción, pretenden superar la barrera de la intermediación, evitar las preguntas, las apostillas y los contextos sin que medie el más mínimo espíritu crítico que inspira el periodismo. Lo que hacen no es una falta de consideración al periodismo ni una anécdota que deba pasarse por alto. Es el síntoma de que la política se ha propuesto el doble objetivo de acabar con el papel de intermediario de los medios de comunicación, en quienes la Constitución delegó el derecho a la información de los ciudadanos, y de paso soslayar uno de los instrumentos más decisivos para el control del poder político en las democracias.

Las mal llamadas declaraciones institucionales, las ruedas de prensa sin preguntas, los vídeos prefabricados, las declaraciones enlatadas, las señales de

los actos políticos editadas por los partidos y hasta un simple tuit difundido en sus cuentas privadas forman parte de una estrategia destinada en última instancia a eludir el filtro del periodismo. ¡Y nosotros seguimos callados ante semejante atropello de un derecho fundamental que no es nuestro, sino de los ciudadanos!

→ Sin cuestionar, sin preguntar, sin indagar y sin contextualizar, el periodismo deja de ser un mediador activo para convertirse en un canal de transmisión de intereses propagandísticos. Y eso es lo que hace tiempo hemos aceptado, además de permitir que los políticos o sus *dircom* decidan qué periodistas se sientan o no en un plató de televisión, quién es el “plumilla” más adecuado para hacerle una entrevista o qué materias son susceptibles de convertirse en noticia.

Todo con un añadido, que es la reproducción casi automática de la polarización del sistema político en el panorama mediático, en el que periódicos, televisiones, radios y medios digitales no sólo muestran una marcada tendencia ideológica, sino que esparcen una espiral de opiniones enfrentadas que no buscan el debate, sino la confrontación extrema.

En la televisión se hace especialmente evidente en las tertulias políticas, que tienen más de espectáculo que de debate sereno o intercambio de pareceres, pero también ocurre en la radio y en la prensa. El periodismo, sí, también ha agitado el debate y aumentado la toxicidad de un ruido ambiental atronador, en el que cualquier matiz es imposible.

Todo empezó con la crisis financiera de 2008, con la caída de la inversión publicitaria y con una búsqueda desesperada de financiación que siempre pasaba por el sesgo ideológico. La clara alineación ideológica de la generalidad de los medios fomenta que espectadores, oyentes o lectores consuman uno u otro buscando una postura con la que reafirmar sus ideas y alimentar, así, la polarización y la intolerancia hacia el que piensa diferente.

La credibilidad y el rigor han dejado de ser un valor porque lo que se busca es la controversia. Y ese parece ser el triste destino de un periodismo que, lejos de ayudar al ciudadano a pensar con libertad, solo busca adoctrinar, encasillar y confrontar. El conmigo o contra mí de la política está también en las redacciones porque reconocer un mérito del adversario es tan impensable como aceptar una crítica sobre lo propio y porque se trata solo de combatir al adversario y desmarcarse del bando ideológicamente contrario. ¡Agotador!

P.D. Hagamos algo y hagámoslo ya para salir de esta infame espiral que más que al periodismo perjudica seriamente a nuestra democracia. ●

NÚMERO
94



El 8 de marzo fracasará si el feminismo y la política ahondan su división por la Ley Trans

ANABEL DÍEZ

ANALISTA POLÍTICA DE EL PAÍS

EN ESTE 8 DE MARZO de 2021 en España se evocará el anterior, en el que las mujeres salieron a la calle sin que el coronavirus aún fuera pandemia. En esa jornada reivindicativa, sin tintes dramáticos, y mucho menos ásperos, ningún actor político, ninguna autoridad, percibió el peligro que entrañaba tal aglomeración. En este 8 de marzo no habrá celebraciones en la calle, y aunque se arrastrará el reproche al Gobierno de que no las hubiera impedido en el anterior, si nadie lo remedia, parte del feminismo sostendrá un duro enfrentamiento a cuenta de la futura Ley Trans. El conflicto se ventila en torno a un borrador del Ministerio de Igualdad, que la totalidad del Gobierno

no ha hecho suyo. Por tanto, pugna entre los dos componentes del Gobierno, PSOE y Unidas Podemos, y batalla en el feminismo. Mal para las mujeres, mal para el movimiento feminista.

No debería enfrentarse el feminismo por los derechos de las personas trans, en coherencia y por respeto a su propia historia, siempre a favor del reconocimiento de esta realidad

Poco a poco la atención sobre la transexualidad se ha ido abriendo camino en los organismos europeos y en algunos de sus países. Hay consenso en que los poderes públicos deben legislar sobre un colectivo fuertemente marginalizado cuando no explotado. El problema ha venido porque el anteproyecto surgido del Ministerio de Igualdad, con su ministra Irene Montero, al frente, ha suscitado el desacuerdo de otras áreas, esencialmente Justicia, y de la vicepresidenta primera, Carmen Calvo, al entender que tal como está el documento anula la realidad biológica y su traslación jurídica. Esto es así porque aboga por el cambio de sexo documentalmente con tan solo manifestar la voluntad del cambio y sin informes médicos. En la actualidad el dictamen médico es imprescindible.



No debería enfrentarse el feminismo por los derechos de las personas trans, en coherencia y por respeto a su propia historia, siempre a favor del reconocimiento de esta realidad. Pero hace falta sosiego y absorber lo mejor de las legislaciones extranjeras en su regulación. Un período de reflexión de seis meses tras expresar la primera manifestación del cambio de sexo en los documentos, como rige en Dinamarca, parece adecuado así como el análisis de las consecuencias reales de ese cambio. Se cita el mundo del deporte en el que los transexuales podrían estar interesados en el cambio para tener ventajas sobre el resto de las mujeres, según recelan los contrarios. También esa ventaja se podría dar en personas condenadas a prisión para así conseguir ir a cárceles de mujeres. Sí, estos son algunos de los argumentos en contra del proyecto del Ministerio de Igualdad. El cuidado de los menores, que sienten una identidad de género diferente de la que nacieron, obliga al legislador a ser sumamente cuidadoso.

El debate está envuelto en un enconamiento notable con argumentos envueltos en la hipérbole. Por ejemplo, se aduce que la facilidad en el cambio de identidad, se produce “un borrado de la mujer”. Evitar esa extinción del hecho biológico pero aproximarse a la autodeterminación de la identidad, es el camino que debe recorrerse y ello sin necesidad de tratamientos médicos de gran coste físicos y psíquicos. La materia es muy delicada. Lo lamentable sería la división del mundo feminista cuando aún queda mucho camino por recorrer en la defensa de los derechos de las mujeres en todos los ámbitos. La unidad y no la disputa por la ampliación de derechos, de manera consensuada, es la que debe marcar el 8 de marzo en una sociedad abierta y avanzada. ●



'Estado de Derecho', 'Estado con Derecho' y 'Derecho de Estado'

CARMEN REMÍREZ DE GANUZA

PERIODISTA

HACE UN TIEMPO escuché a Juan Pablo Fusi que el franquismo no había sido un 'Estado de Derecho', pero sí un 'Estado con Derecho'. Pese a que el historiador no reivindicó la paternidad de la frase, me pareció toda una osadía por su parte proclamarla en voz alta... en la era del tuit; pero en todo caso, resultó una osadía altamente reveladora. Efectivamente, el franquismo se parecía a la democracia lo que un huevo a una castaña, y sus llamadas Cortes eran en sí mismas una excepción *in términos* de la soberanía popular y parlamentaria. Sin embargo, es cierto que el 'régimen' contaba con sus propias leyes y, bien que mal -también con sus convenidas excepciones- las aplicaba. No es casualidad que la Transición se articulara jurídicamente, 'de la ley a la ley'. Ni que el famoso e histórico 'hará-kiri' de aquellos proyectos procuradores del Reino viniera precedido de la lectura solemne de un texto articulado y hasta de una retórica votación.

Tuvo que llegar la Constitución para que los españoles conociéramos la enorme diferencia que conlleva una mera proposición entre dos mismas palabras: de 'Estado con Derecho' a 'Estado de Derecho'. Ahora, la ley no iba a ser solo una circunstancia, un condicionante, un elemento añadido o convenido al

sustantivo del poder. Justo al revés, el poder iba a quedar supeditado a la propia ley. En el Estado de Derecho, la ley pasaba a ser el sustantivo.

Claro que para que la diferencia gramatical fuera real se exigía una novedad tan importante como la separación de poderes. Era fundamental que las leyes las elaboraran los políticos elegidos y que las aplicaran los jueces. Sin vasos comunicantes. Sin intromisiones.

El 'régimen del 78' soportó, sin llegar a romper sus costuras, que el Parlamento extendiera desde el año 85 -casi desde su estreno- su influencia directa sobre el Gobierno de los jue-

Tuvo que llegar la Constitución para que los españoles conociéramos la enorme diferencia que conlleva una mera proposición entre dos mismas palabras: de 'Estado con Derecho' a 'Estado de Derecho'. Ahora, la ley no iba a ser solo una circunstancia, un condicionante, un elemento añadido o convenido al sustantivo del poder. Justo al revés, el poder iba a quedar supeditado a la propia ley



ces. Y el propio Poder Judicial lo había resistido, con innegable desgaste pero con notable dignidad. Pero a lo que nunca se había enfrentado el 'Estado de Derecho' es a que fuera el propio Poder Ejecutivo el que invadiera los demás poderes. La declaración del Estado de alarma sin control legislativo y por un tiempo 12 veces superior al establecido por la Constitución; el amago de rebaja de mayorías en la elección de vocales del CGPJ; el pase -efectivo e inmediato- de un ministro de Justicia a Fiscal General del Estado; la proyectada reforma a la carta de los delitos de rebelión y sedición... son solo algunos síntomas del riesgo de evolución a un... "Derecho de Estado".

En realidad no es un fenómeno del todo nuevo. En décadas de democracia, los embates de la política han afectado seriamente a este equilibrio trinitario -Ejecutivo, Legislativo, Judicial-; un equilibrio seriamente sostenido en más de una ocasión por ese otro 'Cuarto Poder' tácito que representa la prensa. De no ser por sus descubrimientos de papel, probablemente esa mutación gramatical, esa vieja persistencia de la razón de Estado, habría cobrado cuerpo en la arquitectura institucional de España. No hay más que recordar los procesos judiciales contra los Gal en pleno felipismo, o las investigaciones sobre las escuchas ilegales del Cesid...

Pero tampoco está de más señalar ese 'Derecho de Estado' como una amenaza vigente ahora que la democracia, en medio de una especie de 'crisis de los cuarenta', acusa un envejecimiento prematuro. No se trata solo de la tentación de patrimonializar el Estado con leyes de parte: Cada amenaza verbal de un miembro del Gobierno al estamento judicial, cada envaletonamiento político frente a los procesos, cada acusación de ideologización y de interés corporativo o personal en las decisiones jurídicas... representa un piquete en el almacén, hoy calcáreo, del Estado. ●



Frustración autonómica

ANTONIO PAPELL

PERIODISTA Y ESCRITOR

LA PANDEMIA, una gran tragedia en sí misma, ha puesto a prueba las fortalezas y debilidades del sistema político, del modelo constitucional español, y ha permitido contrastar las flaquezas de una organización territorial, que ha dado lugar al estado de las autonomías, sin una consagración institucional clara puesto que el título VIII C.E., ‘De la organización territorial del Estado’, no describe el modelo sino que entrega las herramientas procesales para construirlo. De hecho, la Carta Magna no contiene el mapa de las autonomías y las competencias de cada comunidad se eligen a la carta entre los repertorios expuestos en los artículos 148 (competencias autonómicas) y 159 (competencias exclusivas del Estado).

Según nuestra ley de leyes, la Sanidad e Higiene son materias en que las Comunidades Autónomas podrán asumir competencias plenas. De hecho, las han asumido, de forma que el Ministerio de Sanidad ha quedado reducido a un “casarón vacío” que ni siquiera sirve para computar una parcela de poder en los repartos que se efectúan entre partidos (UP no quiso Sanidad al formarse la coalición). Pero como la acometida de la gran pandemia del coronavirus desbordaba el ámbito regional, hubo que decretar el estado de alarma para que la covid-19 fuera abordado integralmente, gracias a un liderazgo único y con todos los recursos necesarios que sólo el Estado es capaz de allegar. Asimismo, la limitación de derechos fundamentales —reunión, movilidad— requería la decisión soberana de las instituciones centrales.

Una vez centralizada la gestión, era necesaria la coordinación, que debía haber correspondido al Senado, la “Cámara de representación territorial” (art.69.1 C.E.). Pero la cámara alta no estaba preparada para tal menester y hubo que recurrir a la *conferencia de presidentes*, una institución informal ideada por Rodríguez Zapatero, que apenas había sido estrenada y que sí ha servido para poner en sintonía con singular eficacia comunidades autónomas y Estado. Con todo, dicha conferencia no está reglada y su personalidad jurídica es extremadamente débil.

En este marco cooperativo, bajo el control del ministro de Sanidad, Salvador Illa, se realizaron con notable eficacia los procesos de confinamiento y



desconfinamiento, hasta domeñar en gran medida la pandemia tras unas semanas de angustiada sobrecarga sanitaria que han costado muchos miles de muertos. Pero la frivolidad de las fuerzas políticas forzó la terminación prematura del estado de alarma, que el Gobierno prolongó de quince en quince días, y la competencia sobre Sanidad regresó a las comunidades autónomas.

El resultado de esta nueva descentralización a la vista está. Hasta el *The New York Times* nos ha sacado los colores en portada por la incompetencia de una clase política española que, en su segundo nivel, no ha estado a la altura de los requerimientos. Correspondía a las comunidades fortalecer la asistencia primaria y establecer equipos suficientes de rastreo que detectaran los contagios y aislaran a los infectados. No han sido capaces ni de lo uno ni de lo otro, y los rebrotes, primero ocasionales, se han ido multiplicando. No se ha regresado a los niveles de los peores meses pero sí se ha extendido lo suficiente la enfermedad para sembrar la alarma dentro y fuera del país y arruinar definitivamente la temporada turística.

No parece razonable, a estas alturas, reclamar todavía las responsabilidades objetivas y subjetivas pero sí puede asegurarse que, si en lugar de este desordenado estado de las autonomías, hubiéramos dispuesto de un modelo federal como el que, sin ir más lejos, rige en Alemania, hubiera sido mucho más sencillo dominar al virus, contener los rebrotes y estragar por lo tanto mucho menos la economía nacional.

Cualquier mediano entendedor de lo ocurrido llegaría ahora a la conclusión de que conviene mejorar y consolidar el sistema territorial descentralizado, pero ello requeriría una reforma constitucional que nadie está dispuesto a impulsar. Con problemas en la jefatura del Estado y la resaca de una intontona separatista en Cataluña, la Constitución se ha vuelto pétrea durante bastantes años. Es una mala noticia para quienes pensamos que España tiene arreglo. ●

NÚMERO
91



La prensa tras el coronavirus: el fin de una era

NACHO CARDERO

DIRECTOR DE EL CONFIDENCIAL

HOY, más que nunca, la prensa se erige en vigía del poder y herramienta de regeneración democrática. El periodismo de calidad ha demostrado ser clave en la actual emergencia global. Los medios debemos canalizar y encarar los desafíos y el coronavirus es, sin lugar a dudas, el más grande al que nos hemos enfrentado. El mundo no volverá a ser el mismo tras el covid-19. Tampoco la prensa.

En este contexto, donde abunda la improvisación, la descoordinación y la falta de transparencia, los periodistas nos hemos arrogado la responsabilidad de informar, aclarar dudas e intentar hacer ejercicios de prospectiva con expertos independientes. Aislados en sus hogares, los ciudadanos demandan información veraz que les ayude a entender la pandemia. A combatirla. Y la demandan en tiempo real.

Si algo ha quedado negro sobre blanco en esta crisis sanitaria es que:

1. La prensa se ha vuelto a colocar de nuevo como medio de referencia. Los lectores encuentran la fiabilidad en las cabeceras más prestigiosas, no en las redes sociales ni en grupos de Whatsapp. Según un estudio realizado por el medidor de audiencias británico Edelman y Pamco, desde la aparición del coronavirus, el 70% de los lectores entrevistados confía en las marcas de noticias que leen, lo que supone un incremento del 25%. Por el contrario, la seguridad que les dan las redes sociales baja un 29%.
2. Los entornos digitales han eclipsado definitivamente al papel. La tendencia, que iba a velocidad de crucero antes de la irrupción de la pandemia, se acelera por el aislamiento. El confinamiento supone un triste epitafio para toda una era periodística.
3. Igualmente, la redacción se ha visto obligada a cambiar sus dinámicas de trabajo, eliminando las trabas físicas y temporales gracias al buen empleo de las nuevas tecnologías. Las redacciones físicas mutan como lo ha hecho el virus. Se instalan el teletrabajo y equipos burbuja funcionando en departamentos estancos.
4. El mercado publicitario se ha colapsado. El cierre de la economía supone también el cierre de las fuentes de ingresos para la prensa, lo que obliga a repensar el modelo de negocio tradicional y a una transformación del ecosistema mediático.



Lamentablemente, el aumento de tráfico y páginas vistas conseguido en marzo y abril no sirve para paliar el desplome de los ingresos publicitarios. Igual que la audiencia se dispara, la facturación cae con fuerza. Es muy pronto para poder dar porcentajes. Habrá que esperar al segundo trimestre de año para hacer una valoración objetiva.

Por de pronto, los principales grupos y asociaciones de medios han pedido al Gobierno medidas de apoyo que pasarían por facilitar avales y créditos blandos para las empresas del sector o la bonificación en las cuotas de Seguridad Social, entre otros puntos. Unas ayudas públicas que son tan necesarias como peligrosas, pues no hay mayor amenaza para la independencia editorial que los subsidios y la dependencia económica.

Es importante enfatizarlo porque, en estos días de excepcionalidad, donde se están estirando peligrosamente leyes y derechos fundamentales que parecían intocables, tenemos que recordar la Primera Enmienda de la Constitución de los Estados Unidos, de 1791, que prohíbe cualquier ley contra la libertad de expresión y contra la libertad de prensa, y el artículo 20 de la Constitución española de 1978, que reconoce el derecho “a expresar y difundir libremente los pensamientos, ideas y opiniones mediante la palabra, el escrito o cualquier otro medio de reproducción” y “a comunicar o recibir libremente información veraz”.

La credibilidad no está en los rankings de audiencia hinchados artificialmente, ni se construye queriendo contentar a quien tiene el poder. La credibilidad no es algo inmóvil. Fluctúa y hay que perseguirla. Por eso es tan valiosa. La credibilidad es el único modelo de negocio viable.

La principal batalla de la prensa es la batalla de la calidad. No se trata solo de una cuestión de supervivencia, sino también de principios en un momento tan complejo. Nuestro país necesita de una prensa fuerte. Libertad para investigar. Libertad para informar. Libertad para opinar. Prensa y democracia caminan de la mano. Si la primera está en riesgo, también lo estará entonces la segunda. Eso sería el fin. ●

NÚMERO
90



Todo lo que no podía ser, ha sido

CRISTINA DE LA HOZ

PERIODISTA

TODO lo que no podía ser, ha sido. Las inquietudes, dudas, reticencias que pueda suscitar la nueva etapa política que se abre en el país con el inédito Gobierno de coalición entre el PSOE y Unidas Podemos, apoyado parlamentariamente por ERC, se sostienen sobre las palabras que el propio Pedro Sánchez ha pronunciado durante meses. Nunca nadie ha sido peor propagandista de su propio Gobierno.

El primer ejemplo lo vimos apenas seis horas después de la investidura. A pesar de las supuestas prisas para que España saliera de su interinidad, Pedro Sánchez retrasaba varios días el anuncio de la composición definitiva de su Consejo de Ministros, -en un goteo malayo- ante un Pablo Iglesias ansioso que dejaba claro cuál era su porción del pastel gubernamental adelantando sus nombramientos. Estábamos advertidos. “No necesitamos dos Gobiernos en uno, sino un Gobierno con un mensaje coherente”, argumentaba el inquilino de La Moncloa en el interregno electoral para justificar su negativa a un Ejecutivo de coalición, eso, y su falta de sueño y la del “95 por ciento de los españoles”.

Posteriormente vino la gran jugada maestra. Una inflación de vicepresidencias, desconocida por los negociadores de Podemos, cuyo fin es diluir el cargo de Iglesias, rebajar su impacto público y arrebatarle competencias en asuntos como la Agenda 2030, un juguete para el líder morado obligado a compartirlo con otros ministros. Y todo ello a pesar de haber firmado un prolijo documento por el que ambas formaciones políticas, partiendo de su mutua desconfianza, quedan comprometidas a actuar de “buena fe” y con “lealtad”.

Cabe preguntarse cómo actuará este gobierno bicéfalo a la hora de afrontar el problema territorial de España, la reforma de la Justicia, el reparto de los siempre codiciados medios de comunicación públicos o el cumplimiento de los criterios de estabilidad presupuestaria

Los primeros pasos son poco halagüeños. Cabe preguntarse cómo actuará este Gobierno bicéfalo a la hora de afrontar el problema territorial de España, la reforma de la Justicia, el reparto de los siempre codiciados medios de comunicación públicos o el cumplimiento de los criterios de estabilidad presupuestaria a pesar de tener un equipo económico en apariencia sólido. Quizá la argamasa del poder no sea lo suficientemente fuerte. Incluso los gobiernos monocolor



NÚMERO
89

viven disensiones internas que sólo la disciplina de partido es capaz de mantener unidos.

También nos alertó el presidente sobre las intenciones de ERC, partido con el que ha pactado una mesa de diálogo bilateral que sitúa al gobierno de la nación y al autonómico catalán en el mismo plano y que podría sustanciar sus trabajos en una consulta “no vinculante” sobre la independencia que el secesionismo espera con fruición. Puede estar tentado Sánchez en dar largas a los trabajos de este foro, pero Oriol Junqueras querrá alguna materialización antes de dar el “sí” a los Presupuestos Generales del Estado, los mismos llamados a acabar con la “era Montoro”.

Sánchez, decía, no quería depender del apoyo parlamentario del independentismo pero tampoco se empeñó en otras opciones, porque tiró la toalla en cuanto recibió el primer “no” de Ciudadanos. En cambio, se empleó a fondo con los republicanos secesionistas -a los que importa “un comino” la gobernabilidad de España- a pesar de la inicial negativa de ERC.

Pero se equivocará el centro-derecha y la ultraderecha si entra en el peligroso juego de la deslegitimación democrática del adversario, como hace Vox y, en 2016, hizo Podemos con Mariano Rajoy. La presidencia de Sánchez tiene la legitimidad que le ha dado el respaldo de 167 diputados, que han entrado ahí, no a caballo, sino sobre el voto ciudadano. El cuestionamiento de nuestras instituciones, desde la jefatura del Estado a órganos como la Junta Electoral Central -que según el propio Sánchez responde a “artimañas” partidarias- le hacen el juego al independentismo y dinamitan la base de nuestra legitimidad, la de todos.

Ahora tiene Sánchez por delante una ambiciosa agenda social y una más complicada e improbable agenda económica y territorial para la que no ha cerrado apoyos. Necesita perentoriamente unos Presupuestos Generales del Estado para divorciarse de Cristóbal Montoro. ●



Una sociedad responsable y generosa para una sociedad feliz

CARLOS CAPA
PERIODISTA

ALBERT EINSTEIN, sin cuyo trabajo científico y su compromiso ético, no hubiéramos abierto las puertas por las que la sociedad ha propulsado su conocimiento y sus horizontes de progreso, mantenía que “solo la moralidad de nuestras acciones puede darle belleza y dignidad a la vida”.

Ante el desencanto, la decepción o la apatía que, no sin justificación, se extienden entre una ciudadanía que observa perpleja la falta de compromiso que transmite la política actual, dejando en mero decorado las instituciones y en particular el poder legislativo, que lleva años sin atender a su primera obligación para con el pueblo soberano al que representa, que es legislar, es preciso un ejercicio de optimismo, en el que el recurso a la ética y los valores es imprescindible.

Ante el sálvese quien pueda y la apuesta por el individualismo siempre se puede recordar el inmenso significado que la dignidad tiene para comprender el mismo concepto de humanidad y de sociedad.

Ante el sálvese quien pueda y la apuesta por el individualismo siempre se puede recordar el inmenso significado que la dignidad tiene para comprender el mismo concepto de humanidad y de sociedad

Y es aquí dónde entra en juego la responsabilidad como valor individual y social y, como ejemplo, es vertebral el caso de la vivienda. La Estadística Inmobiliaria del Colegio de Registradores publicada en el mes de septiembre refleja que el precio de la vivienda ha continuado su crecimiento con un incremento interanual del 8,3%, acumulando un ascenso del 36,2% desde 2014. Por otra parte, el Banco de España en un estudio publicado el mes de agosto pasado indica que en los últimos años el precio del alquiler se ha incrementado en un 50%, con especial incidencia en las rentas más bajas y clases más desfavorecidas. Por ello, con la mirada puesta en los efectos de la crisis que devastó España en los últimos



lustros, la responsabilidad juega un papel trascendental. Responsabilidad en el mercado, en la oferta y en los compradores y arrendatarios. Y para cimentarla el trabajo impecable, honesto y profesional de los que velan por la seguridad jurídica y protegen a los ciudadanos de los abusos o la desinformación.

Mantengo la convicción de que la honestidad está impresa en el código de barras de la humanidad. Probablemente la realidad no sea la de que el hombre nace bueno y la sociedad lo corrompe, que mantenía Rousseau, pero seguro que no es, como afirma Segrelles, la de que el hombre nace malo y la sociedad lo vuelve peor. En todo caso una sociedad es más digna cuanto más generosa es.

Por ello hay que lamentar la timorata e ineficaz regulación de la legislación española de la Segunda Oportunidad, que hoy se sustancia en nuestro ordenamiento jurídico en la Ley 25/2015, y que no permite en la práctica sacar de la “muerte civil” a quienes de buena fe se han visto imposibilitados al pago de sus deudas, muchas de ellas de carácter hipotecario. Por eso, entre otras muchas cosas, roguemos para que en breve podamos disponer de un Legislativo que legisle y que, aprovechando la oportunidad de la publicación de la Directiva sobre marcos de reestructuración preventiva, exoneración de deudas e inhabilitaciones de 20 de junio de 2019, pueda mostrar la generosidad responsable de una sociedad madura para con sus conciudadanos menos afortunados.

Termino haciendo una reflexión del Papa Francisco: “Las cosas tienen un precio y estas pueden estar a la venta, pero la gente tiene dignidad, la cual es invaluable y vale mucho más que las cosas”. ●

NÚMERO
88



La subida del voto europeísta es un seguro internacional para España

CARLOS SEGOVIA

SUBDIRECTOR Y CORRESPONSAL ECONÓMICO DE EL MUNDO

HA CAÍDO en el olvido, pero uno de los días más importantes para España desde su adhesión a la Unión Europea en 1986 fue el 27 de julio de 2016. Lo que ocurrió queda escrito en el acta de la reunión interna de la Comisión Europea de ese día y refleja que España corrió serio riesgo junto a Portugal de estrenar la primera multa de la historia de Bruselas por saltarse a la torera las reglas del euro. Era un bochorno internacional y un golpe financiero. El vicepresidente de la Comisión Europea responsable del euro, Valdis Dombrovskis, tomó con dureza la palabra y constató con cifras que el Gobierno de Mariano Rajoy no había tomado medidas efectivas para combatir el déficit y que todo lo fiaba al efecto del crecimiento económico sin emprender los necesarios ajustes estructurales. No le contuvo que Rajoy fuera del Partido Popular Europeo como él mismo y defendió multar a España por estar en juego “la credibilidad de las instituciones europeas”.

Tomó la palabra el comisario socialista francés Pierre Moscovici y salió en defensa no sólo del gobierno socialdemócrata portugués, sino del español de Rajoy. Moscovici sostuvo que bastaba con la amonestación política y no que no había que ir más lejos. Entre otros argumentos recordó que en la península ibérica no había prendido afortunadamente el fuego eurófono o euroescéptico extendido en Francia, Reino Unido y entonces aún incipientemente en Italia y que había que evitar mano dura con los europeístas. “Si se impone una multa financiera, incluso simbólica, mi temor es que los ciudadanos españoles y portugueses interpreten este mensaje como una crítica por no haber hecho suficientes esfuerzos en la crisis cuando la UE ha tenido un papel importante en definir qué esfuerzo debían hacer”. “Existe el riesgo de que esto suponga una pérdida de apoyo en estos estados miembros al proyecto europeo”, remachó Moscovici. El presidente de la Comisión y miembro del Partido Popular Europeo, Jean Claude Juncker, fue de la misma opinión y se perdonó la multa a España y Portugal. Rajoy había trabajado en los días previos precisamente ese argumento para lograr clemencia.

Tres años después, el resultado de las elecciones europeas en España reflejan que el compromiso de los ciudadanos españoles con el proyecto europeo no sólo no decae, sino que aumenta. La suma de votos del PSOE, Partido Popular y Ciudadanos, los tres partidos que dicen respetar las reglas del euro y no



cuestionan ninguno los ángulos claves del proyecto europeo, ha pasado del 52% en 2014 (58% si se considera a Cs sucesor de UpyD) al 65% en 2019. Es el trío de fuerzas políticas que los inversores han considerado hasta ahora la garantía de estabilidad en España y siempre que sumen mayoría aplastante en Las Cortes tienen un efecto amortiguador en la prima de riesgo y otorgan a España un peso asegurado en la convulsa UE. El europeísmo de los ciudadanos es un seguro internacional para España no sólo en términos de confianza de los inversores extranjeros, sino de influencia en Bruselas. Es fundamental para tejer alianzas ante desafíos como el secesionismo catalán.

Es también reseñable como el PSOE ha ganado las elecciones europeas con un discurso sobre la UE más positivo y moderado que el que defendió, por ejemplo, Pedro Sánchez en su programa para ganar las primarias de su partido en 2017. El secretario general del PSOE defendió entonces que “la excesiva moderación de los gobiernos socialdemócratas en Europa, sus grandes coaliciones con los conservadores, el limitado margen de maniobra de los socialistas en las instituciones europeas fueron erosionando el proyecto socialdemócrata”. Y sentenció: “La actual gran coalición [Partido Popular Europeo Socialistas Europeos] está agotada y sólo llevará a Europa a su declive terminal”.

En cambio, el programa electoral de la candidatura encabezada por José Borrell no cuestiona ya seguir pactando con el Partido Popular Europeo de Angela Merkel y habla en tono más suave del pasado: “Las respuestas de la mayoría de centro derecha que ha dominado la UE desde 2009 a 2014 no han sido las más acertadas ni las que más consenso han logrado entre los ciudadanos de los estados miembros”.

El futuro de la UE pasa por acuerdos entre, precisamente, las familias políticas de los tres principales partidos de España: socialistas, populares y liberales. España está, por una vez, bien situada en la ola y no debe desperdiciar la oportunidad de ganar influencia con sentido de Estado y compromiso europeo. ●



Europa y el mago

JUAN CLAUDIO DE RAMÓN

(MADRID, 1982) ES DIPLOMÁTICO Y ESCRITOR. SUS ÚLTIMOS LIBROS SON CANADIANA: VIAJE AL PAÍS DE LAS SEGUNDAS OPORTUNIDADES (DEBATE) Y DICCIONARIO DE LUGARES COMUNES SOBRE CATALUÑA: BREVIARIO DE TÓPICOS, RECETAS FALLIDAS E IDEAS QUE NO FUNCIONAN PARA RESOLVER LA CRISIS CATALANA (DEUSTO). JUNTO CON AURORA NACARINO-BRABO HA COORDINADO LA ESPAÑA DE ABEL (DEUSTO).

EN UN CUENTO de 1929, y ambientado en aquellos años, Thomas Mann narra el veraneo de una familia alemana en un pueblo de la costa italiana. La localidad, bien preparada para recibir a turistas, promete una estancia feliz, pero pronto el ambiente se carga de malos presagios. Algo envenena y crispa la atmósfera y parece tener su foco en las actuaciones de un tal Cipolla, mago ambulante que ofrece cada noche actuaciones a los veraneantes. Su especialidad es la de hipnotizar a personas del público, sobre el cual ejerce un misterioso magnetismo, mientras hace bromas de mal gusto sobre los extranjeros.

El cuento se llama *Mario y el Mago* y no desvelaré su final. Si diré que existe coincidencia entre los estudiosos de Mann en creer que su autor, de natural remiso al compromiso político, estaba alertando del riesgo que traían a la Europa de entreguerras los políticos demagogos y líderes de masas que, como el Cipolla del cuento, parecían tener la habilidad de poner en trance a los ciudadanos y hechizarlos con las palabras. El mago de Mann es el fascismo, aunque también podría ser el nacionalismo o cualquier otra ideología capaz de desactivar nuestro sentido crítico con la golosina del chovinismo y convertimos en autómatas.

Al leer el cuento hace poco pensé en lo muy distinto que era Cipolla de otro mago de la literatura que siempre ha contado con mi predilección. Me refiero a Próspero, el hechicero que Shakespeare hace protagonista de su obra *La Tempestad*. Legítimo duque de Milán, Próspero ha aprendido en los libros conjuros que le permiten gobernar sabiamente la isla donde vive desterrado con su hija Miranda. Como todo personaje shakesperiano, se trata de una figura compleja y ambigua, rica en matices: el trato que dispensa a sus siervos autóctonos le ha ganado fama de colonizador entre los exégetas más críticos de la obra.

Espero no caer en una analogía en exceso rebuscada, pero últimamente me imagino a los ciudadanos europeos como estando bajo el influjo alternativo de estos dos hechiceros tan distintos, representantes de las dos almas del continente: el racionalismo ilustrado y el chovinismo nacionalista. Durante mucho tiempo, hemos vivido en Europa bajo el encanto de Próspero, mago de la técnica y del buen gobierno. Encarna cuanto la Unión tiene de utopía tecnocrática: la idea de que los europeos, libres ya de la guerra, podíamos también aspirar a librarnos

del mal gobierno, a través de la progresiva inyección de racionalidad en las políticas nacionales; una inyección administrada desde instituciones comunitarias independientes y superadoras del Estado-Nación. Así, si el Banco Central Europeo se ha centrado en evitar crisis monetarias por hiperinflación, –con bastante éxito, por cierto–, la Comisión se conjura para prevenir las crisis fiscales por gasto excesivo. Pero esta vigilancia tecnocrática se vive últimamente como un corsé asfixiante en el que no caben nuestros sueños y ambiciones. La frustración y la sospecha de que algún sortilegio salido del magín de Bruselas puede haber sido poco acertado, hace que más y más europeos experimenten el deseo de ceder a la hipnoterapia de Cipolla, el mago embaucador que les promete un retorno al refugio confortable de la nación soberana. Si queremos remontar el vuelo, se nos dice, debemos rescindir el contrato europeo y recuperar soberanía para nuestros países. Tal es, al menos, el mensaje –vencedor ya en Reino Unido– que pregonan una serie de fuerzas soberanistas (anteriormente llamadas euroescépticas) que aspiran a lograr una mayoría de escaños esta primavera en las próximas elecciones al Parlamento Europeo.

El panorama no resulta alentador y hay quien cree estar presenciando un brusco viraje de la historia. En el *Manifiesto por un patriotismo europeo*, promovido por el francés Bernard Henry-Levy y firmado por treinta intelectuales europeos, se nos advierte que «Europa está en peligro»; leemos también que «Europa como idea, voluntad y representación se está deshaciendo ante nuestra mirada». No voy a despreciar yo la amenaza que supone el avance nacionalpopulista en el continente, y sin embargo me siento ligeramente más optimista que los firmantes del manifiesto. No debemos olvidar que si el europeísmo pudo dar zancadas a lo largo de seis décadas fue gracias a que el nacionalismo tenía la guardia muy baja tras el *armageddon* europeo. El instinto nacional de los Estados estaba avergonzado y no opuso resistencia a la construcción de Europa. En un continente envejecido que teme no poder competir en una economía globalizada y cuyas clases medias experimentan una cierta sensación de desclasamiento, era previsible que el nacionalismo, ese viejo demonio embaucador y fullero, nos tentara con el retorno al nido nacional. Tras la sístole europeísta en el corazón del continente llega así la diástole renacionalizadora. Quizá lo prudente para quienes seguimos creyendo en el proyecto europeo sea rebajar nuestras expectativas a corto plazo y resistir en las posiciones ganadas, hasta que el corazón vuelva a bombear europeísmo. Si dentro de diez años los europeos seguimos viajando sin ser detenidos en las fronteras internas, empleando una moneda única y pudiendo reclamar las decisiones de los gobiernos nacionales ante instancias europeas, entonces –argumenta Ivan Krastev en su iluminador *After Europe*– los europeístas habremos ganado. Es suficiente. Es mucho. Al menos, hasta que la función del mago Cipolla vuelva a quedarse sin público. ●

NÚMERO
86



La historia de un éxito

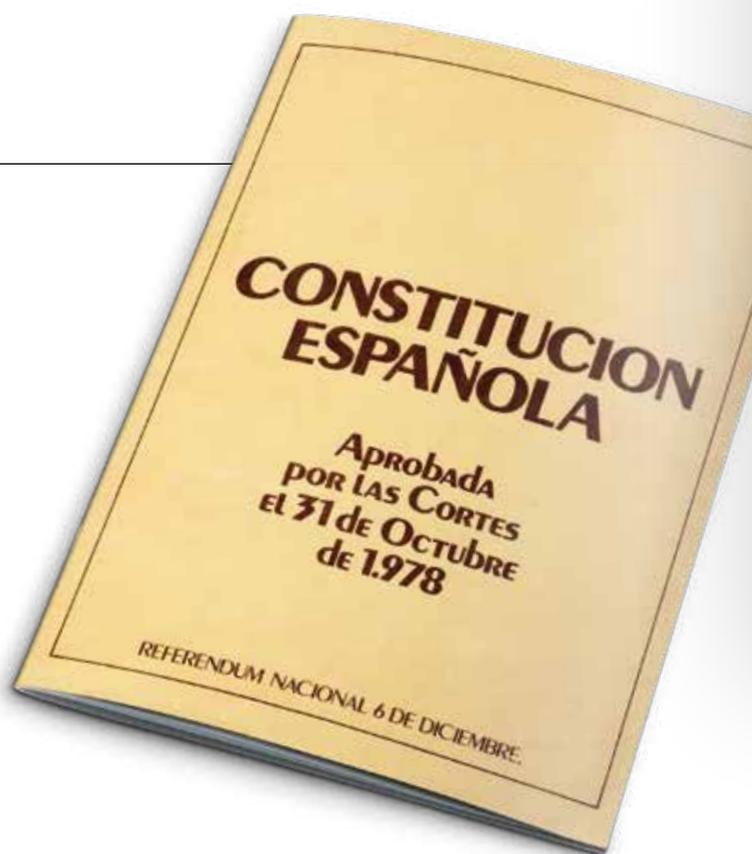
PILAR GARCÍA DE LA GRANJA

PERIODISTA

LA INQUIETUD que muchos españoles experimentan en estos momentos es perfectamente razonable: la combinación de una profunda crisis económica con el conocimiento de tantos casos de corrupción política, el intento de secesión protagonizado por las instituciones autonómicas catalanas y la formación de un gobierno inaudito, tanto por la composición de la coalición parlamentaria que lo soporta, como por los primeros pasos que ha dado, han sido el caldo de cultivo idóneo para que la voces que proclaman el fin del Régimen del 78 se hayan impuesto a otras más ponderadas. En estas líneas me quiero sumar a quienes creen que la Constitución ha sido un éxito de todos los españoles que ha hecho posible uno de los períodos más prósperos y estables de la España contemporánea.

Lo que necesitamos es una visión posibilista que busque solución para lo imperfecto y mantenga lo que ha dado tantos frutos. Ojalá los españoles mostremos al mundo la misma sabiduría que ayudó a que la Transición fuera un éxito que sólo algunos españoles discuten

De mi visión optimista sobre la Constitución no se deriva que sea perfecta, ni que no haya espacio para reformar los aspectos que claramente han funcionado de manera imperfecta. Sin embargo, es preocupante que un país con nuestra historia llegue inmediatamente a la conclusión de que hay que hacer una revolución, una más. Es evidente que los sucesos del uno de octubre del año pasado deben ayudarnos a reformar el entramado institucional que



NÚMERO
85

los hicieron posibles, y tenemos ejemplos cercanos que muestran un camino perfectamente practicable, como la suspensión de la autonomía de Irlanda del Norte. Pero de ahí a poner en cuestión el régimen autonómico en su integridad hay un trecho que yo no he recorrido. A mí me parece que los españoles están razonablemente satisfechos con el funcionamiento de sus Comunidades Autónomas, y que es más que razonable que lo estén. Claro que hay incentivos perversos que debemos afrontar: el sistema fiscal, la falta de coordinación, la necesidad de fortalecer los elementos comunes sobre las diferencias entre nosotros. Los partidos políticos -en la izquierda moderada y en el centro derecha- que acierten a proponer reformas razonables para mejorar en vez de rupturas radicales que todo lo pongan en cuestión serán los que triunfen en una sociedad que no quiere perder lo mucho que España ha conseguido durante los últimos cuarenta años.

Yo creo que, como país, esto es lo que necesitamos: una visión posibilista que busque solución para lo imperfecto y mantenga lo que ha dado tantos frutos. Ojalá los españoles mostremos al mundo la misma sabiduría que ayudó a que la Transición fuera un éxito que sólo algunos españoles discuten. ●



La ausencia de consenso aleja su reforma

Revisar el Título VIII (Estructura territorial)
llevaría al Título III (La Corona)

ANABEL DÍEZ

CORRESPONSAL PARLAMENTARIA DE EL PAÍS

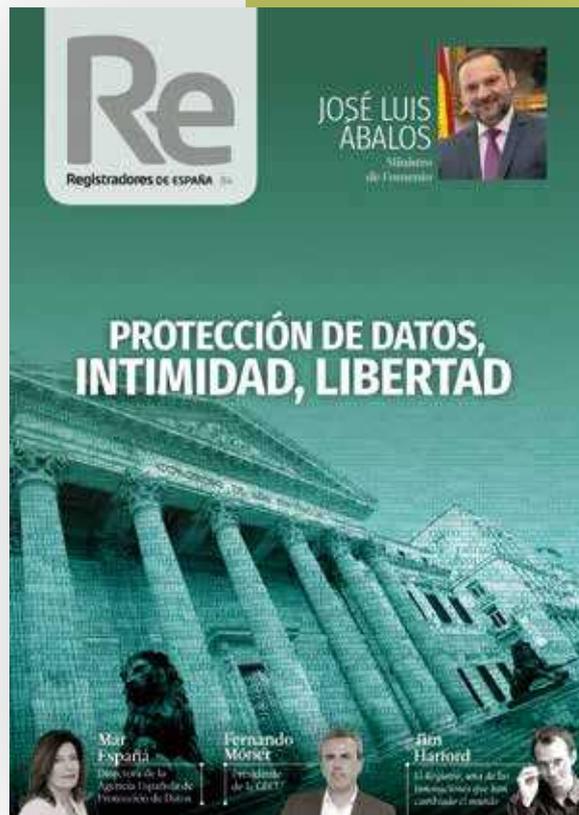
LOS PREPARATIVOS para el 40º Aniversario de la Constitución están en marcha por todos los rincones de España en multitud de organismos, instituciones académicas, jurídicas, universitarias y políticas. En cada provincia y ciudad de España se notará la presencia de esta efeméride pero, sobre todo, los medios de comunicación fijarán su atención en las Cortes Generales cuyo consejo asesor, nombrado para la ocasión, perfila los actos. Todo estará formalmente preparado pero no puede preverse cuál será la discusión de los actores políticos en el último trimestre del año y cómo empezará el nuevo. ¿Se defenderá la reforma de la Ley Fundamental? La clamorosa ausencia de consenso político induce a considerar que no es momento de cambios. Bastante tarea tendrán los reformistas con defenderla y hacer valer ante la ciudadanía que estos han sido los 40 años de mayor estabilidad de la Historia de España.

Cuando se pide a los actores de la reforma constitucional de 1977 que sinteticen cómo pudo hacerse tan magna obra entre políticos de tan diversas y enfrentadas procedencias, no solo por la guerra civil sino por la ominosa dictadura, son variadas las respuestas. Entre todas, hay una que apunta a ser la más certera, la más determinante: Había un objetivo común. Centro, derechas, izquierdas y nacionalistas consideraron que lo esencial era sacar a España del

agujero negro de la Historia. Los españoles tenían derecho a ver a su país de igual a igual con las naciones de su entorno. Una vez celebradas las elecciones constituyentes en 1977, el referéndum de la Constitución 1978 y sucesivos comicios el avance y las reformas en España fueron trepidantes.

No es posible, sin embargo, edulcorar todo aquel proceso en el que hubo sufrimiento y sangre con zarpazos terribles del terrorismo y coletazos severos de los inmovilistas del régimen dictatorial que se resistían a que en España hubiera libertad.

La clamorosa ausencia de consenso político induce a considerar que no es momento de cambios. Bastante tarea tendrán los reformistas con defenderla y hacer valer ante la ciudadanía que estos han sido los 40 años de mayor estabilidad de la Historia de España



Los padres constituyentes reconocen que nada estaba escrito y el vértigo les acompañó durante mucho tiempo.

Nadie pudo anticipar que llegados a su 40º aniversario pudiera producirse el cuestionamiento del “régimen de 1978”, expresión con toda la carga peyorativa que pueda imaginarse. Los intentos de evaluar el funcionamiento de la Constitución en estas cuatro décadas, con tranquilidad, sin prejuicios, pueden declararse fracasados. Los borradores sobre los asuntos en los que pudiera haber acuerdo chocan con el desacuerdo en cuestiones fundamentales. El primero, si se abren las páginas del Título VIII de la Constitución sobre el modelo territorial, como aspira un parte del Parlamento. No se puede reformar la Constitución para satisfacer a una minoría, responde otro sector relevante. Para hacerlo imposible, esa minoría, representada por los nacionalistas, considera inaceptable, por insuficiente, el planteamiento reformista de quien aboga “solo” por mayores cotas de autogobierno, cuando ellos quieren la independencia. Y del título VIII al Título II: La Corona. Quiénes proclaman las deficiencias de la transición de la dictadura a la democracia aboga por preguntar explícitamente a los ciudadanos que se definan entre Monarquía o República.

Con estas motivaciones tan radicalmente diferentes no será este el aniversario de la Constitución del que salga la decisión de su reforma para perfeccionarla.

El cumpleaños se considerará adecuadamente celebrado si una mayoría reconoce que con la Constitución de 1978 la sociedad española ha superado con bien la mayor crisis económica desde los albores de la democracia, la abdicación de un rey y la entronización de su sucesor y se ha contenido el intento de secesión de una parte de España. ●

NÚMERO
84



La antipolítica llegó a Europa

EDURNE URIARTE

PERIODISTA

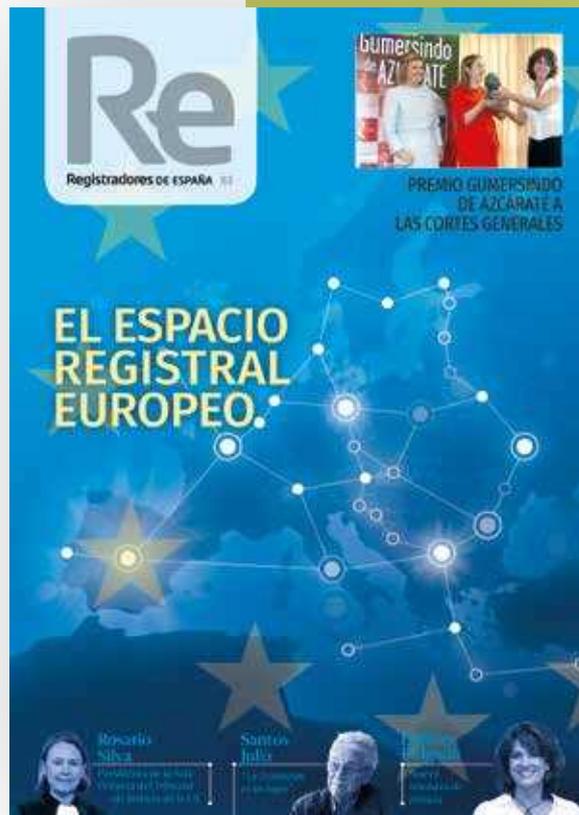
DURANTE mucho tiempo creímos que la crisis de la política era un problema de los Gobiernos y Parlamentos nacionales, que la creciente desconfianza en los políticos y la irritación hacia la política afectaban a las naciones. Y que Europa y sus instituciones representaban la confianza, la renovación y el futuro. O que Europa era un valor seguro, incuestionable, inevitable. Pero los últimos diez años han puesto en evidencia que esos sentimientos negativos, la antipolítica, han llegado también a las instituciones europeas y que el futuro de la Unión Europea presenta inesperadas incertidumbres. Lo muestran las encuestas y lo certifican los nuevos partidos y movimientos populistas antieuropeos.

Los datos del Eurobarómetro, la encuesta periódica de opinión pública de la Unión Europea, muestran que la confianza en las instituciones europeas también ha descendido en los últimos diez años. En 2004, el porcentaje de europeos que confiaba en las instituciones europeas era del 50%; subió al

57% en 2007, pero descendió al 41% en la última encuesta de 2017. Ciertamente esa confianza siempre ha sido mayor que la depositada por los ciudadanos en sus Gobiernos y Parlamentos nacionales, pero ahora la distancia entre unos y otros es menor que nunca. En 2004, la UE superaba en 16 puntos a los Gobiernos y en 12 a los Parlamentos, pero en 2017 tan sólo se distanciaba 5 de los Gobiernos y 6 de los Parlamentos.

España aún permanece notablemente fiel al espíritu pasado de la Unión Europea, quizá por el recuerdo vivo de nuestro pasado, quizá por las amenazas nacionalistas internas. Los españoles estamos entre los europeos con sentimiento más fuerte de ciudadanía europea

¿Qué le ha pasado a la Unión Europea? Una gran crisis económica, por un lado, y la percepción añadida de que la Unión Europea es la responsable de los recortes en el gasto público asociados a la crisis. El aumento de poder de las instituciones europeas ha ido acompañado de un crecimiento de la crítica. Antes, los ciudadanos responsabilizaban sobre todo a sus Gobiernos nacionales de los



NÚMERO
83

problemas nacionales; ahora, corresponsabilizan a la UE. Y, además, le otorgan especial relevancia en una de las grandes preocupaciones de los europeos, la inmigración, que es para los europeos el primer problema de la UE. Y el tercer factor, junto a la crisis y el aumento de poder, que explica el aumento de la desconfianza hacia la Unión Europea, muy en especial en los países que han recibido mayores oleadas de inmigrantes y de refugiados. Si añadimos al cóctel anterior la reacción nacionalista contra lo que se considera intromisión de la UE en asuntos nacionales, el resultado es el Brexit y el crecimiento de los populismos antieuropeos, de extrema derecha, como el Frente Nacional en Francia, y de extrema izquierda, como Syriza en Grecia. O regionalistas como La Liga Norte italiana, o post-ideológicos como el Movimiento Cinco Estrellas.

España, sin embargo, aún permanece notablemente fiel al espíritu pasado de la Unión Europea, quizá por el recuerdo vivo de nuestro pasado, quizá por las amenazas nacionalistas internas. Los españoles estamos entre los europeos con sentimiento más fuerte de ciudadanía europea, sólo por detrás de los luxemburgueses, con un 88% de españoles que asumimos esa identidad. Y muy por delante de los menos identificados con Europa, los británicos, los italianos y los griegos. De ahí que el antieuropeísmo no tenga éxito en España. De ahí que Europa siga siendo una referencia altamente positiva para los españoles.

Pero no es nuestro fuerte europeísmo el que define en la actualidad la situación de la Unión Europea, sino más bien el crecimiento del populismo antieuropeo, ahora con la amenaza del nuevo Gobierno italiano. Nada puede darse por hecho en política como en la vida. Creímos que la Unión Europea sólo podía consolidarse, y he aquí que nos enfrentamos al complicado reto de recuperar su perdido esplendor y su promesa de futuro. ●



La situación de la mujer en el mercado laboral: los datos son optimistas

CARLOS CUESTA
PERIODISTA

HEMOS OÍDO hablar mucho los últimos días sobre la situación laboral de la mujer española. Sobre la brecha salarial y sobre la necesidad de medidas para acabar con las causas que hacen que pueda competir en inferioridad frente al hombre. La aportación de propuestas para mejorar la actual situación siempre es provechosa. Pero algunas de las afirmaciones que hemos escuchado, o carecían por completo de datos, o se apoyaban en argumentos falsos.

Porque lo cierto es que el panorama negro que se ha llegado a pintar en algunas ocasiones no se corresponde a la evolución real del mercado laboral femenino. Estos son algunos de los datos estadísticos. Datos que dibujan un panorama sobre el que se debe seguir mejorando, por supuesto. Pero datos netamente optimistas.

La aportación de propuestas para mejorar la actual situación siempre es provechosa. Pero algunas de las afirmaciones que hemos escuchado, o carecían por completo de datos, o se apoyaban en argumentos falsos

Los últimos años han servido para consolidar las tendencias positivas de la mujer en el mercado laboral. Desde el inicio de la crisis, las principales variables de actividad, ocupación y paro muestran tendencias positivas en su incorporación en igualdad al mercado de trabajo y proyección en él. Así, en estos momentos, apenas existen diferencias de género significativas entre los jóvenes. El complemento de maternidad está beneficiando sensiblemente a las mujeres, con subidas de su pensión por este concepto de hasta un 15%. La población activa femenina ronda ya los once millones de mujeres activas, en los niveles más altos de la serie histórica. Y la tasa de actividad femenina en España supera en casi dos puntos la media de la UE.

El empleo de las mujeres, por su parte, mantiene una tasa de crecimiento del 2,5% y la tasa de empleo sube en todos los tramos de edad, llegando al 56% para el conjunto de las mujeres, y con una reducción de la diferencia con la media europea de más de seis puntos.

La tasa de actividad femenina sigue esta misma tendencia y supera ya el 70%, más de dos puntos por encima de la media europea. Todo ello, con niveles de reducción del paro superiores al 10% anuales y en todas las edades.



No se trata de un año extraño. Sino más bien de algo que empieza a confirmarse como tendencia procedente de pasado ejercicios.

Así, el último informe del Ministerio de Empleo sobre la situación de la mujer en el mercado laboral -elaborado con los datos cerrados de 2016- mostraba igualmente caídas de más de dos puntos porcentuales del paro femenino logrando quedar a 10 puntos del nivel europeo por primera vez desde 2009.

Y todo ello avala, en absoluto el pesimismo mostrado en los últimos días por algunos sectores. Más bien, todo lo contrario: un sano y cauto optimismo. Porque la brecha de género ha llegado a mínimos históricos: diez puntos en tasas de actividad y de empleo, frente a casi veinte puntos en 2007. Y ello, con diferencias aún menores entre los jóvenes: de 4,2 puntos en tasa de actividad, y de 2,6 puntos en tasa de empleo.

Es más, según el último estudio del Ministerio de Empleo, el número de mujeres activas con alta cualificación ha subido un 28,3% entre 2007 y 2016. Y ese mismo 2016, de hecho, confirmó el dato de que las mujeres ya son mayoría entre los activos con nivel de estudios alto y en el empleo cualificado, representando el 53%, mientras que son minoría en los niveles bajos, menos del 40%.

Y todo ello, consiguiendo que el impacto de la maternidad sobre el empleo se encuentre en niveles mínimos, claramente inferiores a la media europea: la tasa de empleo de las mujeres con hijos es solamente 2,5 puntos inferior a la de la mujer sin hijos, frente a 8,8 puntos de diferencia para la media UE. Una diferencia que, además, se ha reducido desde 2007 en más de nueve puntos.

El escenario se complementa con otro dato alentador. Porque el 73,1% de las mujeres asalariadas tienen contrato indefinido, 5,6 puntos más que en 2011.

Esos son los datos estadísticos. Datos que avalan que hay que seguir avanzando. Pero en la dirección de las reformas laborales actuales. ●

NÚMERO
82



Lo que hace pequeño a un líder

CRISTINA DE LA HOZ

COMENTARISTA POLÍTICA

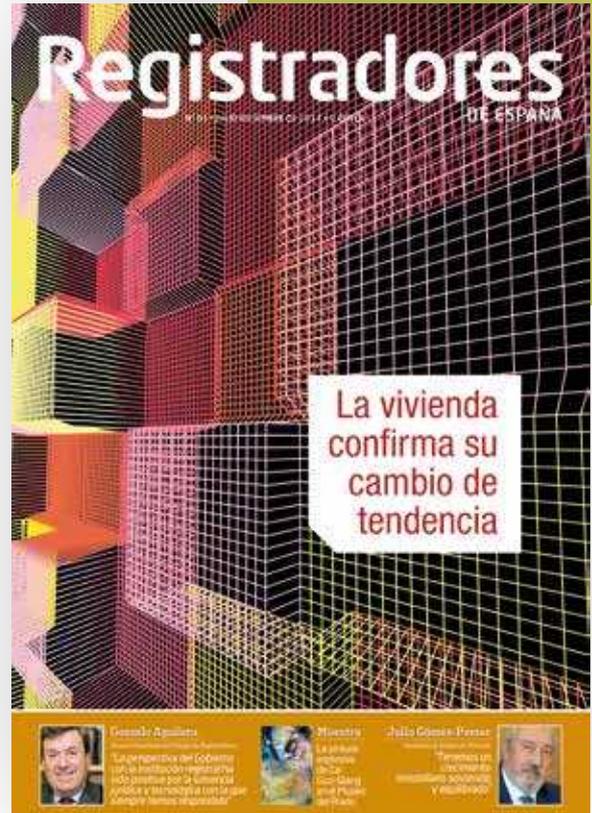
ES DESOLADOR que hoy la megalomanía y la ambición personal de algunos nos hayan conducido al estado lamentable en que nos encontramos. (...) Están utilizando un truco muy conocido y muy desacreditado, es decir, el de convertirse en el perseguido, en la víctima; y así hemos podido leer en ciertas declaraciones que España nos persigue, que nos boicotea, que nos recorta en Estatuto, que nos desprecia, que se deja llevar por antipatías hacia nosotros”. Corre el 16 de abril de 1981. El diario catalán La Vanguardia de ese día dedica su página 10 a una extensa carta que el expresidente de la Generalitat Josep Tarradellas hace llegar al entonces director del medio, Horacio Vázquez-Rial. Su lectura resulta estremecedoramente actual, como si no hubieran pasado treinta y seis años desde entonces.

El independentismo ha conseguido congelar el tiempo, instalarse en la imagen de una España en blanco y negro inexistente, en la que nada ha cambiado en más de tres décadas y media. Demostración palmaria de que las ideologías sostenidas en una especie de supremacismo territorial, sea de raza, religión, lengua o historia, resultan reduccionistas y empobrecedoras.

El histórico presidente de la Generalitat, el mismo que se sobrepuso a la brecha de un país herido por una Guerra Civil y la dictadura franquista, alertaba en aquella antigua misiva contra un Jordi Pujol que acabaría “deteriorando” la relación de Cataluña con el resto de España, que tensaría un vínculo “para llegar a la ruptura de la política de unidad, de paz y de hermandad aceptada por todos los ciudadanos”.

Si Tarradellas hablaba así de quien durante veinte y tres años fue investido con la púrpura de hombre de Estado imprescindible para la gobernabilidad y articulación de España, antes de naufragar en la ignominia de cuentas no declaradas en el extranjero, ¿qué no diría ahora de Carles Puigdemont?

Cabe preguntarse dónde reside la grandeza de un líder. No, desde luego, en quien arrastra a parte de un pueblo a un callejón sin salida y hace de ese recorrido una tortuosa senda de tierra quemada. Porque si algo ha demos-



trado el destituido presidente de la Generalitat, ha sido su capacidad para dividir, desestabilizar, irritar y, cuando no, destruir, aquello que ha tocado, pero, también, una enorme resiliencia ante lo que Tarradellas alertó que nunca debía hacerse en política: el ridículo.

Instalado en la agnosia, el legado del catalán será un heteróclita amalgama de lo que hace pequeño a un líder. Ha terminado de aniquilar al otrora partido hegemónico de Cataluña, la extinta Convergencia, amenazada de irrelevancia parlamentaria en los comicios del 21-D; ha elevado el grado de crispación y enfrentamiento de una sociedad dividida en dos, erosión que sólo el independentismo niega; ha arrumbado las instituciones legítimas del autogobierno para lanzarlas contra los catalanes no independentistas y contra el resto de españoles y hasta ha abierto distintas brechas en el resto de la clase política, tanto entre los que fueron sus compañeros de armas como en aquellos que intentan navegar entre la ambigüedad y la complicidad con un golpe de estado institucional.

Y cuando decidió huir de la acción de la justicia de nuestro país para instalarse en Bélgica, desde donde construir su relato de pueblo oprimido, puso a prueba las costuras de un gobierno que tardó más de quinientos días en constituirse y la paciencia de unas instituciones comunitarias que le han declarado personaje “non grato” y al que ven como una rareza pero, también, como amenaza para el futuro de Europa.

Ha internacionalizado el “conflicto” a base de crear irritación e incomodidad, acompañado de las fuerzas nacionalistas de la ultraderecha que, no nos engañemos, usan Cataluña para sus propios fines. Hasta que se cansen o hasta que Puigdemont, como aquel personaje de Astérix y Obelix, consiga sembrar en ellos también su cizaña.

Porque sí, este artículo ha comenzado recordando la grandeza de una figura histórica como Josep Tarradellas y terminado en otra de puro cómic. ●

NÚMERO
81



Ese mantra llamado Transformación Digital

@LUISJASÁNCHEZ

PERIODISTA Y EMPRENDEDOR JURÍDICO

LO OÍMOS en todas las conversaciones, reuniones y encuentros de alto nivel. Si no estás acometiendo la transformación digital de tu negocio te estás equivocando y te puedes quedar fuera de un mercado muy competitivo. Es, por así decirlo, uno de los mantras de este año del que no puedes dejar de opinar en alguna ocasión.

Los expertos ya hablan de la Cuarta Revolución Industrial. En un corto espacio de tiempo se han juntado el análisis de datos masivo en el Big Data, la capacidad de los drones o el Internet de las Cosas, interconexión cotidiana de los objetos con Internet. Mucho para el legislador qué, de momento ha preferido ver cómo evolucionan a intentar regularlos.

Lo fundamental que se debe saber de este proceso, en el que la tecnología va a ayudar a la gestión de nuestra empresa, es que no hay estándares que se puedan utilizar de forma general. El éxito de incorporar estas herramientas tecnológicas pasa por adecuarse a las necesidades de las empresas.

Desde este contexto, la tecnología se convierte no ya en la herramienta que ayudaba únicamente a gestionar nuestro negocio, sino también a una parte importante. En esa relación que mantengamos con nuestro cliente se abre un canal mucho más fluido gracias a la tecnología. Estamos más y mejor conectados. Aprovechémoslo, entonces.

En este entorno global nuestros clientes también sacan partido del contexto en el que nos movemos. Gracias a Internet pueden, no sólo consultar informaciones y datos de nuestra empresa sino también tener acceso a competidores para así poder elegir mejor el proveedor que buscan para hacer crecer su negocio.

Apostar por la tecnología es hacerlo por la formación. Una formación también a medida. Está comprobado que si uno encuentra el profesional adecuado, la adaptación a estos nuevos entornos tecnológicos será más sencillo. Como cualquier actividad formativa hay que estudiar, preguntar y ver la forma de encajar en este nuevo entorno formativo. Es menos complicado de lo que parece.



NÚMERO
80

La transformación digital va a cambiar la forma de trabajar de muchas empresas. Llega la flexibilidad, el trabajo por proyectos, la puesta en marcha de equipos multidisciplinares para resolver un tema. Un escenario mucho más abierto que va a reclamar un perfil de profesional de este tipo. Un experto que pueda manejarse en varios temas y que tenga una capacidad de adaptarse a otros entornos importantes. Es posible que las nuevas generaciones, más nativas digitales que otras, tengan algo ganado con su adscripción a este entorno digital, pero al final se trata de personas. De profesionales que quieran asumir el compromiso de la empresa de una nueva forma de ver las cosas. En este escenario, bien motivada una persona de cincuenta años puede hacerlo igual de bien que otra de treinta. Lo fundamental es que hayan recibido la formación adecuada para esa responsabilidad.

La otra vertiente de introducirse en este mundo global digital es que hay que adoptar las medidas preventivas suficientes para mitigar los ataques cibernéticos. Ya sabemos que nadie está libre de sufrir un estropicio que le haga perder datos o información, pero afortunadamente el mercado ofrece unas herramientas a modo de antivirus y otros programas que se lo pondrán muy difícil a aquellos que quieran entrar en nuestros servidores.

Llega la transformación digital y hay que adaptarse a ella aunque en muchos entornos profesionales sea la confianza la moneda que une al proveedor con su cliente. Una confianza que se hace con el trato directo, cercano y en cualquier momento entre ambos actores. Estoy convencido que a medio plazo será un elemento muy a tener en cuenta en el mundo de las profesiones jurídicas donde se tutelan derechos y libertades de los ciudadanos.

Tenemos que asumir la transformación digital de nuestro negocio y de nuestra sociedad como algo que merezca la pena. Una manera de hacer mejor y más habitable nuestro entorno y más conciliable con nuestra vida personal nuestro propio trabajo. Si no lo logramos estaremos perdiendo una gran oportunidad de aspirar a ser felices. ●



Diez años arrastrando los pies

XAVIER GIL PECHARROMÁN

DIRECTOR DE IURIS&LEX. JEFE DE NORMAS Y TRIBUTOS DE ELECONOMISTA

UNA VECINA mía, coetánea de mis abuelas, sucumbió a la tentación de quitarse una década de sus partidas de nacimiento, que habían fenecido años antes en un incendio. El resultado fue, que al cumplir los setenta años sus compañeros de toda la vida se jubilaron y ella tuvo que arrastrar sus pies, literalmente, durante otros diez años. Hasta que en su carné de identidad constó que había cumplido la fecha para poder jubilarse, algo que sus hermanos menores habían podido hacer años antes. Este sinsentido, gracias a Dios, ya no es posible. Y no lo es, merced a los cambios experimentados por la sociedad, las Administraciones y la tecnología.

Hace ya unos años, allá por los últimos ochenta y principios de los noventa del pasado siglo, que los 'gurús' tecnológicos hablaban de la tecnología en términos laudatorios. Se centraban sus charlas para quienes se iban a enfrentar a los ordenadores en la ayuda que supondría su uso, en que se sacaría adelante el trabajo en un mínimo de tiempo y se podía disfrutar del ocio el resto del día. Este era un edén y la mayoría de nosotros unos ilusos. Por cierto, que estos 'gurús' le sacaban una considerable cantidad de dinero a las empresas, cuando se planteaban tirar sus vetustas máquinas de escribir.

Decía Ortega y Gasset, que el progreso no consiste en aniquilar hoy el ayer, sino, al revés, en conservar aquella esencia del ayer que tuvo la virtud. Sin embargo, la revolución de las máquinas no ha dejado de medrar hasta llegar a dividirnos entre nativos digitales y los que no lo somos.

Las primeras aplicaciones industriales en Europa, aplicaciones de robots industriales en cadenas de fabricación de automóviles, datan de los años 1970 y 1971. Pero lo más grande, aún estaba por llegar. Ya el Real Decreto 3902/1972, fue un aviso. Esta norma, vino a incluir entre las causas de despido de los trabajadores fijos las tecnológicas, que aún se vieron acrecentadas con el Real Decreto-Ley 17/1977 sobre relaciones de trabajo, que hacía carne de despido objetivo del trabajador. La revolución tecnológica se ha disparado desde entonces.

Mientras la revolución industrial tardó algo menos de cien años en hacerse totalmente efectiva, la tecnológica se reinventa periódicamente, con ciclos cada vez más cortos según aparecen nuevas tecnologías, materiales, aparatos y funciones.



Desde los inicios del teléfono celular hasta los actuales 'smartphones' con tecnología 5G no han pasado más allá de cuarenta años. Y hemos visto desaparecer el telégrafo, el fax, el 'cassette', el video y otras muchas tecnologías, hasta llegar a los albores de la inteligencia artificial.

Y a todo esto, las empresas han tenido que informatizarse, incluir redes para el desarrollo de su trabajo interconectado a escala mundial con todos los rincones del mundo. La tecnología ha traído la globalización en todos sus aspectos positivos y negativos en todas las áreas de la vida social e, incluso, individual.

El problema es que hoy en día, muchas empresas son capaces de saber dónde se encuentra cada ciudadano y que está haciendo, qué piensa y cuáles van a ser sus próximos pasos. La falta de legislación global permite muchos negocios con los datos de los usuarios de la tecnología y ya se oye hablar de ciberterrorismo, ciberdefensa, ciberguerra, ciberacoso y ciberdelincuencia.

Es posible atacar el sistema informático de una empresa y secuestrarlo a cambio de dinero, influir en una campaña electoral cambiando las redes públicas por el 'pucherazo' de toda la vida. Y, además, estamos en guerra sin saberlo. Una guerra silenciosa en la que algunos ejércitos del mundo 'hackean' instalaciones críticas y de defensa, sin que la mayoría lo sospechemos.

Así, las empresas que pagaban a aquellos 'gurús' del futuro idílico, ahora gastan una parte cada vez mayor de sus ingresos en ciberseguridad para evitar a las tramas internacionales y se ven obligadas, cada vez más, a colaborar 'desinteresadamente' con las Administraciones. Ya llevan lo suyo.

A mí, mientras tanto, me da miedo que un 'hacker' pueda suplantar mi personalidad, como he visto ya en las películas y como anuncian ahora los 'gurús' de la ciberseguridad, pero aún me da más miedo que alguien quite diez años de los datos digitalizados de mi partida de nacimiento y me vea obligado a arrastrar los pies durante diez años, sin poder jubilarme, como mi vecina, la de la edad de mis abuelas. He vuelto a mis orígenes. ●

NÚMERO
79



Mucho más ser y menos estar

RAQUEL DÍAZ GUIJARRO

PERIODISTA

AL GOBIERNO del PP en general y a Mariano Rajoy en particular no han dejado de reprocharle el incumplimiento de una de sus medidas estrella: la rebaja de impuestos. Pero, nadie o casi nadie habla de otro incumplimiento mucho más flagrante que de haberse llevado a cabo a partir de 2012, habría cambiado la vida de millones de españoles de forma incluso más crucial de lo que lo hace el pagar más o menos a Hacienda, como es la racionalización de los horarios. Es curioso comprobar cómo en España antes incluso de debatir cómo hacer más eficientes las jornadas de trabajo, comenzó a hablarse de la conciliación de la vida personal y laboral. Es decir, que quiso iniciarse la casa por el tejado. Pues bien, al haber incluido este objetivo, el de racionalizar los horarios, en el acuerdo suscrito por PP y Ciudadanos, el debate no solo ha vuelto a reabrirse, sino que parece que esta vez va en serio; o eso esperamos aquellos que pensamos que otra forma de trabajar sí es posible.

Se mida como se mida, en todas las estadísticas sobre cuántas horas trabajan los europeos al año, los españoles solemos salir mal parados. No solo porque pertenecemos al pelotón de los que más tiempo dedicamos a nuestra profesión, sino porque al evaluar el desempeño, tampoco destacamos por ser de los más eficientes. Es decir, que trabajamos mucho y, encima, no nos luce. Y, aunque no se trata de cuestionar esas estadísticas que miden la productividad, lo cierto es que en términos agregados, con dos millones largos menos de gente trabajando, en la actualidad el conjunto de los ocupados españoles produce ya prácticamente la misma riqueza (PIB) que antes de la crisis. Esto significa que sí se ha avanzado, y de qué manera, en términos de productividad de forma agregada.

¿Cuántos de ustedes después de una larga jornada han tenido que asistir atónitos a una reunión a las cinco de la tarde de la que desgraciadamente salen preguntándose qué ha cambiado ese encuentro que era "inaplazable", según el jefe?

Sin embargo, todavía hay mucho que hacer y sorprende que sea la ministra de Empleo, Fátima Báñez, quien invite a empresas y organizaciones sindicales a buscar los consensos necesarios para intentar que la jornada laboral no se prolongue más allá de las seis de la



tarde cuando ella como ministra del ramo puede hacer mucho y servir de ejemplo. Y como ella, todos los miembros del Ejecutivo, así como diputados y senadores. Un primer paso sería no convocar reuniones más allá de las cuatro de la tarde. De hecho, algunos departamentos ya procuran hacerlo y otros parecen ir contrarriente sin una justificación clara. Mientras es habitual que las conferencias sectoriales de Educación o Vivienda se celebren por la mañana, jamás un Consejo de Política Fiscal y Financiera se ha reunido antes de la comida y la razón que esgrime Hacienda es que “los consejeros tienen que viajar”. También tienen que hacerlo los del resto de áreas y eso no impide que se reúnan en Madrid por la mañana. ¿Cómo se explica? Es evidente que parece una cuestión de voluntad. O es que ¿alguien entiende que después de 10 meses en funciones y ser investido presidente un sábado, Mariano Rajoy anunciara el nombre de sus ministros el jueves siguiente a las siete de la tarde? Y esto que sucede en la Administración es perfectamente trasladable al ámbito de la empresa privada.

¿Cuántos de ustedes después de una larga jornada han tenido que asistir atónitos a una reunión a las cinco de la tarde de la que desgraciadamente salen preguntándose qué ha cambiado ese encuentro que era “inaplazable”, según el jefe? Y así cientos de ejemplos que es mejor no enumerar para soliviantarse lo justo. Es cierto que trabajar hasta las seis es impensable que se aplique por decreto ni que llegue a todos los sectores, pero si todos los eslabones de la cadena ponen de su parte, se podría avanzar bastante. Imaginen un mundo en el que las jornadas de padres e hijos son similares y no son necesarias actividades extraescolares cuyo único fin es coordinar los horarios de ambos. O piensen, por un momento, las tareas que podrían realizarse adelantando la salida del trabajo dos o tres horas. Más formación, más idiomas, la eterna asignatura pendiente, más deporte, mucho más ser y menos estar; en definitiva, más y mejor vida. ●

NÚMERO
78



La mala fama del mundo del Derecho

ALMUDENA VIGIL HOCHLEITNER

PERIODISTA JURÍDICA Y COAUTORA DE “NOTICIAS, LAS JUSTAS”, OBRA COORDINADA POR EL PERIODISTA SERGIO MARTÍN Y EDITADA POR WOLTERS KLUWER, EN LA QUE SE ANALIZA EL RETO DE ADAPTAR EL LENGUAJE JURÍDICO A LA SOCIEDAD.

EL MUNDO DEL DERECHO tiene mala fama. No lo puede evitar. La gente lo observa desde la distancia y el escepticismo. A veces con miedo, porque asustan sus términos. Su reputación está en juego cada día, en cada telediario, en cada titular o noticia de portada. Es omnipresente y, sin embargo, incomprendido. Se desarrolla en cientos de miles de normas. En cientos de miles de sentencias. Y a pesar de su complejidad y amplitud, son muchos los que opinan sobre cómo debe ser y pocos los que de verdad entienden lo que realmente es.

El Derecho afecta a la vida de todos los ciudadanos, cada uno de los actos que una persona realiza en su día a día tiene su reflejo legal y, sin embargo, apenas se estudia en los colegios. No forma parte de la cultura general que se imparte en las aulas aunque probablemente vaya a tener mayor incidencia en la vida real de cualquier adulto que las ecuaciones integrales (con permiso de los estudiantes de la rama de ciencias).

El Derecho puede ser todo un misterio para quienes, desde fuera, intentan acercarse a él. Es ese miedo a lo desconocido. Los no iniciados en la materia tratan de entender cómo puede dar respuesta a los asuntos más cotidianos, a los nuevos problemas de la sociedad moderna o a los avances de la tecnología. Y muchas veces ven frustradas sus expectativas porque no es capaz de ofrecer la solución que esperan (y a la velocidad deseada) o porque simplemente la respuesta que se obtiene no coincide con la anhelada. Tiene mala prensa y se emplea como arma arrojadiza para defender una u otra postura.

Y, sin embargo, el Derecho es la base sobre la que se construye cualquier sociedad. Las normas básicas de convivencia, posteriormente aplicadas e interpretadas por los órganos judiciales.

El problema es que difícilmente puede haber justicia en una sociedad que no entiende lo que dicen las leyes o las sentencias de los tribunales. Según una encuesta que hizo el Consejo General del Poder Judicial, el 82% de la población que entra en contacto con la justicia no comprende bien lo que lee u oye. De acuerdo que buena parte del problema está en el bajo grado de conocimiento de Derecho por parte de la sociedad (¿acaso sólo deben entender las leyes los



NÚMERO
77

juristas?). Pero, ¿no será también culpa de lo difícil que se pone esta asignatura pendiente a los ciudadanos?, ¿es de verdad estrictamente necesario emplear un lenguaje alambicado cuando se habla de los derechos y deberes de todos?, ¿no tienen también su parte de responsabilidad quienes fomentan que el Derecho sea un idioma no apto para todos los públicos?

Decía Albert Einstein que “si no puedes explicar algo de forma sencilla es que no lo has entendido bien”. El reto de adaptar el lenguaje jurídico a la sociedad es una tarea que debería tomarse más en serio si queremos contar con una sociedad formada e informada. Los periodistas –y en especial los especializados en el sector jurídico- estamos acostumbrados a ‘traducir’ el idioma legal a palabras llanas, que sean lo suficientemente correctas para que los juristas no se escandalicen con lo que leen y lo suficientemente claras para que el mensaje llegue a la sociedad. La clave está en encontrar ese equilibrio.

Pero ésta no debe ser una tarea exclusiva del gremio periodístico. También los profesionales del Derecho deberían esforzarse por hacerse entender. La divulgación no tiene por qué estar reñida con la precisión del mensaje que se transmite. Pero ya sabemos que simplificar es siempre más difícil, hacer sencillas cuestiones complejas requiere un esfuerzo mayor. Se tarda cinco minutos en escribir un discurso de una hora y una hora en escribir un discurso de cinco minutos. Es más fácil explicar conceptos técnicos con palabras técnicas que tratar de adaptar el discurso al público. Por eso, el reto será convencer a los juristas de la necesidad de clarificar el lenguaje jurídico, entendido como un derecho de los ciudadanos.

La sobreabundancia normativa tampoco ayuda. En un país en el que, en 2015, se publicaron 884 normas estatales y casi un millón de páginas de boletines del Estado y de las comunidades autónomas, difícilmente se puede esperar que la sociedad no jurista pueda estar al día, ni siquiera queriendo. Sin olvidar que, como decía Montesquieu, “las leyes inútiles debilitan a las necesarias”.

El uso de un lenguaje muy técnico, las expresiones propias del ‘argot’ jurídico, las alusiones continuas a preceptos legales o un uso frecuente de expresiones en latín son los ladrillos y el cemento que han contribuido a levantar un muro de incomprensión entre dos mundos, la Justicia y la sociedad. ¿Es esto seguridad jurídica? ●



Una cuestión estética

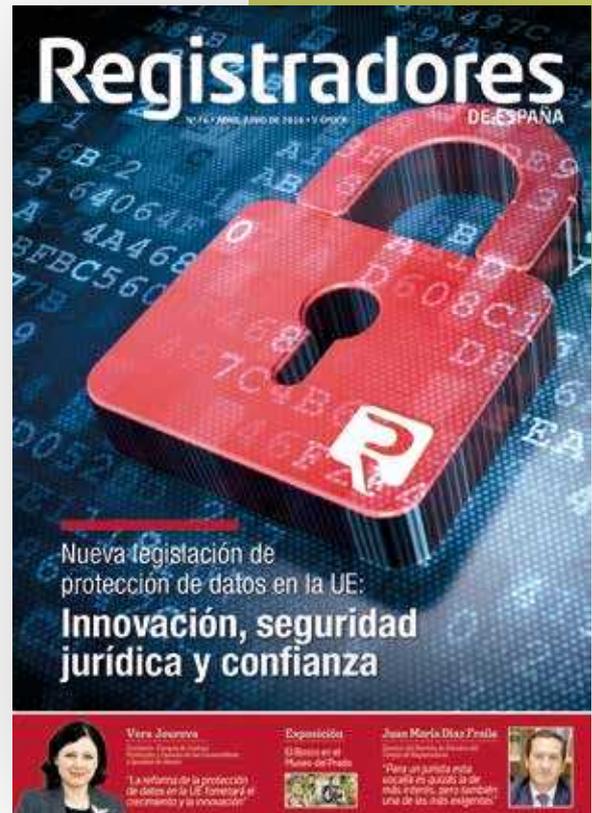
SERGIO MARTÍN HERRERA

DIRECTOR DEL CANAL 24 HORAS (TVE) Y DIRECTOR Y PRESENTADOR DE “LA NOCHE EN 24 HORAS”

ÚLTIMAMENTE están pasando muchas cosas. En la vida política del país, esta legislatura ha visto cómo los partidos tradicionales (al menos por sí solos) no están siendo capaces de dar respuesta a las demandas de la gente -en su propio lenguaje: votantes-. Han surgido nuevas fuerzas políticas, algo que, en sí mismo, ya es una noticia. Tan sólo un par de años antes nadie había sido capaz de predecir este cambio sustancial en la historia política de nuestro país. Los periódicos, los informativos de televisión y radio están volcando toda su energía en informar acerca de este momento histórico. En las tertulias se discute acerca de si estamos o no ante una “segunda transición política”. Los ciudadanos de nuestro país han vivido algo insólito: la repetición de unas segundas elecciones generales, después de cuatro meses (¡cuatro meses!) de dimes y diretes y tiras y aflojas entre los partidos (los nuevos y los viejos), incapaces de ponerse de acuerdo para investir presidente. Parece que nadie a estas alturas discutirá que estamos haciendo historia, sin connotaciones. “Haciendo historia”.

Pero está pasando mucho más. No es casualidad que ni los modos de contar noticias, ni el propio discurso de los candidatos, ni los formatos de los programas de televisión, ni la celebración de debates electorales... nada se asemeja al mundo conocido. Parecería una suerte de hilo transparente, casi invisible, capaz de tejer un nuevo paradigma o, sencillamente, una nueva “manera de hacer las cosas”. Eso que entre todos hemos llamado “un nuevo tiempo”.

Un tiempo nuevo en el que nada se parece a lo anterior. A la aparición de nuevos partidos políticos hay que sumar la irrupción, con mucha fuerza, de nuevos canales de televisión, que ponen en cuestión -como nunca antes había ocurrido- el liderazgo en las audiencias de los grandes canales generalistas. Ha surgido todo un movimiento paralelo, que escapa al radar de las mediciones de audiencias tradicionales y -por esa misma razón- al interés de publicistas poco atentos y jefes de campaña desinteresados en “esas cosas de gafapastas”. Esos nuevos liderazgos son youtubers y prescriptores surgidos en las redes sociales. Modelos nuevos que no disputan la posición de preeminencia de los otros líderes de opinión porque directamente “juegan en otra liga”. Sus opiniones, sus modos de ver la realidad, sus comportamientos compartidos en videos consumidos por millones de jóvenes, no se pueden ver en la tele.



A las elecciones generales del 26-J se han incorporado 250.000 nuevos votantes. Chicos y chicas jóvenes, con modos de ver y entender la realidad diferentes a las de sus padres, por muchas razones. Entre otras, porque tienen modelos, referentes culturales distintos. Las diferencias intergeneracionales han existido siempre. Ahora padres e hijos no sólo no ven los mismos programas en la tele (como nos ha ocurrido a todos), ahora ni si quiera consumen contenidos audiovisuales en el mismo “aparato”. Los hijos no saben quién es Matías Prats (y mira que es difícil) y los padres no saben quién es El Rubius (uno de los youtubers con más éxito en nuestro país). Esa es la brecha.

En este mundo audiovisual, en el que una foto o un video con capacidad para generar interés, compartido a través de un GIF en Twitter, o con efecto slowmotion en Instagram o con una máscara graciosa de Snapchat, vale más que mil palabras, en este mundo, en el que cualquier razonamiento que no quepa en 140 caracteres no existe, cobra especial importancia el valor de lo estético. Un líder de opinión que se muestra cercano, gracioso y humilde a través de cualquiera de las redes sociales o que, incluso, sabe trasladar los nuevos códigos de comunicación que funcionan en las redes a los medios tradicionales, capta mucha más atención que quien sigue manejándose con discursos tradicionales. Y ahí, la comunicación no verbal es la reina porque no ocupa tiempo (del discurso verbal) ni consume uno solo de los 140 caracteres, límite a partir del cual -en este nuevo tiempo- empezamos a ser aburridos.. Los candidatos ofrecen información adicional mientras -en el discurso verbal- pueden seguir prometiendo cosas. Por eso no es un asunto trivial, aunque lo parezca, que este o el otro candidato lleve o no lleve corbata, o que la lleve con el nudo flojo, o que decida ponerse pajarita. No es un asunto trivial que un candidato lleve un pin republicano, que otro luzca una pulserita con la bandera de España, o que uno lleve el pelo largo y vaqueros y otro camisa blanca y chinos.

Es una cuestión estética, sí, pero es además la metáfora de un cambio mucho más profundo que va desde una transformación en la estructura de los medios de comunicación hasta la forma misma de comunicar, de los formatos a los contenidos. Un cambio político, un cambio estético y quién sabe si también un cambio en la forma de pensar. ●

NÚMERO
76



Re, la, la, si, do, re, fa

La derrota de Sísifo

EVA ORÚE
PERIODISTA

ME PONGO a escribir este artículo porque no se me ocurre mejor forma de tomarme un respiro, de abstraerme de la dura tarea que me tengo impuesta, amén. Así que agradezco el ofrecimiento.

Ando desde hace días afanada en lo que Tom Cruise y antes que él Peter Graves hubieran bautizado como “Misión imposible”. Y eso que ni el Jim Phelps de Graves ni el Ethan Hunt de Cruise afrontaron jamás un reto como el que yo afronto: darme de baja de todos los boletines que diariamente me llegan vía correo electrónico, y a los que jamás nunca en la vida me he suscrito.

Es una tarea extenuante, al cabo de la cual (y no sé por qué escribo “al cabo”, puesto que ni llego al fin ni avisto el final) una tiene la certeza de que lucha contra una tropa de semovientes que se reproducen por fragmentación. ¿Recuerdan a Mickey Mouse en la película Fantasía? Ese episodio en el que el

aprendiz de brujo, harto de acarrear cubos de agua, se encasqueta el sombrero picudo, esboza un abracadabra e insufla vida a una escoba... que se rebela y empieza a multiplicarse hasta conformar un ominoso e infinito ejército dispuesto a barrernos a todos de la faz de la tierra. ¿Recuerdan?

Pues a eso me refiero. Me doy de baja de un boletín, y me llegan diez. Me borro de diez y me caen encima cien. Una labor ante la que Sísifo redivivo claudicaría, pero que yo encaro con arrojo y entereza, silbando la música de Paul Dukas que acompaña a Mickey en su peripecia: re... la, la, si, do, re, fa, re, fa, mi, re, do, re, fa...

¿En qué momento di el permiso originario, ése que desencadenó la avalancha?

Lo ignoro. Tal vez un día olvidé marcar la microscópica casilla que te permite decir que no quieres correspondencia comercial electrónica. O se me pasó dejar lo suficientemente claro que no tenía interés alguno en que mi mail viajara como la falsa moneda, de mano en mano. O quizá no fue un desliz mío, que

Porque estoy segura de que quien más quien menos, todos han pasado por un trance similar al mío, han sufrido está invasión de correos no deseados que reclaman tu atención, cuando no te inoculan un virus.



es muy judeocristiano esto de golpearse el pecho en actitud contrita: tal vez los culpables sean los perversos a la par que perseverantes robots buscadores, que encontraron mi contacto en la web y no lo soltaron...

Imposible averiguarlo, además de inútil. Lo que sé es que a esta hora en la que escribo, infinidad de remitentes, virtuales unos, otros de carne y hueso, manejan la arroba y el punto com de mi dirección virtual con la desvergonzada destreza de un tahúr y abrigan la aviesa intención de colapsar mi buzón para entorpecer mi vivir cada día.

Y en esas estaba cuando decidí tascar el freno para contárselo. ¿Por qué a ustedes? Porque a alguien le ha de tocar, y son personas habituadas a registrar cosas, quizá también estados de ánimo (el mío es proceloso, vayan anotando).

Porque estoy segura de que quien más quien menos, todos han pasado por un trance similar al mío, han sufrido está invasión de correos no deseados que reclaman tu atención, cuando no te inoculan un virus.

Y porque he de admitir que de un tiempo a esta parte, por las mañanas, en el momento de abrir el Microsoft Outlook, me asalta el miedo: sé que los mensajes que nunca pedí, enviados por gentes a las que no conozco, están ahí agazapados, en la certeza estadística de que mucho más temprano que tarde me pillarán con las defensas bajas o la combatividad apagada, y los abriré, y desencadenaré el caos, porque hasta las mariposas saben que el clic de un incauto puede provocar un tsunami al otro lado del mundo.

¿Los oyen? Están descargándose, **re...** recolocándose en mi buzón, son una **la...** lacra, una plaga en **la...** la bandeja de entrada, eficaces como **si...** sicarios, vienen por **do...** docenas, poniendo a prueba mi capacidad de **re...** resistencia, por **fa...** favor no me re, fa, mi, re, do, re, fa, re, fa... ●

NÚMERO
75



El futuro ya no es un lugar mejor

LUCÍA MÉNDEZ

REDACTORA JEFE EL MUNDO

EL PENSADOR ALEMÁN Lucian Hölscher asegura en su libro “El descubrimiento del futuro” que las grandes utopías de un futuro mejor para las sociedades occidentales “se fueron diluyendo en las últimas décadas en el ideal de una sociedad del bienestar de clase media, definida en lo esencial por la economía”. Esta reflexión nos puede ayudar a comprender mejor, a la luz de la Historia, el profundo shock que la crisis económica ha producido en la sociedad española. Una crisis que ha puesto a prueba el ideal de un futuro mejor para nuestros hijos.

La economía se derrumbó de repente, a traición y sin previo aviso. Y detrás de ella, en tiempo récord, brotó la corrupción con la intensidad de un geiser repleto de los excesos del pasado. Los escándalos contaminaron a todas las instituciones del Estado –incluida la intocable Monarquía– y como consecuencia se desplomó también la confianza de los españoles en sus instituciones representativas, en sus tribunales de justicia, en sus dirigentes políticos, en los poderes del Estado, en los bancos, en las empresas, en los sindicatos, y hasta en sí mismos. El trauma está durando más que las causas que lo produjeron. Los valores que creíamos inmutables ya no lo son. El progreso se ha detenido bruscamente.

Nuestro modelo inmutable ha mutado y la sociedad entera asiste incrédula a este desmoronamiento sin vislumbrar una salida al laberinto

Desde siempre las generaciones han valorado el conocimiento y la experiencia por su fidedigna representación del mundo. Creíamos saber dónde estábamos y lo que éramos porque, como sostiene el sabio alemán, lo fiábamos todo a nuestro bienestar económico. El crecimiento parecía imparable. El precio de los pisos no podía bajar. Podíamos comprar hoy y pagar mañana. Pero ¿qué sucede si el mundo cambia de un modo que continuamente pone en entredicho la verdad del conocimiento existente, sorprendiendo hasta a las personas mejor informadas?. El sociólogo Zygmunt Bauman se interrogaba así sobre la naturaleza voluble y esencialmente imprevisible de los cambios contemporáneos.



NÚMERO
74

Nuestro modelo inmutable ha mutado y la sociedad entera asiste incrédula a este desmoronamiento sin vislumbrar una salida al laberinto. Las heridas sociales provocadas por el injusto reparto de las cargas de la crisis han producido un malestar emocional que se palpa en la calle y cuando se cierra la puerta de las casas. El dolor de la crisis está muy mal repartido, sin que las autoridades –por acción o por omisión- hayan podido evitarlo. Millones de españoles han perdido su puesto de trabajo y conservarlo ya no es garantía de una vida digna.

Las instituciones democráticas están sufriendo las consecuencias de este desastre inesperado en forma de un descrédito de la política sin precedentes en las últimas tres décadas. La mayoría de los españoles han dejado de creer en sus representantes. Incertidumbre, turbación, perplejidad, desasosiego y confusión. Éstas son las palabras de nuestros días. Los españoles buscan respuestas y en su camino han dado una patada al tablero político e institucional que resistía firme, sólido y cómodo desde la Transición. Nos hemos quedado sin tablero, pero no hemos construido aún otro alternativo. Lo viejo no acaba de morir y lo nuevo no acaba de nacer. Ni siquiera se puede vislumbrar un destino gatopardiano en el que todo cambie para que todo siga igual.

Las referencias intelectuales, tan despistadas como el ciudadano de a pie, vuelven al “nos duele España” de la crisis de identidad del 98. Y buscan en la Transición de los años 70 del siglo pasado la fórmula mágica para repetir la hazaña del gran consenso nacional. Hay añoranza de aquella política y de aquellos políticos, de aquellos sindicatos, de aquellos empresarios y de aquella joven Monarquía. La época y la épica del descontento retorna, o quizá nunca se fue, emboscada tras un bienestar material que ha acabado resultando sólo fachada. España está a la espera de un milagro para que escampe tras un temporal devastador que nos ha arrebatado el sueño de un futuro apacible. ●



El reto del periodismo: calidad en la era digital

ÍÑIGO DE BARRÓN

CORRESPONSAL FINANCIERO DE "EL PAÍS". PRESIDENTE DE LA ASOCIACIÓN DE PERIODISTAS DE INFORMACIÓN ECONÓMICA (APIE)

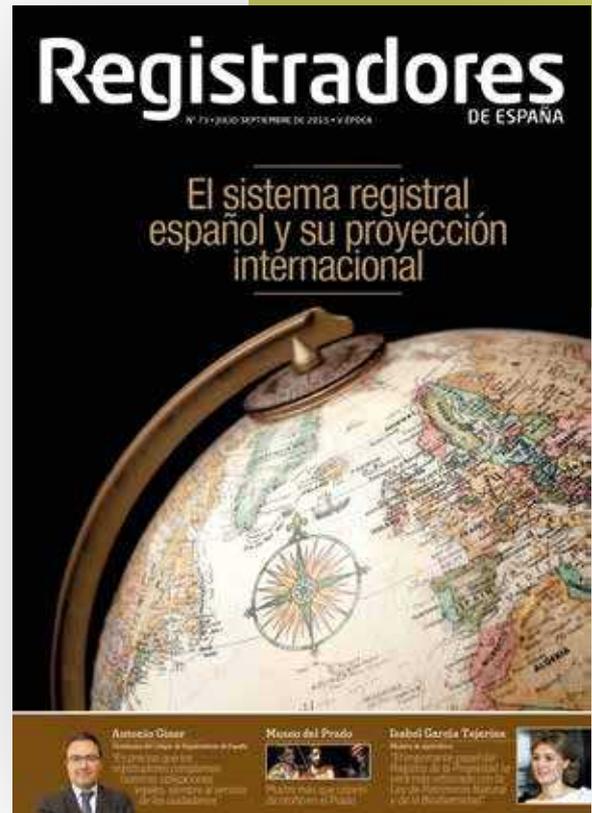
EL periodismo y los periodistas están viviendo momentos difíciles y de confusión, algo propio de las épocas de grandes cambios tecnológicos. Y afrontan la situación con escasa reputación. Una de las últimas encuestas del CIS sobre las profesiones, realizada en 2013, colocó a los periodistas entre las peor valoradas, solo por delante de la carrera judicial.

Las razones que explican esta baja consideración social del periodismo son múltiples y están encadenadas. En primer lugar está la crisis económica, que ha golpeado con enorme dureza a las empresas periodísticas; su reacción ha sido reducir plantillas, salarios y gastos. El índice de paro entre los periodistas ha superado el 50%. Según Diego de Alcázar, expresidente de Vocento y presidente de la IE Universidad, la prensa tradicional ha perdido el 70% de la publicidad en los últimos ocho años y el 60% de la circulación en papel. Esta situación ha dañado un aspecto clave de la profesión: el periodismo de investigación, el de calidad, que es el más caro de sostener. Los medios han sustituido a los periodistas más veteranos, con nóminas más altas, por otros jóvenes, baratos, manejables y con poca experiencia.

En paralelo al hundimiento de la economía, ha llegado la crisis del soporte. Desde hace más de una década, con la irrupción de internet, entre los directivos de los medios reina la confusión y las decisiones contradictorias: todos buscan un lugar en el mundo digital capaz de sostener un modelo de negocio rentable, sin encontrar aún una vía segura.

Los medios tradicionales, triunfadores en el mundo del papel durante décadas, se han visto obligados a jugar en el campo digital, que rechaza el pago por los contenidos. En este terreno no siempre prima la buena información, sino la apariencia y la rapidez. "La Red está llena de mentiras, calumnias, insultos y estupideces", asegura Juan Luis Cebrián, presidente del grupo Prisa. Sin embargo, es en esa Red donde están obligados a jugar. John Ridding, consejero delegado de Financial Times, cree que en la Red rige la ley de la selva: "La regulación es inútil", comenta en alusión a lo difícil que es poner coto a la piratería.

No obstante, hay que reconocer que el desarrollo de la tecnología digital ha abierto nuevas oportunidades para el periodismo. Los reporteros tienen un ac-



NÚMERO
73

ceso sin precedentes a documentos, fuentes o noticias publicadas por cabeceras de países lejanos; nuevas posibilidades para transmitir sus informaciones; una capacidad ilimitada de actualizar las noticias.

Pero los medios tradicionales han entrado en el mundo digital como quien lo hace en un terreno de batalla desconocido: con poco dinero, sin buena parte de sus periodistas más expertos, en desventaja con los nativos digitales cuyos costes iniciales son más bajos y con reglas de juego diferentes: a veces, prima el espectáculo sobre la información de calidad. Además, las maltrechas cuentas de resultados de estos medios les han originado una pérdida de independencia y eso lo ha percibido la sociedad.

¿Qué camino tomar ante esta confusión? La vía incuestionable es la adaptación al entorno digital (sobre todo móvil y tabletas) y volcarse en las redes sociales, mientras se sigue apostando por el diario de papel, sobre todo para los fines de semana, ya que mantiene la facturación publicitaria y las ventas. Al margen del soporte, la estrategia de fondo para que el periodismo tenga futuro es volver a los orígenes. Como apunta Carmen del Riego, presidenta de la Asociación de la Prensa de Madrid, “se deben recuperar los buenos contenidos”. Del Riego aclara que la pérdida del prestigio se debe a que los ciudadanos “nos han visto demasiado cerca del poder y demasiado lejos de la sociedad. Debemos contar más las historias de los ciudadanos y menos las historias de los poderosos”. Y añadiría, con más información y menos opinión.

Los retos actuales del periodismo son los mismos de siempre: información, credibilidad, profundidad, explicar los cambios sociales de forma interesante. No es fácil porque el nuevo estilo de vida laboral y personal, acuciado por el estrés y el exceso de actividad, provoca que los ciudadanos dediquen menos tiempo a leer. Por eso los vídeos están entre las piezas más visitadas en las web de los diarios.

De todas formas, el reto en la era digital es conjugar rapidez con profundidad, es decir, apostar por la calidad, independencia, el entretenimiento, el pluralismo y la disidencia... por difícil que parezca en medio de la confusión. ●



De cómo TVE culturizó y aculturó España

VÍCTOR-M. AMELA
PERIODISTA

RECUERDO la tarde en que entró en casa el televisor. Era un cajón metálico, de aires dorados y unas aristas tan afiladas que podían abrirte las carnes con una herida sangrante si te rozabas con el trasto. Qué alegórico...

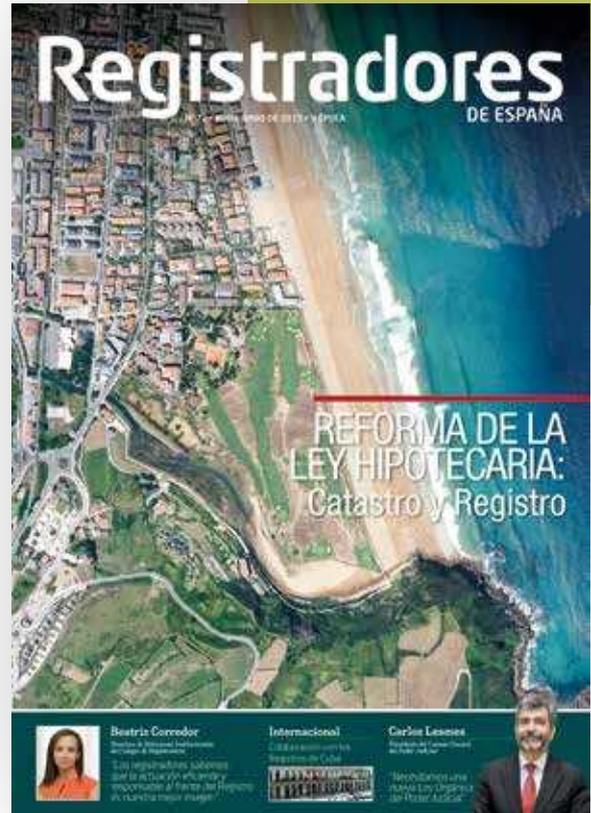
La tele atravesó el salón sobre una mesita con ruedas y se instaló junto a una pared. Por dentro, un laberinto de lamparillas. Afuera lucía la palabra Zenith, con la zeta como un rayo. Arriba, a la izquierda, un pulsador que estirabas para prenderla y presionabas para apagarla. A la derecha, una ruedecilla metálica que, al girarla, te llevaba al UHF a veces, porque ya sabías que casi siempre saldría “nieve” y oírías “ffffff”...

No estoy seguro de cuál fue la primera imagen televisiva que vi, pero recuerdo unas manos blancas moviéndose sobre un fondo negro y a una señora que hablaba raro (Herta Frankel) y a su perrita Marilyn. Hoy sé que eso sucedía hacia 1963-64, lo que prueba que las imágenes televisivas quedan impresas para siempre en un cerebro con tres años de vida extrauterina. A partir de ahí, la vida ha sido un no parar de imágenes televisivas.

En el patio del colegio alguien decía “¿Has visto en la tele (esto o lo otro)?”, y ya tenías formado el corrillo incluyente/excluyente: lo pasé mal la temporada en que todos los chavales comentaban Mannix, serie que mis padres me prohibían ver porque “es muy tarde” (¿las nueve y media?). Me sentía un paria de la tierra, claro... Porque desde principios de los años 60 del siglo XX, la televisión ha ejercido en España como el instrumento socializador más poderoso imaginable. Un instrumento dominado por el Estado: ¡Qué apetitoso altavoz para un dictador! Y por eso fue por lo que Franco parió a Televisión Española (TVE), y no sólo para que su nieta Carmencita bailase en sus platós medio siglo después.

Las imágenes televisivas quedan impresas para siempre en un cerebro con tres años de vida extrauterina. A partir de ahí, la vida ha sido un no parar de imágenes televisivas

El parto fue el 28 de octubre de 1956. Se inauguraba TVE, cuyo radio de emisiones fue al principio de pocos kilómetros en tor-



no a Madrid, y cuyos contenidos se querían sujetos a “dos principios fundamentales”, según proclamó entonces el ministro Arias Salgado (padre): “La ortodoxia y rigor desde el punto de vista religioso y moral, con obediencia a las normas que, en tal materia, dicte la Iglesia Católica, y la intención de servicio y el servicio mismo a los principios fundamentales y a los grandes ideales del Movimiento Nacional”. Más claro, calvo.

Para optimizar la eficacia de esta misión, TVE debía llegar a todos los hogares españoles. Poco antes, a la tierna modelo Laurita Valenzuela le habían propuesto trabajar en televisión, y ella había contestado: “¿Y eso qué es?”. Se trataba, pues, de animar a los españoles a comprarse un televisor a plazos, y para eso TVE programó partidos de fútbol del Real Madrid y del Barça (TVE llega a Barcelona en 1959 con un Barça-Madrid), transmitió bodas regias, ¡y hasta compró series extranjeras! (Perry Mason, Bonanza, Te quiero, Lucy, El fugitivo).

Y algo más: para que las emisiones de TVE se viesen en los pueblecitos más pequeños, el Estado promovió los llamados Teleclubs, locales públicos con un televisor. Y así, sin pretenderlo, TVE colaboró a alterar la urdimbre tradicional de la sociedad española: los paisanos de los pueblos, súbitamente, podían ver en TVE a familias en 600, paisajes urbanos, chicas con minifalda, modos de vida lejanos y atractivos... Y así, aquella parpadeante luz de TVE iluminó horizontes de ensueño para millones de personas, y resultó lo inesperado: un acicate más para emigrar a las ciudades... Cuando TVE quería adoctrinar, lo que hacía era culturizar y modernizar las mentes de la gente, a través de los Teleclub y, luego, de los primeros televisores en casa. Y al hacerlo, les conducía a dejar de mirar hacia el pasado, a sus tradiciones y hábitos milenarios -lo que los antropólogos denominan “aculturación”- para mirar hacia el futuro, hacia el horizonte del televisor. TVE culturizaba y aculturaba a la vez, rápida e inevitablemente, a la sociedad española. ●

NÚMERO
72



La refundación del Estado

ENRIC HERNÁNDEZ

DIRECTOR DE EL PERIÓDICO DE CATALUNYA

ESPAÑA afronta este año un ciclo electoral de intensidad inaudita. En juego está el reparto del poder en la Administración del Estado, en más de 8.000 ayuntamientos, diputaciones provinciales y otros entes municipales, en la totalidad de las autonomías de régimen común y en dos comunidades históricas: Andalucía, la más poblada del Estado, y Catalunya, el territorio que más aporta al producto interior bruto (PIB) español. Pero la inédita acumulación de procesos electorales en tan breve plazo es solo un indicador cuantitativo. Es la irrupción de nuevas y pujantes fuerzas políticas en el panorama electoral lo que permite presagiar un cambio de ciclo en una democracia durante tres décadas acomodada a una alternancia bipartidista ahora severamente amenazada.

Estos siete años de crisis, recortes sociales y nacionalización de cajas de ahorros han dinamitado los dos grandes pactos en que se basó el progreso de España: la representación política y la solidaridad intergeneracional. Me explicaré.

Representación política. Superada con éxito la Transición, que culminó con el fracaso de la intentona colpista del 23-F y con la victoria electoral del PSOE en 1982, la sociedad española bendijo dócil y reiteradamente en las urnas un sistema político basado en un bipartidismo imperfecto: socialistas y populares pugnaban por el control de las principales instituciones estatales y territoriales (salvo en Catalunya y Euskadi), apoyándose en las minorías nacionalistas cuando no alcanzaban la mayoría absoluta.

Esa plácida cohabitación permitió a los dos grandes partidos ocupar y controlar los órganos que la Constitución dispuso para gobernar la justicia y fiscalizar a los poderes públicos, desequilibrando los necesarios contrapesos institucionales y relajando el combate contra las irregularidades en la Administración. El reciente estallido de decenas de escándalos de corrupción y la tibia reacción de los partidos concernidos han coadyuvado a minar la confianza de la ciudadanía en sus políticos.

Solidaridad intergeneracional. Opera en España, prácticamente desde la etapa desarrollista que sucedió al régimen autárquico de la posguerra, una suerte de principio ético por el cual cada generación se compromete a legar a la siguiente una economía más saneada y mejores condiciones de vida. Un compromiso con el progreso que tendía a diluir las desigualdades sociales y a premiar el esfuerzo individual.

El estallido de las burbujas del ladrillo y del sobreendeudamiento público y privado, al disparar la tasa de desempleo y el déficit público, dejó a España a merced de los mercados, evidenciando que los gobiernos, estuvieran en manos del PSOE o del PP, carecían de soberanía para afrontar la crisis con criterios de justicia social.

→ Para evitar pérdidas de depósitos y fugas de capitales, se optó por rescatar a las cajas en quiebra empleando fondos públicos, al tiempo que las entidades financieras, sanas o enfermas, promovían el desahucio de miles de personas que, privadas de empleo y de ayudas sociales, no podían hacer frente al pago de la hipoteca.

Con un paro juvenil dramáticamente superior al 50%, toda una generación quedó súbitamente condenada a cobrar salarios miserables o a emigrar al extranjero en busca de una oportunidad que su país no le brindaba.

Los mileuristas de la pasada década, víctimas anticipadas de las secuelas de la desregulación, propiciada en tiempos de bonanza por la economía globalizada, cedieron su puesto en el último escalón social a una nueva clase: el precariado. A todas estas víctimas de la crisis se sumaron los damnificados por los recortes en la sanidad y la educación públicas, el ajuste de las pensiones, el olvido de los dependientes y una reforma laboral que, en aras de la mejora de la competitividad, ha devaluado los salarios y fragilizado los empleos.

Rotos los dos contratos mencionados, el firmado entre representantes y representados y el tácito acuerdo intergeneracional, los colectivos castigados por la crisis han empezado a organizarse en defensa de sus intereses, persuadidos de que los partidos tradicionales no iban a hacerlo. De ahí llegamos al No nos representan del 15-M y, apenas tres años después, a la emergencia de Podemos, primero, y más recientemente al crecimiento demoscópico de Ciudadanos.

La fragmentación de la oferta electoral, con la aparición de fuerzas políticas que capitalizan el descontento social sin ofrecer todavía soluciones contrastadas para combatir la crisis, prefigura una etapa de grave inestabilidad política, a resultas de la dificultad para conformar mayorías de gobierno en los gobiernos central, autonómicos y municipales.

Aunque sobren razones para otear con preocupación este horizonte político, también entraña una oportunidad. La previsible ausencia de rodillos parlamentarios debería abrir paso a una nueva era de diálogo multipartidista análogo al de la Transición que, amén de garantizar la gobernabilidad, afronte una profunda reforma institucional, una refundación del Estado que enmiende los errores del pasado, profundice el sistema democrático y constitucionalice al tiempo la lucha contra las desigualdades y el reconocimiento de una diversidad nacionalidad que España no debiera percibir como un engorro, sino como una riqueza. ●

NÚMERO
71



La experiencia de la Transición

SOLEDAD GALLEGO-DÍAZ

PERIODISTA

EL FUNCIONAMIENTO erróneo de buena parte de las instituciones españolas, levantadas durante la transición de la dictadura franquista a la democracia, se debe a fallos de diseño, fallos de inicio provocados por el hecho de que esa transición se realizó sin crítica, sin análisis del pasado y sin oposición a los designios de quienes, desde siempre, detentan el poder y el dinero en la sociedad española. Este es el análisis que realiza hoy día una parte de la sociedad española, indignada, con razón, por el evidente deterioro institucional que padece el país. Sin embargo, ese análisis que dice partir de la recuperación de la memoria histórica, demuestra muy poca memoria, al menos memoria reciente.

Los fallos del sistema son claros y en ese diagnóstico coincide el conjunto de la sociedad, pero no es razonable aducir que proceden, en su mayoría, de un diseño institucional erróneo, porque los datos demuestran que tienen sus raíces, de manera mucho más clara, en su desarrollo posterior, a lo largo de los treinta años que siguieron a la Transición propiamente dicha.

Un examen algo detallado de las hemerotecas desmiente a quienes reprochan a la transición y a sus protagonistas falta de crítica y de análisis. La Transición se realizó, por el contrario, en medio de fuertes críticas y con un conocimiento bastante exacto de lo ocurrido en la II República, en la guerra civil y en el franquismo, entre otras cosas, porque un cierto número de sus protagonistas había conocido los tres periodos. Tenían pues experiencias personales y fue esa experiencia (y no su desconocimiento u olvido) lo que marcó la transición: la experiencia como conocimiento.

El grado de crítica que acompañó todo el proceso de la Transición fue mucho mayor que el que rodeó los años posteriores. Es en esas décadas de 1990-2000 cuando empieza a producirse la apropiación de las instituciones (Tribunal Constitucional Consejo General del Poder Judicial, Tribunal de Cuentas, etc.) y de los organismos reguladores de la actividad económica, que tan funestas consecuencias ha traído a la vida política española.

La relación de causa-efecto no procede, pues, tanto del periodo de la transición ni de un diseño constitucional erróneo, como de esa veintena de años, en



NÚMERO
70

los que se sientan las bases de una especie de reparto “proporcional” de las instituciones, protagonizado por los dos grandes partidos políticos, Partido Popular y Partido Socialista Obrero Español.

No es extraño que sean esos dos partidos los que ahora sufren una descomunal pérdida de confianza por parte de los ciudadanos. Para colmo, la apropiación de las instituciones, y su lógico desprestigio, alentó la extensión de redes de corrupción política, que fueron ignoradas por la opinión pública mientras eran compatibles con un aumento generalizado del crecimiento económico, pero que inflamaron la indignación en cuanto estalló la burbuja.

La necesidad de una reforma parcial de la Constitución es respaldada ahora por prácticamente todas las corrientes ideológicas, incluida una parte sustancial del propio Partido Popular, que discute la oportunidad de plantearlo antes de las elecciones generales, pero no su obligación. Es necesario introducir reformas que adapten el texto fundamental a nuevas realidades y necesidades, pero esos cambios no tienen por qué suponer un rechazo paralelo del proceso de la Transición ni de sus aciertos.

Por supuesto que en la Transición se cometieron errores políticos, algunos serios, pero, en su conjunto, se puede decir, con argumentos, que abundaron las soluciones correctas en el sentido de proporcionar un marco democrático suficientemente flexible. Cualquier reforma debería recuperar, precisamente, esa flexibilidad política, combinada con la inflexibilidad en la defensa de los derechos individuales, que se han puesto en duda en los últimos años.

Las constituciones experimentan, generalmente, reformas durante su existencia, pero conviene tener en cuenta que la norteamericana, que suele ponerse como ejemplo, ha sufrido 27 cambios en 225 años. Y que el argumento tan esgrimido en España de que los cambios generacionales exigen cambios de Constitución, es un argumento muy poco sólido: el 100% de los norteamericanos vivos no votó la Constitución, ratificada en 1788. ●



El renacimiento del nacionalismo

CASIMIRO GARCÍA-ABADILLO

DIRECTOR DE EL MUNDO

EL REFERÉNDUM DE ESCOCIA ha puesto de relieve el resurgir del nacionalismo en Europa.

Un 45% de los escoceses ha votado por la independencia y Londres se ha visto forzado a abrir un proceso de cesión de competencias que afectará también a Gales, Irlanda del Norte e Inglaterra.

En España, Cataluña reclama un referéndum de autodeterminación, y el País Vasco, cuyo Estatuto le reconoce amplísimas competencias, incluida la capacidad de recaudar impuestos y gestionarlos, no se quedará atrás de cualquier concesión que el Gobierno haga a la Generalitat.

Pero el nacionalismo no sólo es una ideología que amenaza la unidad de Reino Unido y España, sino que se ha reavivado en toda Europa. El fenómeno del Frente Nacional de Marine Le Pen, en Francia; del UKIP de Farage en Gran Bretaña; del partido Alternativa por Alemania; del grupo de extrema derecha Democracia Sueca; o incluso del propio gobierno de Fidesz en Hungría, responden a un patrón muy parecido.

Por no hablar del nacionalismo que caracteriza al gobierno de Vladimir Putin y que le ha servido de justificación para anexionarse Crimea.

Vivimos pues en medio de una paradoja histórica: el mundo globalizado, en el que internet ha roto todas las fronteras y en el que los mercados financieros abarcan del Pacífico al Atlántico, convive, o más bien, ha dado lugar al renacimiento de ideologías propias del siglo XIX.

Igualmente, esta eclosión nacionalista se produce cuando Europa está en proceso avanzado de construcción, tras haber consolidado una moneda única y un Banco Central Europeo.

Si miramos a Oriente, nos encontramos con que los tres gigantes, China, India y Japón, están gobernados por líderes profundamente nacionalistas.

Naturalmente, las causas que han llevado a este renacimiento del nacionalismo son distintas. Mientras que en China o Rusia la pulsión identitaria ha sido

agitada desde el poder para justificar un expansionismo de corte imperialista (conflictos territoriales con Japón en el primer caso, e invasión de Crimea y amenaza sobre el Este de Ucrania en el segundo), en los de Escocia y Cataluña se ha utilizado una reivindicación histórica para provocar una ruptura que, supuestamente, habría de proporcionar a los ciudadanos de ambos países una mejor calidad de vida.

Sin embargo, en todos esos movimientos hay algo en común: la búsqueda de una identidad propia en un mundo que tiende a la uniformidad; en definitiva, el rechazo a la globalización.

Si el ascenso del nacionalismo es preocupante en todo el mundo, aún lo es más en Europa. Nuestro continente ha vivido dos guerras mundiales que provocaron decenas de millones de muertos y, en ambas, fue la exacerbación de la nación, de la superioridad incluso de la raza, lo que desencadenó el conflicto armado.

La idea de una Unión Europea nace en los años cincuenta precisamente como reacción a la barbarie, como una forma de garantizar que lo sucedido entre 1914 y 1918 y entre 1939 y 1945 no se volvería nunca a repetir.

¿Qué ha ocurrido para que ahora tantos europeos se desentiendan de ese proyecto ilusionante? Seguramente, el detonante de esa desafección ha sido la gestión de la recesión económica. Los ciudadanos de la UE han identificado a Bruselas con recortes y austeridad y, en cierta medida, con el desmantelamiento del estado de bienestar.

Durante los últimos años, lo único que han transmitido las instituciones y autoridades europeas han sido mensajes relacionados con ajustes presupuestarios y ni siquiera se ha sabido poner en valor las ayudas que, como las concedidas a España en 2012, han servido para evitar un colapso financiero.

Pero no sólo ha sido la identificación del proyecto europeo con los recortes lo que ha alimentado a los movimientos nacionalistas y euroescépticos, sino una concepción demasiado centralista y burocrática de la UE.

El excesivo poder de Berlín, sin apenas contrapeso; las presiones para la expulsión de Grecia, y la imagen de una Europa dividida en dos bloques, los buenos, los del norte; los malos, los del sur, han contribuido al alejamiento de los ciudadanos de una idea que en lugar de ilusionarles sólo les provoca angustia.

En definitiva, el resurgir del nacionalismo es el síntoma de un fracaso de la política con mayúsculas, la constatación de que la gente no quiere ser tratada como un coste de producción. Espero que aprendamos la lección. ●



NÚMERO
69



Don Juan Carlos, del 23-F al 2-J

JOSÉ ANTONIO ZARZALEJOS

PERIODISTA

SE CONCITAN muchas razones para valorar que en la trayectoria de Don Juan Carlos de Borbón se registran dos intervenciones públicas que cincelan su dimensión histórica de Rey y su envergadura de estadista. La que, contundente e imperativa, detuvo el intento golpista en la madrugada del 24 de febrero de 1981, horas después del asalto y secuestro del Congreso en la tarde del día anterior por fuerzas militares sublevadas, y la que, empática, lúcida y generosa, pronunció el pasado 2 de junio de 2014 a las 13 horas para explicar los motivos por los que abdicaba la Corona de España tras casi treinta y nueve años de reinado.

En ambas ocasiones el Rey abdicado ejerció facultades personalísimas. En 1981, las que le correspondían como Jefe Supremo de las Fuerzas Armadas (artículo 62.h de la Constitución); en 2014, la que le permite resignar su magistratura mediante abdicación (artículo 57. 5 de la Carta Magna). En ambas coyunturas Don Juan Carlos sintonizó con la sociedad española.

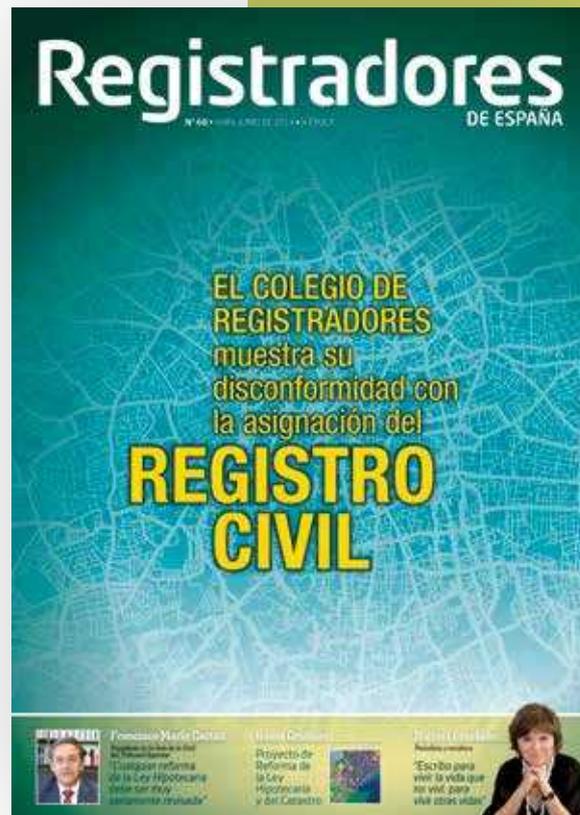
En las brumas de los primeros tiempos del arranque constitucional, su intervención salvó la democracia y él, como Rey, se ganó la legitimidad de ejercicio que –sobre la dinástica y la constitucional que poseía- muchos le demandaban. En la primavera de este año convulso, Don Juan Carlos, paradójicamente, rescató la Corona de la fuerte crisis institucional que padece el Estado. Al

explicar su abdicación desde la necesidad del relevo –reconociendo que había que dar paso a las nuevas generaciones- el Rey abdicado redimía sus errores de los últimos tiempos y reverdecía sus mejores atributos de monarca patriota y demócrata.

Las encuestas inmediatamente posteriores a la abdicación de Don Juan Carlos permitieron visualizar que había acertado y que su decisión –que causó nostalgia en las generaciones adultas en la transición y alivio en las que no tenían vinculación con aquel salto histórico- era comprendida por la mayoría de los

ciudadanos españoles, después de unos años en los que el Jefe del Estado se percibió desavisado de las aspiraciones sociales, laxo en la exigencia de

El Rey abdicado exprimió su carisma y magnetismo, virtudes que –no inagotables como se ha demostrado- sustituyeron las pautas normativas y los comportamientos reglados que serán a los que se ciña Felipe VI



NÚMERO
68

ejemplaridad que le requería su estatuto y aferrado a su magistratura. Una pieza oratoria sencilla y tan bien construida como la del 23-F volvió a hacer reconocible al que ha sido calificado como “el mejor rey de la historia de España”.

No se puede ocultar la realidad de un reinado en el que han mediado luces y sombras. Pero al ser el yerro humano y el acierto el envés del fracaso, la realidad es que Don Juan Carlos era como pensábamos que era en sus mejores momentos: un hombre al servicio de un gran proyecto que fue y es la democracia constitucional española en un Estado de derecho, recipiente jurídico de una nación “unida y diversa” en feliz expresión del nuevo Rey, Felipe VI. Su padre, el pasado 2-J torció la desdichada inercia que parecía abocar a la Corona a una crisis casi terminal y la recuperó entregando el testigo al Príncipe de Asturias que corría la banda desde hacía ya años y, con intensidad extraordinaria, en los dos últimos, desde abril de 2012.

Aunque España se encuentra en una situación tan difícil como la de los ochenta, es también una situación diferente. Felipe VI ha sido proclamado después de un larguísimo rodaje democrático y su misión no consiste en replicar las épicas de su padre sino en adaptar la Corona a la nueva etapa histórica. El instrumento del nuevo Rey no será el de Don Juan Carlos. El Rey abdicado exprimió su carisma y magnetismo, virtudes que –no inagotables como se ha demostrado- sustituyeron las pautas normativas y los comportamientos reglados que serán a los que se ciña Felipe VI. En esta versatilidad –abdicar para renovar y continuar- se encuentra una de las funcionalidades de la monarquía que Don Juan Carlos supo ver y comprender en el último minuto de una crisis institucional que amenazaba con el naufragio. ■



El coste de pagar y cobrar mal

JOHN MÜLLER

PERIODISTA Y AUTOR DE LA COLUMNA AJUSTE DE CUENTAS EN EL MUNDO

DE LOS DOS GRANDES FACTORES de producción -el capital y el trabajo-, los economistas suelen decir que la economía española es muy intensiva en el uso de capital y no tanto de mano de obra. Esta peculiaridad se ha reflejado en esta crisis en los dos indicadores más problemáticos: el enorme endeudamiento privado y público que se estima en unos 4,4 billones de euros y el desbocado índice de desempleo que supera el 26% de la población activa (5,8 millones de desempleados).

Paro y deuda, en definitiva, son nuestras mayores patologías. El asunto del uso intensivo de capital ha sido estudiado. Por ejemplo, **Olivier Blanchard**, actual economista jefe del Fondo Monetario Internacional (FMI), publicó en 1997 un trabajo titulado *The Medium Run* (El medio plazo) donde lo analizaba. Blanchard notó que en la década de 1970 las economías de Europa continental sufrieron cambios adversos en la oferta de trabajo. Esto provocó fuertes caídas de los beneficios empresariales y de los dividendos. Las empresas reaccionaron intensificando la sustitución de trabajadores por máquinas (la mano de obra, el factor que se había vuelto más caro, por capital, bienes de equipo) lo que provocó un aumento del paro estructural que es la tasa de desempleo por defecto de una economía, independiente de si crece o no. No sucedió lo mismo en los países anglosajones, cuyos mercados laborales eran más flexibles.

La rigidez del mercado laboral ha sido una explicación clásica sobre los motivos por los que nuestra economía emplea más capital que otras. Pero hay aspectos de nuestra idiosincrasia que agravan el asunto

La rigidez del mercado laboral ha sido una explicación clásica sobre los motivos por los que nuestra economía emplea más capital que otras. Pero hay aspectos de nuestra idiosincrasia que agravan el asunto. Uno de ellos, al margen de nuestra fuerte bancarización que induce un mayor empleo del capital o las distorsiones fiscales que favorecían endeudarse, es que desde el punto de vista empresarial somos muy malos pagadores y muy malos cobradores.

España, según el estudio de Intrum Iustitia, la empresa europea líder en gestión de cobros, es junto a Italia uno de los países donde peor se cobra y se paga. La Administración, por ejemplo, tarda un promedio de 155 días en pagar; las empresas, 55 días y los particulares, 58 días. Y esto cuando los plazos de pago



→ acordados son de 80, 60 y 40 días respectivamente. Esos retrasos hay que financiarlos con capital.

Los números son muy distintos en un país como Alemania, con una cultura de pago y cobro puntual. Ahí los plazos acordados para la Administración, las empresas y los consumidores son de 25, 25 y 15 días. Y el plazo de cumplimiento real es de 36, 34 y 24. A simple vista se ve que la economía alemana gasta mucho menos capital gracias a su disciplina. Ya no es que utilicemos más capital que trabajo, sino que además el capital lo usamos ineficientemente.

José Luis Suárez, profesor de Dirección Financiera del IESE, suele decir que “peor que suspender pagos es suspender cobros”. En sus clases, Suárez demuestra que las empresas de Alemania o Francia son mucho más eficientes en el uso de capital que España. Mientras la rentabilidad sobre fondos propios de las empresas españolas, según datos del Banco de España de 2011, es del 6,3%, la de Alemania y Francia es del 9,6%. Donde una empresa española acumula cuentas por cobrar equivalentes a 19,1 días, una alemana apenas tiene 6,2 días. También lo hacemos peor gestionando las existencias. Nuestras empresas tienen 16,3 días de stock mientras las alemanas sólo 9,7. Todo esto repercute en que los requerimiento de capital, es decir los recursos mínimos necesario que una firma necesita para efectuar sus negocios, sean mucho mayores en España (20,6) que en Francia (12,7) o Alemania (11,1).

Por esto, una de las medidas más acertadas adoptadas por el Gobierno de **Mariano Rajoy** ha sido el Fondo de Pago a Proveedores, en el que ha invertido unos 42.000 millones en dos años. Esta decisión permitió limpiar los cajones donde la Administración guardaba las facturas impagadas por bienes y servicios a particulares. **Cristóbal Montoro** asegura que dicho fondo permitió salvar 400.000 empleos en un contexto de grave restricción del crédito. El ministro atinó: aunque no haya, ha logrado domar la impuntualidad de la Administración.

El problema español, además, es fruto de la pura desorganización más que de la mala fe. Nuestros grandes retrasos no se traducen en mayores pérdidas por impago. En España éstas apenas son el 2,7% mientras que el promedio europeo fue del 3% en 2013. Rectificar nuestra falta de disciplina nos haría mucho más eficientes. ●



2014, ¿esta vez sí?

JORGE RIVERA

DIRECTOR DE CINCO DÍAS

DESDE QUE EMPEZÓ LA CRISIS, la sociedad española sueña cada fin de año con que el siguiente será el del adiós a las apreturas, el del inicio de la esperanza, de la recuperación, de la tranquilidad. ¿Lo será 2014? El consenso de los expertos apunta a una clara mejora macroeconómica, cuya intensidad varía en función del crisol que se utilice. Más allá de la validez de los pronósticos, lo evidente es que hay una serie de elementos que explican y justifican el optimismo. Es más, hasta se puede confeccionar un decálogo con ellos. En primer lugar, el dato: el Instituto Nacional de Estadística ya ha hecho oficial que el PIB del tercer trimestre del 2013 experimentó un crecimiento del 0,123%, con lo que se ha dicho adiós a la recesión. Un segundo factor es el espectacular ejercicio del sector turístico, con máximo histórico en cuanto a número de visitantes. Las exportaciones, la balanza exterior en números negros y la fuerte reducción del déficit comercial conforman el tercer gran elemento que hace sonreír. Un cuarto factor es el cóctel formado por una inflación controlada combinada con moderación salarial, que es el quinto. Una

Sin lugar a dudas, el gran drama que ensombrece cualquier expectativa es el paro. Hasta que la sonrojante cifra de casi seis millones de desempleados no disminuya drásticamente no se habrán superado definitivamente las secuelas de crisis

de las Bolsas más rentables de Europa y el bono a 10 años estable en torno al 4%, construyen el sexto punto del decálogo de la esperanza. Y un punto complementario con el séptimo, que no es otro que la mejora del sistema financiero y de los resultados empresariales. Un octavo aspecto a considerar es el gran número de operaciones que los fondos extranjeros están efectuando en el mercado inmobiliario español, algo que hace pensar que los precios han tocado fondo o están a punto de hacerlo y que los gestores de esos vehículos de inversión descuentan un rebote notable a medio plazo. El noveno punto a considerar es el cambio de discurso que han emprendido los directivos de las empresas españolas desde el pasado verano: “cómo ingresar más” ha desplazado en el orden de prioridades a “cómo gastar menos”. La guinda del decálogo la pone la decidida apuesta del presidente del Banco Central Europeo, Mario Draghi, por mantener los tipos bajos y la manguera para el sector financiero con el objetivo de apoyar el crecimiento.



Naturalmente, a este puñado de razones para el optimismo cabe oponer otro con riesgos, sombras y tareas a emprender. Sin lugar a dudas, el gran drama que ensombrece cualquier expectativa es el paro. Hasta que la sonrojante cifra de casi seis millones de desempleados no disminuya drásticamente no se habrán superado definitivamente las secuelas de crisis. Para que esta situación comience a revertirse, hay dos elementos básicos que han de cambiar radicalmente: el crédito y el consumo. Mes tras mes, las estadísticas muestran tercamente que el volumen de préstamos continúa su tendencia descendente. Familias y empresas se quejan de que las entidades financieras no abren el grifo y éstas sostienen que no hay peticiones lo suficientemente solventes como para superar las barreras que les reclaman desde el Banco de España o el BCE. Un nudo realmente complicado de deshacer, pero de cuya resolución pende gran parte de la salida de la crisis. Un papel muy similar, el de tractor de la recuperación, es el que debe jugar el consumo, que ya ha empezado a dar algún síntoma, aún insuficiente, de revitalización. Mientras, el gran reto del Gobierno que preside Mariano Rajoy es hacer todo lo posible para que esas dos variables recobren el pulso a la vez que trata de controlar el déficit público y de que la deuda pública no se desboque más allá del 100% del PIB. Y todo ello en un horizonte político intenso y complicado, pues en 2014 y 2015 se suceden las elecciones europeas, las autonómicas y municipales, más las generales. Eso sin contar con lo que pueda suceder en torno al futuro de Cataluña o si comunidades como Andalucía apuestan por adelantar sus comicios. Y ya se sabe que el ruido político no es buen compañero de viaje de una economía que trata de coger aire.

En definitiva, todo parece indicar que 2014, esta vez sí, se presenta como el año del arranque real de la recuperación, pese a los evidentes riesgos que aún persisten. ●



Una mirada limpia a Europa

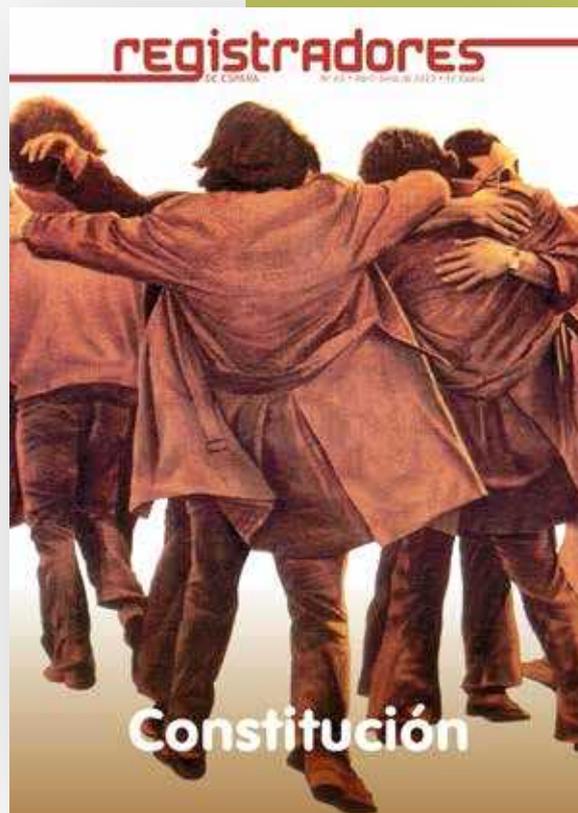
HERMANN TERTSCH

ESCRITOR

EL AÑO PRÓXIMO se cumplen varias efemérides redondas de la historia de España y Europa. Y muchas merecen ser recordadas por unos u otros. Algunas las deberíamos conmemorar todos. Todos deberíamos afrontar estos momentos de recuerdo de fechas relevantes con una mirada limpia al pasado, con la honradez necesaria para poder extraer lecciones de aquellos hechos, sin contaminarlos o envilecerlos con cuitas, jactancias o intereses presentes y particulares. Es triste que nunca hemos conseguido en España que arraigara la celebración de una fecha como símbolo de un éxito o un luto común. O ambas cosas a la vez como hace esa gran institución británica y de la Commonwealth que es el Remembrance Day, el 11 de noviembre, día del Armisticio y victoria sobre Alemania en 1918. Su “poppy week” o la semana previa, en que se simboliza el recuerdo a todos los caídos con la omnipresencia de la amapola, la única flor que crecía en los batidos campos de batalla de Flandes en la I Guerra Mundial. Por desgracia, la última década en España nos impuso el camino opuesto. Y por razones políticas e ideológicas algunos se han empeñado en volver a celebrar precisamente lo que nos separa. Y como si

Con honradez, probidad y respeto a la verdad de la historia en la educación de nuestros hijos y nietos, quizás consigamos en el futuro una fecha en el calendario para festejar lo que nos une a todos los españoles. Que es mucho más que lo que nos separa y que, por desgracia, se celebra a diario

no hubiera suficientes fechas en la trágica historia de España para despertar discordia, en algunos casos han de manipular el contenido histórico de la efeméride para conseguir el resultado apetecido. Así, el año próximo se conmemora el trescientos aniversario del 11 de septiembre de 1714. Ya sabemos que, en una parte de España, aquel día será interpretado y celebrado de una forma que colmaría de estupefacción a los protagonistas. A los que se involucra en una guerra de “secesión” cuando combatían en una de “sucesión” para dirimir qué Rey ocuparía el trono de la España de todos. Ojalá podamos los españoles volver a serenarnos nosotros y retomar la mirada a nuestra historia sin ira y con templanza, resueltos a aprender de los catastróficos errores habidos en nuestra convivencia. Con honradez, probidad y respeto a la verdad de la historia en la educación de nuestros hijos y nietos, quizás consigamos en el futuro una fecha en el calendario para festejar



lo que nos une a todos los españoles. Que es mucho más que lo que nos separa y que, por desgracia, se celebra a diario.

Pero el año que viene se celebra otro aniversario de un hecho histórico. Y éste, los adultos mayores lo tenemos en el recuerdo y la pupila. Hablo del 25 aniversario de la caída del muro, del último capítulo del naufragio del comunismo soviético. Hoy, que se oyen tantas críticas más o menos justificadas, pero también ataques de desmesura e ingratitud hacia Europa, los españoles tenemos ocasión de recordar lo que éramos y lo que somos, gracias a una idea y un proyecto al que llegamos tarde, pero del que nos beneficiamos como muy pocos. Los desastres habidos en España en la última década y todos los errores cometidos en la Unión Europea durante la presente crisis no pueden hacernos olvidar que nuestro país dio el mayor salto modernizador de su historia gracias a la UE. Y que cuando entramos en el proyecto político y económico europeo, aun la mitad del continente era una cárcel. En una crisis extrema se tomaron en aquel 1989 todas las correctas decisiones. Y desde entonces y gracias a esta idea común, no hay fronteras desde Tarifa hasta Rusia. La libertad y la paz son, por este orden, las primeras ideas sobre las que reposa toda la construcción de Europa. Con ambas ha cumplido con creces. Si algo nos enseña nuestro ingreso en Europa y la caída del muro es que el determinismo histórico no existe. Nos beneficiamos de lo que hacemos bien. Sufrimos siempre que erramos. Esa es la receta contra la resignación y para la esperanza. También contra la desidia, contra la falta de honradez y las miserias ideológicas manipuladoras. El futuro será tan bueno o malo como las decisiones que lo forjan. La gran Europa de la paz y la libertad tiene que ser viable y competitiva en este mundo cada vez más pequeño. Un mundo en el que no existen los derechos adquiridos. Exige esfuerzo y coraje, unidad y mucha verdad para que el pasado no sea un lastre sino al mismo tiempo homenaje a las generaciones pasadas y nuestro honroso legado a las futuras. ●

NÚMERO
65



Una medida eficaz y prometedora

MIGUEL ÁNGEL NOCEDA

CORRESPONSAL DE ECONOMÍA DE EL PAÍS

NO hay mejor muestra que las imágenes de los sótanos de la Dirección General de los Registros y del Notariado para explicar la razón por la que el pasado junio los registradores de España recibieron del ministro de Justicia, Alberto Ruiz-Gallardón, la encomienda de descongestionar la tramitación de los expedientes de nacionalidad por residencia. Las pilas de expedientes amontonados en los pasillos no auguraban nada bueno. El Ministerio había tirado la toalla ante la incapacidad manifiesta de los servicios propios para resolver las más de 425.000 peticiones que se acumulaban en ese momento, algunas con más de tres años de retraso, y ante la evidencia de que entraban más solicitudes que salían. Así que la solución fue acudir al Colegio de Registradores de España para que, a través de los 1.000 registradores y 12.000 empleados, echaran una mano.

Y lo hicieron. El proyecto GEN (Gestión de Expedientes de Nacionalidad) fue una medida eficaz, según muestran los resultados: en solo tres meses, porque por una u otra razón no pudieron empezar a resolverlos hasta noviembre, les ha dado tiempo a tramitar más de 332.000 expedientes. Es decir, unos 4.000 al día, cuando el Ministerio de Justicia resolvía 120.000 expedientes al año. El

El retraso había motivado muchas reclamaciones ante el Consejo General del Poder Judicial y el Defensor del Pueblo, ya que los afectados no podían ejercer derechos fundamentales

panorama ha dado un cambio radical y se espera que en poco tiempo se ponga al día. Seguramente, por ese motivo, Justicia ha pedido ampliar la Encomienda de Nacionalidad, al menos, para todo 2013.

El secreto de los registradores consistió en digitalizar la documentación y transformarla en archivos electrónicos, además de cruzar datos de distintas instituciones (Dirección General de los Registros y del Notariado, Policía, Registros de la Propiedad, Registros Civiles, etc.). Ahora, devolverán a Justicia el informe con la concesión o denegación de la nacionalidad, aunque será el Ministerio el que conceda o deniegue la ciudadanía española. Además, el rigor de los registradores ha permitido que el porcentaje de propuestas de denegación se haya multiplicado por cinco en relación con la gestión anterior.



NÚMERO
64

Llama la atención que las solicitudes se agolparon casi más a medida que la crisis ha ido creciendo y el número de inmigrantes descendía. En cualquier caso, las urgencias de Gallardón estaban justificadas. El retraso había motivado muchas reclamaciones ante el Consejo General del Poder Judicial y el Defensor del Pueblo, ya que los afectados no podían ejercer derechos fundamentales como el voto, la reagrupación familiar o la libertad de movimiento, así como servicios sociales como la educación o la sanidad. Pero, quizá lo más importante para los registradores es la diligencia mostrada en acelerar los trámites.

Supone una buena noticia si se tiene en cuenta la incidencia que tendrá en la contribución a las pensiones, máxime cuando en estos momentos se está produciendo el efecto contrario con la salida masiva de españoles, además de alta cualificación profesional, a trabajar al extranjero y la consecuente caída en número de cotizantes a la Seguridad Social.

Pero hay más. Los registradores, que son funcionarios públicos dependientes de Justicia, han hecho este trabajo sin contrapartida económica alguna, lo que ha generado algún que otro malestar en el seno del colectivo. No hay más que ver que a cada Registro le ha correspondido –y le corresponde todavía- tramitar una media de 400 expedientes. Se calcula que cada uno conlleva en torno a una hora de trabajo, aproximadamente, con los respectivos costes laborales y la implantación del sistema tecnológico necesario, que podría ascender a dos millones de euros.

Pero, seguramente, por encima de eso, lo que más cuenta es que el ministro ha tomado nota de la eficacia del colectivo de registradores y eso supone un activo muy importante en relación a la posible entrega de la gestión del Registro Civil, si finalmente el proyecto que lo regula sale adelante. Y eso, se supone, ya no será gratis et amore. ●



No es profesión para viejos

CARMEN DEL RIEGO

PRESIDENTA DE LA ASOCIACIÓN DE LA PRENSA DE MADRID

ME ENSEÑARON que el oficio se aprendía con el tiempo y que, por lo tanto, cuanto mayor eras, mejor periodista podías llegar a ser, de esos que no escriben como periodistas lo que no pueden sostener como hombres, que decía el escritor mexicano Francisco Zarco, y que es algo que sólo llega a comprenderse con la edad. Sin embargo, este viejo oficio no es una profesión para viejos. La crisis lo ha demostrado, y los empresarios sin escrúpulos lo han hecho norma. El presidente de PRISA, Juan Luis Cebrián, lo ha verbalizado con su desafortunada frase de que en periodismo, la tercera edad empieza a los 50, para justificar que 150 profesionales se irán a la calle, pero muchos otros hicieron lo mismo sin decirlo.

Seguramente no hay ningún medio de comunicación que no haya sufrido una reducción de plantilla desde que RTVE decidió prescindir, hace unos 10 años, de los periodistas que tenían más de 52 años. Después vinieron todos y en muchos casos los despidos no sirvieron para nada y cerraron, dejando huérfanos de información a muchos ciudadanos.

Y la sangría todavía no ha acabado. EFE trabaja desde hace unos días con casi 400 periodistas menos, y se han anunciado ya los ERES en Telemadrid, Canal 9 y El País, además del que se avecina en RTVE, otra vez, que amenaza con afectar a 2.000 personas.

Pero mi lamento no es por nosotros, los viejos; es por lo que aportamos y todavía podemos aportar en las redacciones de los periódicos, de las radios o de las televisiones

Estos, y son muchos, se sumarán a la lista de los 7.901 periodistas que a falta de los despidos en curso perdieron su trabajo desde noviembre de 2008 hasta septiembre de 2012, de los cuales más de 3.000 se fueron a la calle este mismo año. De todos



ellos, la mitad de los puestos de trabajo se perdieron en Madrid.

Los jóvenes sufren esta crisis, pero tienen por delante el futuro. Los que ya hemos cumplido los 50 tenemos escasísimas posibilidades de volver a ejercer esta profesión si del saco del ERE nos toca la bola negra. Pero mi lamento no es por nosotros, los viejos; es por lo que aportamos y todavía podemos aportar en las redacciones de los periódicos, de las radios o de las televisiones. Posiblemente haya una edad para correr por los pasillos del Congreso o estar horas a las puertas de la Audiencia Nacional para obtener una declaración de cualquier protagonista de la jornada, pero el background, la reflexión, el análisis, el matiz, sí podemos aportarlos. La edad, y lo vivido, es lo que nos permite dar a las informaciones ese valor añadido que no se obtiene a golpe de declaraciones más o menos ingeniosas.

Y servimos para otra cosa, la más importante de todas. Para estar en las redacciones, para que los jóvenes que llegan con tanto ímpetu como el que todos hemos gastado en el inicio de nuestras carreras, tengan de quien aprender, observen en ellos cómo se discute con un jefe para defender tus posturas, sepan cómo se es crítico, o cómo no se fía uno de lo primero que le dice el primero con el que habla. Son lecciones de la vida que sólo la vida te enseña si tienes a alguien que te las explique sobre el terreno.

Lo que está pasando en los medios de comunicación no es “cosa de periodistas”. Todo eso empobrece la información que reciben los ciudadanos, por eso lo que sucede en los medios de comunicación es problema de todos. El derecho a la información es de los ciudadanos, de ustedes, y por eso deberían acompañarnos en esta lucha. ●

NÚMERO
63



Europa en el centro de la diana

RAMÓN R. LAVÍN
PERIODISTA

LA CRISIS también afecta a los periodistas de la capital europea. Al comienzo de la crisis, a finales de 2008, había unos 1.300 periodistas acreditados ante las instituciones europeas. Hace dos años eran ya solo mil y hoy se estima que son unos ochocientos. ¿Se debe a la crisis? ¿A la falta de confianza en la Unión Europea, UE?

Hace bastantes años, en una discusión sobre el mismo tema, un periodista escéptico en el futuro de la UE asestaba a un alto funcionario comunitario: “vuestrs asuntos no tienen ningún interés para el gran público”, a lo que este le respondió: “no hay temas no interesantes, lo que hay a veces es malos periodistas”.

Los que vivimos en el microcosmos de la construcción europea, lo respiramos, lo comemos, lo asimilamos, no entendemos por qué todo esto no hace vibrar a nuestros conciudadanos y en casi todos los casos, también a nuestras redacciones, que siguen pensando que los “europeos” son unos marginales. Cuando España entró en la Comunidad Económica Europea, de la época, la gran mayoría de los españoles aplaudía el paso al frente en la integración con Europa. Esto nos iba a ayudar a mejorar nuestra economía, el estado de bienestar y muchas cosas, que veían en el espejo de los grandes y pequeños países que constituían la Europa del momento.

Luego ha llegado el desengaño. ¿Por qué? En gran parte por la culpa de los políticos. Cuando el primer ministro o uno cualquiera de sus ministros regresa al país, después de una reunión de mayor o menos importancia, el resultado siempre es el mismo. Si los intereses nacionales han salido beneficiados, es gracias al trabajo propio, a sus únicos méritos. Cuando el resultado parece negativo, Europa no nos entiende, y nos obliga a esto o lo otro. Por lo que para los ciudadanos europeos, de Europa solo llega lo malo.

Hay que reconocer que los temas europeos son intrínsecamente indigestos para el ciudadano de a pie, complicados y poco conocidos. Pero, ¿cuántos españoles se interesan cada viernes por las decisiones del Consejo de Ministros de la Moncloa? ¿Cuántos siguen las decisiones que allí se adoptan? Porque, eso es lo que se cuece en Bruselas. Las decisiones de los ministros de Economía y Finanzas, por ejemplo, son a veces de una complejidad extrema y si no, no hay

EUROPA



NÚMERO
62

más que pensar en la regulación sobre los mercados financieros o las agencias de calificación financiera.

Hace escasos días, un colega de otra nacionalidad, ya muy experimentado en los temas europeos y que también se lamentaba de lo poco que se conoce el universo europeo, que no se conocen las reglas de funcionamiento de las instituciones comunitarias, etc., me comentaba lleno de estupor, las matanzas de las últimas semanas en Siria y luego echando una mirada atrás me recordaba los recientes enfrentamientos y por lo tanto muertos, en Libia, Túnez, etc., o no hace tantos años en los Balcanes, de lo que los europeos hace más de sesenta y cinco años no tenemos, ya que vivimos uno de los periodos de paz más largos de la Historia. Y esto se debe a la Unión Europea. Mientras sus líderes se reúnan para cenar, aunque sea a las tantas de la noche, es muy probable que luego no se hagan la guerra.

De todas maneras como decía este funcionario del relato no hay temas no interesantes, el trabajo de los periodistas consiste en incitar a sus lectores, por su talento y su pertinencia, a hacer leer algo que a primeras luces no parece que vaya a interesar al lector, aunque hoy día también tiene que luchar contra su redactor jefe, dominado por la audiencia y por las ventas de su periódico, que exigen temas cuanto más frívolos mejor.

Hay dos culpables y no solo uno, de los problemas de comunicación de los temas comunitarios. Por un lado, los periodistas que no somos capaces de hacer llegar, primero a la redacción temas interesantes para explicar a lector lo que ocurre en Europa, en segundo lugar a los lectores, para hacerles comprensible lo que a veces no lo es tanto. El segundo culpable es la ausencia de cultura general sobre temas comunitarios, de los españoles y en general de los europeos. Pero esto se debe a que en las universidades o las grandes escuelas, o incluso en los estudios de bachiller, no se explica la dimensión europea. Un día Europa saldrá de la marginalidad de los estudios, de los medios de comunicación y entonces los lectores, los telespectadores y los oyentes, tendrán el corazón abierto a lo que pasa en Europa y les será mucho más fácil comprender "lo que pasa en Bruselas". ●



Cádiz

LALIA GONZÁLEZ-SANTIAGO

DIRECTORA DE LA VOZ DE CÁDIZ

EN SU EXILIO AMERICANO, Rafael Alberti escribe un libro a Cádiz, desde la nostalgia del trasterrado y del amor por su tierra que ya le había desgarrado de niño, cuando su padre le llevó a Madrid y le arrancó de las playas y los pinares de El Puerto. En 'Ora Marítima' se encuentra un verso que encierra por sí solo la primera mirada que me gusta dar al visitante:

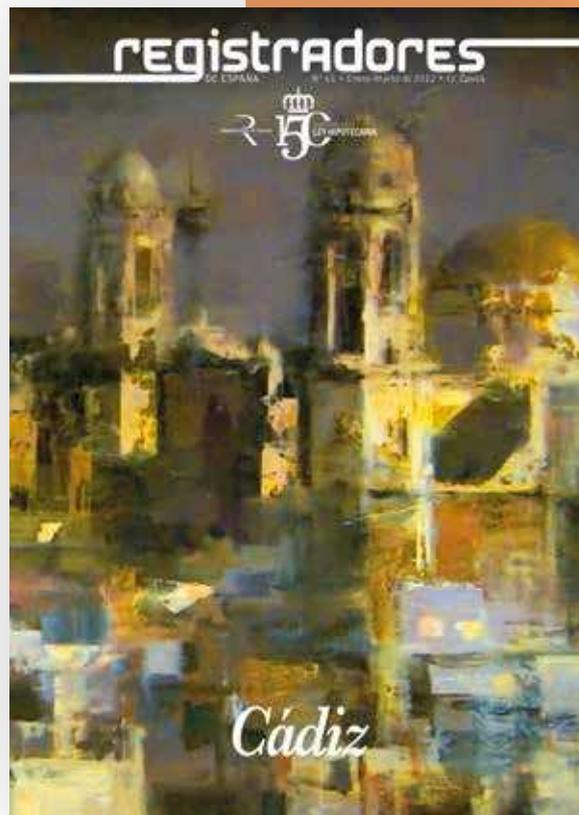
Ese que dice "... llamando siempre Cádiz a todo lo dichoso/lo luminoso que me aconteciera".

La luz, la luminosidad especial, blanca, translúcida, muy diferente de la amarilla mediterránea, es el impacto primero que la ciudad ofrece para impresionar a quien le visita. Tanto si entra desde San Fernando como si lo hace por el puente sobre la Bahía, puede aplicarse el párrafo inicial del Episodio Nacional que Galdós dedica al sitio napoleónico: "... recorrí el istmo que consigue que el continente no tenga la desgracia de verse separado de Cádiz".

Esa sutileza de la luz avisa de lo que espera al visitante: no verá grandes monumentos, deslumbrantes palacios, plazas ni jardines. Todo tiene la escala de lo delicado, de lo pequeño, incluso un matiz arcano que está a la espera de ser descubierto y que puede desvelarse de pronto, al paso por un rincón mil veces visto.

Esa luz que revienta contra fachadas de piedra ostionera, sobre esquinas en forma de proa de barco, con cantoneras hechas con cañones; que refulge desde los dos mares, el Atlántico abierto y la Bahía recogida, ha visto sucederse las civilizaciones: los primitivos pobladores, quizá tartésicos, recibieron a los fenicios que crearon en las islas Gadeiras su más potente enclave del fondo del mundo conocido, Gadir. En la dominación romana, Gades llegó a ser la ciudad más importante del imperio y sus togados tuvieron palco reservado a su nombre en el Coliseo romano: 'Gaditanorum', se lee aún en sus piedras.

Quedan muestras de ese esplendor en la joyería fenicia y púnica del museo arqueológico, en los dos sarcófagos sidonios, en la estatuaria, pero también en la propia traza urbana. Cada vez que se abre un solar aparecen como capas las sucesivas edades. A veces la planta romana está en la misma superficie.



Otras, las piedras de los grandes monumentos, como el teatro romano que fue el más grande de Hispania, se han reutilizado para formar otras edificaciones.

Este sabor a historia rezuma el barrio de El Pópulo, el primitivo enclave de la ciudad, encerrado por la muralla árabe, trufado aún de aires portuarios y ru-fianescos, que hace frontera con Santa María, la cuna del flamenco, de los cantes de los puertos y de los de ida y vuelta, y al otro lado con la Catedral, una joya del barroco tardío que evoluciona hacia el neoclásico y que hace de puente con las grandes seos americanas.

Pero todo esto aún no comprende Cádiz. Hay que añadirle la influencia americana. Siglos de estrecho contacto con el otro lado del Océano han dejado una impronta evidente en urbanismo, en las maderas nobles de sus fachadas o los mármoles de sus patios, en las torres miradores que servían para ver los barcos venir desde las casas de los comerciantes de Indias.

También en el Carnaval, una seña de identidad en auge, está la huella de ese tiempo en el que la gente de Cádiz iba con más facilidad y frecuencia a La Habana que a Madrid.

En fin, la luz dio en Las Luces. La Ilustración y el romanticismo tuvieron aquí un momento de eclosión. La Enciclopedia entraba por el puerto, con los nuevos vientos de libertad que recorrían Europa, y aquí prendieron para dar en las Cortes españolas, refugiadas de la ocupación napoleónica, la primera Constitución liberal, en 1812, de la que este año celebramos su segundo centenario.

El nuevo ordenamiento que el texto legal contiene, su aspiración de construir un mundo nuevo, vuelve ahora a poner sobre la mesa una invitación a mirar al futuro con la misma energía por defender a la patria, modernizarla y conseguir, en fin, cumplir su más conocido aserto: "El objeto del Gobierno es la felicidad de la nación". ●

NÚMERO
61



Planeta azul, frágil y poderoso

MIGUEL DELIBES DE CASTRO

ESTACIÓN BIOLÓGICA DE DOÑANA, CSIC SEVILLA

FÉLIX RODRÍGUEZ DE LA FUENTE nos habló del “Planeta azul” con la intención de convocar a la audiencia alrededor de la fragilidad de la Tierra. Pero no fue el primero. En aquellas fechas la humanidad entera había quedado fascinada por las imágenes de nuestra casa vista desde el espacio. Eran la evidencia de que todos flotábamos a bordo de un pequeño barco, nuestro único barco. Desde aquel instante cambió la idea que teníamos del mundo y de nosotros mismos, y al tiempo lo hizo la que teníamos de la conservación de la naturaleza. Advertimos que la nave Tierra estaba viva y que esa característica, precisamente, hacía posible nuestra existencia.

Hoy sabemos que la vida en la Tierra es frágil, porque estamos destruyéndola, pero también que es poderosa, pues dependemos de ella. Al conjunto de toda la variedad de vida en la Tierra lo hemos llamado biodiversidad. Las condiciones físico-químicas de nuestro planeta han hecho posible y condicionan a la biodiversidad, evidentemente, pero también la biodiversidad modifica al planeta. Y al hacerlo, lo torna habitable. James Lovelock defendió que los seres vivos modifican su ambiente y lo mantienen en un cierto equilibrio imprescindible para sostener la propia vida, y habló de la hipótesis Gaia, según la cual toda la Tierra se comportaría como un solo organismo con capacidad de autorregulación. Ha cambiado el paradigma. La vieja idea de que los seres vivos no tenían más alternativa que adaptarse a los cambios ambientales, ya no resiste. El biólogo español Ricard Guerrero ha dicho que la propia vida ha determinado las condiciones idóneas en la Tierra para su desarrollo y evolución. ¿Están en riesgo esas condiciones? Déjenme responder brevemente a dos preguntas. Primero: ¿Hasta qué punto es frágil la biodiversidad? Y enseguida: ¿Cómo nos afecta? o quizás: ¿De qué modo dependemos de ella?

Podríamos definir la biodiversidad de muchas maneras, entre otras cosas porque sus significados son múltiples. Como he apuntado, uno de ellas se refiere a la totalidad de la variación de formas de vida a múltiples escalas, desde los genes a los ecosistemas. No hay manera de medir la cantidad de biodiversidad pues, como señalan los expertos, “es casi infinita”. Lo más sencillo es medir el número de especies (simplificando mucho, una especie es un conjunto de seres vivos que se reproducen entre sí), pues son entidades relativamente fáciles de diferenciar

NÚMERO
60

(los nativos de Nueva Guinea distinguían casi las mismas especies de aves que los ornitólogos profesionales). ¿Cuántas especies hay? He dicho que es “relativamente fácil” diferenciarlas, pero nadie las ha contado. No existe, por el momento, nada parecido a un inventario general de las especies descritas en el mundo, pero se admite que son algo más de millón y medio las que han recibido un nombre por parte de los científicos. ¿Nos quedamos con esa cifra, pues? ¡Ni mucho menos! La mayor parte de la biodiversidad está por describir, no la conocemos. Se calcula que existen entre 3 y 100 millones de especies, aunque las estimaciones más razonables se centren entre 12 y 20 millones. Gastamos mucho tiempo y dinero para buscar vida en el espacio antes de conocer, ni siquiera aproximadamente, la diversidad de vida que existe aquí.

Sí que sabemos, en cambio, que esa biodiversidad se está perdiendo muy aprisa, a un ritmo que se estima entre 100 y 10.000 veces más rápido del que sería normal (todas las especies acaban extinguiéndose; el ritmo al que normalmente lo hacen lo llamamos “extinción de fondo”). En la actualidad se pierden para siempre decenas de miles de especies anualmente (Wilson sostiene que alrededor de 27.000, lo que supone tres especies por hora), en lo que se considera una extinción masiva tan grave como la que acabó con los dinosaurios, si no más. Ello podría considerarse meramente desafortunado, pero en realidad es peligroso. Recuerden que la vida, aunque frágil, es más fuerte que nosotros.

Los especialistas llaman servicios ecosistémicos a los beneficios que de forma gratuita nos proporciona la biodiversidad. Incluyen, con muchos otros, la regulación de gases de la atmósfera (que entre otras cosas nos proporciona oxígeno para respirar), la polinización de las cosechas, el control de las inundaciones, etc. Hace varios lustros un grupo de investigadores afrontó el reto imposible de estimar en dinero lo que costaría sustituir a esos servicios ecosistémicos. Concluyeron que su valor era de aproximadamente 33 billones de dólares de 1994, más o menos el doble del producto global bruto. Dicho de otro modo, si destruimos la biodiversidad no habrá en el mundo dinero suficiente para pagar la prestación de los servicios que nos está ofreciendo (por otra parte no sabríamos cómo hacerlo). Por esa razón conservar la naturaleza, la Tierra viva, es egoísta e imprescindible, ya que resulta esencial para el futuro de todos y cada uno de nosotros. ●



El movimiento del 15-M

JOSÉ ANTICH

DIRECTOR DE LA VANGUARDIA

COINCIDIENDO con las elecciones municipales del pasado 22 de mayo, la vida política, social, cultural y económica de nuestro país se ha visto distorsionada por un movimiento de protesta juvenil conocido coloquialmente con el nombre de “movimiento 15-M” o incluso con el calificativo de los “indignados”. Ha prendido casi espontáneamente en varias capitales españolas, sobre todo en Madrid y Barcelona, y durante varias semanas los campamentos de los concentrados han estado instalados en zonas tan céntricas y conocidas como la Puerta del Sol (Madrid) y Plaça Catalunya (Barcelona).

La protesta de las decenas de miles de indignados en su momento más álgido, que ha sido noticia en los medios de comunicación de todo el mundo, ha pretendido desde algo tan inconcreto como cambiar el mundo a llamar la atención sobre cuestiones puntuales y muy precisas. Entre las demandas que se han escuchado destaca la exigencia de cambiar el sistema electoral por alejar a los representantes de las demandas de los ciudadanos, impedir la presencia de imputados en diferentes candidaturas que concurrían a los comicios y poner de manifiesto la frustración de los manifestantes con los partidos tradicionales, tanto de derechas como de izquierdas, por su connivencia con el sistema financiero en general y con los bancos y cajas en particular. En resumen, en muchos aspectos, una enmienda importante al sistema actual.

Es del todo evidente que el movimiento de los indignados ha conseguido traspasar las fronteras naturales de los propios manifestantes para interrogarnos a todos sobre la calidad de la democracia en nuestro país y lo descorazonador que acaba siendo la situación económica de la juventud en España que registra unas tasas de paro en esa franja de edad superiores al 45%, muy por encima de Grecia (32,9%), más del doble de países como Italia, Francia, Irlanda y Portugal y a años luz de Holanda, Austria y Alemania que no llegan al 10% de desempleo juvenil.

El problema, por tanto, existe. Es de carne y hueso. Afecta a los jóvenes, a sus familias, a sus vecinos, a una parte muy importante de la sociedad. La crisis económica, lejos de amainar no hace más que cercenar pilares básicos de la sociedad y de su estado del bienestar. ¿Somos capaces de adivinar



que podremos mantener y que no de lo que hoy consideramos inamovible en, por ejemplo, una década? Sabemos, entonces, que muchas cosas deben cambiar. En consecuencia, asumido el problema, lo siguiente que deberíamos plantearnos es si es correcto el diagnóstico.

Y es ahí cuando la respuesta se vuelve compleja y el movimiento de los indignados pierde buena parte de su razón de ser. La comparación de los acampados y sus reivindicaciones con lo que sucedió en la plaza Tahrir, llamada también de la liberación, de El Cairo además de desproporcionada es falsa y tremendamente injusta. Los egipcios pedían poder votar en unas elecciones libres mientras aquí, en España, se animaba desde los indignados a no acudir a las urnas el día 22 de mayo ya que, decían, no servía para nada. Un 66,23% de electores acudieron a las urnas, casi un tres por ciento más que en 2007, de lo que cabría deducir que la simpatía hacia el movimiento era, como hemos dicho, más de fondo, que por su manera de actuar o sus propuestas concretas.

Es muy posible que la situación de final de ciclo en la vida política española contribuya a que emerjan movimientos que se hagan eco de la situación de deterioro y del malestar ciudadano. De alguna manera, es obvio, que una protesta como la del 15-M acaba siendo una manifestación contra el gobierno. Es por ello que lo más seguro es que de no adelantarse las elecciones generales, previstas para marzo de 2012, España se adentre nuevamente en un camino espinoso en que lejos de ganar crédito en los mercados internacionales lo acabe perdiendo.

Este escenario retrotraería al gobierno español nuevamente a las turbulencias de mayo de 2010: desnortado y sin rumbo, a la espera de que las directrices de su política económica le sean marcadas desde Bruselas, Berlín, Washington o Pekín. Es un riesgo real que el gobierno de España y su presidente, José Luis Rodríguez Zapatero, no debería correr por más que el político gobernante siempre confía que el cuadro general de la economía quizás cambie. Nada es seguro pero hoy parece del todo improbable. Y, mientras tanto, España no puede permanecer por más tiempo en medio del océano. Necesita volver a puerto. Y un nuevo capitán que permita desplegar las velas para volver a navegar. Así de sencillo. O así de difícil. ●



Un urgente cambio de valores

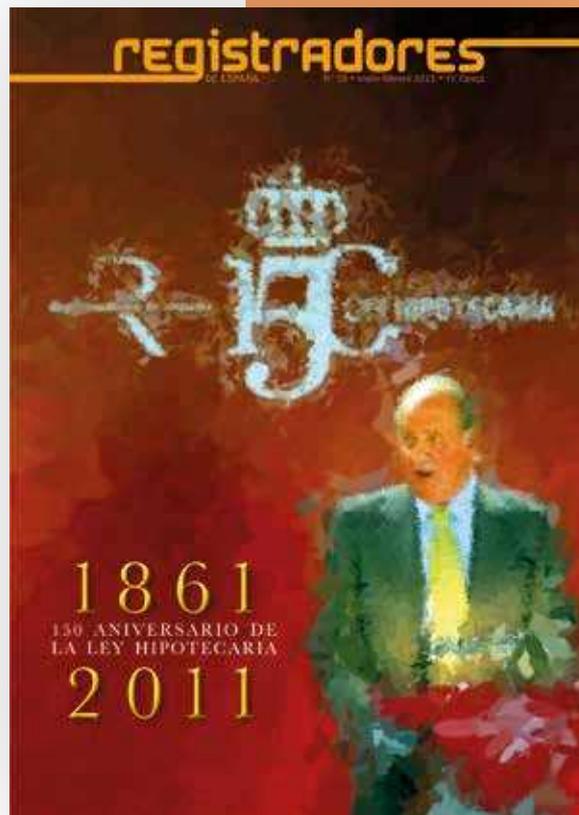
ANTONIO SAN JOSÉ
PERIODISTA

VIVIMOS la crisis económica más grave desde el “crack” de 1929. Una concatenación de factores que han actuado como un tsunami en las finanzas de todo el mundo sin que los economistas más conspicuos hayan sido capaces de prever la intensidad y magnitud de lo que se nos venía encima. Por si lo ocurrido hasta ahora fuera poco, las revueltas en el mundo árabe han hecho entrar en paroxismo a los mercados de crudos que amenazan con subir los precios del petróleo hasta el punto de comprometer la tímida recuperación que empezaba a atisbarse en algunos países. El efecto de este incremento en los índices de inflación de la zona euro va a provocar una anunciada subida de los tipos de interés que traerá dificultades añadidas a la financiación de empresas y familias. La tormenta perfecta se cierne sobre nosotros sin que nadie pueda anunciar cuándo vamos a salir de todo esto.

A pesar de las adversas circunstancias apuntadas, la crisis que nos afecta no se circunscribe únicamente al ámbito financiero sino que es mucho más profunda. La ausencia de valores éticos en determinados ámbitos empresariales de carácter internacional, ha dejado en evidencia la fragilidad deontológica de una sociedad en la que ha primado el éxito basado en las ganancias rápidas sin que importara demasiado la forma en que se conseguían. Triunfadores sociales de pelotazo y ausencia de escrúpulos han pasado a encarnar lo peor de un modo de operar en los mercados que ha olvidado los cimientos sobre los que ha de basarse toda actividad económica digna de merecer el respeto de los ciudadanos. Los episodios de corrupción y la relevancia pública de algunos “tiburones” financieros cuyo destino final han sido los tribunales de justicia, dibujan con claridad el envés de aquello que debería servir como ejemplo a generaciones posteriores.

Toda crisis implica cambio y abre, por definición, una ventana de oportunidad, para cambiar lo más negativo de una sociedad

Toda crisis implica cambio y abre, por definición, una ventana de oportunidad, para cambiar lo más negativo de una sociedad. Sería este, por tanto, un buen momento, a pesar de todas las graves dificultades o precisamente por



NÚMERO
58

ellas, para revisar nuestro sistema de valores y volver a reivindicar algo tan sencillo, pero tan importante, como el gusto por el trabajo bien hecho. Frente a la improvisación negligente y la chapuza derivada de la indolencia, el hecho de que cada cual aborde su rol profesional en la colectividad a la que pertenece con rigor, solvencia y disposición, supondría un salto cualitativo que nos haría avanzar mucho como sociedad. La cosa es tan sencilla, pero tan revolucionaria, como que cada cual desempeñe su función pensando en la colectividad con una vocación de servicio alejada de lo cursi y útil para el conjunto de los ciudadanos. Junto a ello habría que plantear un rearme de amabilidad del que ahora carecemos por completo. Cumplir con el trabajo desde una actitud positiva que haga fácil la relación con los demás y contribuya a una cierta armonía en la sociedad se contrapone con el estereotipo de aspereza y distancia que los mediocres adoptan como norma de actuación para adquirir un prestigio del que carecen por completo.

Hablamos, por tanto, de una sociedad ideal, una colectividad con valores en la que, como lamentablemente ocurre en la actualidad, no se arrumbe el esfuerzo como elemento fundamental de superación individual. El daño que han hecho las erráticas políticas pedagógicas elaboradas desde la ignorancia más supina, aboliendo la memoria y apostando por lo lúdico como elemento principal de los planes de estudio, ha alejado a nuestros estudiantes adolescentes de la realidad sin prepararles adecuadamente para la adquisición de habilidades intelectuales y psicológicas, auténticas herramientas imprescindibles para el desarrollo de su personalidad y la labor profesional a la que están llamados.

Tiempo de crisis, en suma, y oportunidad también para cambios sustanciales que nos permitan salir de ella con el rearme moral derivado de una transformación de valores en nuestra sociedad. Ése es el reto al que todos estamos convocados. ●



La primera muerte de Moyano

ANDRÉS NEUMAN
ESCRITOR

En recuerdo del espléndido y tristemente olvidado narrador argentino Daniel Moyano, secuestrado y torturado por la dictadura, y más tarde exiliado a España, donde seguiría escribiendo hasta su muerte.

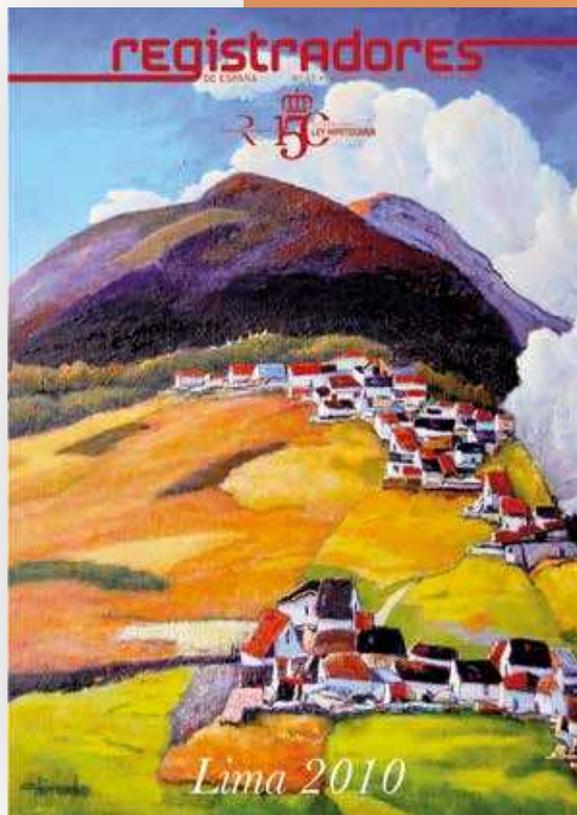
ACABABA de amanecer en el bosque. La mañana era húmeda. Los pájaros cantaban por rutina, ajenos a lo que estaba a punto de ocurrir bajo las copas de los árboles. Cuando el prisionero Moyano, con las manos atadas y la nariz fría, escuchó el grito de «Preparen», recordó de repente que su abuelo español le había contado que en su país solían decir «Carguen». Y mientras recordaba a su difunto abuelo, sintió que era irreal que las peores pesadillas de uno mismo se cumpliesen.

Eso pensó Moyano: que siempre se mencionaba estúpidamente (cobardemente, rectificó Moyano) la extrañeza de realizar los propios deseos, y se pasaba por alto la perplejidad siniestra que nos causa, o debería causarnos, la consumación de nuestros temores. No lo pensó quizás en forma sintáctica, palabra por palabra, pero sí recibió el fulgor ácido de esa conclusión: lo iban a fusilar,

iban a hacerlo, y nada le parecía más inverosímil, pese a que en sus circunstancias hubiera podido parecer lo más natural del mundo. ¿Era acaso natural escuchar «Apunten»? No, a cualquier persona, al menos a cualquier persona decente, una orden así jamás le llegaría a sonar lógica, por mucho que el pelotón entero estuviese formado con los fusiles perpendiculares al tronco, como la rama atroz de un árbol, y por mucho que durante su cautiverio el general lo hubiese amenazado varias veces con que le pasaría lo que le estaba pasando.

Cuando el prisionero Moyano, con las manos atadas y la nariz fría, escuchó el grito de «Preparen», recordó de repente que su abuelo español le había contado que en su país solían decir «Carguen». Y mientras recordaba a su difunto abuelo, sintió que era irreal que las peores pesadillas de uno mismo se cumpliesen

Moyano se avergonzó de la poca sinceridad de este razonamiento, y de la hipocresía de apelar a la decencia: ¿a quién a punto de morir le preocupaba semejante cosa?, ¿a quién le interesaba la decencia frente a un fusil recto?, ¿no era en realidad la supervivencia el único valor humano, o quizá menos que humano, que le importaba



ahora?, ¿estaba tratando de disculparse?, ¿de morir gloriosamente?, ¿de distinguirse de sus verdugos como una forma de salvación en la que él nunca había creído? No pensaba todo esto Moyano, pero sí lo intuía, lo entendía, asentía mentalmente como ante un dictado ajeno.

El general aulló «¡Fuego!», él cerró los ojos, los apretó más fuerte que nunca antes en su vida, buscó esconderse de todo, de sí mismo, por detrás de los párpados, de pronto pensó que era innoble morir así, con los ojos cerrados, que su última mirada merecía ser por lo menos vengativa, pensó en abrirlos, no lo hizo, se quedó quieto, pensó en gritar algo, en insultar a alguien, buscó unas palabras oportunas, no le salieron, qué muerte más torpe, pensó, y de inmediato: ¿nos habrán engañado?, ¿no morirá así todo el mundo, como puede? Lo siguiente, lo último que escuchó, fueron los gatillazos, su estruendo, mucho menos molesto, incluso más armónico, de lo que siempre había imaginado.

Eso debió ser lo último, pero escuchó algo más. Para su sorpresa, para su confusión, también escuchó otras cosas. Con los ojos todavía cerrados, pegados al pánico, escuchó al general pronunciando en voz muy alta «¡maricón, llorá, maricón!», al pelotón retorciéndose de risa, olió temblando el aire delicioso de la mañana, oyó el canto inquieto de los pájaros, saboreó la saliva seca entre sus labios. «¡Llorá, maricón, llorá!», le seguía gritando el general cuando Moyano abrió los ojos, mientras el pelotón se dispersaba dándole la espalda y comentando la broma, dejándolo ahí tirado, arrodillado entre el barro, jadeando, todo muerto. ●

NÚMERO
57



Altamira en Internet

AGUSTÍN FERNÁNDEZ MALLO

PODEMOS mirar sin cansancio y durante horas la portada del disco Sargent Pepper's, de The Beatles, porque lo que nos atrae de esa portada no son los colores, ni la técnica, sino el hecho de que allí se reúnan "naturalmente", sin que nada chirrié, personajes de diferentes momentos históricos, o lo que es lo mismo, de diferentes capas de tiempo. Es un mapa, una topología, que no habla del tiempo cronológico (el del reloj), sino del tiempo topológico.

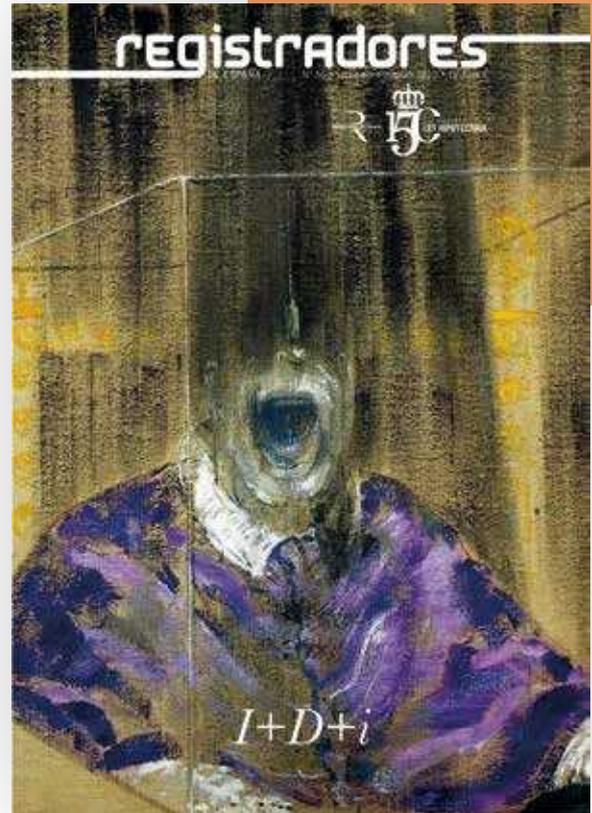
El "tiempo topológico", es aquel que busca asociaciones entre objetos, ideas o entes que se dan simultáneamente, aunque esos objetos, ideas o entes hayan sido originados hace siglos y otros hace apenas un minuto. Y el lugar en donde conviven hoy al mismo tiempo y conectados todos los objetos, ideas o entes, ya sean originales, copias, antiguos o contemporáneos, es Internet, espacio físico en el que el tiempo parece realmente la suma de todos los tiempos, todas las capas de tiempo. Es el lugar donde se plasma el "tiempo topológico". No en

vano, la pantalla del ordenador se refresca a cada instante sin degradación ni pérdida de materia (salvo catástrofe del disco duro) para que podamos llegar a cualquier lugar del "tiempo topológico" a través de sucesivas capas de archivos "realmente existentes".

Internet es un océano realmente de agua, al que vamos tirando cosas, algunas se van al fondo, otras flotan y otras quedan suspendidas entre el fondo y la superficie; todas son llevadas por unas corrientes que no llegamos a controlar

Por eso, visualizo Internet como una arqueología contemporánea, un gran Contenedor de Tiempo en el que, paradójicamente, se ha borrado el tiempo. En Internet, cualquier cosa que haya llegado desde momentos remotos hasta

nuestros días es tan contemporánea como lo es un objeto de última generación, ya que el tiempo topológico, el tiempo de las relaciones, las copias y las reinterpretaciones, todo lo actualiza. Otra manera de visualizar esta imagen sería la siguiente: Internet es un océano realmente de agua, al que vamos tirando cosas, algunas se van al fondo, otras flotan y otras quedan suspendidas



NÚMERO
56

entre el fondo y la superficie; todas son llevadas por unas corrientes que no llegamos a controlar. Y que esos objetos estén en el fondo, en la superficie o en suspensión no depende de cuándo los hayamos tirado, ni depende de lo antiguos o contemporáneos que sean, sino de una característica de cada objeto que nada tiene que ver con el tiempo: su densidad. Si hacemos una foto –en sección– de un instante de ese océano, lo que veríamos no sería el tiempo cronológico de lo que hemos tirado, sino una topología que relaciona objetos, un tiempo topológico.

Podemos pensar que si la 1ª naturaleza es aquello a lo que comúnmente llamamos Naturaleza, a la que le siguió una 2ª Naturaleza que fue a partir del siglo 19 la ciudad como nuevo y legítimo hábitat de las llamadas sociedades modernas, ahora estamos ya en una 3ª Naturaleza, que es Internet y por extensión la sociedad de la información. Pero ocurre, y esto es lo más interesante, que aún estamos en la Altamira de de Internet, somos salvajes en esta 3ª Naturaleza, somos auténticos primitivos en un cosmos que aún se está creando, estamos aún perdidos, asistiendo a una cosmogonía sin darnos cuenta; lo que abunda en la Red es la indefinición de las cosas: no es que haya territorios separados por fronteras, sino que toda la Red es una frontera, y como ocurre en toda frontera, se dan las condiciones de espacio híbrido, no puritano, para que aparezca lo nuevo, la experiencia del constante experimento. Y ahí entra en juego una idea más amplia, que va más allá de Internet, la del mundo como un conjunto de elementos conectados en un redes. Si hasta ahora habíamos estudiado los objetos por separado, lo que ahora interesa es ver cómo se conectan esos objetos, las relaciones que los unen. A esto se le llama un Sistema Complejo, y abarca desde la redes neuronales a las redes económicas, pasando por las redes sociales o el propia red Internet. La elaboración y estudio de esos mapas es uno de los principales retos del siglo 21. ●



El amor, el viaje, la aventura

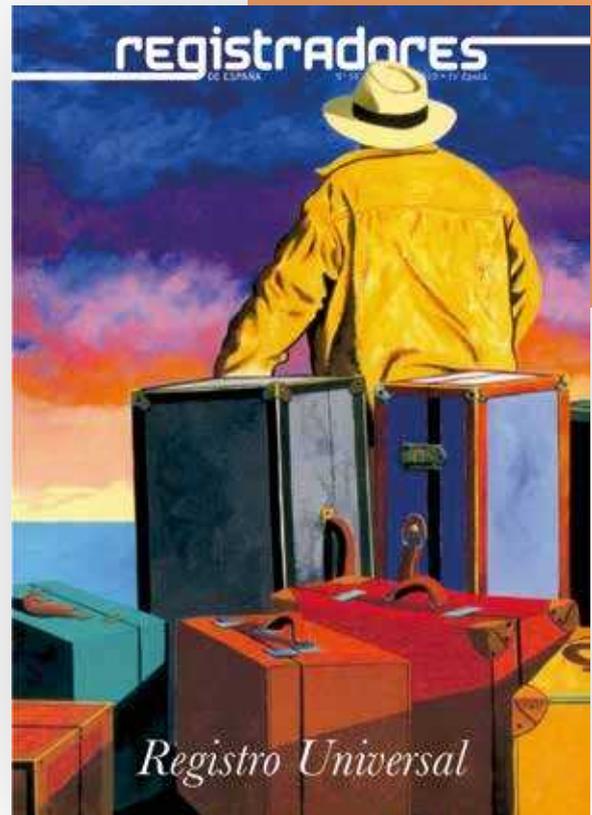
JAVIER REVERTE

PERIODISTA Y ESCRITOR

HAY VARIAS PREGUNTAS que a menudo me formulan en los coloquios de las conferencias que suelo ofrecer cada año en diversas ciudades españolas: ¿por qué viajamos en tiempo de globalización?, ¿qué nos impulsa a movernos cuando los medios de comunicación y en particular la televisión nos ofrecen a la carta los paisajes de todos los rincones del mundo?, ¿todavía queda algo en el planeta que pueda sorprendernos? Son cuestiones difíciles de contestar, desde luego, y para las que supongo que cada cual daría su interpretación. Y son bien ciertas: ¿para qué embarcarse en un viaje si nuestro televisor, mientras tomamos una cerveza tranquilamente en casa, puede mostrarnos tanto la barriga de un hormiguero como la superficie de Marte? Complejo, sí; pero mi respuesta es sumamente sencilla: viajamos empujados por la sensualidad y por el afán de aventura.

Porque no somos solamente la vista, sino que contamos con otros cuatro sentidos que necesitamos poner en contacto con el exterior. La realidad nos atrae con una fuerza irremediable, de otro modo nos entregaríamos blandamente en brazos de lo virtual. Y al viajar, precisamos empaparnos de olores ignorados, de sabores nuevos, de voces ajenas y del contacto táctil con otras manos. Es necesario estar presente en los lugares, no sólo imaginarlos a partir de una fotografía estática o móvil. Sucede como en el amor: no nos basta la foto, queremos sentir la piel del otro, abrir nuestros oídos a sus murmullos, saborear su piel, olfatear su carne. Decir sensualidad plena resulta, a la postre, casi lo mismo que decir amor.

En cuanto a la aventura, es necesario precisar qué significa la palabra y señalar que, en este caso, las definiciones que aporta el diccionario de la Real Academia de la Lengua son limitadas. Aventura, en mi opinión, no es partir en busca del riesgo, ponerte en peligro, asomarte al miedo y color tu vida en el filo de la navaja. Para mí, la aventura consiste en asomarte a ese lado de la realidad que no conoces, atreverte a pasar la línea de lo que ignoras. Y hacerlo con toda la emoción de quien espera una sorpresa agradable. Todo viaje significa eso, por más que sea un viaje organizado puntillosamente, por más que casi todo esté previsto de antemano. Porque todo viaje supone una violación de la normalidad, salirse de la vida organizada que repites cotidianamente, alterar



NÚMERO
55

el orden monótono de las cosas, colocarte en el lado contrario al que ocupan el tedio y el aburrimiento. Y en cualquier momento surge, tal vez cuando menos lo esperas, la sorpresa anhelada.

Si la sensualidad del viaje es comparable al amor, su lado aventurero es muy semejante al proceso de creación literaria. Escribir no es un nunca, por muy meticuloso que sea el escritor, una tarea organizada hasta su más íntimo detalle. Al contrario. El creador literario se sumerge en las páginas de su libro, sumido en los brazos de la imaginación, como quien se adentra en una selva densa y oscura. Los personajes y las situaciones, por más que las haya planeado, surgen de pronto, inesperadamente, y toman caminos imprevistos. El protagonista puede negarse a serlo y el secundario puede exigir el primer papel de la obra. Y el escritor debe de seguirles. De ese modo, acaba viajando de la mano de su obra por territorios ignorados y sorprendentes: debe, en fin, como el viajero, aventurarse.

“Lo importante es el camino, no el destino”, escribía Robert Louis Stevenson, el autor de ese maravilloso relato que es “La isla del Tesoro”. Y es cierto: viajar no es llegar, sino ir, de la misma manera que escribir no es resolver, sino intentarlo. Y ambas acciones, el viaje y la creación, proponen un mismo fin: detener el tiempo. ¿No te has dado cuenta, amigo viajero, de que al regreso de un viaje de veinte días en muchas ocasiones tienes la impresión de que sólo has estado dos o tres meses fuera de tu hogar?. ¿Y no has percibido, a lo largo de tu vida ordinaria y cotidiana, cuando repites a diario los mismos ceremoniales y ves los mismos rostros, que un año puede convertirse para tu sensibilidad en un par de meses?

El autor de “El americano impasible”, el novelista Graham Grenne, también un gran escritor de viajes, calculó en cierta ocasión el número de kilómetros que había realizado ese año y en la cuenta le salieron más de veinte mil. Y se preguntaba: “¿No será por ello que a veces tengo la sensación de que soy eterno?”.

Puede que la eternidad esté en nuestros pies viajeros. ●



La felicidad es un diario con aroma de mantequilla

MÀRIUS CAROL
PERIODISTA

POCOS MOMENTOS resultan más placenteros que leer el diario un domingo por la mañana, al lado de los cruasanes de mantequilla aún calientes. Puede que por ello las noticias dominicales tengan un aroma especial de bollería recién horneada. Quienes proclaman el fin de la prensa podrían también augurar el final de la felicidad doméstica. Desde pequeños hemos aprendido a disfrutar de aquellas cosas que nos provocan sensación de bienestar y que desencadenan momentos de dicha. Cuesta pensar que el placer sea el mismo con una pantalla con olor a plástico industrial sobre la mesa del comedor. Los diarios de papel son este bocado de alimento para nuestro cerebro que nos pone en marcha por la mañana, pero el fin de semana, cuando los periódicos son más voluminosos, porque los editores saben que es cuando los lectores disponen de más tiempo, adquieren la condición de regalo del conocimiento.

Nadie cuestiona que hoy leamos las noticias de los diarios en el móvil, la blackberry, el ordenador o el iPad, pero el gusto por las noticias en papel no desaparecerá y su capacidad de reflexión y análisis resultará imprescindible. No es sólo por una cuestión de sibaritismo informativo, ni tampoco de romanticismo periodístico, sino porque la prensa escrita –con una convergencia cada vez mayor con la digital, por supuesto– es un síntoma de la calidad democrática de un país

Uno de los más bellos homenajes al diario de la hora del desayuno, que nos permite comulgar con el mundo en la paz más perfecta, en medio de los efluvios del café acabado de preparar, corresponde al escritor francés Philippe Delerm, que ha publicado dos libros sobre los momentos más singulares del hombre contemporáneo: El diario lo desplegamos en la mesa, entra la tostadora del pan y la mantequillera. Registramos vagamente en nuestro cerebro la violencia del siglo, pero tiene una aroma de confitura de grosella, chocolate y pan tostado... Bajo la perennidad de la cabecera, las catástrofes se vuelven relativas. Sólo están para salpimentar la serenidad del rito. La amplitud de las páginas, la medida de la taza del café, permite únicamente una lectura sosegada. Pasamos las páginas con



precaución, con lentitud reveladora: más que absorber el contenido, lo que cuenta es disfrutar al máximo con el continente.”

Es cierto lo que dice Delerm, pero también lo es que el diario nos ordena el mundo que es profundamente desordenado, nos permite ver el rostro humano de las guerras más crueles, nos ayuda a interpretar los conflictos más inexplicables, a descubrir los valores emergentes en una sociedad. Los diarios son unas gafas de sol graduadas que evitan que la actualidad nos deslumbre y, a la vez, nos permiten observar la realidad en su justa medida. Italo Calvino sugería leer los diarios en la postura más cómoda posible, seguramente porque las cosas que ocurren ya nos incomodan lo suficiente.

El sociólogo Philip Meyer escribió un libro titulado *Vanishing Newspapers*, que anunciaba la desaparición de la prensa en 2043, luego el propio presidente de *The New York Times* apuntó en Davos que este hecho se produciría en 2013, pero que no le preocupaba demasiado porque su grupo editorial se ganaría la vida con el periodismo en otros soportes. Nadie cuestiona que hoy leamos las noticias de los diarios en el móvil, la blackberry, el ordenador o el iPad, pero el gusto por las noticias en papel no desaparecerá y su capacidad de reflexión y análisis resultará imprescindible. No es sólo por una cuestión de sibaritismo informativo, ni tampoco de romanticismo periodístico, sino porque la prensa escrita –con una convergencia cada vez mayor con la digital, por supuesto– es un síntoma de la calidad democrática de un país. Y porque además constituyen un placer intelectual insustituible, más aún los fines de semana cuando el tiempo es más nuestro y los diarios tienen un perfume que no es el de la tinta. Como el del café o el del cruasán, que los días festivos nos saben distintos. ●

NÚMERO
54



¿Es usted feliz?

MARTA PUJADAS
PERIODISTA

¿QUÉ ES PARA USTED SER FELIZ? Seguro que la gran mayoría, por no decir todos, responderían que ser feliz consiste en tener buena salud, buenos amigos, una relación de pareja estable, empleo y dinero suficiente para vivir. Y no se equivocan. Pero tampoco aciertan. Y es que no hay una fórmula exacta para encontrar la felicidad.

Miren, el escritor y filósofo Paulo Coelho se pregunta: si la vida es el trabajo, la familia, los hijos que crecerán y acabarán marchándose, la mujer o el marido que con el tiempo se transforman más en amigos que en auténticos enamorados. Y el trabajo terminará un día. ¿Qué haremos cuando llegue ese momento? Si usted se lo plantea y es sincero, seguro que no encontrará una respuesta rápida, escuchará un silencio pensativo.

Cuando pregunto a un amigo que hace tiempo que no veo si es feliz, su respuesta inmediata es “estoy bien... tengo trabajo”. Y claro, con los tiempos que estamos, tener trabajo es vital. Lo entiendo. Pero tener trabajo no significa ser feliz.

Tener trabajo es sinónimo de tener una fuente de ingresos, de tener dinero. El problema radica en que la mayoría de personas comparan lo que ganan ellos con lo que ganan los demás. Y eso es un mal negocio porque hace que entiendas la felicidad en función de conseguir más pasta. Me explico.

Quien vive con lo que gana sin mirar que tiene la gente de su mismo status se siente más satisfecho que quien gana más dinero pero que compara su casa, su coche, sus vacaciones con los demás. Eso es lo dañino. Comparar los aspectos materiales de la vida. Por que siempre encontraremos conocidos que tienen más.

Ahí iba yo. Disfruten del dinero sin fijarse en qué tiene el vecino. Si lo logra se sentirá más feliz. ¿Pero lo será? No. En alguna ocasión pensará en cómo mantener el empleo en tiempo de crisis, o en cómo encontrar el amor, o en cómo librarse de alguna tragedia inoportuna... Luego, quédense con los versos de Jorge Luis Borges: “Ya no seré feliz. Tal vez no importa. Hay tantas otras cosas en el mundo”.

Seguramente, a estas alturas, está usted convencido de que me dedico a los libros de auto-ayuda. No es así. Aunque releendo lo escrito y a pesar de que nunca me lo había planteado, podría ser una solución si el trabajo amaina y hay

que buscar salidas. No se trata de algo más que eso. Se trata de hacer un hueco en la vida diaria. Un kit-kat –un paréntesis- como dicen ahora. Para reflexionar. Sobre cualquier cosa. Sobre la felicidad por ejemplo.

Ahora estoy viviendo ese kit-kat. Por razones de fuerza mayor. Y en pequeñas proporciones. Soy mujer, estoy casada, trabajadora autónoma, tengo treinta y cuatro años y acabo de parir a mi tercer hijo. Es un buen momento para pararme a pensar en la felicidad, cuando el pequeño me deja respirar.

Y yo, ¿soy feliz? Supongo que la única respuesta sincera es que lo soy a ratos. Como cualquier hijo de vecino. Lo que me lleva a pensar que la felicidad no es un estado de ánimo, es tan sólo un instante. Que podría ser tan frágil que dependiera única y exclusivamente de la oportunidad de la pregunta. Dicho de otro modo; la respuesta será afirmativa si en el momento en que me hago la pregunta mi estado de ánimo, mi entorno, la salud de los míos, lo que dan por televisión, el libro que leo, la comida que gusto, el cuadro que compro, las flores que huelo... me acompañan de una manera armónica. Pero todo esto es tan frágil que una carta en el buzón, una llamada telefónica fuera de hora, una uña que duele, un lloro, una grieta en el techo, sal de más en la comida o un vecino chillón pueden evaporar mi estado de felicidad. Ya no es sólo la salud, el dinero o el amor como reza la vieja canción.

Nos hemos instalado tan a gusto en el estado del bienestar que la felicidad ha quedado reducida a un instante. Exigimos tanto de ella que no da abasto para que nos sintamos completamente satisfechos.

Y supongo que la felicidad también es nostalgia. Aunque sean dos términos incompatibles. Aunque una parezca el rechazo de la otra.

Quizás la nostalgia sea tan sólo la coartada de la felicidad. O mejor dicho del que la busca. Nostalgia hoy, del ayer. Aquel ayer sin reloj que nos persiga. Con tiempo para pensar –para los kits-kats- para saborear los buenos momentos y llevar correctamente el duelo de los malos. Tiempo para ver crecer a los hijos...

O quizás es que en ese ayer nuestra exigencia fue inferior. Tuvimos bastante con que hubiera comida en lugar de exigir la procedencia del caviar. O un poco de vino sin tener que escoger una añada determinada. O una buena sobremesa en contraposición al cine o la programación de televisión.

Quizás lo que ha ocurrido con la felicidad es que con tanta exigencia le hemos recortado el tiempo de vida. Y ahora nos llega con fecha de caducidad, para un instante. De usar y tirar. Y olvidamos que hubo un tiempo –o quizás fue una sociedad, una edad personal– en el que tuvimos tiempo de ser felices. ●

NÚMERO
53

El consumo sigue vivo

NURIA PELÁEZ
PERIODISTA

SI UN MARCIANO con ganas de shopping hubiera tenido la feliz idea de aterrizar en un centro comercial terrícola durante las pasadas rebajas de verano, ni siquiera las catastrofistas portadas de los diarios hubieran logrado convencerle de que el mundo atraviesa una de las peores crisis económicas de su historia. Temiendo por mi integridad física en la cola de un probador, yo misma llegué a dudar de que dicha crisis fuera real, tras comprobar atónita las muchedumbres enfurecidas que atiborraban las tiendas con cuatro bolsas en cada mano. En contra de lo anunciado, los descuentos ofrecidos en la mayoría de tiendas no parecían significativamente más succulentos que los de pasadas campañas de rebajas; entonces, ¿cuál era la explicación?

El filósofo francés Gilles Lipovetsky argumenta, con acierto, que el consumo se ha convertido en el nuevo opio del pueblo. “Hoy todo es inestable, hay una ansiedad generalizada. ¿Y cómo la combatimos? Como ya no nos sirve ir a misa, lo hacemos a través del consumo. El consumo tiene una función psicológica porque la gente quiere animación continua en su existencia”, aseguraba Lipovetsky hace unos meses en una entrevista.

Mucho se ha hablado y escrito últimamente sobre los efectos de la crisis en el consumo. Dicen los expertos que las familias meditan más sus decisiones de compra, recorren todos los supermercados de la ciudad en busca de los mejores precios, sucumben a los encantos de las marcas blancas, posponen las adquisiciones importantes como la renovación del coche o de los electrodomésticos... Según un estudio del Institute of Grocery Distribution (IGD), el 27% de los consumidores europeos han variado sus costumbres de compra a consecuencia de la recesión (22% en España) y un 70% mantendrá estos nuevos hábitos cuando la situación económica mejore (64% en nuestro país). Pero Lipovetsky no se deja impresionar: “La cultura del consumo no cambiará”, asegura.

Y yo, haciendo cola en el probador, no podía menos que darle la razón a Lipovetsky. Si ahora, en plena crisis, nos lanzamos a las tiendas con semejante ahínco, no me cabe duda de que, cuando llegue la recuperación económica, a muchos consumidores les faltará tiempo para lanzarse a la calle a re-



NÚMERO
52

cuperar el tiempo –y el consumo- perdidos. Dicen los expertos que con esta crisis los españoles han aprendido la lección, que cuando acabe la época de vacas flacas serán más reflexivos y que eso de pedir un crédito para pagarse las vacaciones o la videoconsola del niño habrá pasado a la historia... Yo no estoy tan segura.

Ciertamente es posible que, cuando los “brotes verdes” se conviertan en esbeltos arbustos, tardemos aún unos meses -quizá incluso unos años-, en volver a consumir tan alegremente como antes de esta crisis. Pero pronto preferiremos olvidar este negro capítulo de nuestra historia económica y hacer como si nada hubiera pasado. Las familias están deseando volver a permitirse caprichos y vacaciones de lujo; incluso aquellos a quienes esta crisis no les está afectando –aunque de un modo u otro, todos nos hemos visto salpicados- llevan meses conteniéndose por una mezcla de incertidumbre, vergüenza y prudencia. Pero cuando los medios de comunicación –cuyo poder de convicción ha quedado más que probado en esta crisis- empiecen a hablar de recuperación económica, miles de familias suspirarán aliviados, romperán la hucha del cerdito y se lanzarán felices a comprar. Si, además, se mantiene el discurso de que consumir es una obligación patriótica para ayudar a reimpulsar la economía, nos sentiremos aún más legitimados para hacer aquello que tanto nos gusta: gastar.

Y es que... reconozcámoslo: consumir nos hace un poco más felices. Ir al cine, comprar el paquete más grande de palomitas, sucumbir a la última moda en zapatos, cenar fuera, cambiar nuestro viejo televisor –que funciona perfectamente- por uno de plasma -que funciona igual de bien pero ocupa menos espacio y queda más bonito en el mueble del salón-... bajo todos estos pequeños gestos subyace una misma intención: consumir nos permite crearnos la ilusión de que a nuestro alrededor suceden cosas nuevas. Para Lipovetsky, “consumir es intentar huir de la muerte”. Yo no osaría ser tan categórica, pero si consumir no nos aleja de la muerte... por lo menos sí parece acercarnos a la vida. ●



El colapso de los omeyas como ejemplo

JOSÉ ENRIQUE RUIZ-DOMÈNEC

SE DEBATE estos días el alcance de los actuales problemas de España y una pregunta se impone sobre las demás: ¿la crisis económica nos ha situado a las puertas de un colapso de nuestras formas de vida o, por el contrario, es un simple reajuste tras años de inmoderado crecimiento del gasto público y del consumo privado? Para responder a esta cuestión quisiera extraer alguna enseñanza práctica de un colapso del pasado, convencido de que la historia, como *magistra vitae*, es una herramienta necesaria en la formación ciudadana. Asumir sin crítica el deterioro del país debe considerarse un acto contrario a la moral y a la responsabilidad política. Esta es la razón por la que he elegido el ejemplo de la Córdoba de los omeyas.

El Califato omeya fue uno de los modelos políticos y culturales más imaginativos de toda la historia de España. A mediados del siglo X consiguió convertir al-Andalus, y en particular la ciudad de Córdoba, en la zona más desarrollada y próspera de Occidente. La cultura se extendía en todos los ámbitos y una sociedad cosmopolita miraba el futuro con confianza. Las pavimentadas e iluminadas con antorchas calles cordobesas unían los barrios donde árabes, beréberes, judíos, católicos, ortodoxos y muladíes vivían en espacios separados, pero relacionados por el trabajo. Muchos de los que recorrían esas calles, boticarios, herreros, cirujanos, artesanos, literatos, calzaban cómodos zapatos con suela de corcho, la última moda de calzado procedente del Oriente Próximo, y en ocasiones se acercaban a los hostales y posadas donde se hospedaban los numerosos extranjeros en viaje de negocios. Pero, en menos de una generación, entre 976 y 1109, ese mundo se vino abajo. Coincidió con la torpe decisión del califa Alhakén II a la hora de elegir heredero, que se comportó más como un sentimental lleno de nostalgia por sus antepasados que como un político responsable; siguió con la dictadura militar de Ibn Abi Amir, el Almanzor de las crónicas medievales, conocido por su falta de escrúpulos como interventor general de finanzas del ejército africano, que cínicamente sostuvo la ascensión del veleidoso heredero para preservar su propia parcela de poder; continuó con el aumento de la corrupción en la clase política y la administración; se agudizó con la ruptura de la línea de legitimidad y, al cabo, concluyó con la guerra civil, la *fitna*, entre los clanes dirigentes. El incendio de la biblioteca de al-Hakam y la destrucción de Medina Azahara revelan el modo



NÚMERO
51

como iba acabando esa civilización. Y así, sin más, el 30 de noviembre de 1031 se abolió el califato omeya, un reconocimiento legal de que desde ese momento en adelante al-Andalus iba a ser un mosaico político desprovisto de un núcleo central. En efecto, algunas ciudades se convirtieron en entidades independientes, unas auténticas oligarquías que conocemos como los reinos de taifas (del árabe muluk al-tawaif): Toledo, Badajoz, Sevilla, Granada, Valencia, Zaragoza y una docena más llevaron a cabo un brillante desarrollo cultural que sin embargo desapareció en pocos años por la veleidad política de sus gobernantes, una actitud que favoreció las invasiones de los almorávides y el ataque de los ejércitos castellano-leoneses, navarros, aragoneses y catalanes.

¿Por qué sucedió todo esto? Primero, una degradación ecológica debido a décadas de regadío habían permitido que la sal se acumulara en los campos, luego, una falta de espíritu emprendedor impidió gestionar los recursos procedentes de las tupidas redes comerciales que comunicaban la capital con el África central y, finalmente, una incapacidad de administrar la riqueza cultural y política heredada del pasado. La sucesión de acontecimientos de la etapa final me hace pensar en las escenas de una película muda sobre un proyector fuera de control. Acciones estúpidas protagonizadas por personajes sin talento se suceden a toda velocidad. Escenas triunfales e imágenes de tumultos se alternan con una rapidez fatídica que impide comprender el guión original. En todo caso, la situación fue la siguiente. En medio de una frivolidad cada vez más extendida entre las elites políticas del califato se produjo una secuencia de razones que condujeron al trágico colapso final: la incapacidad de prever los problemas que se le echaron encima, la torpeza de percibir su gravedad una vez que se produjeron, la ineptitud para disponerse a resolverlos una vez que se percibieron y el fracaso de las tentativas de resolverlos. Al seguir paso a paso la historia del final del califato de Córdoba, asombra cómo es posible que una sociedad sea capaz de permitir que los problemas le sobrepasen. Pero las cosas ocurrieron así y parece oportuno, diría incluso que necesario, recordar esa historia hoy cuando las señales de un futuro colapso en España son algo más que una sospecha por la pésima gestión política. ●



Una comunidad

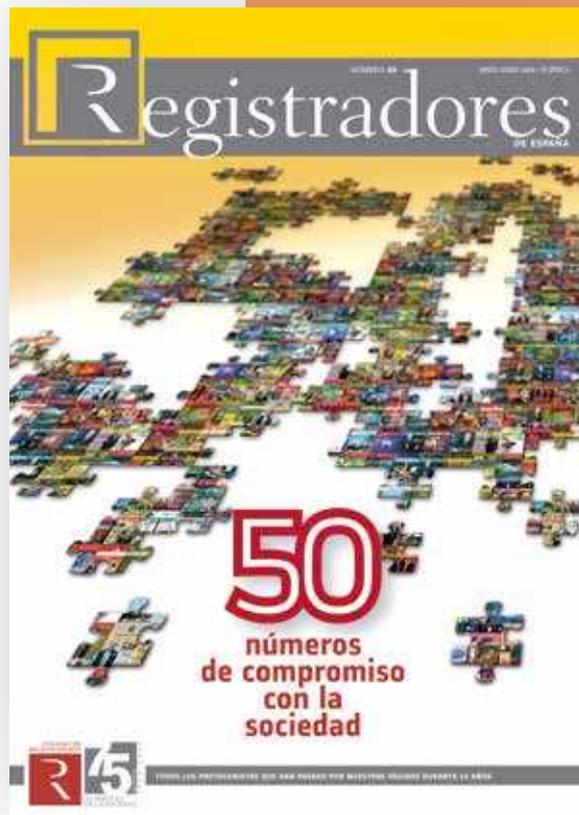
XAVIER PERICAY
ESCRITOR

UN PERIÓDICO es una comunidad. Y también lo es una revista. Y también, claro está, esta revista. En lo que aquí nos ocupa, esa comunidad la forman, ante todo, quienes piensan, proyectan y producen, a lo largo del año y cada dos meses, Registradores de España. En otras palabras, la redacción. Es verdad que hay redacciones muy pobladas y otras tan reducidas que bastan los dedos de una mano para contar sus miembros. Da igual. En uno y otro caso lo importante es el todo, no las partes. O sea, el colectivo, la comunidad. Nada hay tan solidario como un medio de comunicación. Allí donde un periodista no llega, llega otro. Allí donde uno fracasa, otro acierta. De ahí que el anonimato, en la prensa, lejos de constituir un demérito, sea una bendición y, según cómo, un verdadero honor. La ausencia de firma significa, en el fondo, la firma de todos. La firma mayor, la del colectivo.

Un Registro no es un coto cerrado; es un punto de encuentro entre la profesión y la sociedad misma. Y la revista, en este sentido, juega un papel importante, pues constituye a menudo —en la medida en que se halla en muchas salas de espera— el primer contacto entre ambas partes

Pero un periódico, una revista, esta revista, es también otra clase de comunidad. Una comunidad de lectores. O, mejor dicho, la comunidad que forman los lectores en torno a la revista. Sin lectores no hay revista —hay, como mucho, propaganda—. Sin lectores no hay nadie que se tome la molestia de comentarle a un amigo, a un colega, a un compañero de trabajo, lo que acaba de descubrir: esa noticia, esa entrevista, ese artículo, esa foto. El comentario lo es todo. Es la señal certera de que algo se mueve, aparte de la hoja de papel. La señal de que allí detrás hay vida. Porque el comentario puede ser de satisfacción, de alegría, de orgullo, de admiración; pero también de incredulidad, de sorpresa, de indignación —dependerá de lo que uno lea o vea y del ánimo con que lo lea o lo vea—. Lo importante es que el comentario se produzca. Porque cada comentario genera uno nuevo, y así va urdiéndose, poco a poco y sin apenas solución de continuidad, esa trama maravillosa a la que llamamos conversación.

La revista Registradores de España llega con este número al medio centenar. 50 números son muchos números. Y mucho tiempo. A razón de un número cada dos meses, son algo más de ocho años. Más de ocho años, pues, publican-



do noticias, alimentando comentarios, consolidando una comunidad de lectores. Tratándose de una revista profesional, alguien puede creer que esos lectores se reducen por fuerza a quienes forman parte de la profesión. O a quienes, sin formar parte de ella, desempeñan tareas en el mismo campo. Nada más erróneo. Un Registro no es un coto cerrado; es un punto de encuentro entre la profesión y la sociedad misma. Y la revista, en este sentido, juega un papel importante, pues constituye a menudo —en la medida en que se halla en muchas salas de espera— el primer contacto entre ambas partes.

De todo eso y de otras muchas cosas estuvimos hablando hace mes y medio con Silvia Núñez, decana de los Registradores de Baleares. Decir que Silvia Núñez es una entusiasta de la revista puede sonar a exageración. Pero si medimos el entusiasmo por el grado de aceptación que genera un determinado producto, la afirmación ya no tiene por qué parecer tan osada. Y es que la decana de Baleares está firmemente convencida de que Registradores de España cumple a las mil maravillas su cometido. O, lo que es lo mismo, informa de las actividades de los distintos decanatos autonómicos; trata de aquellos asuntos que interesan y preocupan a la profesión; recoge en sus páginas muchas de las noticias que afectan a los registradores de Baleares —una decana tiene que velar por los intereses de sus representados—; incluye artículos o reportajes de carácter histórico; ofrece entrevistas con personajes de particular relevancia y atiende muy especialmente a la tan necesaria trabazón entre la profesión y el conjunto de la sociedad. Eso sin olvidar, por supuesto, esa parte final, dedicada al ocio y la cultura, que siempre es bienvenida.

¿Algo que Silvia Núñez echa en falta? Pues sí, algo que estaba y por algún motivo dejó de estar. Aquella sección inicial con los recortes de prensa, que reflejaba puntualmente la presencia de la profesión en los distintos medios de comunicación. Y es que todo ayuda cuando el objetivo es fortalecer la comunidad. ●

NÚMERO
50



Elegir a Dios

JOAN BARRIL
PERIODISTA

LA OBAMANÍA ya se ha acabado y todo el mundo ha regresado a casa. Sin embargo algo ha cambiado, porque Obama ha dejado de ser un personaje real para convertirse en un superhéroe de papel. ¿En qué ha cambiado nuestra percepción del mundo con la entronización de Obama al frente de la nación más poderosa del mundo?

No se trata de hablar de política sino de algo más profundo, que conforma la reafirmación de valores que la anterior administración americana y sus adláteres habían llevado al vertedero. De entrada Obama ha hecho signos inequívocos de acabar con la unilateralidad norteamericana. No sólo eso: también ha tendido la mano a gente de difícil saludo como el gobierno iraní. Ahmanideyad ha pasado de ser el engrasador del eje del mal a ser un gobernante con el que se puede hablar. Esa idea de “primero hablar y luego ya veremos” está en las antípodas de la política de Bush, en la que el diálogo era una habilidad desconocida para él y su corte.

De la suma de esos gestos se extrae un nuevo sentimiento de orgullo americanista. O dicho de otra manera, con tres o cuatro gestos, Obama ha conseguido llevar a la luz a la mejor América y neutralizar hoy por hoy el antiamericanismo latente en países amigos. Continuarán quemándose banderas

De la suma de los gestos de Obama se extrae un nuevo sentimiento de orgullo americanista. O dicho de otra manera, con tres o cuatro gestos, ha conseguido llevar a la luz a la mejor América y neutralizar hoy por hoy el antiamericanismo latente en países amigos

norteamericanas en las algaradas de Pakistan o de Palestina, pero será difícil hoy por hoy que las manifestaciones de la población europea, desde la socialdemocracia hacia la izquierda, acaben con gritos contra los Estados Unidos. No sólo eso: Obama se ha congraciado con sus votantes asumiendo una demanda largo tiempo reclamada: la de un incremento de la calidad de la sanidad pública aunque sólo sea en su tramo infantil. Desde los tiempos de Hillary Clinton en el área de Salud del gobierno de su marido no se había intentado un avance de este tipo. Entonces a Hillary la llamaron “liberal”, que es uno de los insultos más feos que el “stablishment” norteamericano puede decir a un político. No sólo eso: consciente que una gran parte de la población considera a la banca y a las grandes empresas responsables del desastre económico, Obama ha clamado por la reducción de sueldos a



los ejecutivos de empresas beneficiadas con dinero público. Eso no es la revolución, porque Obama no es un revolucionario. Es simplemente el sentido común. Y, cuando las cosas están tan mal, un poco de sentido común es imprescindible.

Con el apoyo claro de su gente, cabe preguntarse ¿de qué manera va a vivir el planeta ese cambio de liderazgo. Si durante ocho años se entendió la presencia de Bush como una intromisión en nuestras vidas, ¿significará acaso que la llegada de Obama va a ser una liberación? De su talante dialogante se espera cuando menos que no vayan estallando conflictos artificiales que engordan el radicalismo armado islamista. Es cierto que los atentados de Madrid, del metro de Londres sólo son atribuibles a la locura criminal de sus autores, però no es menos cierto que los trenes de Madrid habrían tal vez estado fuera del punto de vista del terrorismo si España no hubiera figurado de forma incondicional en el mapa de los aliados de Bush.

La figura del presidente de Estados Unidos ha ido creciendo desde el Plan Marshall. Las limitaciones a la libertad de desplazamientos aéreos, la arbitrariedad con la que se establecen o se niegan relaciones diplomáticas, la transmisión de valores extraños, desde la negación de la teoría de la evolución hasta la penalización de la homosexualidad, han convertido a la presidencia americana en un poder que va mucho más allá de la administración de su país. Obama dispone de ese poder. De él dependerá que lo ejerza o que renuncie a ir más allá de lo que se le exige a un gobernante. Entre el Dios que provoca miedo y el Dios que se dedica a sus labores, probablemente Obama será un personaje más cerca de los hombres que de las grandes palabras de la épica americana con la que el conglomerado militar se camufla. Los americanos, no todos pero más que nunca, han ido a votar a su presidente y, de carambola, han votado a un pequeño Dios para el resto del planeta. No le debemos idolatría. Nos basta que vaya por el mundo pidiendo permiso para que en el futuro sus sucesores no hayan de pedir perdón. ●

NÚMERO
49



Los placebos de la vida

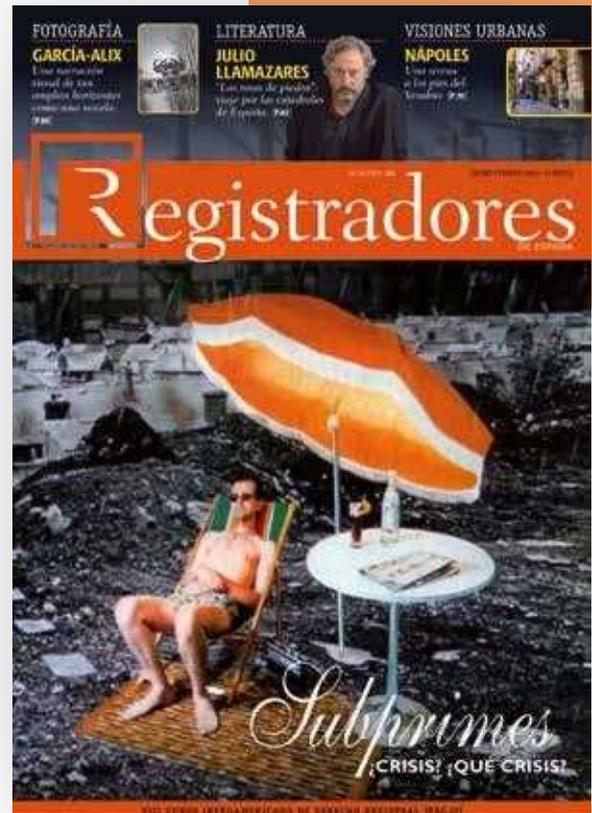
MÀRIUS CAROL
PERIODISTA

SIENTO cierta aprensión hacia los libros que aseguran enseñarnos a ser felices o a darnos recetas de la felicidad. La felicidad no es un conocimiento que se adquiere como las ecuaciones algebraicas (ya se que Eduard Punset ha llegado a escribir la fórmula de la felicidad, pero no deja de ser una piñeta filosófica). Ni tampoco es un plato que se guisa a fuego lento como la ternera a la jardinera o el bacalao al pil-pil. La felicidad es un intangible, una categoría según el lenguaje filosófico, alrededor del cual intentamos manejarnos no sin grandes dificultades por la vida. Y para ello nada mejor que aprender a disfrutar de esto que el doctor Albert Figueras denomina los placebos de la vida, que son la base de su ensayo “Pequeñas grandes cosas” (Plataforma Editorial). Todo lo que figura en las obras llamadas de autoayuda, que en ocasiones consiguen vender millones de ejemplares, está presente en los filósofos clásicos, así que mejor acudir directamente a ellos. Platón suele ser el gran plagiado y a él se debe la sentencia que desarrolla Figueras en su interesante libro: “Si no deseas mucho, hasta las cosas pequeñas parecen grandes.”

Uno de los éxitos editoriales de los últimos tiempos corresponde a Philippe Delerm que publicó en Francia una colección de relatos breves en donde repasaba aquellas situaciones que le hacían sentirse bien. Se trataba de momentos cotidianos que son como recompensas personales, que contribuyen a hacer más fácil la vida. El cruasán caliente del desayuno, el suéter del otoño, el diario a primera hora de la mañana, el ruido de la dinamo de la bicicleta, el olor del césped recién cortado o el sorbo de la cerveza fría serían algunas de esas inyecciones placenteras que pueden actuar como revitalizadores de nuestras vidas, que nos hacen sentir mejor con nosotros mismos, que nos dan carta de pertenencia en una comunidad. Figueras les llama los placebos de la vida, porque son estas situaciones que pueden parecer intrascendentes pero que hacen

Placebos de la vida son estas situaciones o acciones que contribuyen a incrementar el bienestar o a reducir el estrés, lo que nos predispone para disfrutar de los momentos positivos y para resistir las circunstancias negativas

que percibamos el mundo de una manera más intensa, de un modo más íntimo. Valorar estas pequeñas cosas, estos momentos tan personales y tratar de ser creativos en las cosas que hacemos diariamente nos permite



modular la reacción ante los estímulos no siempre agradables que recibimos de nuestro entorno. Y a la vez nos hace ser menos predecible y por ello más libres, dándonos más seguridad y aportando más certezas.

Cita Figueras a Max Frish en “Homo Faber” cuando dice: “Muchas veces me he preguntado qué debe querer decir la gente cuando habla de una experiencia maravillosa. Yo soy técnico y estoy acostumbrado a ver las cosas tal como son (...) Veo la luna sobre el desierto de Tamaulipa –más clara que nunca, tal vez sí– pero la considero una masa calculable que gira alrededor de nuestro planeta.” No deja de ser triste la visión del científico del relato que sólo sabe ver en la luna un satélite de una densidad determinada, cuando ha inspirado a amantes y a poetas, generando una emoción imprecisa pero intensa que no puede reducirse a un teorema astrofísico. Placebos de la vida son estas situaciones o acciones que contribuyen a incrementar el bienestar o a reducir el estrés, lo que nos predispone para disfrutar de los momentos positivos y para resistir las circunstancias negativas. No se trata de andar con gafas de cristales de color de rosa, como advierte el autor del libro, ni de poner azúcar glas a la realidad, sino de utilizar esta energía sutil que nos producen determinadas situaciones para recargar las baterías y poder seguir avanzando por la vida con fuerza.

Giuseppe Tomasi di Lampedusa estaba encantado levantándose temprano y yendo a pie hasta la pastelería en la que desayunaba durante horas mientras leía a Balzac o a Proust. Gracias a aquellos placebos de felicidad se atrevió un día a escribir “El Gatopardo”, que desgraciadamente no llegó a ver publicada y que siempre temió que fuera una porquería. Sin embargo, la obra de Lampedusa ha desencadenado, a su vez, nuevos placebos de felicidad entre sus lectores. Un milhojas siciliano como los que desayunaba el escritor o la lectura de una obra maestra como la suya son dos ejemplos de placebos, que no garantizan la felicidad pero que pueden contribuir a que seamos más felices. ●

NÚMERO
48



Soy biología injertada de televisión

VÍCTOR-M. AMELA
PERIODISTA

ACABO de percatarme de que dentro de muy poquitos meses hará 25 años que escribo sobre televisión en las páginas de “La Vanguardia”, diario que lo soporta todo porque es más que centenario. Quizá es lo más bárbaro que he hecho en mi vida (tan modosa por lo demás). Veinticinco años son un cuarto de siglo, lo que vuelve a antojárseme una barbaridad. Una vida humana son tres cuartos de siglo (y mitad de otro cuarto, con mucha suerte), así que ya ven ustedes lo que he estado haciendo con mi vida durante este último tercio de ídem.

Un cuarto de siglo, de hecho, va a ser en breve la mitad literal de mi vida, entretenida escribiendo sobre televisión, aunque más de la mitad de mi vida es la que he pasado viéndola, actividad previa a la de escribir en “La Vanguardia”: nací en el año 1960, soy de esa generación que aquí nació con la televisión recién enchufada (“Nací con el cine, perdonadme”, escribió Alberti: lo mismo pero en pantalla pequeña, de cristal y con muchos tubitos raros por detrás), invento que llegó a Madrid en 1956 y a Barcelona en 1958. Entre otros recuerdos, atesoro el de aquella madrugada del verano de 1969 (¡enseguida hará 40 años!) en que vi llegar al ser humano a la Luna, y lo vi sentado ante el televisor en blanco y negro, como si tal cosa. Un niño de ocho años veía a unos señores pisotear la Luna, el astro que mueve las mareas y las menstruaciones, el astro al que le bailan los indios de las películas y le aúllan los lobos de Félix Rodríguez de la Fuente (ucronía: eso sería unos pocos años después): una vida consciente que arranca así, ¿de qué podrá ya asombrarse?

Es cierto que entre programa y programa y entre línea y línea he ido haciendo otras cosas, siempre con la tele encendida, cosillas como estudiar, leer, comer, dormir, folgar y engendrar dos niños (dos nuevos telespectadores, para que no decaiga), sin descartar que alguno de los dos fuese felizmente engendrado a la luz del televisor en silenciosa danza.

Me veo ahora escribiendo todo esto (la tele sigue aquí encendida, claro) porque esta solemne revista me ha invitado a decir lo que me apetezca y me ha entrado la vena especular y autoreferencial: me he visto de repente como el decano de los críticos de televisión de España y me ha entrado la risa y hasta he imaginado que con un poquito más de morro podría ya imprimirme este título de cátedro a la violeta en mis tarjetas de vista, lo que me quedaría la mar de grotesco y ‘friki’ (y me abriría de par en par las puertas de la televisión

de masas si tuviese un poco menos de pudor ante la masa).

A veces me pregunto quién sería yo si no hubiese asistido ni a un solo minutito de televisión en mi vida, o si una lobotomía perfecta enuclease de mi cerebro todos mis recuerdos catódicos, con todas las sensaciones, emociones y reflexiones anejas (incluido aquel olor a humeante café recién hecho que de niño percibía al entrar en mi casa los sábados a mediodía –hace 40 años había colegio los sábados por la mañana-, mientras mis padres veían plácidamente “La casa de los Martínez” después de haber comido y un rayo de sol desde la ventana del salón hendía las volutas que ascendían desde las tazas. Por ejemplo). Supongo que me convertiría en un monstruo de Frankenstein a la inversa, porque hoy somos biología injertada de televisión, somos materia orgánica catódicamente organizada.

Seguramente yo sería una criatura que estaría aquí escribiendo de cualquier otra cosa (eso seguro), quizá al modo de un notario del siglo XIX. Quizá sería un periodista con el aire de Larra, lo que me inclinaría severamente al suicidio delante del espejo. Que es lo que puede pasarte cuando no tienes tele, ese espejuelo cotilla y animado. Mira por dónde, quizá la televisión ha evitado en sus 82 años de historia más suicidios de los que ha inducido. Algún doctorando animoso debiera intentar un día desplegar una tesis sobre este extremo. Por mi parte, si me preguntase, le diría al doctorando que no creo que la televisión sea más peligrosa que la vida misma, del mismo modo que creo que es del todo imposible que la televisión pueda ser jamás mejor que nosotros (que somos los que la vemos y, viéndola, la hacemos), por mucho que demasiado a menudo hayamos depositado en ella expectativas muy desmedidas.

Ahora que he citado al pre-televisivo Larra he pensado en que algunos escritores nacidos en estos últimos 82 años de nuestra era televisiva sí han tenido ocasión de ver la tele, verse en la tele y vérselas con la tele, y que algunas líneas han dejado escritas sobre esta formidable prótesis audiovisual: “La tele es lo mejor y lo peor del mundo” (Alejo Carpentier), “La tele es la violación de las multitudes” (Jean-Francois Revel, al que corrijo: si la coyunda es consentida no es ya violación, es pasión), “Las parejitas jóvenes no saben lo agradecidas que debieran de estar a la tele: ¡antiguamente, tenías que hablar con el cónyuge!” (Isidoro Loí), “La tele es el espejo que refleja la derrota de nuestro sistema cultural” (Fellini), “La tele es el primer sistema democrático de la historia: programa lo que quiere ver la mayoría. ¡Lo terrible es lo que la mayoría quiere ver!” (Clive Barker), “La tele nos regala temas en que pensar y nos roba el tiempo para hacerlo (Gilbert Cesbron), “Dónde hay una tele encendida, alguien no está leyendo” (Johnn Irving). Esto último no es verdad: está usted leyendo este texto y cerca hay una tele encendida. Déjela, que a mi me da de comer desde hace 25 años. ●



NÚMERO
47



El maletín y el esquilador

JOSÉ ANTONIO URETA
PERIODISTA

SI HAY UN HOMBRE que haya pasado a la historia de la economía financiera por una sola frase, ese es Alan Greenspan, todopoderoso presidente de la reserva federal de Estados Unidos durante 19 años (1987—2006). A finales de 1999, Greenspan estaba alarmado por el crecimiento desbocado de las cotizaciones bursátiles, guiadas por la pujanza de las denominadas empresas punto.com. Ello motivó que Greenspan pronunciara la inmortal frase de denuncia de la “exuberancia irracional de los mercados”. Le hicieron poco caso, pues la burbuja se prolongó dos años más. Y eso que el banquero de banqueros acostumbraba a ser críptico. Vean si no: para insinuar que podía subir los tipos de interés, una vez dijo que “emprendería una directiva asimétrica hacia el endurecimiento”.

Deducir lo que tramaba Greenspan se convirtió en un verdadero reto para los llamados analistas de Wall Street. Se creó, incluso un peculiar indicador. Aquel año de 1999, la cadena de televisión CNBC había observado que Greenspan acostumbraba a bajarse del coche oficial un par de manzanas antes del edificio de la Fed, para dar un pequeño paseo. Llevaba siempre su maletín, aunque unos días era muy grueso y otros delgado.

Los citados analistas dedujeron que si el presidente de la Fed cargaba un maletín grueso era señal de que necesitaba muchos documentos para justificar una subida de tipos de interés.

En cambio, si era un portafolios menguado, señal de que no se iba a variar de política. Tamaña agudeza el indicador del maletín, llegó a marcar algunas sesiones de bolsa. Años más tarde, Greenspan, en sus memorias, desvelaba el secreto:

el maletín era grueso o delgado si aquel día llevaba o no la fiambra con el almuerzo.

Observar y deducir está en las mismas entrañas de la filosofía. Y rectificar, ya se sabe, es lo que vienen haciendo los filósofos de cada generación respecto a los anteriores. Uno de los tratados de pensamiento más celebrados de los

El indicador del maletín, llegó a marcar algunas sesiones de bolsa. Años más tarde, Greenspan, en sus memorias, desvelaba el secreto: el maletín era grueso o delgado si aquel día llevaba o no la fiambra con el almuerzo



NÚMERO
46

últimos meses se lo debemos a Daniel Klein y Thomas Catchcart, autores de “Platón y un ornitorrinco entran en un bar...” Licenciados en Harvard, los autores han conseguido divulgar los conceptos básicos de la filosofía a partir de chistes, de géneros de humor muy diversos: del absurdo a la ironía o la perplejidad. Una manera prodigiosa de advertir que en cada chiste puede haber dosis de lógica, empirismo, racionalismo, ética...

He aquí uno.

Un científico y su mujer van en coche campo a través. En un momento dado, la mujer dice: “Oh, mira, han esquilado a las ovejas”. El científico responde: “por este lado, sí”.

Parece que el sentido común está de parte de la mujer, mientras que el marido se limita a no reconocer nada que no haya percibido completamente. Se debe a la mente del investigador, que hace cálculo de probabilidades antes de formular una teoría general. Pero el razonamiento de la mujer es, en otro sentido, más completo. Primero, porque sabe que los ganaderos no acostumbran a esquilar solo la mitad de una oveja. Y, segundo, porque es bastante improbable que al pasar junto al rebaño, todas las ovejas estén mostrando un mismo lado, el afeitado. Vale que el científico dude, pero también que quien tiene un sano juicio es la persona capaz de extrapolar a partir de su experiencia.

Los finos analistas del maletín especulaban sin fundamento. Greenspan, al menos, razonaba sus decisiones, con el aviso de que podía estar en lo cierto o no. ¿Una prueba? Sus memorias (“La era de las turbulencias”) aparecieron en junio del 2007. A los dos meses estalló la crisis de las hipotecas “subprime”, un activo financiero al que el superbanquero le dedica media página de las más de 600 del libro, con una acotación: “no son ningún peligro”. ●



Los registros olímpicos

PERE FERRERES

PERIODISTA

FRENTE a la locura del mundo, el deporte nos alivia y nos salva. El planeta mira ahora a Pekín y la capital china se deja mirar. Del 8 al 24 de agosto, 10.500 atletas de 203 países competirán en 28 disciplinas deportivas, en los Juegos Olímpicos. Empiezan el 8, que es un número propicio en China, donde se asocia a prosperidad.

Cuando un deportista explica que antes de ir a competir, espera encontrarse mucha oposición, no se refiere a oposiciones a Notarías ni a Registradores de la Propiedad ni a nada parecido. Habla de los adversarios que se cruzarán en su camino, en una prueba en la que espera conseguir su mejor registro personal, y si es posible, el de los Juegos.

El Barón de Coubertain, inspirador y redactor de la Carta Olímpica, el manifiesto donde se recogen los principios del olimpismo, dijo que “estas celebraciones son, antes que nada, celebraciones de la unidad humana”. El primer héroe olímpico fue el griego Spiridon Luis, que ganó la maratón de los primeros Juegos de Atenas en 1896. Quiso participar para salvar el honor de Grecia. Se pasó la noche antes de competir rezando y tomando higos secos como único alimento.

París, en 1900, vio a la primera campeona olímpica, Charlotte Cooper, que se impuso en tenis. En Estocolmo, en 1912, Jim Thorpe, un indio sioux, cuyo verdadero nombre era Sendero Luminoso, se convirtió en leyenda, al imponerse en pentatlón y decatión. En Amberes, en 1920, España logró sus dos primeras medallas: una en polo y otra en fútbol, ambas de plata.

En París, en 1924, Johnny Weissmuller, posteriormente Tarzán en el cine, logró el oro en los 100, 400 y en el relevo 4 x 200 en natación. En Berlín, en 1936, las hazañas de Jesse Owens, que logró 4 medallas de oro, irritaron a Hitler. En Helsinki, en 1952, el capitán del ejército checo Emil Zatopek, “la locomotora humana”, acaparó 3 medallas de oro. En Roma, en 1960, África empezó a desperezarse con el etíope Abebe Bikila. Cassius Clay se impuso con facilidad en los semipesados de boxeo y causó sensación.

En Tokio, en 1964, Jose Frazier, hijo de un carnicero, logró el oro en los pesos pesados. En México, en 1968, Bob Beamon realizó un salto de longitud de 8'90 metros propio del siglo XXI. En Munich, en 1972, el nadador Mark Spitz se convirtió en un mito al lograr 7 medallas de oro. En Montreal, en 1976, vimos la aparición de la gimnasta Nadia Comaneci, “la niña 10”.

Moscú, en 1980, trajo la primera medalla del atletismo español, la de Jordi Llopart. En Los Ángeles, en 1984, la selección española de baloncesto logró la plata ante Estados Unidos. En Seúl, en 1988, el mundo quedó maravillado con el duelo en los 100 metros entre Ben Johnson y Carl Lewis. La natación se democratizó: Estados Unidos y la RDA dominaban los rankings mundiales pero empezaban a sentir el asedio exterior. Por primera vez en la historia ganaba el oro un nadador negro, Anthony Nesty, de Surinam, la ex Guayana holandesa. Hasta entonces, se aseguraba que los negros flotaban menos y se enfriaban antes en el agua por su tejido adiposo. Nesty flotó mejor que nadie.

En Barcelona, en 1992, el deporte español logró 22 medallas y vimos la aparición del dream team de baloncesto, con Magic Jonson y Michael Jordan. En Atenas'96, Sidney'00 y Atenas'04 España consolidó su papel en el concierto deportivo mundial.

Ahora llega Pekín. La primera vez que visité la ciudad, en 1988, no se podía ir sin bicicleta. Ahora, lo que no se puede es ir por Pekín con bici. Se vive en un atasco permanente. Explican que en el país hay 300 millones de chinos que viven bien. Lo que les cuesta explicar es que hay mil millones que viven mal. El escritor y cineasta chino Dai Sijie dice que China está mucho más viva que Europa. Lo que es verdad es que los chinos tienen un modo de vivir que no los hace un pueblo triste. El ritmo de vida es de cambio permanente. Norman Foster les ha creado el mayor aeropuerto del mundo.

Por si se habían planteado competir en unos Juegos, ser olímpico no es sano. El deporte de alta competición causa numerosos problemas de salud. A largo plazo, aparece atrofia muscular en los atletas, problemas en la quinta vértebra lumbar en los baloncestistas, problemas dorsales en los tiradores con arco, problemas de columna en los ciclistas, problemas lumbares en los jinetes, problemas de desarrollo en los gimnastas, problemas de artrosis en codo y hombro en los tenistas y problemas articulares generalizados en los yudocas. Así que ustedes mismos.

Eso sí, las olimpiadas son fuente inagotable de avances científicos. En Seúl'88, la perla de la equipación deportiva fue el bañador de Matt Biondi. Nada que ver con la revolución del sector que veremos en Pekín. Una de nuestras nadadoras, Mireia Belmonte, la miss que vuela en el agua, va a por medalla. En taekwondo, un deporte en el que cuesta distinguir a los contendientes por su enmascaramiento, tenemos serias opciones de medalla con nuestro campeón del mundo Juan Antonio Ramos. En vela, todo dependerá de los vientos, pero como siempre tenemos opciones, igual que en baloncesto, atletismo y waterpolo. Pase lo que pase, los dirigentes del deporte dirán: "La actuación española ha sido como se esperaba". Paciencia. Dice un proverbio chino: "La paciencia es un árbol de raíces amargas y frutos sabrosos". Si no se sufre, no se gana. Entre guerra mundial y guerra mundial, decía Vázquez Montalbán, nada une tanto a los pueblos como el deporte y los anticlones. Es la eternidad olímpica. La suerte está echada. ●



NÚMERO
45



Dualidades

XAVIER PERICAY

ESCRITOR

EN EL PASADO NÚMERO de esta revista, en la sección «Contrapunto», David Gistau y Rafael Reig se preguntaban en sendos artículos si eso de escribir es algo que puede enseñarse. El primero lo hacía como «periodista y escritor». El segundo, como «escritor y periodista». Ignoro si fueron ellos quienes escogieron los apelativos asociados a su firma o si fue la propia revista. De la misma manera que ignoro si el orden de aparición de ambos términos fue casual u obedeció, por el contrario, al carácter especular de la sección. Sea como fuere, la anécdota revela la indiscutible fortaleza de la dualidad. Periodista y escritor -o escritor y periodista-. Cojan al azar una publicación cualquiera, busquen en las páginas dedicadas a la opinión y allí, antes o después, encontrarán la fórmula.

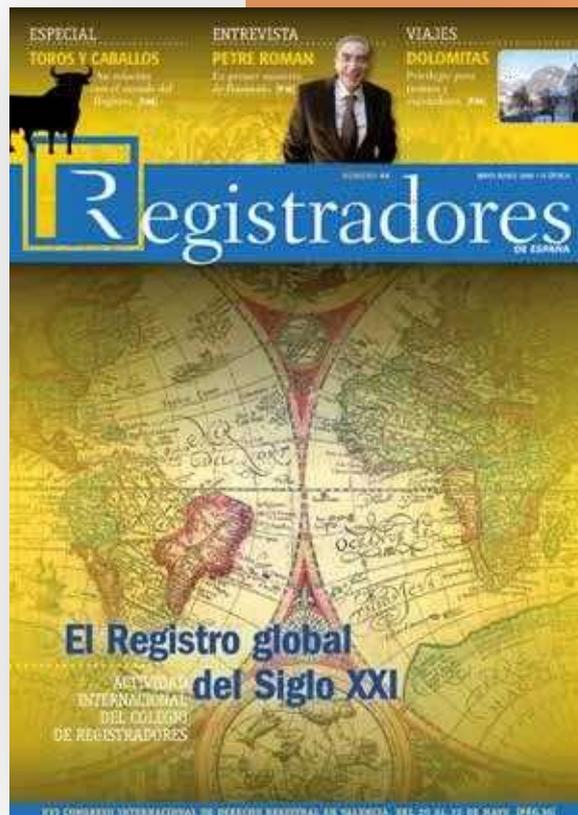
Por supuesto, nada tengo contra el derecho de alguien a considerarse, a un tiempo, periodista y escritor. Ni contra el derecho de los demás a considerarle así. Faltaría más. Pero ello no impide que el recurso a semejante dualidad -y, muy especialmente, su generalización en los medios- resulte, hasta cierto punto,

¿Tiene sentido seguir identificando a alguien como periodista y escritor, cuando bastaría con llamarlo escritor?

paradójico. Y es que, si bien se mira, no estamos ante dos categorías del todo independientes y, en consecuencia, fácilmente dissociables, sino más bien ante dos estadios de una sola categoría. Ya lo indicó Josep Pla en un artículo de 1929: «Son oficios del mismo color; el periodista es el peón, el literato es el albañil de la misma construcción». Es verdad que, con estas palabras, el escritor ampurdanés aludía sobre todo al carácter

subalterno del periodismo con respecto a la literatura; pero no lo es menos que, a la vez, ponía de manifiesto la continuidad entre una y otra actividad, su pertenencia al tronco común de la escritura.

Así las cosas, ¿tiene sentido seguir identificando a alguien como periodista y escritor, cuando bastaría con llamarlo escritor? Pues seguramente sí lo tiene, en la medida en que dicha identificación no atiende tanto a la naturaleza del instrumento de trabajo -el lenguaje- como al producto de la actividad: en un caso, el artículo de periódico o de revista; en el otro, el libro. Y seguramente



también porque, detrás de la distinción, está la creencia, bastante asentada en el común de la gente, de que, así como el periodismo trata siempre con la realidad, la literatura lo hace siempre con la ficción, por lo que no conviene confundir ambas disciplinas. Y ya se sabe que, contra las creencias, no vale razonamiento alguno.

Pero no todas las dualidades con que nos regala el mundo contemporáneo son del mismo tenor. También las hay menos pertinentes. O, por hablar claro, de una licitud más que dudosa. Pienso, por ejemplo, en una de aparición muy frecuente que atañe al campo de la vida pública, y de los medios de comunicación, puesto que, en general, suele darse bajo los focos y con un mar de micrófonos a un palmo de quien la profesa. Seguro que el lector ha visto alguna vez a un político, a un cargo público o a un representante de una corporación responder a una pregunta más o menos comprometida y a continuación añadir: «Eso, que conste, lo digo a título personal». Con lo que es como si no lo hubiera dicho, pero habiéndolo dicho.

Por descontado, nada hay que objetar a la posibilidad de que alguien tenga una doble vida y haga uso de ella. Pero semejante dualidad no le da derecho a confundir lo público con lo privado y a beneficiarse de esta mezcolanza. Si uno está bajo los focos y con el micrófono delante es, muy precisamente, por su faceta de personaje público. Y por nada más. De ahí que todos sus actos -incluidos, por supuesto, los locutivos- deban sujetarse a esta circunstancia. ¿Que no puede decir según qué? Pues no le quedará más remedio que aguantarse -eso es, callar o limitarse a expresar lo que su nivel de representación le permite en aquel momento expresar-. Cualquier otra salida será una salida en falso. Cuando no una inmoralidad.

A fin de cuentas, para que una dualidad constituya en verdad una riqueza, deberá discurrir por unos cauces determinados. Dos mejor que una, sí. Pero dentro de un orden. ●

NÚMERO
44



El encanto particular de la excepción

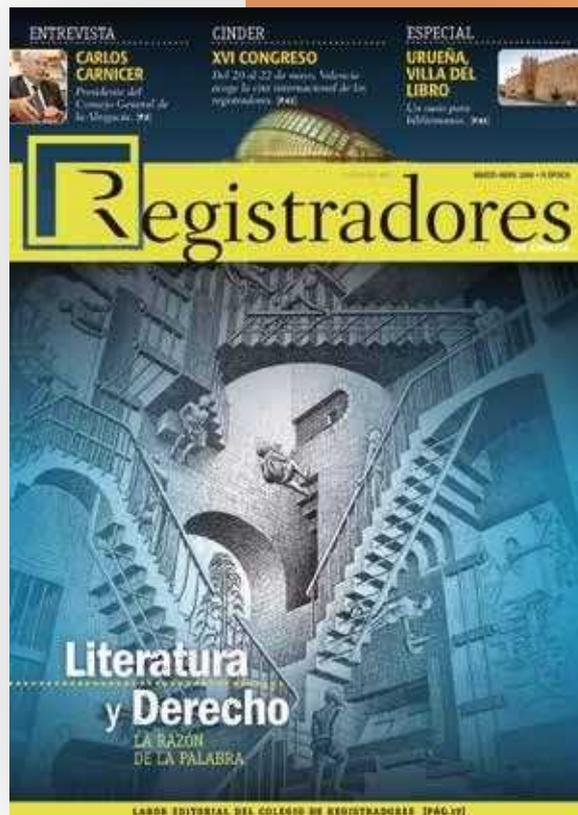
GONZALO UGIDOS

PERIODISTA

SOLO HAY dos tipos de personas: los que dividen a los demás en dos tipos y los que no. Estos suelen ser gente infrecuente, rara e inepta para el juego de las Siete y media: o de pasan de imaginación taxonómica, o se quedan cortos. La estructura mental de la gente corriente es maniquea, se rige por el principio del tercio excluso: blanco o negro, carne o pescado, amigo o filibustero. Y por ahí seguido. En esos momentos tontos de molicie en los que no está uno para nada, me gusta ensimismarme en la contemplación de la lluvia tras los cristales. Pero no siempre llueve, y menos en Madrid, entonces me siento en una terraza y me dedico a observar a la gente que pasa, a y coger al vuelo el retazo de una conversación o fragmentos de su existencia con los que, como un arqueólogo, reinvento su pasado. Esos ejercicios de antropología mostrenca me han permitido dividir en dos tipos las vidas que lleva el personal: las que son largas y las que son anchas.

Una vida larga es una acumulación de años sin pena ni gloria; perpetua reiteración de rutinas sin otro ánimo que perseverar en un ser intransitivo y aburrido, como una ostra en su roca. Una vida ancha, por el contrario, es la que se gasta en explorar las muchas maneras de ser hombre; la del pirata que cataloga las ensenadas, las galernas y la infamia; pero también la del místico que colecciona instantes de plenitud y atisbos de lucidez. O la del poeta que busca el único verso inefable. Al místico, al bohemio y al pirata (que viene del griego peiratés, el que se rebela) no les gusta la vida tal como es, sino tal como pudiera llegar a ser y se empeñan en convertir cada hora, cada día, en quilates de intensidad. Prefieren experimentar la vida como tortura antes que malversarla como inanidad. Ésa es la alternativa de Balzac: “Tal es nuestro destino: matar la emoción y así vivir hasta viejos, o aceptar el martirio de las pasiones y morir jóvenes”.

Una vida ancha es la que, para frecuentar enormidades, ella misma se pone en juego. Como si la vida perdiera interés cuando en el juego de vivir no puede apostarse la ficha más valiosa: la vida misma. Este vivir al límite tiene buena prensa, es propio de los héroes como Aquiles, Jim Morrison o el Belmondo de *Al final de la escapada*. En esa película de Godard lo proclama un cartel que vemos en la calle: “Vivir peligrosamente hasta el fin*. Más te-



NÚMERO
43

merario es aún el lema que se menciona en *Llamar a cualquier puerta*, de Nichoals Ray. El personaje de John Derek acuñaba esta delicadeza terrible: “Vive deprisa, muere joven y deja un bonito cadáver”. A los adeptos de esa causa de la ebriedad se les tiene hoy por raros; pero Rimbaud, Baudelaire o Janis Joplin bebieron en vaso largo esa invitación y, algo antes que ellos, Alejandro Magno o Alcibíades. Ahora que todos vamos a los mismos sitios, leemos los mismos libros y nos dejamos embotar por la misma superstición global que llamamos actualidad, se agradece toparse con un raro, que es una etiqueta con ribetes de infamia. Llamamos raros a quienes en realidad suelen ser singulares y, por lo tanto, excepcionales.

En la tipología de la excepcionalidad hay tres categorías: el genio, el héroe y el santo. Pero en estos tiempos cobardes y anti-intelectuales esas figuras resultan o antiguas o mitológicas. Las librerías están llenas de biografías, novelas y ensayos acerca de celebridades diversas. Es otro indicio de que este tiempo esquizoide propone la mediocridad como único plan de vida al tiempo que valora el culto a la personalidad. La banalidad cotidiana del hombre de la calle se indemniza de su insolvencia existencial buscando en el cine o en los libros el encanto particular de la excepción. En la Atenas de Pericles y en el Montparasse de los Felices Veinte la singularidad era una aspiración común. Hace dos mil años el poeta latino Perso cifraba su gloria en pasear por Roma y disfrutar, como ser excepcional, del reconocimiento de la gente: “Qué bello es ser señalado con el dedo y oír cómo dicen: es él”.

Tengo una amiga que cerró su famoso local de copas para catar el polvo de los caminos de la India; tengo un amigo que dejó su taller de arquitectura para ayudar a los nativos en una perdida aldea africana; y otro que ha renunciado a las rentas de su oposición de élite para escribir novelas en Irlanda. Se han ganado el marbete de raros y sin embargo, son tipos singulares que exploran los caminos de la vida ancha. Tristes tiempos éstos que tildan de rareza ir tras las huellas del santo, del genio o del héroe. ●



Dar en el clavo

JOSÉ MARÍA URETA

REDACTOR JEFE DE OPINIÓN DEL PERIÓDICO DE CATALUÑA

QUIEN IDEÓ la coreografía de la ceremonia inaugural de los Juegos Olímpicos de Barcelona no introdujo sólo color y movimiento. También contenía un alegato a favor de la parte del cuerpo humano que más ha contribuido al progreso de la humanidad, las manos. A diferencia de otros animales, el hombre ha conseguido diversificar hasta niveles desconocidos las funciones de sus extremidades superiores. Desde la formación de los aros olímpicos por grupos de sardanistas, hasta el lanzamiento de la flecha del arquero Rebollo que encendió el pebetero, pasando por las escenas de remeros creadas por La Fura dels Baus, aquella tarde de julio se reivindicó la fuerza de las manos como las mejores colaboradoras del cerebro.

Recuerdo este hecho al releer la enseñanza clásica de uno de los mejores teóricos del diseño en España, el arquitecto Juli Capella. Desde la Edad de Hierro el hombre ha sido capaz de desarrollar múltiples aplicaciones de un cilindro metálico. Con un poco de grosor, terminado en plano por uno de sus lados y en punta el otro, tenemos un clavo, básico en la construcción. Si es un cilindro más fino, con un pequeño ojal en una punta estamos ante la aguja de coser, sean tejidos o el propio cuerpo humano. Perforado por su interior, la aguja hipodérmica. Con una bola en un extremo, el alfiler, y si es una chapita, la chincheta. ¿Y si lo doblamos? Según cómo, aparece la grapa, el anzuelo de pescar, o uno de los objetos más reconocidos por su diseño sencillo y utilidad: tres vueltas de un alambre de diez centímetros sobre sí mismo crean el clip.

Debería bastar, para reconocer este daño a la industria, que los objetos plagiados generan pérdidas a las empresas creadoras por valor de 250.000 millones de euros anuales, el 10% del comercio mundial

Nadie ha reivindicado la paternidad de cualquiera de esos inventos que nos acompañan en la vida diaria. En todo caso, conocemos algunas marcas que los fabrican. Pero de ahí no se puede inferir otro razonamiento cada vez más extendido, que copiar es legítimo o, cuando menos, inevitable. Algunos,



NÚMERO
42

incluso, dicen que el plagio es una expresión de adulación hacia el creador, o una necesaria iniciación para acabar creando otros originales. Hace unos años, un grupo de creadores industriales organizaron una exposición con un nombre original: COCOS, siglas de “Copia” y “Coincidencias”. Ahí estaban la aceitera de Rafael Marquina, Chupa-Chups, la fregona... Los franceses se lo han tomado mucho más en serio y desde el pasado verano, antes de iniciarse las vacaciones masivas, se emite un anuncio con el lema “contrefaçon, non merci” (Plagio, no gracias) en las que se advierte de que quien sea pillado a la vuelta con productos pirateados (los “trolex”) pagarán una multa equivalente al doble del precio del producto original. Simplemente, se trata al objeto plagiado como un robo. Es comprensible en un país con marcas de ropa de proyección mundial (Louis Vuiton, Hermés, Chanel, Lacoste). Debería bastar, para reconocer este daño a la industria, que los objetos plagiados generan pérdidas a las empresas creadoras por valor de 250.000 millones de euros anuales, el 10% del comercio mundial.

Quien crea que, pérdidas aparte, no hay para tanto, debe saber que el vicio del plagio se ha extendido a otras actividades que atentan directamente a la seguridad de las personas. Por ejemplo, las falsas piezas de recambio de coches, indistinguibles de su original, pero de peor calidad y que causan accidentes. O lo peor: las miles de falsas pastillas contra la malaria que se fabrican en Rusia o China con destino a África. El descaro es tal, que alguno de esos medicamentos lleva la indicación de que está prohibida su venta en el país de origen.

De vuelta al clavo, si lo imantamos tenemos una brújula, objeto ideal para los desorientados que aseguran que la propiedad no merece ser protegida con todas las de la ley: Para eso tenemos un cerebro y dos manos y un largo trayecto de innovación por recorrer. ●



Toreo al natural

ANDRÉS TRAPIELLO

ESCRITOR

ACASO por haber nacido con ello y vivir en ello sea el español quien menos se pregunte por lo que sea o no el toreo, algo que no es propiamente lo que se ha llamado “la fiesta de los toros”. Y no es porque esta fiesta sea, como tantas veces se ha dicho, trágica, dramática, espeluznante, sino porque, a menudo, el toreo, el verdadero torear, está si no reñido con la fiesta, sí alejado de ella, teniendo lugar ese verdadero torear a pesar incluso de la fiesta.

A lo largo de siglos, el toreo se ha ido decantando para alcanzar su ideal, que, como ocurre siempre en toda manifestación superior del hombre, no es otro que la naturalidad. Hablamos del toreo al natural y apenas reparamos en lo que se dice. Y no sólo porque sea ese modo de torear el admitido como más depurado, sino por declararnos hondamente la esencia del toreo, eso que a tantos se les escapa. A saber: que el toreo no es cultura, una manifestación de la cultura más o menos depurada a través de los tiempos, sino naturaleza, algo vivo que parece estar naciendo completo a cada momento, en el presente.

Lo sentimos así, ciertamente que muy de tarde en tarde (como sólo muy de tarde en tarde leemos una gran novela o poema naturales, o vemos una gran pintura natural, o escuchamos una gran música natural). Advertimos entonces que lo que se produce entre el hombre y el animal, esa rara armonía, esa especie de comunión entre el hombre y el toro, tan dionisiaca, tiene que ver con algo que trasciende a uno y a otro, al hombre y al animal, a lo humano y a la cultura. Y no es sólo la belleza de esos lances lo que nos conmueve y sobrecoge, sino la felicidad de que una cosa así, tan excepcional, sea posible, que en medio de la lucha, dos criaturas se olviden de sí mismas para crear símbolos del coraje, el desinterés, la nobleza, el esfuerzo... Diríamos incluso que se alcanza por el camino más difícil, que es el de los gestos dramáticos y un tanto exagerados que son propios de esa disciplina llamada tauromaquia. Al fin y al cabo, el novelista, el poeta, el músico, el pintor, el escultor desarrollan su creación un tanto orillados y sin mayores aspavientos, sin toda esa puesta en escena de trajes de luces de guardarropía teatral y monteras desusadas, capas aparatosas, zapatillas de bailarina, corbatas extravagantes y un estoque curvo que parece parte del instrumental ostetricio-veterinario más que una noble espada. Y, sin embargo, advertimos que a donde llega el toreo es al mismo lu-

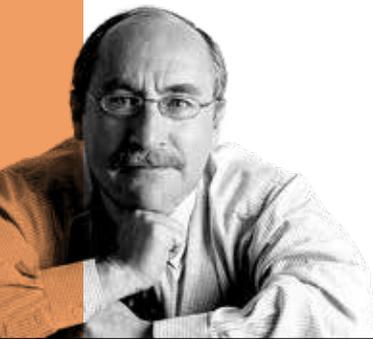
gar que otras artes. Por esa razón incluía Ramón Gaya el nombre de Manolete, a quien vio torear en Méjico, al de Pastora Imperio, Velázquez, Rosales, Juan Ramón Jiménez o Gutiérrez Solana, es decir, como parte de lo que él llamó “milagro español”, considerando lo que, al comienzo de esas líneas, se decía: que el toreo es naturaleza y no cultura, o sea, que forma parte del ser del hombre y no de la artificialidad de la cultura, de eso a lo que él se refería con cierto desdén como “arte artístico”. Claro que cuando el verdadero toreo se produce suele tener lugar en medio de esa fiesta, o sea de la cultura, y a menudo a pesar de la fiesta y de la cultura, del ruido, de los periódicos y gacetilleros, del humazo de los puros, de esos pasodobles ejecutados sin conmiseración y, sobre todo, a pesar del público, la parte, qué duda cabe, más alejada de la naturalidad y más partidaria de la fiesta, de la cultura, del humazo, de los pasodobles y de sí mismo, lo que a muchos nos llevó a añorar aquel torear de Belmonte, solo, en el campo, a la luz de la luna, tal y como lo contaba Chaves Nogales.



Cierto que a veces ocurre algo paradójico. Todo en el toreo parece montado en una paradoja, y lo que es natural, el verdadero toreo al natural, puede verse favorecido por todo ese estrépito, todo ese colorido festivo y sus fanfarrias, estimulando, quién lo diría, la música callada (otra paradoja) del toreo. Pues lo natural, el toreo al natural es indiferente incluso a esas circunstancias y lo mismo le da plaza chica que grande, música de banda o de tamboril, público entendido o necio. Y no porque sea un arte puro, que nace para sí mismo y su torre de marfil. No, lo verdaderamente natural es que nazca, que esté vivo, que sea una creación, algo lleno de vida propia llegado hasta nosotros para formar parte de nuestra propia vida.

Ocurre, sin embargo, que, a diferencia de otras manifestaciones de la naturalidad humana, el toreo tiene un destino único. La tragedia no es tanto que pierda la vida un animal como suponen los abolicionistas de la fiesta, o que pueda perderla el torero, como a menudo quiere ese público un tanto plebeyo amante de la sangre y de las tragedias baratas, sino que a diferencia de la poesía, la música o la pintura, que nos dejan en una partitura, un libro o un lienzo vivos ese espíritu de la naturaleza, en el toreo se diría que desaparece la obra misma a medida que se está haciendo, como si la naturaleza se destruyera a sí misma mientras se crea. No es más, claro, que un espejismo, otra más de las paradojas. Lo natural, la naturaleza no puede desaparecer jamás. Sólo que, por un momento, nos lo parece; al rato vemos que la idea de la obra, el recuerdo de la obra, no desaparecen nunca. Estas son indestructibles. Por eso decimos, por un lado, que el toreo es idealismo (la carne hecha idea), y por otro, que el toreo es pasado y tanto más irreplicable cuanto más natural y más vivo, misterio y milagro que explican la profunda melancolía que rodea la llamada fiesta de los toros. ●

NÚMERO
41



El arte de callarse

GONZALO UGIDOS
PERIODISTA

SI ALGO ESTAMOS AUTORIZADOS a decir es que se dicen demasiadas cosas, si alguien tiene alguna otra cosa que decir que dé un paso al frente y se calle. La mayor libertad de palabra que puede haber es la de respetar la voz de las campanas. Su tañido regía los ritmos medievales, ahora nos gobierna el ruido. Es un proceso mediante el cual la humanidad ha entrado en una fase histórica de fealdad. Hay que quitar el polvo acumulado sobre el antiguo prestigio del silencio. El cardenal Le Camus agradecía el envío de *El arte de hablar* al padre Lamy con una pregunta pertinente: “Voilà, sin duda un arte excelente, pero ¿quién nos dará *El arte de callarse?*”. Así como existe una función realizativa del lenguaje que hace derivar severas consecuencias de las palabras (“apunten, ¡fuego!”), hay un silencio igualmente transitivo, un arte de hacer algo a alguien por el silencio; otro capítulo, pues, de la retórica. Menesterosos de una pedagogía de la continencia, hemos olvidado que el primer grado de la sabiduría es saber callarse; el segundo, saber hablar poco; el tercero es el saber hablar mucho sin hablar mal y sin hablar demasiado.

No basta para estar callado con cerrar la boca porque, a veces, como saben los semiólogos, el rostro usurpa el lugar de la lengua. El arte de callarse no invita sólo a gobernar la lengua, sino que postula la *tacita significatio*, la elocuencia muda. Es concebible una tipología de las maneras de callarse porque el silencio se dice de maneras varias. Hay un silencio artificioso o mendaz, de disimulo; un silencio complaciente, del halago como herramienta esencial del arte del cortesano; un silencio sardónico, de secreto disfrute de la inanidad del otro; un silencio de desprecio. Pero hay, además, un silencio paradójico que es un arte de decir sin hablar, la lengua tiene entonces libertad vigilada y los gestos exploran los significantes del justo medio, se instalan en la deontología de ese *aura mediocritas* que ahora se llama “glamour”.

“Morderse la lengua”, “en boca cerrada no entran moscas”, “el silencio es oro, la palabra, plata”, “por la boca muere el pez”... la sabiduría popular otorga al silencio el estatuto de conducta inspirada por la prudencia. Y es que, en general, se arriesga menos al callar que al hablar. Salvo quizás en el hospicio, regido por la ley de que quien no llora no mama, somos esclavos de lo que decimos y señores de lo que callamos. No es, pues, que no



NÚMERO
40

entren las moscas en la boca cerrada, sino que por la boca abierta salen algo más que palabras, por la boca abierta se escapa uno mismo malversado. La lengua es nuestra enemiga, es bestia difícil de embridar cuando se ha desbocado.

El lenguaje, pues, es el lugar del exceso en el que el sujeto se aliena, se extraña de sí mismo, deja de pertenecerse. El imperativo del silencio responde a un doble ideal: psicológico, regido por el dominio de uno mismo; y social, gobernado por la prudencia. Pero no se trata sólo de una política del silencio como astucia o como táctica. Se trata de una ética. Hay maneras de callarse sin cerrar el corazón, de ser discreto sin resultar sombrío o taciturno, de esconder algunas verdades sin sustituirlas por mentiras. Hay que hacer callar a las palabras; pero, a la inversa, hay que hacer hablar al silencio.

Vacuna contra la precipitación, el tiempo de silencio precede al tiempo de pensar y lo permite. El arte de callarse invita a reflexionar sobre esta historia de la comunicación que escolta al narcisismo contemporáneo. Entre tanto discurso, en medio de la incontinencia de las voces que proclaman su singularidad, se atisba el silencio de la convicciones y la irrelevancia del pensamiento. “De lo que no se puede hablar se debe guardar silencio”, dice Wittgenstein. Hay un tiempo para hablar, desde luego, pero debe haberlo también para callarse en interés de la verdad que, como el deseo, no eclosiona por el acoso, sino por la paciencia, la perseverancia y la seducción.

Al parecer los corderos quedan en silencio cuando escuchan el aullido del lobo y su amenaza. Pero ¿cómo detectar los indicios de su proximidad entre el estrépito de tantas historias llenas de ruido y de furia que no significan nada?. He apagado la radio, he salido a mirar las estrellas y escuchado su silencio majestuoso y polifónico. Un estado de ánimo parecido a éste debía de referir “la soledad sonora” de san Juan de la Cruz. O este verso de Hölderlin: “Comprendí el silencio de los cielos, las palabras humanas jamás las entendí”. ●



El seiscientos y los minipisos

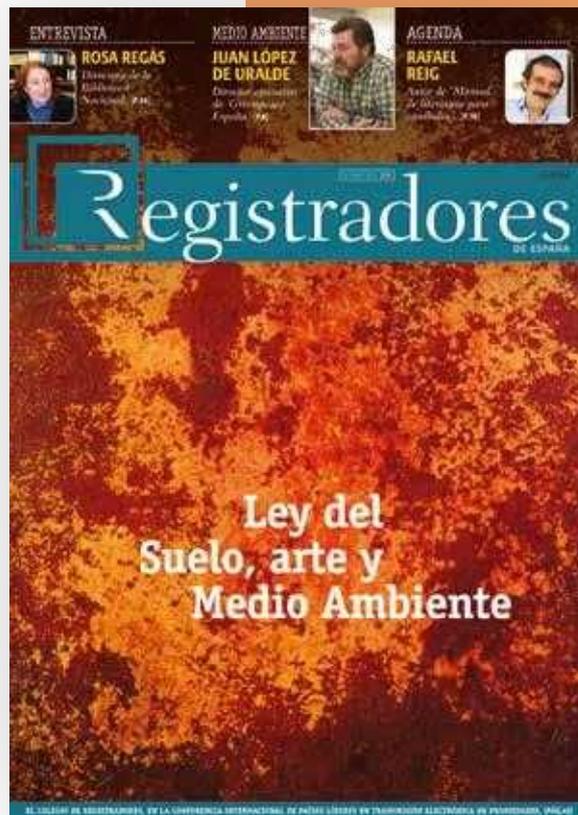
MARTÍN CASARIEGO

GANADOR DEL IV PREMIO ANAYA DE LITERATURA JUVENIL
CON "POR EL CAMINO DE ULECTRA"

EN ESTE AÑO el Seat 600 ha cumplido cincuenta años. Seiscientos meses para el 600. Todo es y era redondo en este coche: las cifras, las formas. Pequeño, regordete, simpático y bastante coqueto. A muchos hombres nos gustan las mujeres así. No es extraño el éxito que tuvo. Pesaba seiscientos kilos, de ahí su nombre.

A principios de siglo los estadounidenses sacaron el Ford T. Más tarde, en los años 30, los alemanes fabricaron el Escarabajo. Nosotros, más modestos y tardíos, tuvimos el 600 en los años 50, y ni siquiera lo inventamos: su origen es italiano. Dejó de fabricarse en 1973, cuando aún tenía éxito, una de esas decisiones de ejecutivos geniales que, por mucho que me las expliquen, nunca alcanzo a comprender. Llegó a suponer casi el 50% del parque automovilístico nacional. De niño, yendo en coche –en un 600, evidentemente– me entretenía mirando los quitamiedos –imaginaba que eran las cartucheras de los Cartwright, los de Bonanza– y contando los 600 aparcados. Había, según mis cuentas, unos dos por cada diez. De todos los colores.

Un 600 costaría, al cambio de hoy, alrededor de 24.000 euros. Los coches no sólo son ahora mucho mejores e infinitamente más cómodos, sino que también son más baratos. Otras cosas han subido, los tomates y la vivienda, por ejemplo. Y cuando uno piensa en la vivienda, inmediatamente se acuerda de la ministra, María Antonia Trujillo, y aquella solución que propuso, solución que sólo sirvió para que todos la conociéramos (que, bien pensado, no es poco). Me refiero, claro, a los "minipisos", definidos por ella como "soluciones habitacionales imaginativas" de 25 metros cuadrados, que se adaptarían perfectamente a la "estructura familiar" del siglo XXI. Aunque causó una general rechifla, y más al saberse que su despacho tenía 77 metros, y que se había mudado a un "apartamento" de 280, no estaba tan mal pensado: en realidad, ahora mucha gente vive sola, o sin hijos, o sólo con uno. Pero la ministra no contaba con que nos hemos hecho comodones, cuando antes éramos acomodaticios. ¿Quién haría ahora un viaje de 600 kilómetros en verano, en un 600 cuyo motor se calentaba y obligaba a parar cada poco, sin aire acondicionado, por carreteras de un carril que atravesaban todos los pueblos que salían en el mapa y alguno más, con la suegra, cuatro niños berreando, vomitando, amenazando con hacerse pis y preguntado cuánto falta cada dos minutos? Yo no, desde



luego. Nuestros padres estaban hechos de otra pasta. En casa hubo dos 600, uno blanco –el primero- y otro beige. Nunca llegué a conducirlos, murieron antes de que cumpliera los dieciocho, pero mis hermanos mayores, sí. A mí me tocó aprender con sus sustitutos, el 133 y el 127, más duros, más antipáticos, más feos también, menos 600, en dos palabras.

Cuando yo era pequeño, a mediados de los sesenta, veraneaba con mis numerosos hermanos y bastantes de mis primos en Camorritos, en una casa de nuestra abuela. A veces íbamos al cine o a dar una vuelta a Cercedilla, por un corto camino de tierra y una estrecha carretera. En una de esas ocasiones, nos metimos doce en un 600. Si alguna vez nuestra familia tuviera un escudo, yo propondría esta imagen, pues nunca hemos hecho hazaña mayor. Yo creía que habíamos ido a ver una de Cantinflas, el mundo no es tan redondo como para que hubiéramos ido a ver *Una noche en la ópera*, la del camarote de los Marx, pero mi madre recuerda que nos subimos tantos para bajar a la feria. Unos inclinados hacia delante, otros pegados al respaldo, la mayoría entre los cinco y los ocho años, encima unos de otros -menos la conductora, mi madre-, con codos y rodillas en las caras, en las costillas, en todas partes, e, imagino, con las ventanillas abiertas, para sacar las cabezas y los brazos que no cupieran dentro. En la feria nos subíamos en los coches de choque. La diversión de los pueblerinos era ir a cazar a los veraneantes, sin importar su edad. Alguno de nosotros tiene alguna cicatriz, producto aquellas embestidas.

Cierto día, mi hermano Antón invitó a sus amigos a casa, y les enseñó muy orgulloso su cuarto. Cuando uno comentó que era muy pequeño, respondió: “Es que sólo es para cuatro”. Eran, quién lo duda, otra época. Si la ministra hubiera hablado a aquellas generaciones, quizá lo de los minipisos no habría parecido tan disparatado, por lo menos en mi familia. ¡No quiero ni pensar cuántos habríamos cabido en uno de esas soluciones habitacionales imaginativas! Pero el mundo es extraño. Cuando éramos muchos, éramos capaces de apretarnos. Ahora que las familias tienen muchos menos miembros, necesitamos más espacio. Así no hay quien gobierne. ●

NÚMERO
39



Must go on the show?

CHARO IZQUIERDO

PERIODISTA. DIRECTORA DE YO DONA

HACE UNOS DÍAS, en una reunión de amigas, escuché cómo una de ellas plañía por la ausencia de su marido, de quien se ha separado hace unos meses. El susodicho se ha enamorado de una señorita que luce una llamativa dentadura, llamativa no por bellas, sino por los celos que podría proporcionar a la mula francis. Y mi amiga, a quien la tristeza no ha cercenado el sentido del humor, entre risas, en lugar de entre lágrimas, exclamaba: “Y yo que había pensado operarme el pecho, porque pensé que me faltaban tetas...¡Y resulta que me faltaban dientes!...” Nos condujo primero a una carcajada generalizada, para llevarnos, después, a reflexionar y concluir que los hombres no dejan a las mujeres ni por tetas ni por dientes..., de la misma manera que las mujeres no dejan a los hombres por un mejor aparato reproductor. Dicen los tópicos que ellos las abandonan por otras más jóvenes y ellas a ellos por otros más ricos. Pero seguramente es la leyenda negra. Hombres y mujeres se alejan porque no se quieren. Y basta. Por eso, me ha llamado especialmente

Los medios deberíamos ser especialmente cuidadosos en la transmisión de mensajes en los que dé la impresión, vetusta en la opinión de algunos, de que el éxito personal, profesional o amoroso depende del aspecto físico

la atención un reciente programa televisivo, de esos que abducirán a todo el share posible, en el que entre los reclamos decía “mi marido no me dejará”, explicando las razones del cambio radical (así se llama también el espacio) de una de las mujeres que se ha sometido a cirugía estética y que lo exhibe ante un público.

España es, parece ser, el primer país europeo en operaciones de estética. Muy bien. Cada cual que haga con su vida, con su cara y con su cuerpo lo que le venga en gana. Es una maravilla que se pueda contar cada vez con más avances en pequeñas y grandes operaciones susceptibles de mejorar el aspecto de quien así lo desea. No estoy tan segura, empero, de que haya que mostrarlo ante millones de personas, salvo que se trate de un espacio de divulgación médica. No estoy tan segura de que haya que hacer de este tipo de actos que deberían ser privados (lo que no quiere decir ocultos) una fiesta pública televisiva. Pero sobre todo no hay que olvidar que los medios de comunicación somos responsables y capaces de perpetuar estereotipos o de contribuir a su erradicación. Por tanto, los medios deberíamos ser especialmente cuidadosos



NÚMERO
38

en la transmisión de mensajes en los que dé la impresión, vetusta en la opinión de algunos, de que el éxito personal, profesional o amoroso depende del aspecto físico. Y al hablar de los medios, me refiero a todos los medios, sin excepción de la televisión. No es un atenuante la necesidad de espectáculo del que hace gala precisamente el medio más masivo y por tanto el más susceptible de perjuicio o beneficio. Ninguno de sus programas debería utilizar las pasiones y las pulsiones humanas más profundas, de las que pocas veces podemos estar orgullosos, para procurar audiencia. Por eso me pregunto, parafraseando el espectáculo de Queen “The show must go on” (El espectáculo debe continuar), si efectivamente debe ser así, si el espectáculo debe continuar. Yo creo que, así, no.

En este mismo sentido, al día siguiente de las preguntas de cien ciudadanos al presidente del Gobierno en TVE, me hacía cruces de que lo más destacado de aquellas dos horas de interrogatorio fuera la pregunta, o mejor dicho la respuesta, sobre el precio del café (por cierto, no se especificó si solo o con leche). Pocos comentarios sobre lo soporífero de las intervenciones de Zapatero. Pocos sobre la fórmula y cómo se había llevado a cabo, también como una especie de gran hermano, dado que habían tenido al personal reunido casi dos días, para que se conocieran entre ellos y perdieran miedo y vergüenzas. Pocos comentarios sobre lo encendido de la ciudadanía que allí se había reunido y que parecía coincidir en la protesta por su situación. Pocos o ninguno sobre el casting..., tan estadístico y tan políticamente correcto. La anécdota del café se había convertido en noticia; su protagonista, en estrella, tanto que no me extrañaría ver al ex profesor hoy vendedor de pisos en algún programa de gran audiencia y ciertas gotas rosas.

Comenté mis cuitas con un experto en comunicación televisiva y en preparación de políticos y famosos para intervenciones en 625 líneas. Tuvo una respuesta certera: “Es la televisión, querida. Todo lo convierte en espectáculo”. ●



Irán y sus "átomos para la paz"

FÉLIX BORNSTEIN
ABOGADO

EN ORIENTE MEDIO se localizan las dos terceras partes (exactamente el 63,3%) de las reservas mundiales de crudo. Como todas las economías petroleras de la región tienen un perfil industrial muy pobre y unos niveles de consumo muy alejados de los estándares occidentales, puede decirse de ellas que gozan de una "energía desbordante". No necesitan de otras fuentes alternativas porque todo el Oriente Medio consume sólo el 5,9% de la producción mundial de petróleo, situación que contrasta radicalmente con la de la economía más desarrollada del planeta, los Estados Unidos, que, contando con un exiguo 2,7% de las reservas mundiales, se "tragan" (con Canadá) el 28,8% de la producción global de petróleo. Es cierto que el petróleo no es una energía renovable, pero los defensores de la "curva de Hubbert" todavía no han podido demostrar que las reservas mundiales de crudo estén cayendo a un ritmo cada vez más acelerado por el lado deslizante de la campana (que es la figura con la que ellos representan el binomio de una producción primero ascendente y hoy a punto de agotarse por una demanda expansiva). En el último semestre, el consumo voraz de China y la India no ha impedido que los precios del crudo desciendan un 20%.

La parte del león de esta riqueza excedentaria, detrás de Arabia Saudí, se la lleva Irán. Los dos son los únicos países de la zona que se libraron de las potencias coloniales europeas y que han seguido una trayectoria histórica más o menos independiente. Pero es la única nota que tienen en común. Arabia Saudí es un estado decadente y conservador y, como tal, se conforma con mantener su estatus vigente en la región. Irán –bien lo saben todos los espíritus jóvenes y agresivos– aspira a más y le parece poca su "energía envidiable". Como proyecto de vida, tal intención es muy razonable, a condición de que el joven vigoroso no se convierta en el matón del barrio. Desgraciadamente, la actual estrategia nuclear de Irán –muy anterior al acceso a la presidencia del Estado persa de Mahmud Ahmadineyah– persigue con tenacidad unos objetivos muy desestabilizadores en la zona más cruel y despiadada del mundo, deja al desnudo su retórica de un desarrollo atómico exclusivamente pacífico y de uso civil que su economía no necesita y encubre una grave amenaza dirigida a todos los países de la región.

Ahmadineyah, un viejo miembro de los Guardianes de la Revolución que en 1986, durante la guerra con Iraq, se alistó en su brigada especial de instalación

NÚMERO
37

de minas (es ingeniero de profesión), ha saltado al carro en marcha del programa nuclear de Irán ávido por activar cuanto antes la mina más explosiva de su dilatada carrera política. Distinguido con el diploma de “gobernador ejemplar” de la provincia de Ardabil en los años 90 y compañero reciente de la Asociación de Abogados de la República Islámica, considera llegada la hora de añadir a su brillante “curriculum vitae” la mayor distinción que imagina su furor mesiánico, la ya indicada y bastante prosaica de matón de barrio.

Sus reiteradas y apocalípticas apelaciones a la necesidad de destruir el Estado de Israel son bien elocuentes de la imagen fantasmal que tiene de los judíos y de las obsesiones que impulsan el motor vital de los ayatollahs iraníes. Israel e Irán no comparten unas fronteras separadas por más de 1.000 kms. de distancia. Son dos estados que nunca han tenido una disputa militar, territorial o económica. Ello no impide a los iraníes armar y financiar a Hamas o Yihad Islámica para cometer actos terroristas en territorio israelí, ni hacer lo mismo con Hezbollah para hostigar su frontera norte y avivar el caos multiétnico en el Líbano, impidiendo unas relaciones normales con sus vecinos del sur. La obsesión iraní trasciende la propia geografía del Oriente Medio para ridiculizar la Shoah hebrea en la Europa nazi o trasladarse al otro lado del océano y dinamitar en 1994 la sede de la mutua judía en la lejana Buenos Aires dejando entre sus escombros decenas de cadáveres y cuerpos mutilados.

Sólo los ilusos creen que hay “ejes del mal” y “ejes del bien”. Los ejes no son categorías morales. La sociedad iraní es variada y compleja y debe elegir por sí misma su lugar en el mundo. Sin embargo, el “núcleo duro” de su poder estatal niega el derecho a existir de Israel. Cuarenta años después de la Guerra de los Seis Días, el Estado hebreo afronta otra vez una cuestión existencial que ya había olvidado, en esta ocasión con una amenaza nuclear de por medio. El presidente Ahmadineyah puede decir lo que quiera sobre Israel. Nadie es responsable de la opinión que de él tienen los demás. Las palabras no matan y a veces es mejor hacerse el sordo. Pero de uno mismo depende, en última instancia, garantizar su derecho a seguir viviendo. ●



La OPA de nunca acabar

CARMEN TOMÁS
PERIODISTA

HACE ahora dieciséis meses que el presidente de La Caixa llamó por teléfono al presidente de Endesa para proponerle una conversación. Fornesa trataba de convencer a Pizarro de que mantuvieran un diálogo porque ya estaba decidido que el grupo catalán, a través de Gas Natural, lanzaría una opa sobre la primera eléctrica española. El máximo ejecutivo de Endesa contestó que no habría conversación y dejó claro que las opas las deciden los accionistas. Desde aquel 5 de septiembre de 2005, no sólo Endesa, sino todo el sector energético español, ha venido “sufriendo” una auténtica revolución.

Constructoras, gasistas, eléctricas, petroleras... nada es ya como antes de aquella fecha en la que, desde el primer momento, se vió el cariz hostil de la operación catalana y las intenciones del Gobierno. También desde aquel día y al calor de la subida de la Bolsa, las acciones de unos y otros se han revalorizado hasta extremos inusitados. Sin ir más lejos, los títulos de Endesa que andaban por los 16-18 euros, a estas alturas han rebasado los 35 euros.

Endesa y sus directivos han demostrado que las operaciones empresariales deben ser eso y que las leyes no pueden aplicarse arbitrariamente y menos inventárselas según convenga en cada momento

Pero los catalanes no venían solos. El Gobierno, tal y como recogía el Pacto del Tinell firmado por el tripartito catalán, quería dar el mando de la energía en España a Cataluña, hecho que marcó la opa a Endesa. El Ejecutivo de Rodríguez Zapatero y algunos satélites monclovitas, ante la negativa de Pizarro a aceptar la componenda, iniciaron una serie de maniobras de asalto a los reguladores que, inevitablemente, llevó a Endesa a una estrategia de judicialización de la opa. Y ahí seguimos. Más tarde, la aparición en escena de la alemana E.ON dejó en evidencia por rácana la operación de Gas Natural y también el papel del Gobierno en todo esto. Se impuso el



NÚMERO
36

“como sea”, es decir, saltarse las normas ya establecidas y crear unas nuevas a sabiendas incluso de que en Europa no colarían. El empeño de Zapatero puede acabar en los tribunales europeos y deja a nuestro país a los pies de los caballos. Tras la oferta de E.ON, retrasada, ridiculizada y obstaculizada hasta extremos patéticos, aparece en escena el “tercer hombre”. La familia Entrecanales, propietaria de Acciona, compra, a finales de septiembre de 2006, un 10 por ciento de Endesa, cantidad que aumenta progresivamente hasta el 20 por ciento. La intención es mandar, gestionar la compañía, pero sin lanzar una opa. Los Entrecanales, aunque lo niegan, son la alternativa española a los alemanes y llegan aconsejados en tiempo y forma por “Solchaga, Recio y Asociados” que, en mayo, acuden a la llamada de Moncloa para buscar “como sea” que Endesa se quede en España. Parece que esta fórmula no acaba de concretarse y los más de 7.000 millones de euros que la familia tiene “aparcados” empiezan a convertirse en una fuente de problemas para la familia. En todo caso, acabe como acabe, Endesa y sus directivos han demostrado que las operaciones empresariales deben ser eso y que las leyes no pueden aplicarse arbitrariamente y menos inventárselas según convenga en cada momento. ¿Quién quiere invertir en un país que cambia las normas a mitad de partido, que legisla “ad hoc” para evitar una operación empresarial y en el que parece que la seguridad jurídica es un juego de niños? ¿Quién quiere arriesgar su dinero en un país donde los organismos reguladores se ponen al servicio del Gobierno o se pasa por alto sus informes si no conviene? Ésta es, al margen de cómo quede finalmente el partido, la gran consecuencia que se debe extraer de este año larguísimo en el que el Gobierno ha estado empeñado en una operación de asalto a una empresa que no sólo le ha desacreditado, sino que le ha impedido avanzar en otros terrenos más cercanos a los ciudadanos. ●



¿Derecho u obligación?

CARMEN POSADAS

ESCRITORA

SE SUPONE que tener derechos es algo que todos queremos. Como todos ustedes seguramente saben, y tal como nos lo define el Diccionario de la Real Academia de la Lengua, “tener la facultad de hacer o exigir todo aquello que la ley o la autoridad establece en nuestro favor” debería ser algo importante en nuestras vidas. Sin embargo, ¿qué sucede cuando no nos interesa el derecho al que estamos acreditados? No me refiero a temas tan trascendentales como, por ejemplo, el derecho a la vida y conflictos que éste suscita como el posible derecho a una muerte digna, tal reflejaba la oscarizada película “Mar adentro”. En este caso me gustaría hablar de uno de esos derechos que se dan casi por descontados y que solo asumen protagonismo muy de tarde en tarde: me refiero al derecho a la cultura. Si nos ceñimos a las apariencias, parece obvio que se trata de una facultad que poca gente parece interesada en exigir en España. Nos encontramos en uno de los países con mas bajo índice de lectura de periódicos y libros de nuestro entorno (aunque quizá algunos pueden ser algo remisos a tomar dicho índice como baremo cultural teniendo en cuenta ciertas informa-

ciones de prensa y ciertos títulos literarios), nuestro cine sobrevive como puede los embates de las mega producciones hollywoodienses, el teatro atraviesa crisis periódicas y nuestra televisión bate records de amarillismo. Como dicen los responsables de las cadenas, tenemos la televisión que nos merecemos. Si la cultura no da audiencia, ellos no pueden ir contra las leyes del mercado.

Según el mismo artículo 44 de la Constitución española (y disculpe el lector que usurpe su lenguaje jurídico) que refleja el derecho al acceso a la cultura, los poderes públicos promoverán y tutelarán dicho acceso. Con este objeto se realizan iniciativas como “La noche en blanco”, organizada y financiada generosamente por

Ahora nos quieren decir quién, cómo y cuándo debemos tener acceso a la cultura. A mi personalmente me da igual si a un señor le empieza a gustar Mozart porque ha oído su música en la banda sonora de “Memorias de África” o porque su padre se lo enseñó desde pequeño



NÚMERO
35

el Ayuntamiento de Madrid. Ahora bien, ante el espectáculo de cientos de miles de personas haciendo interminables colas en lugares a los que jamás han prestado la más mínima atención a pesar de estar abiertos casi todos los días del año o de los cuales directamente desconocían su existencia como el Museo Antropológico o la Real Fábrica de Tapices, es normal que alguien se pregunte: “¿Es esto cultura?” ¿No se trata de una versión parque temático de la misma? ¿No se está tirando el dinero público en una iniciativa puntual que pronto será olvidada por la inmensa mayoría de los que participaron en ella? ¿Para esto se corta la Castellana y se monta un atasco de muerte? Probablemente, los que plantean estas preguntas son las mismas personas que creen que la cultura debe mantenerse enclaustrada en los cenáculos de siempre, solo para los iniciados en sus arcanos principios, y me recuerdan la controversia que se creó en los lejanos años 30 con el derecho al voto de las mujeres. Decían entonces algunos que no había que aprobarlo porque las mujeres estaban mediatizadas por los curas; decían otros que solo debían votar las mayores de ¡43! años ya que antes de eso la mujer seguía siendo inmadura. Ahora nos quieren decir quién, cómo y cuándo debemos tener acceso a la cultura. A mi personalmente me da igual si a un señor le empieza a gustar Mozart porque ha oído su música en la banda sonora de “Memorias de África”, porque le han regalado un CD conmemorativo de su aniversario en el periódico o porque su padre se lo enseñó desde pequeño. Y creo que si solo un 1% del millón de personas que se lanzó a las calles de Madrid el pasado 23 de septiembre se ha infectado con el virus de la pintura, la poesía, el teatro o la literatura ya son diez mil conversos que han enriquecido su vida con una emoción nueva. El esfuerzo realmente habrá merecido la pena y conste que lo digo a pesar de que vivo en el centro y fui una más de los prisioneros del tráfico hasta las tantas. Todo sea por una buena causa. ●



Estereotipos ignorantes

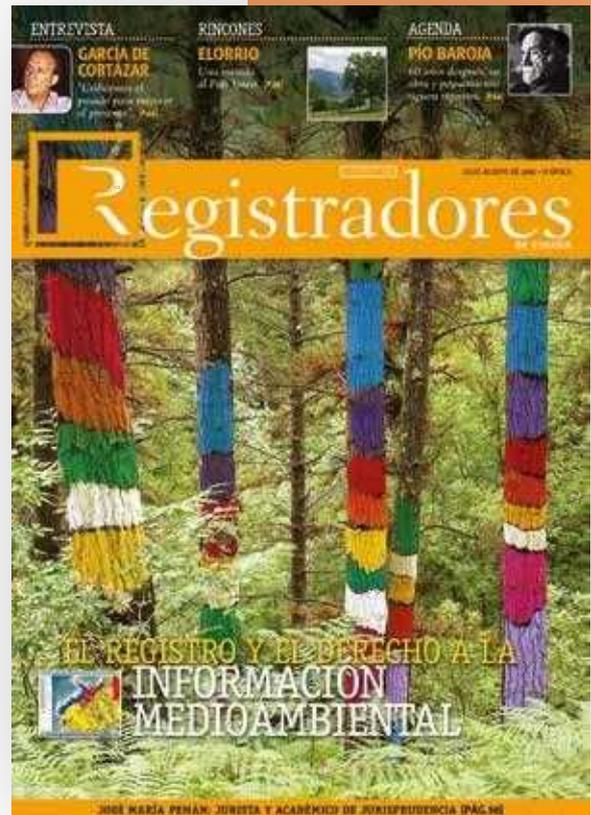
EDURNE URIARTE

COLUMNISTA

HACE UNOS DÍAS, cuando leía la valoración social de las profesiones en el Barómetro de junio del Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS), volvía a pensar en la fuerza de los estereotipos y en las abundantes dosis de ignorancia que los conforman. El estudio no incluía a los registradores de la propiedad. Supongo que, en parte, por su exotismo y su escasez. O eso es lo que habrán pensado seguramente los sociólogos del CIS. A la gente se le puede pedir que valore a los fontaneros o a los profesores, pero, ¿cuántos españoles saben lo que es exactamente un registrador de la propiedad? Y dados los efectos de la ignorancia, mejor para los registradores no haber sido incluidos. Cuanto menos se sabe de una profesión, peor se la valora. Luego, imaginemos los resultados.

Los datos del CIS son el sustento empírico de las afirmaciones que hago en este artículo. Y se supone que corresponden a una muestra representativa de los españoles. Pero antes de ir tan lejos me puedo poner yo misma de muestra representativa para confesar en este lugar tan comprometido, que mi estereotipo de los registradores de la propiedad se imagina a unos hombres, que no mujeres, monótonos, irritantemente legalistas, poco imaginativos, muy serios y muy honrados. El “pequeño problema” de la descripción anterior es que no he mantenido una conversación de más de diez minutos con un registrador de la propiedad en mi vida, lo que da a cualquiera el perfecto derecho a afirmar que esa imagen no sólo es ignorante sino atrevidamente estúpida.

Nada que alegar. Si acaso, que comparto estereotipos ignorantes con el resto de españoles. Sobre los registradores de la propiedad y sobre otras muchas profesiones. En ese estudio del CIS que he mencionado más arriba, las profesiones peor consideradas coinciden, precisamente, con las menos conocidas. En otras palabras, cuando a los encuestados se les pregunta por su nivel de trato con personas de las diferentes profesiones que acaban de juzgar, he aquí que muestran tener menos trato precisamente con aquellas profesiones que valoran peor. Con la excepción de los abogados. Los españoles conocen a bastantes abogados, pero los valoran mal, y, sin embargo, a continuación, recomiendan la abogacía como una profesión adecuada para sus hijos. Es decir,



NÚMERO
34

→ que tenemos algún problema psicológico con los abogados para cuyo desentrañamiento necesitaríamos un especialista. En psicología, quiero decir.

Para los demás, no hay nada especialmente sorprendente en descubrir que los periodistas y los militares ocupan, junto a los abogados, los últimos lugares de la clasificación, mientras que los médicos y los enfermeros la lideran y los profesores se colocan en un honroso tercer puesto. Por supuesto, los políticos no están incluidos. Si así hubiera sido, ya los habría mencionado para contar lo inevitable, que batan el récord de la peor puntuación, que es lo que suele ocurrir cada vez que se da a la gente la oportunidad de opinar sobre ellos. Y hasta de los políticos me atrevo a decir que su pésima consideración pública se debe, en buena medida, a la ignorancia.

Por esas combinaciones de la vocación y de la vida, yo formo parte de dos de las profesiones de la clasificación, una que está en la cabeza, los profesores, y otra que está a la cola, la de los periodistas. Sé que una de las razones discriminatorias en el juicio de los encuestados es la seguridad en el puesto de trabajo y que eso juega a favor de los profesores. Pero me temo que el resto de los ingredientes que contribuyen al elogio a los profesores y a la defenestración de los periodistas se componen de suposiciones sobre su servicio a la sociedad y su honorabilidad. Es decir, se componen de estereotipos ignorantes.

Porque no sé qué motivo puede llevarnos a dar por supuesto que el gusto por la enseñanza implica más entrega a los demás que la vocación de la información o que una cosa es socialmente más necesaria que la otra. Y aun me choca más lo de la honorabilidad, esa tendencia a pensar que los periodistas son mucho más gamberros, corruptibles o indecentes que los profesores, cuando la única diferencia es la escala y la publicidad de sus inmoralidades. Porque el grado de miseria humana es exactamente el mismo en ambas.

Y el dinero, como siempre, nos arroja poca luz sobre estas caprichosas preferencias ciudadanas. En esto de la evaluación de las profesiones, ocurre lo mismo que en una buena parte de las actitudes sociales. La motivación económica, supuestamente tan importante, no explica casi nada. Si hiciéramos un listado de profesiones según el nivel de ingresos, comprobaríamos que la valoración tiene poco que ver con el dinero. El prestigio y la aprobación social se fundan en otras cosas mucho más etéreas, aunque sean falsas e ignorantes. ●



Moda y Personalidad

COVADONGA O'SHEA

PRESIDENTA DEL INSTITUTO SUPERIOR DE EMPRESA Y MODA

SI QUEREMOS ANALIZAR qué supone la moda en las sociedades modernas, es necesario hacerlo a partir de un análisis de lo que ocurre hoy en torno a los temas más diversos, políticos, económicos y sociológicos, para encuadrarlo en este contexto de la globalización en que nos movemos.

No es fácil enfocar de forma real, lo que sucede en torno a ese fenómeno que mueve, miles de millones de euros, de dólares o de yens, no sólo en las grandes capitales del mundo occidental. En los lugares más insólitos hay un despertar a esta forma de expresión, que es el vestirse; una necesidad vital que se mueve entre el arte y el negocio, generando imperios financieros de gran calibre y creando muchos puestos de trabajo a su alrededor.

Moda es el lujo de mirarnos al espejo y elegirnos a nosotros mismos, de elegir nuestra imagen, de decidir, no lo que queremos representar en la vida sino lo que queremos ser, en un claro alarde de autenticidad

Por otra parte, moda no es sólo lo que nos ponemos encima sino todo lo que nos rodea con un punto de innovación y de vanguardia. La moda con su ritmo trepidante, con una fugacidad cada vez más evidente, siempre jugando al borde de lo efímero con ese sucederse de imágenes, vivencias, escenarios, estaciones y propuestas debería ayudarnos a entender el tiempo con todas sus consecuencias.



NÚMERO
33

Puede aparecer, en cierto sentido, como una tiranía insoportable. Pero hay que saber mirarla de frente: es una tiranía que somos capaces de evadir, lo que no supone darle la espalda. Sería la mayor de las locuras. No se puede caer en el rechazo a una industria que en el sector textil, sólo en España, emplea a 800.000 personas. Pero esa fuerza y esa importancia de la moda nos debe poner en guardia del peligro que encierra el hacernos caer en cierta uniformidad a la hora de vestirnos o incluso en la forma de vivir: tenemos que empeñarnos por buscar nuestra identidad propia. Moda, es el lujo de mirarnos al espejo y elegirnos a nosotros mismos, de elegir nuestra imagen, de decidir, no lo que queremos representar en la vida sino lo que queremos ser, en un claro alarde de autenticidad. Frente a las mil opciones que estamos viendo en pasarelas y revistas, a través de Internet o en programas de TV, el gran lujo no está en tener muchas cosas sino ser muchas cosas. Construir espacios creativos donde cada uno encuentre su personalidad. Buscar nuevas opciones, apostar por ser uno mismo hasta transmitir en todo una estética personal. ●

www.isem.es • cosa@isem.es



Un poco frívolos, ¿no?

FERNANDO JÁUREGUI

PERIODISTA Y ESCRITOR

Rara vez se analizan a fondo los fenómenos políticos, económicos o sociales que compiten por acaparar nuestros titulares. Siempre he pensado que la verdadera crónica política en este país nuestro es la de una frivolidad anunciada

EN ESPAÑA pasan, claro, muchas cosas. Cosas tan gordas como el principio y, ahora, el fin de ETA, pongamos por caso. Pero rara vez se analizan a fondo los fenómenos políticos, económicos o sociales que compiten por acaparar nuestros titulares. Siempre he pensado que la verdadera crónica política en este país nuestro es la de una frivolidad anunciada. Hay que ver los ecos del 'disfraz' de la vicepresidenta en Mozambique. O los que en su día tuvo el vestido de la ministra de Cultura, original de una polémica diseñadora, en la gala de los premios Goya. O la bronca porque el presidente fumó en La Moncloa durante su histórica reunión con Artur Mas para cerrar un acuerdo sobre el Estatut, ¿recuerdan?.

No resulta extraño este actual humor por lo periférico en un país en el que el motín más conocido es el de Esquilache, porque obligó a recortar las capas de los madrileños, tratando de facilitar un aspecto más aseado para los transeúntes. Es España nación que rara vez protesta, hasta que la gota desborda el vaso, por la injusticia y la opresión: las aguantamos muchos años. No conozco muchas manifestaciones por el precio del pan, pero sí bastantes contra textos legales que hoy nadie recuerda, porque eran cuestiones claramente menores. Prolifera la rebelión estética, la que linda con la burla. Por eso, cada vez que un ministro/a sale en una revista de modas, o se aviene a aceptar un tocado femenino ofrecido como regalo al huésped distinguido, se arma la marimorena.



NÚMERO
32

Algunas veces lo he dicho y muchas lo he pensado: este es un país feliz en el fondo, capaz de apasionarse hasta las cuchilladas por un torero frente a otro, un poeta contra otro, un cantante en lugar de otro. El único país del mundo en el que las manifestaciones en favor del botellón amenazan con ser mayores que las que organizan los obispos en protesta por la Ley de Educación, pongamos por caso. O la Ley de Educación no era, en el fondo, tan, tan mala, o es que somos unos folclóricos sin remedio. Y tengo para mí que somos unos folclóricos sin remedio: el país de la fiesta y de las fiestas. Lo que no tiene por qué ser necesariamente malo, desde luego.

Me decía Adolfo Suárez, cuando él había perdido ya el poder y se afanaba por sacar adelante aquel fantasmal partido, el CDS, con el que quería resucitar la idea del centro, tan poco fértil en el país de los extremos, que los españoles son fáciles de ser gobernados, por pastueños, hasta que los niveles de cólera hacen saltar los diques. “Lo malo es que nadie puede predecir qué es lo que puede motivar la cólera”, añadía el gran presidente. Si lo sabría él, que sufrió los peores ataques de una prensa que, apenas meses después, lo elogiaba sin medida. Y, así, ayer atacábamos a María Teresa Fernández de la Vega por haberse disfrazado de campesina en un país africano, y mañana la glorificaremos, precisamente por ese mismo disfraz. Según, ya digo, cómo ande el humor en el país feliz, tan veleta, tan suyo.

A veces tan deliciosamente frívolo. ●



El Gran Enamorado

PALOMA GÓMEZ BORRERO

PERIODISTA Y ESCRITORA

POCOS, quizás solo los que le conocen muy bien, podían imaginar que la primera Encíclica de su pontificado estaría dedicada al amor... que escribiría frases, pero sobre todo conceptos maravillosos sobre la palabra más escuchada, deseada y soñada a lo largo de los siglos... me atrevería a afirmar que con su primer documento programático el papa ha dado "luz al amor". Hemos descubierto con "*Deus Caritas est*", el título de la Encíclica que Joseph Ratzinger, al que todos llamábamos "el cardenal de hierro", "el carabiniero de la iglesia", el gran inquisidor", es en realidad "el Gran Enamorado".

A Benedicto XVI le conocí siendo Prefecto para la Doctrina de la Fe; le hice una entrevista a la cual acudí, reconozco, con cierta prevención y temor. Me preparé con cuidado las preguntas y pensé para mis adentros, "*si me suelta tratados de teología, a ver como lo colocamos en el telediario*". Me encontré con una persona amable, con una sonrisa dulce desarmante, de una extremada amabilidad y sencillez, pero sobre todo que contestó a mis preguntas de una forma escueta, clara y comprensible. Es más, aunque perdía parte de su precioso tiempo, aceptó que le hiciera la entrevista en la terraza y no en el despacho, porque así el cámara trabajaría con la luz natural y el reportaje haría que yo me luciera teniendo el fondo de la Basílica de San Pedro.

Al cardenal Ratzinger le veía a menudo saliendo por la puerta de Santa Ana, la entrada de servicio a la Ciudad del Vaticano, de regreso a su casa, en Piazza Leonina, desde la Congregación al otro lado de la plaza de San Pedro; otras veces, si era un día de sol, cruzaba el columnado de Bernini; iba siempre con la cabeza cubierta con una boina negra y llevaba en la mano una cartera mas bien usada y corrientucha. Quien no le conociera jamás podía pensar que era el prestigioso, temido y potente cardenal Prefecto, el más estrecho colaborador de papa Wojtyla.

El último viernes santo de Juan Pablo II, el Santo Padre encomendó las meditaciones del Vía Crucis al cardenal Ratzinger; sabía que él no podría presidir el rito en el Coliseo, que seguiría la ceremonia en su capilla privada. Le habían practicado la traqueotomía y los médicos desaconsejaban cualquier esfuer-

zo y menos aún transcurrir algunas horas al aire frío de la noche, pero quiso que el mundo conociera la profundidad espiritual y mística, la talla intelectual y humana de Ratzinger y por ello le pidió que escribiera los textos de las catorce estaciones de la pasión. Juan Pablo II siguió la ceremonia, en su capilla privada, de rodillas, frente al altar, agarrado a la cruz. No le vimos de frente, pero las imágenes fueron sobrecogedoras. Dos Vía Crucis paralelos: la vía dolorosa, hasta la muerte en cruz de Cristo y el camino de dolor y la agonía del papa; y mientras, escuchábamos una tras otra las meditaciones bellísimas del cardenal Ratzinger. Días después murió el papa y tras el conclave fue elegido Obispo de Roma el cardenal alemán. En su última Semana Santa, Juan Pablo II nos lo había pedido, Josef Ratzinger era “*su papa in pectore*”.

En apariencia no se parecen. Karol Wojtyla era extrovertido, con un gran carisma, comunicador, espontáneo, con los jóvenes se sentía, lo reconoció en Cuatro Vientos, un joven de 78 años que poseía un gran sentido del humor. Recuerdo en Nueva York en el encuentro con los jóvenes al improvisar una frase en inglés, se equivocó al decir la palabra rascacielos y riéndose comentó “*chicos se ve el Espíritu Santo no ha ido al Instituto de Idiomas Berlitz. A la mesa tenía siempre invitados y se sentía, como san pablo, misionero del mundo. Se contaba en el Vaticano este chiste: ¿En qué se parece Dios al papa Wojtyla? En que Dios está en todas partes y el papa... estuvo*”.

Benedicto XVI es resevado, introvertido, metódico. Un intelectual de una gran sencillez. Comentaba su hermano mayor, “*que Josef descansa tocando el piano, escribiendo y leyendo; cuando nos encontrábamos en nuestra casa de Pentling guisábamos uno de los dos y luego lavábamos los platos, aunque como no somos ninguno buen cocinero, a menudo abríamos latas de conserva*”. Ahora Benedicto XVI come poco en compañía de sus dos secretarios, Don Georg y Don Mietek y de la cocina y del apartamento pontificio se encargan cuatro laicas consagradas de “*Memores Domini*”. Cada día, por consejo de su médico, pasea una hora por los jardines vaticanos y dicen que se acuesta no después de las diez de la noche y se levanta al alba. A pesar de las aparentes diferencias, son muchas las afinidades. Los dos han encontrado su fuerza en la oración y los dos son constructores de puentes de diálogo, de comprensión, de buscar aquello que une y no, lo que aleja. Juan Pablo II animaba a todos “*a no tener miedo y abrir las puertas a Cristo*”. Benedicto XVI nos anima a descubrir el amor de Dios y al prójimo. A dejarnos sorprender por Cristo. Y los dos quieren ser “*barrenderos del mundo*” para dejar los caminos limpios para que pueda adentrarse la paz, la solidaridad y la justicia. Para expulsar el odio, la violencia, el fanatismo y dejar sitio para la fraternidad y el amor. En verdad entre el Huracán Wojtyla y el solitario Ratzinger no hay muchas diferencias. Son los dos “*papas del diálogo*”. ●

NÚMERO
31



Educar a un futuro rey

JOSÉ APEZARENA
PERIODISTA

“EL PELIGRO *más grande que tienen hoy las monarquías son los príncipes”.* Afirmación tan chocante se escuchó –y es otra paradoja más– durante una restringida reunión de jefes de Casas Reales, celebrada en Madrid hace unos pocos años. Hay que decir que representaban a Coronas en ejercicio, a Casas reinantes en Europa.

Aunque es poco conocido, resulta que estos altos personajes, que son los principales consejeros y asesores de las distintas monarquías, responsables de la buena marcha interna y externa de las distintas Coronas, tienen costumbre de juntarse una vez al año. Y en cada ocasión es anfitrión uno de ellos. La convocatoria a que me refiero se celebró en España, porque le tocaba por turno.

Durante el encuentro, hablaron de todo, salieron a relucir los retos y desafíos que afronta la Institución en los distintos lugares, las soluciones y estrategias ideadas por cada uno de ellos, en fin, cuestiones que afectan al trabajo que se realiza y que pueden servir de experiencia a los demás.

Fue al hablar de riesgos para las monarquías –que los hay– cuando se escuchó la frase que abre este artículo. Una aparente salida de tono, que, sin embargo, inmediatamente después quedó razonada y justificada, con lo que otros más se sumaron también al veredicto sobre la “*peligrosidad*” de los príncipes.

Una de las tareas más delicadas que deberá abordar el matrimonio formado por Felipe de Borbón y Letizia Ortiz es precisamente la educación de esa criatura

La explicación fue la siguiente. Hoy, asumiendo criterios de proximidad al pueblo, y por baremos “*democráticos*”, las monarquías europeas han elegido para los hijos de los reyes un tipo de educación muy preciso. Los príncipes están recibiendo una instrucción “*normal*”, es decir, básicamente del mismo corte que se aplica a la generalidad de la juventud en su país. Ésa opción, que de entrada parecería razonable, y hasta obligada, si no tiene a su lado un contrapeso, se convierte en un problema. Porque, si el educando es permeable a los planteamientos educativos aplicados, acabará creyendo que es un muchacho o muchacha “*normal*”. Y los príncipes y vástagos de parejas reales no lo son. Ante sus colegas, el ponente llegó a concretar un poco más el precipicio que pueden acabar



NÚMERO
30

bordeando los afectados. Con esos presupuestos, y sin contrapesos suficientes, el príncipe puede presentarse un día a su padre y decirle: papá, yo no quiero ser rey. Quiero ser médico, economista,... o registrador.

Pero hay más. Incluso aunque no tenga dudas sobre cuál será su oficio futuro, un príncipe absolutamente empapado de esa percepción de “chico normal”, no verá necesario aplicar a sus comportamientos y a su vida pautas diversas de las que frecuentan los amigos y compañeros, la media de la juventud del país. Parámetros que no suelen ser, en tantas ocasiones, la más conveniente imagen para un futuro rey. Las páginas de las revistas recogen con frecuencia esas desarregladas historias protagonizadas por príncipes y princesas europeos.

El peligro, pues, podría también plantearse en el caso del heredero del heredero, en España. Por eso, una de las tareas más delicadas que deberá abordar el matrimonio formado por **Felipe de Borbón** y **Letizia Ortiz** es precisamente la educación de esa criatura.

Hay que decir que si, en el panorama de las monarquías europeas, el riesgo que suponen los príncipes resulta bastante cierto, no ocurre tal en nuestro país. Se debe a que el príncipe, Felipe de Borbón, ha recibido la educación de chico casi normal, pero con eficaces contrapesos, aplicados directamente en su propia casa, en La Zarzuela, por su padre, el Rey, y más directamente –porque, desde el principio, estuvo más pendiente en el día a día– por la reina. Los reyes sabían, por experiencia vivida en su carne, lo que cuesta llegar a ocupar el trono: tuvieron que “ganárselo”, mientras que las otras monarquías llevan más tiempo en el ejercicio y quizá se han acostumbrado.

Felipe de Borbón es un príncipe heredero que “quiere” ser príncipe y quiere ser rey, y no médico, economista o registrador. Por eso mismo, está dispuesto a poner –está poniéndolos– los medios necesarios. Esa mentalidad tendrá que tenerla también el heredero del heredero. ●



El consenso y el Derecho

GERMÁN YANKE
PERIODISTA

¿NO OBSERVAMOS algo parecido a la sustitución del Derecho por el consenso? Esta última es, sin duda, una palabra seductora, que evoca el acuerdo, el entendimiento, la paz social. Pero termina siendo tramposa, como tramposa era la aspiración de **Rousseau** a una sociedad unánime hasta que se da en convenir en que el único equilibrio posible es la aceptación de la voluntad mayoritaria, de someternos a la misma sin renunciar a las convicciones y opciones personales.

¿Quién podría discrepar del consenso, si este fuese realmente tal? Si la sociedad unánime es imposible, el consenso –como realmente ocurre– sólo se puede dar entre grupos de interés, comunidades o partidos que pretenden dar cuerpo a la ficción de que actúan como individuos. Pero es el Derecho y no el consenso el que puede garantizar la libertad, que supone, como escribió **Lord Acton**, la seguridad de que cada ser humano tendrá la protección suficiente para hacer lo que cree que debe hacer frente a la influencia de

la autoridad, de las mayorías, de la costumbre y de la opinión. Si se discrepa del consenso se rompe y la pluralidad se convierte en malditismo. Sólo el Derecho respeta la discrepancia y las minorías.

Es el Derecho y no el consenso el que puede garantizar la libertad, que supone, como escribió Lord Acton, la seguridad de que cada ser humano tendrá la protección suficiente

Quizá el barullo político en el que estamos tenga algo que ver con esto. Hay quien insiste en que vivimos la oportunidad histórica de cambiar el modelo de Estado, de pasar de una Es-

paña que llaman “rancia” a otra que dicen desear “plural”. La pluralidad, así, deja de ser la posibilidad de mantener distintas opiniones, de contar con un método razonable de confrontación ideológica, de respeto a las minorías, para convertirse en la convivencia de comunidades. Se proponen reformas institucionales, como la del Senado, para que, en vez de los ciudadanos, incluso de los ciudadanos de las comunidades autónomas, estén representadas estas.



NÚMERO
29

Se presentan los Estatutos de Autonomía no como las reglas de juego dentro del marco de las competencias propias y la eficacia ante los ciudadanos sino como “*proyectos de convivencia*” entre las comunidades o entre ellas y el Estado. Se conciben extravagantes organismos como la Conferencia de Presidentes que, sin competencias ni reglamento alguno, trata de maquillar todas estas trampas: la sustitución de los ciudadanos por las comunidades, la del Derecho –fruto de las mayorías legítimas– por el consenso.

Alemania es hoy un doloroso ejemplo de cómo el consenso entre comunidades, además de solapar el juego de la democracia (que es un sistema de individuos, de voluntades y derechos individuales), paraliza los proyectos políticos. Si allí se pretende corregir el desaguado, aquí queremos, al parecer, recorrer el camino inverso con el ropaje de supuestas patrias y el recurso a las identidades que, en este maremagnum, se atribuyen los derechos que no se quiere que sean de los ciudadanos. Se impone, así, un consenso de identidades y se acalla la autodeterminación moral de los individuos para que se oiga el ruido de autodeterminaciones territoriales. “*Para la mayoría –escribe Dahrendorf– pertenencia y patria significan ante todo homogeneidad*”. Y la homogeneidad es fruto del consenso, no del Derecho y la democracia.

No es una vuelta de tuerca, sino una vuelta atrás. Si la modernidad es, de acuerdo a la vieja fórmula del status a los contratos, de las posiciones privilegiadas e indiscutidas a las instituciones que dimanan de la libertad de los individuos, la estamos abandonando vertiginosamente. No discutimos en España, asépticamente, sobre modelos de Estado, sino sobre el destino de las libertades individuales. **Lincoln**, en su famoso discurso de Baltimore, ya sabía que la guerra de secesión estaba basada en un equívoco similar. ●



¡A mí que me registren!

PERE FERRERES

PERIODISTA

CUANDO quería describir la extrema formalidad de un dirigente del deporte, **Olga Viza** exclamaba: “¡Es más serio que un notario!”. Me llamó la atención el latiguillo, que no había oído antes. Sin conocerlos, estaríamos de acuerdo en afirmar que los funcionarios de élite parecen personas infranqueables, difíciles de abordar, como de otro mundo. Y los registradores, por supuesto, no iban a ser una excepción.

Dice el premio Nobel **José Saramago** que la pregunta antológica que no tiene respuesta es: “¿quién soy yo?” y que “probablemente, los seres humanos somos enfermos mentales”, que nos pasamos la vida etiquetando, me permitiría añadir. Ese es el problema, demasiadas etiquetas. El día que **Rafael Arias** me presentó a **Fernando P. Méndez**, he de reconocer que mis esquemas se tambalearon.

A menudo, los excesos llegan a esconder los hechos. A veces, el problema de un colectivo es el que explicaba el entrenador brasileño **Tim** de los equipos de fútbol: son como una manta corta. Cuando te tapas la cabeza, se te ven los pies, y al revés. Hasta donde yo sé, los registradores no tienen este problema. Además, no parecen nada “mantas” y tienen un líder que pregona que, justamente, la gran revolución es intentar hacer bien el trabajo cada día.

El fútbol, como la vida, cambia cada media hora. Un día, **Víctor-M. Amela** le preguntó a **Fernando P. Méndez** en “La Vanguardia” si en determinadas situaciones, el Estado no entorpecía el mercado. El presidente de los registradores

contestó: “¡No! ¡Eso es como decir que el árbitro y las reglas entorpecen los partidos de fútbol! El mercado es un intercambio de derechos, y el Estado es el protector de esos derechos: y eso hace el Registro. Sin Estado, sin Registro, no hay mercado: ¡hay selva!”.

Haya paz. Y no perdamos el sentido del humor. Dice **Woody Allen** que el humor es un inseparable ingrediente contra el hastío. Una noche, en una cena de Navidad de los registradores de Cataluña, le oí decir a la ex consejera de Justicia de la Generalitat, **Núria de Gispert**, que su padre, eminente jurista, definía a registradores y notarios como “sumos sacerdotes de la paz”.

El mercado es un intercambio de derechos, y el Estado es el protector de esos derechos: y eso hace el Registro. Sin Estado, sin Registro, no hay mercado: ¡hay selva!



NÚMERO
28

→ En uno de sus brillantes monólogos, **Andreu Buena-fuente** dice que ha ido al notario y ha terminado con números rojos en el banco, pero lleno de fe. Hay que aplaudir estos gags, que viven alejados de la frivolidad, que es otra cosa. Una frivolidad hubiera sido decir que los registradores iban en contra del Valencia porque el secretario técnico, **García Pitarch**, está casado con una notaria. “*Un poquito de por favor*”, que diría **Fernando Tejero**, el protagonista de “*El penalti más largo del mundo*”. No hay que pensar en las “penas máximas”. Es preferible coleccionar días inolvidables, aún a riesgo de no acordarse de alguno de ellos.

Las cosas se tienen que hacer bien, y además hay que explicarlas. Eso sí, sin llegar al efecto **Dalí**. El pintor no leía los artículos y crónicas de prensa que hablaban de él. Preguntaba:

– ¿Ese recorte cuánto mide? Eso era lo único que le interesaba.

El Año Dalí dio paso al IV Centenario del Quijote y al Año de la Gastronomía. Poca gente como **Maragall** ha promocionado tanto la cocina al hablar del *soufflé catalán*. Se lo he comentado a **Ferran Adrià** y se ha reído: “*Nadie sabe qué es el soufflé*”. O sea, Maragall, Quijote.

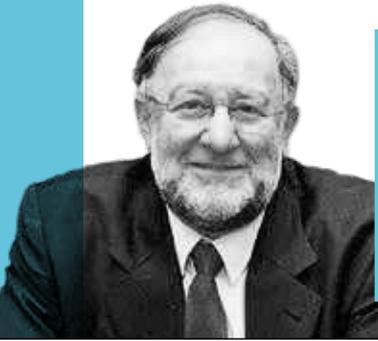
Es un placer escribir en esta revista, que tiene una ventaja: no está en los quioscos, que a este paso van a expedir el acta notarial de que el viejo periodismo se muere. Estos días he ido a comprar una revista de pensamiento con solera en Cataluña, “*El Ciervo*”. “*¿El Ciervo? ¿Es una revista de caza?*”, me ha preguntado el quiosquero. He tratado de hacer de tripas, corazón, y he vuelto a recurrir a **Woody Allen**.

¡Pobre periodismo!

Una vez en casa, he acudido a mi colección de frases hechas. He encontrado una del abuelo de **Fernando P. Méndez**: “*Nunca te tomes en serio y no dejes que nadie te tome a broma*”!

Si volviera a nacer, me haría registrador. No lo duden: creo hablar con propiedad.

Eso, registrador de la Propiedad. ●



Los medios de influencia andan en problemas

FERNANDO GONZÁLEZ URBANEJA

PRESIDENTE DE LA ASOCIACIÓN DE LA PRENSA DE MADRID

LA GUERRA DEL VIETNAM y la caída del presidente **Nixon**, que optó por dimitir para evitar desastres mayores, marcaron el clímax de la influencia y prestigio de los medios de comunicación, especialmente de los “serios o de referencia”, los que fabrican la agenda informativa y la ponen en valor. Contra esos medios, cualquier poder debía pensarse bien un enfrentamiento. El periodismo independiente, crítico, la comunión de editores y periodistas en el mismo proyecto, supuso un contrapoder que ofrecía al ciudadano garantía adicional frente al abuso de los poderes; un contrapeso inserto en la sociedad civil, distante de los poderes del Estado. Un periodismo basado en el principio de “*estar en lo cierto y ser justo*”.

Walter Cronkite, en sus “*Evening News*”, de la CBS, fue durante décadas baluarte de credibilidad informativa para los norteamericanos, ante el asombro y la inquietud de los sucesivos presidentes de la República Federal. **Lyndon B.**

Johnson supo de ello durante su mandato y, no pocas tardes, maldijo a Cronkite y su independencia, cuando daba cuenta del efecto de los bombardeos masivos sobre Vietnam.

El New York Times, el Post, el Journal, la CBS en los Estados Unidos, el Times, Financial Times, Economist, BBC en Gran Bretaña, Le Monde en Francia,... cuentan entre las dos docenas de medios de referencia que forman criterio, que modifican una

línea política o arruinan o lanzan una carrera. La credibilidad de esos medios o de los que les desbanquen, se convierte en signo de madurez de una sociedad,

Cuando pisamos el siglo XXI, buena parte de esos medios, imprescindibles hace dos décadas, andan en problemas, con su identidad en entredicho



NÚMERO
27

prueba del algodón de una democracia avanzada. Ningún país en progreso puede pasar sin medios creíbles, reputados y respetados.

Pues bien, cuando pisamos el siglo XXI, buena parte de esos medios, imprescindibles hace dos décadas, andan en problemas, con su identidad en entredicho. Unos han olvidado la referencia de calidad, el aprecio por la veracidad y la verificación, la humildad para reconocer errores y para ser justos. Todos conocen las dificultades para hacer bien su trabajo, padecen merma de calidad y del respeto de los ciudadanos a los que tratan de atender. No faltan las excusas que van desde el efecto de las nuevas tecnologías hasta las pasiones o perversiones del público, cada día más caprichoso y descreído. Lo evidente es que las difusiones y las audiencias decrecen y se fragmentan y que la credibilidad se resiente.

No pocos ciudadanos buscan en los medios refrendo y refuerzo de sus propias creencias o convicciones, en perjuicio de actitudes más críticas y abiertas. Y muchos medios se pliegan a esa unilateralidad, se someten a las fuentes de información e influencia y se enfangan en conflictos de intereses. Las democracias se hacen mediáticas y, para ello, tratan de avasallar y dominar los medios, sin apercebirse de que esa alineación conduce a una alineación colectiva.

Que los medios de influencia recuperen su papel y función, que vuelvan a merecer el aprecio de una ciudadanía crítica, interesa, no solo a los propios medios, también a una sociedad cada día más necesitada de contrapoderes y de transparencia. ●



Un fantasma llamado Fray Piccolo

PALOMA GÓMEZ BORRERO

PERIODISTA Y ESCRITORA

SÓLO EN ROMA *reina tal divina anarquía que hay lugar para las sombras*... así escribió, en 1803, **Goethe** a **Guillermo de Humboldt**... yo añadiría que Roma es de tal belleza y grandiosidad histórica que quien la descubre sueña con volver. Nadie se marcha de esta *Ciudad Eterna* sin lanzar una moneda en las aguas de la Fontana de Trevi, por si fuera cierta la leyenda que asegura que de esta forma se regresa siempre. Roma es... atracción fatal para todos, incluso para los seres del más allá... los fantasmas, los seres invisibles que residen en los palacios o monumentos donde vivieron antes de marcharse rumbo a ultratumba. Uno de estos espíritus, el más conocido internacionalmente es **Fray Piccolo**, el fraile fantasma que habita en el palacio de España, sede de nuestra Embajada ante la Santa Sede. Al adquirirlo en pública subasta, en 1647, **Don Iñigo Vélez de Guevara** no pensó que lo compraba con derecho a fantasma, claro que este externo inquilino tardó en habitarlo 50 años, pero a partir de entonces es un *Ocupa* sin posibilidad de desahuciarlo. Se llama **Pietro**, pero todos le conocen por **Fray Piccolo**. En los principios del 1700, era el fraile director espiritual de los miembros de la Embajada aunque otros aseguran que frecuentaba con asiduidad la chancillería porque su Congregación le había encargado la gestión de asuntos relacionados con la delegación española. Como era de baja estatura empezaron a llamarle, no **Fray Pietro**, sino Fray Piccolo (fray pequeño). Pequeño sí, pero frívolo, apasionado y pecador, por lo que sucumbió a los encantos de una dama de la Embajada, esposa de un ilustre súbdito de Su Graciosa Majestad **Felipe V**. Una pasión ardiente y clandestina que dejó de serlo la noche que el marido traicionado les descubrió en su flagrante delito.

Fray Piccolo es una intangible presencia de la que siempre se habla en la Embajada romana con temeroso respeto

Espada en mano el esposo irrumpió en el dormitorio y lavó su maltrecho honor al mejor estilo de la época; le traspasó el corazón con la lama de acero de Toledo. De **Fray Piccolo** nadie volvió a hablar y por respeto al marido y ser un episodio escandaloso, poco edificante ocurrido dentro de los muros de un edificio propiedad de la catolicísima España, esa triste y sangrienta página se canceló de la historia del palacio. Tampoco se ha sabido nunca el nombre de la adúltera.



NÚMERO
26

El fraile perjuro de su voto de castidad no abandonó sin embargo el palacio, buscando el perdón de su culpa o para expiarla, vaga por las salas y sobre todo por las alcobas en espera de obtener la misericordia divina o quizás, para advertir a otros de no caer, como él, en la tentación.

Desde entonces... y han transcurrido 300 años, se hace sentir la presencia de **Fray Piccolo**... con rumor de pasos, con ventanas que de repente y al improviso se cierran... puertas en cambio que se abren aún cuando se les había echado la llave y ésta se había guardado en un cajón. Fray Piccolo es una intangible presencia de la que siempre se habla en la Embajada romana con temeroso respeto.

La historia de Fray Piccolo salió a relucir durante la cena que, hace ya años, ofreció el entonces inolvidable embajador **Antonio Garrigues**, a la viuda del presidente **John F. Kennedy**, su huésped en aquellos días. **Jacqueline** escuchó divertida y con escepticismo típicamente americano al irse a acostar, sonriendo se despidió del Embajador y riéndose advirtió a los dos guardaespaldas que hacían guardia delante de la puerta del dormitorio.

“¡Atentos con Fray Piccolo!”. Media hora más tarde, una Jacqueline en pijama, aterrorizada salía corriendo del dormitorio gritando por el pasillo: ¡Fray Piccolo!, ¡Fray Piccolo! La seguían los dos robustos policías americanos apuntando la pistola no se sabía contra quién. La verdad es que no había sido el fantasma quien había hecho chirriar la puerta del viejo armario de la habitación, simplemente el mueble es tan antiguo que no funcionan ni las llaves ni las bisagras.

En el viaje a Roma para ser recibidos en audiencia por el Papa **Juan Pablo II**, los Príncipes de Asturias se alojaron en el palacio de España, en el ala de honor, pero a **Don Felipe** y a **Doña Leticia**, el espíritu, el fantasma, les dejó descansar tranquilos, no quiso darles un susto. En el fondo Fray Piccolo era un libertino, un sinvergüenza, pero respetuoso con los príncipes como buen monárquico de pro. ●



Una posible declaración de deberes

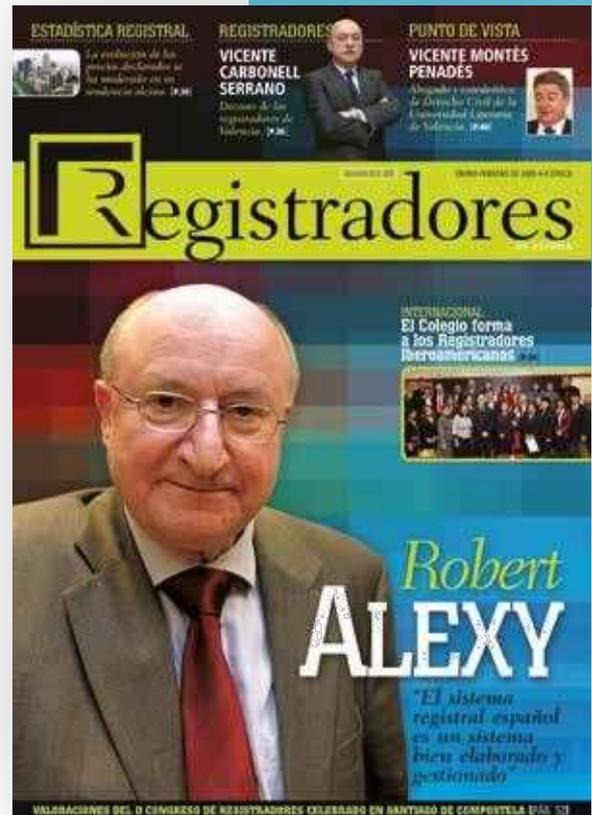
ÁNGELES CASO

ESCRITORA Y PERIODISTA

SUPONGO que a ustedes les dice algo el nombre de **Jostein Gaarder**, ese filósofo noruego que logró convertir un libro de historia de la filosofía para adolescentes, **El mundo de Sofía**, en un auténtico best-seller en medio mundo. Se cumplen ahora diez años de su edición en España, y Gaarder acaba de visitar Madrid invitado por su editorial. Entre las cosas que dijo durante esos días a la prensa, leo esta frase que me llama poderosamente la atención: “Si el siglo XX fue el de la Declaración Universal de Derechos Humanos, el XXI debe ser el de la Declaración de Deberes.” Interesante reflexión, desde luego. Acudo antes que nada a revisar el texto de esa **Declaración Universal de Derechos Humanos**, que fue aprobada por la Asamblea General de las Naciones Unidas el 10 de diciembre de 1948. Sus treinta artículos son demasiado largos para ser resumidos aquí, pero, en realidad, aluden a cuestiones básicas y elementales sobre las condiciones necesarias para la dignidad de las personas: libertad, igualdad, paz, educación, justicia, sanidad, representatividad política, adecuada situación laboral y económica, etc. Por desgracia –pienso– la inmensa

“Se trata de pequeños gestos cotidianos, de actitudes personales de compromiso que permitirán construir, de ser practicadas entre todos, un mundo mejor”

mayoría de los habitantes del planeta no ha alcanzado ni de lejos casi ninguno de esos derechos. En buena parte del mundo siguen existiendo la tiranía, las guerras, la tortura, la esclavitud más o menos disimulada, el hambre, el terrorismo, la falta de medios sanitarios, la corrupción política y judicial, el racismo, el desprecio total a las mujeres y a los seres más débiles, y otra enorme cantidad de circunstancias que generan a diario terribles dramas individuales y colectivos. Sólo nosotros, los privilegiados que hemos nacido en los países occidentales, podemos afirmar que la mayoría de esos derechos son garantizados por nuestros sistemas. O que, cuando menos, tenemos la posibilidad de alzar la voz para exigirlos, en medio de todos los fallos y debilidades que también sacuden a nuestros imperfectos –pues humanos– regímenes.



NÚMERO
25

Demasiado a menudo nos olvidamos de que cualquier derecho va acompañado por fuerza de un deber de similar categoría ética. Supongo que a algo así es a lo que quiere referirse **Gaarder** al hablar de esa futura **Declaración de Deberes**. Y es que no se trata sólo de recibir pasivamente: si aspiramos a mantener esos privilegios para las generaciones futuras, si queremos que nuestros descendientes no se vean sometidos a los totalitarismos que, en cualquier momento y en cualquier lugar pueden volver a surgir sin que apenas nos demos cuenta, si pretendemos además extender los derechos humanos a todos aquéllos que aún no disfrutaban de ellos, debemos realizar entre todos el esfuerzo. Puedo imaginar el contenido de esa supuesta Declaración Universal de Deberes: mantenernos siempre alerta frente a las tentaciones fáciles de la codicia y la corrupción, colaborar razonablemente con nuestros impuestos en el reparto económico en aras del bienestar común, cumplir con nuestras pequeñas obligaciones de ciudadanos solidarios, participar de forma activa en la democracia, exigir a los gobernantes y a los grandes poderes económicos la política más justa para con los desfavorecidos, utilizar nuestro aún desconocido potencial como consumidores para obligar a las empresas más fuertes y depredadoras a ser a su vez justas y responsables, obligarnos al cuidado de un medio ambiente que entre todos estamos deteriorando a marchas forzadas y que debemos dejar en herencia a quienes nos sucedan sobre la superficie del planeta... No creo hablar de imposibles. Se trata en su mayor parte de pequeños gestos cotidianos, de actitudes personales de compromiso que permitirán construir, de ser practicadas entre todos, un mundo mejor. Quizá, sin necesidad de ponernos apocalípticos, el único mundo posible. Porque éste en el que estamos viviendo da la sensación de llevar directa y rápidamente a la catástrofe total. ●



Reflexiones de un periodista

ANTONIO JIMÉNEZ

PERIODISTA

EN MOMENTOS de aflicción y zozobra profesional, un buen amigo y mejor periodista, suele apelar con mucho sentido del humor al consejo que le dió un tío suyo, **D. Venancio Madero**, ilustre registrador, quien opinaba que lo del periodismo era cosa de la farándula y que si quería terminar escribiendo en un periódico, y además como ninguno, lo mejor es que hiciera Derecho que también le permitía opositar a Registros. Mi amigo, huérfano de padre, desdeñó obviamente el consejo patriarcal del tío Venancio, estudió Ciencias de la Información, y cada vez que el decaimiento o la frustración se ceban con nuestra frágil moral de ciclotímicos, no dejamos de insuflarnos entereza y optimismo, recordando con ironía “cuanta razón tenía el tío Venancio; ¿porqué no haríamos Derecho y después oposiciones a registrador de la propiedad?”.

Bien es cierto que el concepto que el tío Venancio tenía del periodismo tampoco era muy diferente al de algunos profesionales. Se le atribuye a un joven periodista francés que trabajaba para *París Match* la siguiente anécdota, reveladora de las dudas que desde el punto de vista social y de las apariencias

suscitaba su condición de “journaliste”, al menos entre su familia; durante el encuentro casual con un amigo, le advirtió que no dijera a sus padres que era periodista, periodista nunca; tenía que decirles que trabajaba de pianista en un club de putas en París. Una “boutade”, sin duda, que ilustra hasta que punto el periodismo estuvo asociado, hasta hace dos telediaros, a tiempos de farándula canina y de ociosa bohemia.

No pretendo, ni mucho menos, con estas divertidas anécdotas el desprestigio de mi profesión, que además goza de una valoración muy positiva entre los españoles según las sucesivas encuestas del Centro de Investigaciones Sociológicas, y que, personalmente, mucho me ha dado, y sigue dándome, durante seis apasionantes vidas radiofónicas, en otras tantas cadenas de emisoras. Con ello sólo quiero subrayar que los periodistas, en general, somos bastante autocríticos, poco corporativistas y nada entregados al autobombo y la complacencia, aunque pudiera pensarse

Dada la influencia notable que ejercemos en amplias capas de la población está bien que sometamos a revisión crítica permanente nuestro quehacer diario y, sobre todo, cuando éste deriva hacia registros perversos que rayan, incluso, en lo delictivo



lo contrario, cuando abordamos los flancos débiles y menos presentables de nuestra profesión como son el amarillismo, el sensacionalismo, el sectarismo o el fenómeno de la telebasura, al que recomiendo combatir con la misma arma de **Groucho Marx**: la lectura. Nada más entrar en su casa, Groucho encendía la televisión y se iba a la habitación de al lado con un libro. Claro, eso podía hacerlo alguien con tanto ingenio y sarcasmo como para dejar escrito en su lápida, “*perdonen que no me levante*”.

Dada la influencia notable que ejercemos en amplias capas de la población está bien que sometamos a revisión crítica permanente nuestro quehacer diario y, sobre todo, cuando éste deriva hacia registros perversos que rayan, incluso, en lo delictivo. Se trata de evitar también, como escribió **Phillip Meyer** en su libro “**Periodismo de Precisión**”, que “*el periodismo acabe muriendo por falta de independencia o totalmente invadido por las relaciones públicas, el entretenimiento y la publicidad*”.

Un diagnóstico que afecta en parte a España, donde algunos medios corren el riesgo de convertirse en agentes de la acción política y sus periodistas en brazos ejecutores de esa acción, alentados por telespectadores, oyentes y lectores, a los que aparentemente no preocupa tanto la veracidad de la información que reciben como que la opinión que la acompaña se identifique con su línea de pensamiento. Se caería en un periodismo militante, incompatible con la veracidad exigible a las noticias y con la honestidad para opinar. Fueron, asimismo, los responsables de las televisiones o de los programas “*basura*” quienes intentaron justificar con las audiencias, en las demandas de un público que no sería inocente, la carga de zafiedad, superficialidad y mediocridad de sus contenidos, ignorando que son medios regulados por una concesión administrativa del Gobierno, y por tanto, obligados a satisfacer con sus programaciones una deseable perspectiva social que fomente la regeneración y el progreso del país. ●



Que llamen a Dios

RAFAEL MARTÍNEZ-SIMANCAS

ESCRITOR Y PERIODISTA

EL latín vestía a ciertas profesiones: un médico sin un diagnóstico en la lengua de **Cicerón** no era nadie; las enfermedades en latín parecían más solemnes y dignas de atención. Y qué decir de aquellos curas pre-conciliares (que tenían aliento de cueva húmeda y mirada panorámica); a todos ellos les cambió la vida cuando a unos les obligaron a decir la misa en la lengua vernácula de cara a los feligreses, y a los otros les impidieron vacilar a los pacientes en la consulta del seguro. Hasta ese momento el latín pasaba por ser la lengua oficial de la divinidad sólo al alcance de unos pocos, estaba claro que Dios no iba a manejar un lenguaje de Zarzuela con términos tales como “*naturaca*”, “*oigausté*”, “*requetebién*” y “*chanchipiruli*”. El latín también ha sido muy útil para el manejo del derecho, ¡dónde a va a parar que sea lo mismo usufructo que soltar “*ius alienis rebus, utendi, fruendi, salva rerum substantia*”! Quedaba claro que el latín, ya en manos de médicos, curas o abogados, era la lengua oficial de la gente culta.

El sucedido que relato ocurrió en un cuartelillo de una España que ya no existe, digamos que feneció cuando el papel higiénico “*El Elefante*” dejó de ser timbre oficial. A ese lugar de confesión habían llevado a un buhonero (gorgotero o mercachifle), al que una pareja de “*sivile*” habían sorprendido con la mano propia en cartera ajena. Aclaro que se trata de “*sivile*” de otra época, los que usaban mosquetón, bigote y abrigo de tres cuartos. Sin duda que esos agentes de la autoridad, llevados por un exceso de celo, habían aplicado la regla ancestral de la confesión urgente: “*caña al mono hasta que aprenda el catecismo*”. Así que no es de extrañar que a los excesos verbales acompañaran algunos bofetones de esos que se dan con la mano abierta y que tan incómodos resultan para el que los recibe. Tengamos en cuenta que no eran métodos de interrogatorio tan sofisticados como los que luego aplicaron los norteamericanos en las cárceles de Irak. Se trataba de leña, estopa, tunda-tunda, meneillo salvaje, soplamocos... no es que tuvieran nada personal contra ese hombre pero era su método para despabilar guindillas de poca monta.

Bien está saber idiomas pero manejar la lengua de los clásicos parece imprescindible para entender nuestro presente



NÚMERO
23

Al buen paisano le habían aplicado tal cantidad de leña en su cuerpo que, derrotado y sollozante, fue presentado ante la juez. Cuando ésta le vio llegar en lamentable estado de penalidad absoluta preguntó: “¿se encuentra usted bien?” Y el buhonero, al que le habían puesto los ojos como dos plazas de toros abarrotadas de adeptos de “Jezulín”, respondió: “su Ilustrísima, por humanidad, aplíqueme el *Corpus Christi*”. Lo que pedía en realidad era el “*habeas corpus*”, pero la jueza entendió a la primera que aquel “*eccehomo*” pedía el amparo del derecho contra los “*sivile*” que le habían dado de todo menos buenas razones. En este caso, menos mal que la jueza había estudiado latín y, rápidamente, rescató al pobre hombre de las garras de aquellos que entendían que la confesión con sangre “sale”.

Cuento la anécdota para que los responsables de los planes de estudio de bachillerato rescaten al latín del cajón de los olvidos. Bien está saber idiomas pero manejar la lengua de los clásicos parece imprescindible para entender nuestro presente... y de paso nos puede sacar de algún apuro en una noche de autos. Nunca se sabe cuándo podemos tener problemas con la autoridad (siempre que ella se empeñe en tenerlo con nosotros).

El latín no es una lengua de equivocaciones, ni difícil de comprender. Echar la culpa a las declinaciones de una metedura de pata no es cosa adecuada. No hace mucho tiempo que presencié cómo una ilustre abogada de Madrid, sin duda que llevada por un despiste ocasional, solicitó el pliego de “*carga y descarga*” para que le quitaran una multa. En esa ocasión, el funcionario de la ventanilla, que también sabía latín, le entregó el documento encabezado con “*pliego de descargos*”. “*Errare humanum est*”, dijo aquel probo administrativo antes de chapar la ventanilla porque le tocaba hora del bocadillo. A fin de cuentas “*primum vivere, deinde philosophari*”... que quiere decir que el *choped-pork* es el mejor amigo del hombre en los momentos de soledad de las tripas. Amén. ●



Ruta Quetzal

ANTONIO PÉREZ HENARES

PERIODISTA Y ESCRITOR

SOY uno de los privilegiados –porque es, en verdad, un privilegio– que ha hecho la **Ruta Quetzal**. Este año, por séptima vez consecutiva, he formado parte de la expedición. Una vez más, en mi condición de periodista, pero, después de tantos años, con un “algo más”, que no sé muy bien qué es, pero que me da el hecho de haber compartido con ellos aguaceros, sofocones, calamidades y fatigas. O sea, las cosas que de verdad unen.

La **Ruta Quetzal**, y lo proclamo, es la idea más innovadora, integradora y brillante, en cuanto a juventud, cultura y aventura se refiere. Que trescientos cincuenta brillantes y esforzados rutereros (porque hay que esforzarse para ir, dado que se presentan miles) de 40 países –de Iberoamérica, de España y de Europa–, unidos por la lengua (el español es el idioma oficial), convivan durante casi dos meses en un duro viaje, aprendiendo sobre el terreno de la Historia, la naturaleza, las costumbres y la propia vida de las gentes; primero en un país del Nuevo Mundo y luego en un periplo por la Península Ibérica; ata más vínculos y abre más ojos que todas las conferencias y proclamas sobre amistad entre pueblos, solidaridad y tolerancia de todos los líderes políticos juntos.

Dicen que la Ruta les cambia la vida. La propia porque aprenden el valor de cosas que muchos de ellos, los europeos, tienen de sobra y en exceso, y por que aprenden a conocerse a ellos mismos y a los demás. Dicen, y han pasado ya por ella más de 7.000 en las diecinueve expediciones realizadas hasta el momento, que hay un antes y un después y las relaciones que allí se crean se mantienen en el tiempo y en la distancia

Dicen que la Ruta les cambia la vida. La propia, porque aprenden el valor de cosas que muchos de ellos, los europeos, tienen de sobra y en exceso; y porque aprenden a conocerse a ellos mismos y a los demás. Dicen –y han pasado ya por ella más de **7.000** en las diecinueve expediciones realizadas hasta el momento– que hay un antes y un después; y las relaciones que allí se crean se mantienen en el tiempo y en la distancia. Cada año, los encuentros de antiguos expedicionarios superan el millar de congregados y, por fortuna, la comunicación a través de Internet les permite seguir en contacto desde cualquier parte del mundo.



NÚMERO
22

Pero la Ruta tiene un problema. Bueno, tiene bastantes, pero esos son pequeñas cosas delante del esencial. Es española. Se le ocurrió a un español, **Miguel de la Quadra Salcedo**, aventurero y reportero con la mejor biografía de que pueda presumirse a sus espaldas, y la apoyo, con ímpetu y desde el primer momento, el Rey Juan Carlos. Y España es como es y no tiene vuelta y una de sus más reconocidas características es el desprecio por lo propio, la ignorancia de sus obras y virtudes y su paleta asombro ante cualquier mez que venga de fuera. O sea, que la **Ruta Quetzal** transita, cierto que con el apoyo trascendental del BBVA, como buenamente puede y sorteando cada año más dificultades que las que han de vencer los expedicionarios en sus largas caminatas.

Si esta iniciativa hubiera tenido lugar en un país anglosajón, su importancia sería una y mil veces destacada. A su alrededor se concitarían todo tipo de recursos y apoyos y tendría un reconocimiento absoluto y generalizado. Que aun así no le falta, pues, con sus propias fuerzas y algunos buenos amigos, en especial escritores y comunicadores, pero sobre todo por el boca a boca de quienes la han disfrutado y de sus familiares, su imagen ha ido creciendo hasta alcanzar cierta categoría de leyenda. La he sentido, así como la simpatía de las gentes al distinguir en alguna camisa su símbolo, el hermoso pájaro de los trópicos iberoamericanos del que ha tomado prestado el nombre.

Sin embargo, es necesario algo más que calor popular y simpatía. Hace falta que la Administración se involucre y apoye de verdad y no solo con palabras. Porque, año tras año, a la hora de arrimar el hombro siempre están los mismos mientras que ellos se quedan para los discursos y las prédicas cuando de lo que se trata es de trigo. Menos mal que el granero de la Ruta, su mejor capital, el humano, sigue estando a rebosar. ●



El riesgo de ser periodista

CARMEN GURRUCHAGA

PERIODISTA

HAY MUCHOS LUGARES en el mundo en los que un periodista puede perder la vida por el mero hecho de serlo: Colombia o el País Vasco. Hasta hace pocos años, ejercer el noble deber de informar en lugares de conflicto, suponía casi un salvoconducto. Sin embargo, ahora, ir con el carné de prensa es perjudicial porque algunos grupos armados, legales (ejércitos) o ilegales (terroristas), soldados o paramilitares, tratan de impedir que el informador cuente qué sucede. Existe un rosario de ejemplos en los últimos años, a lo largo y ancho de todo el mundo. El más reciente Irak.

Lenin decía que la verdad es revolucionaria y ésta, quizás, sea una de sus frases más afortunadas. Los periodistas tenemos la obligación de descubrir la verdad para contarla y transmitirla a los ciudadanos, independientemente de a quién beneficie o perjudique. Aunque esta revelación ponga en entredicho la, en ocasiones, falta de democracia y de respeto a los derechos humanos en Estados Unidos, el país más poderoso del globo, como ha sucedido con los recientes casos de torturas inflingidas por soldados estadounidenses a los presos iraquíes.

Es habitual que, en los informes anuales de organizaciones humanitarias como Human Rights Watch, Amnistía Internacional o Periodistas sin Fronteras, entre otras, aparezcan revelados los nombres de presidentes de, por ejemplo, Costa de Marfil, Zimbabue o Eritrea, como enemigos de la libertad de prensa. En esos lugares, no es anormal que haya informadores encarcelados o que, de vez en cuando, alguno aparezca asesinado. Lo mismo sucede con los mandatarios de Cuba, Haití, Birmania, Pakistán, China, Irak, Irán o Marruecos, por nombrar algunos. La república caribeña, dirigida por Fidel Castro, tiene el dudoso “honor” de ser la nación con mayor número de periodistas e intelectuales privados de libertad.

Se considera “normal” que países no occidentalizados pisoteen derechos básicos, entre estos, el que todo ciudadano tiene a recibir una información veraz sobre lo que sucede en el mundo. Las denuncias hechas desde el Primer Mundo sobre países del llamado Tercer Mundo, son fáciles, porque no implican riesgo, y frecuentes.

Hasta hace pocos años, ejercer el noble deber de informar en lugares de conflicto, suponía casi un salvoconducto. Sin embargo, ahora, ir con el carné de prensa es perjudicial.



NÚMERO
21

La dificultad estriba en incluir a Estados considerados democráticos entre los violadores de la libertad de prensa, porque las consecuencias suelen ser graves. En ellos, salvo excepciones, no se da una represión frontal, pero sí se produce una presión, a menudo insostenible. En unas ocasiones sobre el periodista y en otras sobre el medio. Así, por ejemplo, en Italia, el presidente Silvio Berlusconi acumula un poder mediático más propio de una dictadura que de una democracia: es propietario de Mediaset, que agrupa tres canales privados, que compiten con la televisión pública, que también controla él. Asimismo, es dueño de Mondadori, uno de los principales grupos de prensa y editoriales del país. Hace unos días dimitió la directora general de la RAI (Radio y Televisión Pública Italiana), harta de las continuas intromisiones en su trabajo por parte del poder Ejecutivo.

En Rusia, las autoridades instrumentalizan los medios de comunicación para que éstos sirvan a sus intereses, o emprenden una guerra sin cuartel contra aquellos que no se prestan a ser utilizados. La Ley protege tanto al mandatario que los profesionales “independientes” se autocensuran, temerosos de que, por infringirla, suspendan la circulación del medio. Por suerte, algunas de esas normas han sido declaradas inconstitucionales. No obstante, dieciocho periodistas fueron víctimas de agresiones en 2003 mientras investigaban sobre casos de corrupción o sobre el crimen organizado.

También en Estados Unidos sufre la libertad de expresión a favor de intereses gubernamentales. En muchas ocasiones, el Gobierno llega a acuerdos con los editores de los grandes medios de comunicación para impedir que los ciudadanos vean imágenes como, por ejemplo, las del 11-S o, últimamente, las de los féretros de los soldados muertos en Irak. También han tardado en salir los vídeos de los presos iraquíes torturados a manos de militares estadounidenses. Pero, en este caso, por suerte, la verdad ha resplandecido, aunque sea lo primero que se pierde en un guerra. ●



Muerte de un reportero

JUAN PEDRO VALENTÍN

PERIODISTA. DIRECTOR DE INFORMATIVOS DE TELE 5

AYER estuve de nuevo en una concentración en recuerdo de un periodista muerto. **Ricardo Ortega**, periodista de Antena 3, murió en **Haití**, víctima de los disparos de unos matones que, según parece, intentan con sus acciones violentas que no triunfe la revuelta popular que ha echado del poder a **Aristide**. Once meses después hemos revivido en esta profesión las dramáticas circunstancias de la muerte de un reportero en una zona de guerra. Muchas son las demandas que generó la muerte de nuestro querido **José Couso** entre sus familiares y amigos, demandas que siguen vivas.

Sólo me referiré a una que considero fundamental y por la que, como profesional del periodismo, seguiré peleando: un mayor reconocimiento legal del papel del periodista en los conflictos.

El periodista que acude a lugares en conflicto vive situaciones límite. Las vive a diario. Desde que llega al aeropuerto hasta que abandona el país, su cotidianeidad es vivir en peligro. La presión que ese ritmo cotidiano ejerce sobre el periodista le lleva a vivir al límite. Pero sabe que su misión es contar lo que pasa y que hay gente esperando su crónica porque se fían de ellos. Porque son sus ojos allí.

A los medios de comunicación nos cuesta mucho llegar a este tipo de lugares. Es un esfuerzo, no sólo económico, sino personal, de muchos profesionales. La comunicación moderna ha hecho que cada vez sean más los periodistas que cubren conflictos y que, en esas zonas, la llamada "tribu" de la prensa crezca con personajes de todos los países. Lo que provoca que, cuando uno llega a estos países, se encuentra con multitud de periodistas, convirtiéndose su presencia en auténtica noticia. Camiones con material, cámaras y teléfonos última generación, ordenadores, unidades transportables de satélite y sobre todo, mucho dinero en efectivo. Los periodistas ya no pasan inadvertidos. Todos quieren estar con ellos, bien para hacer un negocio muy lucrativo en esos momentos en esas zonas: traductores, guías, conductores, reparaciones, etc.; bien para convertirse en noticia. Durante la guerra de **Afganistán**, las manifestaciones islamistas organizadas en **Pakistán** se hacían en función de las cámaras que hubiera en el lugar. La ciudad con más cámaras y periodistas era

NÚMERO
20

→ la ciudad con más manifestaciones. Hasta el punto de que se hablaba de país al borde de la guerra civil. Era mentira. Tan solo era una reacción provocada por el número de periodistas desplazados.

Los informadores nos hemos convertido en auténticos objetos de deseo por parte de los ciudadanos de estos países en conflicto. En **Iraq** o **Afganistán**, los saqueos en busca de dinero o material para revender eran constantes. En **Pakistán**, un grupo islámico secuestró al periodista **Daniel Perl** por ser americano y lo mató a sangre fría. Matar a un periodista garantiza la solidaridad y repercusión en el resto de medios de comunicación. La situación ha llegado a tal punto que las grandes cadenas de noticias de **EEUU** llevan guardaespaldas personales acompañado a sus equipos en Iraq. Incluso hay periodistas armados que han dado cursos de manejo de armas.

Por todo ello, informar desde lugares calientes se pone cada vez más difícil. Yo no soy partidario de que el periodista vaya armado o lleve gente armada en su defensa. Es tanto como tomar parte en la guerra, tanto como reconocer que tal vez tengas que disparar antes de que te disparen. Sabemos los riesgos que corremos y los profesionales debemos trabajar para minimizarlos en la medida de lo posible. Por eso, cada vez recibimos más cursos de protección, llevamos material más cuidado de auto defensa y somos más prudentes. Claro que nada de eso te sirve si te dispara un tanque "amigo" a la habitación de tu hotel, como ocurrió en el caso de nuestro compañero **José Couso**.

Los periodistas ya estamos trabajando para mejorar nuestra seguridad en este tipo de situaciones, sin embargo, creo que no es suficiente. A mí me enoja enormemente la manera inevitable en cómo se recibe la noticia de la muerte de otro periodista en un conflicto. El periodista no va allí a morir. Va a informarnos a todos de lo que pasa en esos sitios. Del sufrimiento de una población que no tiene ninguna de las garantías ni derechos fundamentales porque está en guerra. Por ello, creo que es justo que los poderes públicos reconozcan que este riesgo se asume en nombre de la sociedad. NO es la aventura de unos locos. Es una necesidad social que haya periodistas para contar lo que pasa en esos lugares en esos momentos. Sólo de esta manera, con un reconocimiento público, legal, internacional, se acabarán los excesos contra la prensa, bien sea de los poderes políticos que intenten un apagón informativo, bien de los grupos de presión locales que pretendan obtener el poder sin testigos incómodos. Cada vez que matan a un periodista en estas circunstancias están matando una parte de nuestra libertad. ¡Cuidémosla! ●



Tus herederos no te olvidan

LUIS IGNACIO PARADA

PERIODISTA

QUIÉN le iba a decir a **Marx** y a **Lenin** que el alargamiento de la vida iba a acabar con la herencia. Si tienen un rato libre miren por curiosidad las listas de fallecidos que publican los periódicos y cuenten el número de personas que han sobrepasado los 90 años al morir: casi todos los días alrededor del 10 por ciento en cualquier ciudad. Hace poco más de dos décadas, la gente, por término medio, dejaba de existir entre los setenta y los ochenta años, hace medio siglo, entre los sesenta y los setenta; hace un siglo entre los cincuenta y los sesenta. Hoy, existe una alta proporción de españoles que supera los 85. Han pasado los tiempos de la alimentación insana, el cáncer incurable, los accidentes cerebrales irreversibles, los infartos insuperables, la inexistencia de tecnología y medicamentos para prolongar la vida.

Un informe de **Naciones Unidas** anuncia que, dentro de medio siglo, existirán en el mundo 370 millones de mayores de 80 años, cuando hoy sólo existen 66 millones, y que España tendrá la población más vieja del mundo. ¿Cuál va a ser la principal consecuencia sociológica de la prolongación de la vida?

Que dentro de dos generaciones el mundo estará lleno de jóvenes de la «cuarta edad» que viajarán por todo el mundo, gastarán sus ahorros y sus pensiones en clínicas sin pensar en «el futuro». Y ocurrirá que habrá desaparecido la denostada institución de la herencia.

Hoy, con tipos de interés ridículos, entre el uno y el cinco por ciento, mucha gente de padres ricos llega con dificultades a fin de mes porque sus ahorros no le dan ni para pagar la factura del móvil

Años atrás, los herederos contaban entre treinta o cuarenta años cuando sus padres fallecían: hoy, casi nadie hereda hasta después de cumplir los sesenta y cinco. Lo que quiere decir que aquella vieja aspiración comunista de abolir la propiedad y suprimir la herencia ya casi carece de sentido. Porque ¿quién espera a los 65 años para resolver su vida con ayuda del dinero de papá o mamá que tiene ya 90 años y

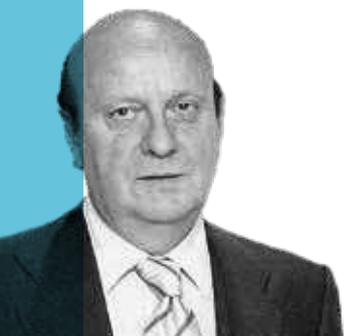


se están haciendo un “lifting” o, lo que es peor, sopor-
tan un penoso envejecimiento con decrepitud?

Pero es que también hay menos rentistas. Hace veinte años con tipos de interés del 15 por ciento en las supercuentas y en las letras del Tesoro cualquiera que ahorrara, aunque fuera poco, podía formar un capitalito o complementar su salario con una modesta renta. Hoy, con tipos ridículos entre el uno y el cinco por ciento, mucha gente de padres ricos llega con dificultades a fin de mes porque sus ahorros no le dan ni para pagar la factura del móvil. Un capital de cinco millones tenía hace poco más de cuatro lustros una renta de 50.000 pesetas al mes: una ayuda importante. Hoy, una cuenta corriente renta el 0,1 y la mejor inversión sin riesgo de esos 5 millones apenas proporciona 15.000 después de impuestos.

El número total de grandes patrimonios en el mundo creció un tres por ciento durante el año pasado hasta alcanzar a 7,1 millones de personas, a pesar de las caídas de las bolsas, según el **informe anual sobre la Riqueza en el Mundo** elaborado por *Merrill Lynch*. Pero no es que haya más nuevos ricos como consecuencia de la suerte en los negocios o la herencia. Es que han crecido los patrimonios personales que dan derecho a ser incluidos en esa lista. Lo que demuestra que no han pasado a ser millonarios los herederos de las grandes fortunas sino que sus propietarios, muchos de los cuales están a punto de alcanzar los 90 años y sufren, pero sí heredaron a poco de cumplir los 35 años; siguen enriqueciéndose mientras sus hijos, que han sobrepasado los 65, se tienen que conformar con un cargo y un sueldecito decente. También demuestra que va a haber que ir pensando no en la eutanasia, qué horror, pero sí en una legislación que abarate las transmisiones y donaciones “inter vivos”. Y dejarse de zarandajas en los impuestos de IRPF, Patrimonio y Sucesiones. ●

NÚMERO
19



CARLOS DÁVILA
PERIODISTA

El registrador debería pasar página de sus comportamientos clásicos y abrir un panorama nuevo en el que descubra a la comunidad cuánto puede hacer por ella

SIEMPRE he respetado a los cuerpos de élite. Es más: confieso que me han gustado. Sé que, afirmaciones como éstas, resultan enojosas para los partidarios de la igualdad a toda costa. Pero la igualdad se da por supuesto, lo que hace falta es ejercerla. La igualdad es, por ejemplo, que al mismo trabajo, el mismo sueldo, pero la igualdad no es, como en el soviét antiguo, que a distinto trabajo, idéntico salario, que a diferente responsabilidad, retribución paritaria. Eso no es igualdad; al contrario, es desigualdad. Tanto, que condiciones como éstas conducen directamente a la abulia y a la mediocridad. Por eso, no sólo admiro a los cuerpos de élite, sino que admiro mucho más a sus protagonistas. Como carezco de envidia, puedo confesar que me hubiera gustado pertenecer a uno de ellos, pero ni me apetecía profesionalmente tal dedicación, ni tenía estructura mental suficiente para actuar en ella. Eso no quita, que me rechiflen las élites. Y sus cuerpos, naturalmente.

Además, no me importa nada que estén bien pagados. Mi aspiración consiste en que todo el mundo esté bien pagado, pero muchos no se lo merecen. A esta clase de tipos que lloran por la delgadez de sus nóminas, pero que se repanchingan en su ociosidad, no sólo no les admiro, sino que les repudio. La pereza no es de fiar. Otra cosa muy diversa es la envidia sana, la que causan gentes como los **registradores** –ustedes– **de la Propiedad**. Es envidia de la buena, de la que produce satisfacción, no de la que lleva a la gastritis. Creo que se debería hacer con la envidia lo que se hace con el colesterol: dividirlo, distinguirlo, entre el malo y el bueno. No todos los pecados capitales son igualmente –otra vez el término– perversos; los hay fenomenales: la lujuria y la gula. Los otros, corroen la salud y el espíritu, como en el caso de la envidia mala.



NÚMERO
18

A los cuerpos de élite, como a las élites mismas, se les guarda una indisimulable envidia, más que nada porque destacan y no son iguales a los demás. Si yo fuera apóstol de estos cuerpos, fundaría mi justificación en que, fíjense, son los actores de una desigualdad muy notable: a saber, el haberse empleado más a fondo que nadie en la persecución de su objetivo. Porque la oposición, a la que nunca aspiré es un paradigma notable de desigualdad; es una condena que ni si quiera se resuelve a plazos, porque, muchas veces, el candidato sale en libertad, o sea, sin el aprobado correspondiente, pero queda seriamente dañado para siempre. Es injusta y desigual por eso. Lo que pasa es que, una vez que los afortunados han acertado en la pedrea de la durísima confrontación con un sesudo tribunal, se olvidan, en ocasiones, de lo que han pasado, tienen tendencia a dormirse en los laureles, e intentan pasar desapercibidos como si así quisieran preservarse de cualquier ojeo de la sociedad. “Ni envidioso, ni envidiado”, me solía sentenciar un registrador que, ya no sé muy bien por qué, ha dejado de ser amigo. El dictamen era bonito, pero no encubría modestia, sino, probablemente, ganas de pasar desapercibido, como si tuviera que tapar su pujanza.

Quiero decir que actitudes, así, tan humanamente comprensibles, desatan más que ningunas otras la envidia, paradójicamente, del personal. Y no tendría por qué ser así: el registrador debería pasar página de sus comportamientos clásicos: el ocultismo profesional, el “bajo perfil” para que nadie se acuerde de nosotros, y abrir un panorama nuevo en el que descubra a la comunidad cuánto puede hacer por ella. ¿Que tal cambio origina envidias? Pues a pechar con ellas, como el resto del personal aguanta la inseguridad de su menester o incluso, el peligro que conlleva el trabajo con denuedo y honradez. Lo único que no me parece sensato es que las élites financien su inmunidad con su desaparición pública. ●



¿Nos merecemos la televisión que tenemos?

ANTONIO SAN JOSÉ
PERIODISTA

LA GRAN CUESTIÓN radica en conocer si los contenidos televisivos que inundan nuestras pantallas domésticas responden al país que somos o, por el contrario, los programadores y directores de antena de las diferentes cadenas públicas y privadas se han trastornado hasta el punto de ofrecer a los espectadores un menú intragable cuya ingestión catódica fuerzan denodadamente cada día con excelentes resultados, según señalan sin cálculo de error los admitidos índices de audiencia ofrecidos por la empresa **Sofres**.

A pesar de que todos deseáramos una alteración de la conducta que afectara a los responsables de las *parrillas* –afección leve y transitoria, por supuesto–, lo cierto y verdad es que los datos disponibles apuntan a la primera de las posibilidades, a pesar de la depresión colectiva que conlleva admitir que una ingente masa de consumidores televisivos demanda y disfruta con espacios poblados por personajes de tercera, cuyo único mérito conocido es haber sido novio, novia, amante ocasional, hijastro, cónyuge burlado, amigo traicionado, empleado traidor o suministradora de servicios sexuales, de algún supuesto famoso entre la pléyade de buscavidas, *aprovechatequis* y caraduras que pueblan con fruición las páginas de papel couché del proceloso mundo del corazón.

En lugar de exaltar la cultura del esfuerzo y mostrar a los espectadores a figuras destacadas del ámbito de la cultura, la creación, la investigación o cualquier otro ámbito reseñable de la realidad del país; las televisiones dan cabida, previo generoso pago de su importe, a colaboradores cuya sola presencia ante las cámaras debería de abochornar a profesionales y público en general. Estamos aburridamente hartos de que nos narren con todo lujo de detalles las intimidades y miserias –especialmente lo segundo– de pseudo-famosos de pacotilla que aprovechan el filón del entontecimiento general para forrarse el riñón a costa de arrojar por el barranco la escasa dignidad que nunca tuvieron. El drama es que, hoy por hoy, no existe lugar ni espacio en las programaciones televisivas españolas para acoger a los auténticos personajes de prestigio, gente de primera de la que se puede aprender y que otorgan a quienes los contemplan la delicia de ver desfilan una vida inteligente ante sus ojos. Las **cadenas privadas** arguyen que no son vehículos de difusión cultural, sino negocios pendientes de sus cuentas de resultados; y las públicas (tanto **TVE** como las emisoras integrantes de la **FORTA**),



NÚMERO
17

se limitan a seguir la corriente ante la ausencia de un verdadero modelo audiovisual del sector público que los profesionales reclaman a gritos mientras el Gobierno mira para otro lado incapaz de hincar el diente en un asunto clave para nuestro propio desarrollo como sociedad.

El espectáculo, mientras tanto, es de horror. Todo el mundo dice condenar la denominada telebasura, pero al mismo tiempo, su consumo es tan alto que hace pensar, irremediablemente, que mil millones de moscas tampoco pueden estar equivocadas. Tengan por cierto que si la audiencia rechazara abiertamente este tipo de contenidos embrutecedores, soeces y estúpidos, los canales cambiarían de inmediato sus estrategias de programación para adecuarlas a las nuevas demandas de la audiencia. Eso no ocurre porque la aceptación es bárbara e imparable. Al igual que siempre se ha utilizado la excusa de estar enterado de un chafardeo de cuarta por haber hojeado casualmente una revista rosa en la peluquería o la consulta del dentista. Hoy parece que sólo nos topamos con la pandilla-basura televisiva haciendo zapping en el intermedio de una película de **Fassbinder**.

Sobra hipocresía y voluntad colectiva para cambiar las cosas. Mientras el negocio marche y los ingresos aumenten, los nuevos bufones contemporáneos continuarán entreteniéndolos las noches y madrugadas de una sociedad que los demanda. La falsía obliga a decir que se ven a diario los documentales de **La 2** cuando la realidad demuestra que lo que se consumen son "tómbolas", "marcianos", "salsas rosas" y demás indigesta oferta al uso. Los contenidos que de verdad pueden verse y merecen la pena tienen una audiencia testimonial, se refugian en la televisión digital de pago o son condenados al ostracismo de horarios imposibles y absurdos.

Esto es lo que hay mientras la pregunta flota en el aire: ¿En realidad todos estos *freakies* nos reflejan como país...? La verdad es que hay veces que dan ganas de dimitir como ciudadanos si corremos el riesgo de que nos confundan con la peste. ●



Registradores y letrados

VÍCTOR MÁRQUEZ REVIRIEGO

PERIODISTA

EL EJERCICIO del periodismo político tiene muchas coincidencias con el ejercicio de la prostitución callejera. Si lo sabré yo que durante años me he dedicado, mayormente, al primero: hasta que me echaron.

Voy a poner un ejemplo de esas coincidencias: en ambas aperreadas y honestas profesiones se conoce a mucha gente; acaso más con la prostitución, pero de forma menos variada que en el periodismo.

Y en el folio registral de mi memoria cansada guardo recuerdo de dos registradores de la propiedad a los que conocí cuando yo era cronista parlamentario y ellos estaban en el banco azul gubernativo de la extinta UCD, el partido de **Adolfo Suárez**. Uno fue **Pío Cabanillas Gallas** (es necesario el segundo apellido porque el tirón dinástico, al que tan aficionado es el presidente **Aznar**, llevó a un hijo del mismo nombre a cargo con ministerio). El otro, **Enrique de la Mata**.

Y en el folio registral de mi memoria cansada guardo recuerdo de dos registradores de la propiedad a los que conocí cuando yo era cronista parlamentario y ellos estaban en el banco azul gubernativo de la extinta UCD

El famoso Pío, que tantas cosas fue, era notario, además de registrador; y también letrado de la Dirección General de los Registros y del Notariado. Y me contaba como en el tiempo de su paso por allí ocupó un despacho donde estaba la mesa utilizada por **Manuel Azaña**, cuando fue jefe de negociado de esa misma Dirección General.

Azaña, ciertamente, opositó a ella después del fracaso del negocio familiar con una fábrica de energía eléctrica que tenían en **Alcalá de Henares**. Y en la casa de Alcalá se encerró un

verano para preparar la oposición, según él mismo contaba:

– Eché la cuenta de los días que tenía por delante y de los temas que contestar con arreglo al programa publicado. Primero, con un montón de libros fui apuntando cada



NÚMERO
16

respuesta precisa. Cuando tuve los apuntes hechos, me los aprendí de memoria, de manera que pudiese repetirlos ma-
quinalmente. Si me ponía a discurrir, preocupado como estaba
con mis cosas, podía írseme el santo al cielo. Llegué a saberme todos los temas en cualquier
orden, salteados, al azar de una bola, como había de ser el ejercicio oral, a capricho de una
u otra pregunta. Desde luego toda la ley hipotecaria.

Hablando de esto con **Enrique de la Mata**, una tarde en su hermoso despacho
presidencial de la Cruz Roja en la madrileña glorieta de Rubén Darío, junto
al puente sobre la Castellana que hoy lleva su nombre, me refirió como llegó
a registrador:

– Era una prueba que tenía que pasar para consolidar mi posición socioeconómica y en
mi trayectoria familiar parece que era una tradición obligada: mi padre era abogado
del Estado y mi abuelo fue notario. Yo hice registrador y estuve prácticamente tres
años sin salir a la calle y tuve la fortuna de sacarlas a la primera.

(También Azaña sacó las de letrado a la primera y con el número dos).

El letrado Azaña llegó a presidente de la República, la segunda y última hasta
hoy, de la que fue jefe de Gobierno con el presidente **Alcalá Zamora** también
un registrador: **Manuel Portela Valladares**, que tuvo una preparación de opo-
siciones tan intensa como las de Azaña y De la Mata pero mucho más curiosa.
Porque Portela las preparó con un trombón de varas..

(Han leído ustedes bien: un trombón de varas. Un instrumento músico de me-
tal, sin el cual nuestro registrador en proyecto nunca hubiera llegado a serlo).

Pero esa, **Kipling** dixit creo, es otra historia que no cabe ahora aquí. ●



La Benidormización

PEDRO PIQUERAS

PERIODISTA

LLEGA uno a **Benidorm**... y aquello parece la bahía de **Hong Kong**, pero sin brotes neumónicos. No está el impresionante Banco de China, pero está el hotel Bali, anunciado como el más alto de **Europa**, construido con las aportaciones de algún que otro natural de Polop y de unos laboriosos callosinos, los vecinos del pueblo de **Callosa** –unos kilómetros más arriba– que, sin hectáreas de costa propias, han sabido sacar buen provecho de los nísperos y de los plásticos que los cubren. A su alrededor decenas de edificios en una especie de carrera por alcanzar las nubes –hay días brumosos en que ocurre– y al fondo, el mar. Visto desde Terra Mítica o desde la Cruz, Benidorm podría parecerse incluso –aunque de lejos por muchas razones– a **Nueva York**.

Los turistas que llegan en verano andan apandillados como si estuvieran en permanente hinchada futbolera. Muchos de ellos son jaraneros y con una increíble capacidad para ingerir cerveza y bebidas espirituosas. No andan muy interesados por aquello de conocer otros lugares de la costa o del interior más allá de lo que les ofrece ese mundo de luces, alcohol y decibelios entre moles de hormigón. En invierno la cosa cambia y son nuestros ancianos los que, en masivos programas del INSERSO, bailan pasodobles desde el medio día hasta bien entrada la media noche, llenan las plazas hoteleras que sin ellos estarían semivacías, cubren presupuestos y mantienen la actividad turística en la zona. Benidorm, visto así, es una especie de paraíso para el ocio, si es que no buscamos mucho más allá de buenas playas y servicios europeos, aunque sea dentro de espacios limitados y masificados.

El problema, por tanto, no es Benidorm... sino la "benidormización" del país. Cualquier copia es sucedáneo tirando a engendro

Benidorm está donde tiene que estar. Y mientras Benidorm y esa forma de entender el turismo se encuentren en ese lugar concreto de la costa –donde tampoco parece que hubiera otras muchas posibilidades de riqueza o un



NÚMERO
15

especial ecosistema que preservar- no pasa nada. El problema no es esa ciudad que, en algún sentido, cumple perfectamente su cometido. El problema es que Benidorm se ha convertido en ejemplo y guía a seguir por otros muchos municipios como el muy cercano **Finestrat**, la altea **Sierra de Bernia** o **Calpe** por citar solo algunos de ellos. El problema es el crecimiento abusivo de metros cúbicos de edificación cerca de las playas, en la costa levantina y en general en todo el litoral español. El problema, por tanto, no es Benidorm... sino la "benidormización" del país.

Cualquier copia es sucedáneo tirando a engendro. Y eso es lo que está ocurriendo con tan especuladora manía de levantar torres de apartamentos en cualquier lugar como respuesta a las demandas de gentes a quienes el medio ambiente, el conservacionismo o simplemente el paisaje les importa un pimiento. La costa española empieza a ser un fiasco sin que nadie lo remedie. La "benidormización" crece, se expande por todas partes en una especie de carrera por meter cada vez más turistas y cada vez más edificios a lo largo y ancho de las playas españolas. Crecen las torres de apartamentos y desaparece el arbolado. Aumentan los precios de venta y disminuyen los metros cuadrados... Se exhibe el cemento y se pierde el paisaje. Es la locura.

Benidorm está donde tiene que estar. Es más que evidente -nos guste o no- el papel jugado por esa ciudad en el desarrollo turístico de este país; la duda está en si ese modelo es extensible al resto del litoral como es -según entiendo- el parecer o el interés de muchos constructores, especuladores y dirigentes políticos. La "benidormización", la multiplicación salvaje de plazas turísticas sin un control riguroso, puede acabar -está acabando ya- con un litoral que era único; pero además puede convertir a nuestra costa en un insostenible y horroroso monumento de hormigón. No estamos lejos de ello. ●



Miré el Reloj

MANUEL LEGUINECHE

PERIODISTA

MARCABA las dos y treinta y nueve minutos de la madrugada en Bagdad, aunque nunca nos pusimos de acuerdo sobre la exactitud de la hora en que empezó la primera guerra del Golfo. Me asomé a la terraza. Un frío húmedo llegaba desde el río Tigris. Había empezado, con el cielo iluminado “como un árbol de Navidad”, el ataque de los Estados Unidos sobre Irak. Fue hace doce años. Balas trazadoras del fuego antiaéreo, aviones “invisibles” y visibles, señuelos, fulgores del rojo, anaranjado, amarillo, gris. La coreografía de la guerra moderna. Pronto el olor a pólvora y cordita alcanzó la terraza del hotel. Todo era niebla a mi alrededor. La luz se vino abajo, se cortaron las comunicaciones. Sobre el puente que tenía frente a mí, un pobre y enloquecido conductor corría desesperado hacia la salvación bajo el estruendo de las bombas y los misiles de crucero.

El primer bombardeo interrumpió mi lectura del libro de Edward Mortimer “Fe y poder” (El Islam y la política). Justo lo había dejado allí donde decía: “El Islam no es sólo una religión, es un modo de vida, un modelo de sociedad, una cultura, una civilización. El Islam no puede reducirse a una “Iglesia” cuyas relaciones con el Estado se pueden codificar en un Concordato. El Islam es el estado”. En efecto, el Islam lo es todo, hasta el aire que se respira no sólo en sus mezquitas, sino en sus calles, en las dunas, en los últimos espacios del riguroso desierto en el que nació Mahoma. Mientras caían las bombas de la Tormenta del Desierto, era un buen momento para recordar la larga relación con los países del Islam. Treinta años atrás recordaba los discursos de Gamal Abdel Nasser para el universo árabe a través de Radio El Cairo, las canciones de acompañamiento de Um Kalsum, el fermento nacionalista que recorría el mundo musulmán desde las Columnas de Hércules hasta Indonesia. Había visto a los fieles inclinados en dirección a la Meca en medio de las grandes concentraciones urbanas (Dios es grande) hasta en la última mezquita a punto de ser desintegrada por el sol.

Mientras el mundo occidental perdía fe, el musulmán se aferraba a ella, ganaba terreno con la “shahada” “no hay más Dios que Dios y Mahoma su profeta”. Había visto a parte de los mil millones de musulmanes en el ayuno y la abstinencia del mes sagrado del Ramadán, los había visto después de tender su esterilla en un aeropuerto, una plaza o una franja del desierto, rezar con devo-



NÚMERO
14

ción. Los acompañé, también en decrepitos barcos de fortuna en su peregrinaje a Jeda, camino de la Meca. Era una religión que iba a más, llena de irredentismos y salvadores, con el Corán en una mano y el AK 47 en la otra. Había, y hay, otro Islam pero no mete ruido.

El grito de Allahu Akbar resonaba en todos los minaretes, como una sola voz. Estuve en el Beirut de la guerra de religión persiguiendo al fantasma de Arfat, en la caída del Sha de Irán, que se fue al otro mundo sin comprender cómo un imam zarrapastroso llamado Jomeini, con gran capacidad de mística convocatoria, pudo movilizar a los pobres y a la clase media. Caído el comunismo, los expertos occidentales señalaban a los islamistas como el gran peligro del futuro.

Viajé a Afganistán para seguir con mi amigo el comandante guerrillero de Alá, Abdul Haq, (al que los talibanes asesinaron el año pasado), las operaciones contra el gran Satán comunista. Los soviéticos mordieron el polvo y no levantarían cabeza. Fui testigo de un par de guerras entre árabes e israelíes, en el irresuelto problema de Palestina, al que EE.UU. no pone remedio, acudí a El Cairo cuando mataron al presidente Sadat, el mismo que había firmado la paz con Israel. Lo que esas guerras y esas muertes anunciaban era un Islam, que recuperado de la siesta secular y dedeñoso de la modernidad, pedía sitio frente al Occidente pagano a golpe de casetes, gritos, bombas y balas. Islam significa sumisión a Dios, pero no al hombre del "Occidente blasfemo y culpable". "No nos son necesarias las leyes, ni los partidos políticos, ni las constituciones. El Islam contiene todo eso" proclamaba Jomeini en sus prédicas grabadas. Veinte años después Ben Laden siguió, a su modo, con horribles atentados, el llamamiento a la revolución islámica, los mismos pasos y las mismas voces. Esta pelea que los extremistas de Alá quieren que sea total entre el Islam puro y el Occidente corrupto y descreído, vino aquí para quedarse, para sustituir a la guerra fría, para poblar nuestros sueños de pesadillas. Esa es la materia de la que están hechos nuestros sueños-pesadillas ahora, gracias a la ayuda de los ángeles exterminadores que atizan el fuego: los fundamentalistas rabiosos del Islam y los príncipes cristianos de la guerra. ●



La Mirada de KAI

FERMÍN BOCOS

PERIODISTA

Antiguo oficio este de registrar la realidad de las cosas mediante la palabra escrita. Oficio de escribas. Quizá era eso: dar fe, registrar lo que ante él se proclamaba lo que estaba haciendo el más famoso de todos los tiempos: Kai, el egipcio

INCLUSO *para tratar con un hermano sonriente, trae un testigo: al hombre le pierde lo mismo la confianza que la desconfianza*". Cuando Hesíodo, el padre –junto a Homero– de la poesía griega escribió esto, sin duda respiraba por la herida del atropello al que Perses, su hermano, le había sometido por cuenta de la herencia paterna. Pero éste verso de “Los trabajos y los días” quizá debería ser considerado el acta fundacional del antiguo oficio de registrador. El propio Hesíodo cuenta cómo Perses dilapidó rápidamente su herencia para, después, entablar pleito contra él. Con éxito, pues el juez le dio la razón ya que al no

haber mediado testigos cuando se dispuso la partición de los bienes paternos, Hesíodo no pudo demostrar su verdad y el desaprensivo hermano pudo consumir el atropello. Aquella experiencia marcó al ilustre poeta tomando amarga su visión del mundo y haciendo desconfiada su opinión sobre los jueces y los juicios de los hombres.

A la vista del caso tengo para mí que Hesíodo inauguró por escrito algunas de las tribulaciones del hombre moderno. En su contrariedad por el resultado adverso en el litigio no deseado se inscribe en hora temprana un capítulo que con el devenir del tiempo se ha repetido miles de veces. Tantas, casi, como hombres en sociedad han vivido sobre este planeta y de una u otra manera han intentado defender los bienes que consideraban suyos intentando dejar claro en cada momento de quien



NÚMERO
13

eran las cosas. En la Edad Heroica cuando los hombres que vestían de bronce aún no habían perdido la memoria de los dioses, para los jueces un testigo era suficiente en un caso de disputa de bienes –Aquiles versus Agamenón reclamando a Briseida– habida cuenta de que la palabra dada era tenida por sagrada y quien a ella faltaba se degradaba a ojos de sus vecinos. Pero el derecho de propiedad –una de las conquistas de la razón y seña madrugadora en la aventura de los hombres sobre la Tierra– encontró en hora temprana un aliado formidable. Me refiero a la escritura. Una compañera que le ha sido fiel desde tiempos remotos. Dice Ernest Gellner que sin la escritura todo discurso está limitado por el contexto y es la palabra escrita la que posibilita el respeto por el contenido más que por el contexto. Antiguo oficio este de registrar la realidad de las cosas mediante la palabra escrita. Oficio de escribas. Quizá era eso: dar fe, registrar lo que ante él se proclamaba lo que estaba haciendo el más famoso de todos los tiempos: Kai, el egipcio; el escriba de la IV Dinastía cuyo retrato de esteatita pintada puede verse en el Museo del Louvre, en París.

La mirada de lince de este hombre de torso bien formado que está sentado en el suelo con un papiro apoyado sobre las rodillas ha cruzado los siglos dejándonos la noticia de un quehacer que desde que los hombres decidieron vivir en sociedad ha sido y es decididamente útil para la ordenada marcha de las cosas. Para la marcha de eso a lo que llamamos civilización. De pocos oficios puede decirse tanto. ●



Pero, ¿en qué momento...?

FERNANDO JÁUREGUI

PERIODISTA

SÍ, a mí también me lo dijeron mis padres cuando estaba a punto de concluir lo que entonces se llamaba Preuniversitario –ahora, con tanto cambio, ya ni sé cómo diablos denominan a esa última etapa antes del Gran Salto hacia la Universidad–:

- *¿Por qué no haces cualquier carrera que luego te lleve a una buena oposición?*– tanteó mi madre.
- *Sí, como notario. O registrador de la propiedad, por ejemplo*– concretó mi padre.
- *Pero es que yo... yo quisiera ser diplomático. O periodista*– protesté yo.

Acabé estudiando Derecho, para complacer a mis padres, que veían aquello como la antesala de esa buena oposición que soñaban para que su hijo luego alcanzase, valga el (*mal*) juego de palabras una buena posición. Pero combiné esa carrera con la de Periodismo, para complacerme a mí mismo, que me veía tocado por el dedo divino de la vocación sacerdotal de la información desde que un profesor del colegio, abordándome como porque sí, me dijo:

Acabé estudiando Derecho, para complacer a mis padres, que veían aquello como la antesala de esa buena oposición que soñaban para que su hijo luego alcanzase una buena posición. Pero combiné esa carrera con la de Periodismo, para complacerme a mí mismo

– *No serías mal periodista tú, que eres lenguaraz y hablas de todo sin saber casi de nada.*

Aquella broma, que posiblemente no lo era tanto, me perdió. Porque me reveló un mundo –dejémoslo en mundillo, si usted quiere– en el que yo ni siquiera había pensado.

Luego vino la vida, esa gran mixtificadora. En mi ejercicio como periodista, o como ciudadano, o como litigante, o como paseante por allí, me encontré varias veces a varios de mis compañeros de curso y de grupo en Derecho. Algunos han llegado a ser grandes abogados. Uno, un juez muy conocido de la Audiencia Nacional, acabó yéndose a un bufete de campanillas. Varios son notarios, y me he ido topando con ellos por casualidad. Alguno llegó a registrador, aunque nunca tuve oca-



NÚMERO
12

sión de volver a verlo. Una es catedrática de Penal. Otro, letrado de las Cortes y del Consejo de Estado (entre otras cosas: era el empollón del grupo). Otro más, diplomático, y ya ha desempeñado dos embajadas. Son todos ellos gentes a las que les ha ido bien, que se han instalado confortablemente y sin sobresaltos en la vida. A veces los envidio, desde los altibajos y vaivenes de esta profesión maravillosa que, contra los consejos de mis padres, me empeñé en ejercer.

– *Que esto del periodismo es una cosa muy bohemia*– me advertía mi padre, abogado y empleado de banca.

– *Que los periodistas no ganan dinero si no es engolfándose*– decía mi madre, más directa.

Yo, qué le vamos a hacer, ahí seguí, erre que erre. Y ahí sigo, contra viento, que a veces sopla fuerte, y marea, que en ocasiones amenaza con ahogarte.

El orgullo de la lucha en soledad y todas esas cosas.

Hace unas semanas tuve una conversación muy seria con mi hija Bárbara, de diecisiete años, que anda pensando en el futuro.

– *¿Por qué no te orientas hacia Derecho, o Económicas? alguna cosa que te permita hacer luego una buena oposición*– le dije, por seguir la tradición familiar, supongo.

Ella me miró con cierto aire socarrón.

– *Sí, algo como notario, registrador de la propiedad o similares, ¿verdad?*– me soltó.

No supe qué decirle. Pero sospecho, y no sin cierta desesperación, que lo que ella quiere ser de mayor es periodista. Ya digo: la tradición familiar. ●



Ritmo y arritmia

JULIO CÉSAR IGLESIAS

PERIODISTA

EL AIRE del estudio se electriza. Los tubos de neón lo impregnan todo con su impaciente luz de hospital, un vaho de tinta y ozono sube por el cuello de los micrófonos-jirafa, y en la arista del falso techo se cruzan el destello de los pilotos y el repiqueteo de las cigarras. Mientras me encajo los auriculares sobre las sienes como quien se ajusta una prótesis, recibo un inquietante mensaje por la línea de órdenes: el primer invitado del día no está a punto por tres razones; a saber, se ha malogrado la comunicación vía satélite, algo extraño ocurre en la mesa de mezclas, y el teléfono de contacto no cesa de comunicar. De pronto recibo un hormigueo sospechoso en la muñeca izquierda, tengo la retina empañada y, válgame Dios, las cervicales me crujen como piezas de yeso.

Una vez más reconozco los síntomas del problema. Todos proceden de mi zumbador biológico y significan que faltan exactamente un minuto para el cardiograma de los pitidos horarios. Cuando suene el quinto, ese estilete algo más largo que se clava en la nuca como una aguja percutora, el programa habrá de empezar. Irremediablemente. Y, claro está, mi seguridad se reduce a la certeza de que conozco las dos primeras palabras que diré. O sea, *Buenos días*.

Ahora faltan veinte segundos. El tiempo cae a chorros desde el reloj de cuarzo y marca una invariable secuencia: la cigarra de avisos suena como un viejo despertador afónico, trato de aclararme la garganta, recibo los cinco alfilerazos de costumbre, y digo con una convicción inesperada las dos únicas palabras que conozco. Bue-noss dī-ass

Ahora faltan veinte segundos. La línea de órdenes vuelve a chisporrotear: por fin el invitado descuelga el teléfono y está a punto para la entrevista. El tiempo cae a chorros desde el reloj de cuarzo y marca una invariable secuencia: la cigarra de avisos suena como un viejo despertador afónico, trato de aclararme la garganta, recibo los cinco alfilerazos de costumbre,



y digo con una convicción inesperada las dos únicas palabras que conozco.
Bue-noss dí-ass.

Luego saludo al personaje, converso con él y me atengo al tiempo convenido.

...Por un extraño efecto de precipitación, las siete horas de programa se suceden en una progresión vertiginosa sólo alterada por las regletas, los portazos, el tecleo del ordenador y varias trampas de fibra óptica. De pronto es la una de la tarde, me apremian desde el control de continuidad, despido el programa y resoplo por última vez. En ese instante tengo una persistente taquicardia; me temo un crecimiento exponencial del ácido úrico, y de las punzadas en el pecho prefiero no hablar.

Entonces suena el teléfono: horror, es la terrible llamada de mi madre; la llamada de la una y cinco. Cuando quiera darme cuenta me habrá hecho media docena de reproches: por qué no preguntaste, por qué no dijiste aquello, por qué no comentaste lo otro... Descuelgo.

- Soy tu madre. ¿Por qué no preguntaste esto? ¿Por qué no dijiste aquello? ¿Por qué no comentaste lo otro? Definitivamente te has equivocado de carrera.
- ¿Pero no quedamos en que estabas orgullosa de que tu hijo fuera *notario de la actualidad*?
- No, hijo mío: lo que yo te dije es que quería tener en la familia un registrador de la propiedad. ●

NÚMERO
11



Las lecturas de Aznar

RAÚL DEL POZO

PERIODISTA Y ESCRITOR

LA LECTURA nos hace modernos, contemporáneos de todos los ciudadanos del mundo. Tanta importancia se le dio a las lecturas que los Papas inventaron el éndice y vigilaron los libros que leían los reyes. “Si un buen libro convirtió a San Agustín, Bardesano de Siria se pervirtió por otro de la herejía valentiniana”, solían explicar los confesores del nacional-catolicismo. Lo que leen los políticos es tan importante como lo que digan sus programas porque las lecturas afinan las creencias, las rectifican, enriquecen los discursos.

¿Qué lee, por ejemplo, el presidente del Gobierno? Aznar ha confesado que lee a Cela, a Mario Vargas Llosa, a Jorge Guillén y a Luis Cernuda. Le gustan los poetas contemporáneos y hasta organiza recitales en La Moncloa algunos viernes, con la presencia de jóvenes autores que recitan sus propios poemas. Tiene devoción por el 27. Se sabe de memoria los versos de Cernuda.

¿Qué lee, por ejemplo, el presidente del Gobierno? Aznar ha confesado que lee a Cela, a Mario Vargas Llosa, a Jorge Guillén y a Luis Cernuda. Le gustan los poetas contemporáneos y hasta organiza recitales en La Moncloa algunos viernes, con la presencia de jóvenes autores que recitan sus propios poemas

Pero sobre todos los escritores ha elegido uno como autor de culto y ese es Kipling. No sólo el poema “If” está en su mesilla de noche. Le interesan hasta los cuentos de Kipling que expliquen por qué tiene la ballena tan singular la garganta, cómo salió el camello de la joroba o cómo logró el leopardo las manchas de su piel. Ruyard Kipling odiaba a los Estados Unidos, a los irlandeses, a los boers y a los judíos. “Los imperialistas ingleses -escribe Borges- han voceado su nombre y las moralidades de



NÚMERO
10

I^o. Resulta paradójico que Aznar comparta su admiración intelectual entre Kipling y Cernuda, entre el cronista del Imperio Británico y la Generación del 27. No sé si ambas devociones son contradictorias, porque los poetas del 27 eran de izquierdas y aquel caballero bibliófilo que sumergía su pluma en el tintero de barro era más bien conservador.

El presidente del Gobierno ha hablado del autor inglés en varios de sus discursos. *“Algunos, porque me tienen afecto y cariño, hablan y proponen, pero lo digo con toda claridad: vamos a hacer lo que tenemos decidido hacer, lo importante es concentrarse en los objetivos de España, y eso es más importante que el barco y la tripulación”*. En este caso quería repetir un poema de Rudyard Kipling que no citó por no recordad su literalidad. El poema dice así: *“Vale más la partida/ que aquellos que la juegan/ El barco es más valioso/ que la tripulación”*. En su viaje a Londres, Aznar había repasado algunos textos de Kipling, y le pareció idóneo repetir a sus partidarios ese que habla del barco y la partida, para indicar que lo trascendente no son los nombres sino las obras.

Cuando era adolescente, Aznar conoció a Mowgli, el niño lobo, a Toommai, el de los elefantes. Y él mismo confiesa que de *“Capitanes Intrépidos”* aprendió lo que es el valor, la lealtad, la disciplina, la constancia y el buen humor. De los personajes de la selva aprendió a afrontar las situaciones difíciles. Y ese no es mal aprendizaje en la jungla de la política. Tal vez sean los de Kipling los personajes favoritos de Aznar porque estimulan su principal virtud que es la dureza. ●



Aires de Cruzada

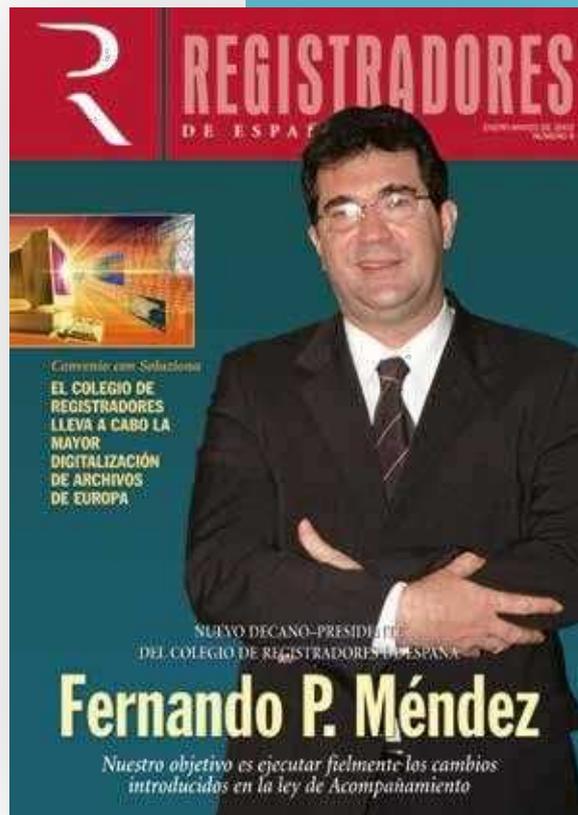
FERNANDO ONEGA

PERIODISTA

OS PASA lo mismo que a mí? Decidme que no. Decidme que no, porque yo cierro los ojos y oigo tambores de guerra. Veo a Bush viajando por Asia, y es como un señor medieval que recluta mesnadas en forma de alianzas. Leo los periódicos, y descubro que ha creado una agencia de intoxicación informativa, que es un arma tan mortal como un misil. Me llegan los rumores y anuncian una nueva invasión de Irak, que es la deuda que Bush hereda de su padre. Y, sobre todo, oigo al emperador hablar del “eje del mal”, y me suena a cruzada contra el infiel, aunque sea un nombre de un Dios que desconozco.

Por eso rezo para que no sintáis lo mismo que yo. Porque la guerra consiste en mandar soldados a la conquista y regresar con un botín. Un día -¿Recordáis?- esos ejércitos salieron en busca de Ben Laden. Pasaron los días, pasaron las semanas y los meses, y Ben Laden se les perdió. No han encontrado ni rastro. ¿Cómo van a regresar los ejércitos de los miles de millones de dólares y las bombas inteligentes sin mostrar su cabeza a las televisiones del mundo? Hay que seguirlo buscando. Y, si no lo encuentran, hay que seguir la guerra. Contra Irak. Contra Irán. Contra Corea. Hasta regresar con un trofeo que corone la cabeza del César. La economía americana crece con la guerra. La popularidad del César, que se mide todos los días, depende de ese trofeo. Luchad, malditos, luchad. El César no puede volver derrotado. Sería una humillación personal. Sus ejércitos no pueden volver con las manos vacías. Sería una afrenta nacional.

Me diréis muchas cosas cargadas de razón. Pero yo tengo miedo. Y angustia de ver que van a morir muchos inocentes. Y siento que hay Estados que no saben vivir sin las armas. Y me pregunto dónde estará el próximo “eje del mal” cuando la industria militar haya arrasado el eje actual



NÚMERO
9

Claro, me diréis, que el emperador busca paz mundial. Y yo os digo que también Hitler buscaba su paz. Y que no hubo guerra en la historia de la Humanidad, ni siquiera las de Atila, que no buscasen su paz.

Me diréis también que el emperador quiere castigar a los terroristas. Y yo os digo que son “sus” terroristas; que el emperador habla del “terrorismo internacional”, que es el que ataca las Torres Gemelas, pero no el que mata y mutila en el País Vasco.

Me diréis que el emperador busca alianzas, y es verdad. Pero ha marginado a Europa, después de usarla como un clínex en Afganistán. Y busca el apoyo de Marruecos y Turquía. Y les pagará por su apoyo, aunque perjudique a los viejos aliados.

Me diréis muchas cosas cargadas de razón. Pero yo tengo miedo. Y angustia de ver que van a morir muchos inocentes. Y siento que hay Estados que no saben vivir sin las armas. Y me pregunto dónde estará el próximo “eje del mal” cuando la industria militar haya arrasado el eje actual.

Y me diréis, después de muchos años y muchas armas y muchos muertos, que se ha alcanzado la paz. Como en Afganistán, ¿verdad? Como en Afganistán: con miles de ciudadanos famélicos, mientras el causante de todo se ha perdido. Hace tres mil años ocurría lo mismo. El único cambio es que a las armas de la muerte ahora las llaman “inteligentes”. ●



Historias de familia

JAIME CAMPMANY
PERIODISTA Y ESCRITOR

PIDO LICENCIA para hablar de mí, que al fin y al cabo y como decía Miguel de Unamuno, soy la persona que tengo más cerca. De antiguo se guarda en mi familia una especial devoción y reverencia al Registrador de la Propiedad. Esa fue una vocación de pionero. Mi bisabuelo don **Benigno Díez y Sanz de Revenga** fue el primer Registrador de la Propiedad de España, porque alcanzó el número uno de la primera promoción de Registradores, que debió salir del horno allá por los primeros albores de los años 70, quizá en el 71. Naturalmente, me refiero al año 71 del siglo XIX, “siglo de la inquietud y el movimiento”, que no sabía bien el poeta lo que nos esperaba en el XXI. Don Benigno tuvo su primer Registro en Chinchón, y luego vino a dar en Murcia, su tierra y la mía.

En realidad, los apellidos completos de mi bisabuelo son “**Díez y Sanz Guirao de Revenga**”, o sea, que es uno de esos sujetos de apellidos largos al decir de Alonso Guerra, quien por lo visto mantiene especial aversión hacia los apellidos largos, y pretende hacer con todos los españoles de varios patronímicos aquello que Quevedo hizo con el Doctor don Juan Pérez de Montalbán: “*El doctor tú te lo pones, el Montalbán no lo tienes, y así quitándote el don vienes a quedar Juan Pérez*”. Alfonso Guerra quiere dejarnos a todos en Juan Pérez.

Mi bisabuelo don Benigno Díez y Sanz de Revenga fue el primer Registrador de la Propiedad de España, porque alcanzó el número uno de la primera promoción de Registradores

El hijo de don Benigno, mi abuelo, padre de mi madre, unió el Díez Revenga, porque toda mi parentela era conocida en Murcia como “los Revenga”. Don José Zorrilla, en la dedicación de su libro “**De Murcia al cielo**” encarga al conde de Roche: “*Dé usted recuerdos a mis parientes los Revenga*”. Mi abuelo, **Don Emilio Díez de Revenga y Vicente**, diputado a Cortes del partido conservador y de la minoría ciervista, fue Director General de

los Registros y del Notariado, y ese es un suceso más en nuestros lazos “registrales”, que ahora se prolongan en mi hijo, **Emilio Campmany y Bermejo**, Registrador de la Propiedad, a quien cito sin añadir sus apellidos tercero y cuarto para no irritar demasiado a Alfonso Guerra. A mi abuelo Emilio deben los registradores alguna gratitud por motivo del arancel, circunstancia que ahora disfruta su bisnieto.

La razón de haber sido mi bisabuelo Registrador de la Propiedad es una razón de amor. Se enamoró de mi bisabuela, doña **Laura de Vicente y Selgas**,

sobrino bellísima, cultísima e impertinentísima del poeta y académico José Selgas, cuando la niña todavía no había llegado a los 19 años. Mi bisabuelo, ya abogado, trabajaba en el bufete de su padre, llamado Ezequiel, penalista de fama en la zona, y a la joven Laura no gustaba que su futuro marido dependiera económicamente del estipendio que quisiera asignarle su padre. La verdad es que no tengo noticias acerca de la liberalidad o mezquindad de mi tatarabuelo Ezequiel, y no sé si se estiraba poco o mucho en retribuir a su hijo los servicios que prestaba en el bufete. El caso es que mi bisabuela Laura, casi niña, conminó a su pretendiente Benigno a independizarse del padre y le aconsejó presentarse a la oposición a Registradores de la Propiedad que se convocaba por primera vez.

La pretendida prometió no salir de casa (sólo a misa temprana) durante los seis meses que faltaban para la convocatoria de exámenes, y durante ese tiempo los futuros novios y esposos no se verían ni de lejos. A los seis meses, el joven y estudioso Benigno obtuvo el número uno en la oposición y se casó enseguida con la joven e impertinente Laura, fueron felices y tuvieron cinco hijos. Don Benigno no vivió largo tiempo. Murió de un descomunal entripado que le acometió en la fiesta de San Lauro, onomástica de su mujer, celebrada siempre con entradas, condumios, manjares, postres, sobrecomidas y golosinas como para poner a prueba heroica galillos, estómago y demás vísceras. El 18 de agosto, a las dos de la tarde y en Murcia, el termómetro puede subir por encima de los 40 grados a la sombra. Después de comer, el bisabuelo se sentó en un sillón de enea a la puerta del Círculo Católico a esperar el paso de un soplo de vientecillo fresco. Sólo llegó el frío de la muerte.

La bisabuela sobrevivió, no solamente a su marido el Registrador, sino a sus cinco hijos, y se quedó a vivir hasta su muerte, a los 92 años, en casa de mi madre, que era su nieta mayor. Cuando murió, yo tenía 17, y ya había aprendido de ella el amor a la poesía, el gusto por el ajedrez, la ciencia del tresillo, la exigencia en el estudio y algo de su refinada impertinencia. Como ella era leída y escribida, cuando un bisnieto estudiaba poco, decía cruelmente que estudiaba *“la carrera de intonso”*, que se iba a quedar para escardar cebollinos y le presentaba constantemente el ejemplo del bisabuelo, primer Registrador de España, y del abuelo, doctor en Derecho a los 21 años. Me contaba una y otra vez la historia de su noviazgo y la muerte del primer Registrador, y me hacía leer en voz alta unas cartas sobre consultas jurídicas que don Benigno se había cruzado con don **José Planas y Casals**, número dos en aquella primera oposición de Registros. Murió de vieja, como *“una vela que se apaga”*, mientras se persignaba con mi mano cogida con la suya, ya débil y casi fría.

Ahora, que he terminado, no sé por qué cuento todo esto. ●



NÚMERO
8



El amigo invisible

RAMÓN PI
PERIODISTA

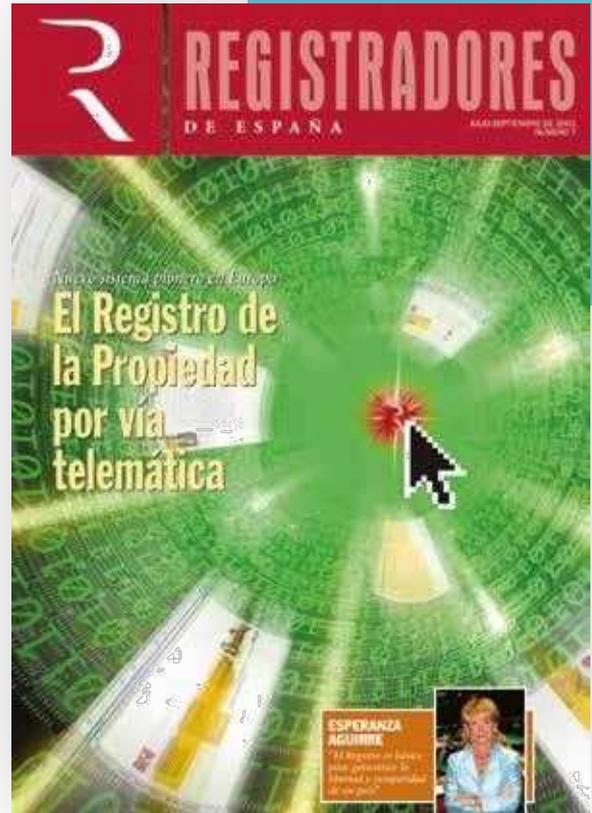
UN CÓMICO de la televisión, bastante gracioso por lo demás, montó un pequeño sketch con este discurso, más o menos:

– *El otro día me compré un piso. Me fui con el vendedor al notario y, una vez formalizada la escritura, el notario me dijo muy serio: “Usted acaba de comprarse un piso. Son cien mil”. Apenas me había repuesto de este noticia, cuando me fui al registrador de la propiedad, que me dijo, también muy serio: “Usted es el dueño de este piso. Son cien mil”. Verdaderamente, no sé cómo pude resistir tantas noticias inesperadas, y a esos precios, aunque la cosa lo valía, ¿eh? Lo valía.*

El público del espectáculo se reía mucho. Eso no quiere decir gran cosa, porque ya se sabe que el público de los “shows” televisivos se ríe cuando un tipo, fuera de cámara, enseña a la gente un cartel que pone: “Risas”. Y la gente va y se ríe, como aplaude si el cartel pone “Aplausos”, aunque lo que haya que aplaudir sea la aparición de un viejecito con una cresta verde, que maldita la gracia que tiene un viejecito con cresta verde. Pero la verdad es que el discursito era ingenioso, sobre todo si lo comparamos con el nivel medio de los graciosos televisivos.

El amigo invisible, que es la seguridad jurídica, trabaja en silencio, y el fruto de su trabajo tampoco se ve, porque fundamentalmente consiste en la evitación de litigios y pleitos gracias a la claridad y la precisión con que el Registro establece las condiciones de una sociedad mercantil o de un inmueble

Como diría Luis Figuerola en su parodia de Leopoldo Calvo-Sotelo, la gracia estriba en que la seguridad jurídica que proporcionan la fe pública y el Registro no se ven, de suerte que resulta bastante cómico imaginar a un registrador cobrando unos duros por decirle a uno que es el dueño de un piso que



NÚMERO

7

acaba de comprar. Pero la comicidad empieza a desvanecerse en cuanto uno se imagina al registrador diciéndole lo mismo no al dueño, sino a un okupa: “El dueño de ese piso es don Fulano de Tal, y no usted”. Amigo mío, entonces es cuando se empieza a vislumbrar que este asunto de los registros públicos, ya sea de propiedades o de sociedades mercantiles, va mucho más en serio de lo que pueda parecer a primera vista. Lo que ocurre es que esa seguridad jurídica es como el “amigo invisible”, que te hace un regalo y no sabe uno bien de dónde llega.

Imaginemos que no existieran ni el notario ni el registrador. Va uno y se compra un piso, pero no puede estar seguro de que quien se lo vende sea realmente el dueño (más de un incauto ha picado comprándole la Torre Eiffel al timador de turno), y, por lo mismo, ningún tercero va a estar seguro de que el dueño es uno, una vez pagado su precio. El amigo invisible, que es la seguridad jurídica, trabaja en silencio, y el fruto de su trabajo tampoco se ve, porque fundamentalmente consiste en la evitación de litigios y pleitos gracias a la claridad y la precisión con que el Registro establece las condiciones de una sociedad mercantil o de un inmueble. Quiere el comprador comprar. Si no hubiera Registro, no tendría modo de saber la historia de la vida jurídica de la casa ni su situación en el momento de la adquisición. Podría comprar la mula coja creyendo que era un caballo de carreras. Quiere uno formar una sociedad, llamarla de tal forma y dedicarla a tal actividad. Si no hubiera Registro y existiese otra sociedad del mismo nombre dedicada a algo parecido, el diluvio de demandas recíprocas estaría garantizado. Pero ahí está el amigo invisible, con su regalo no menos verdadero aunque no se vea. ●



Cuestión de confianza

HILARIO PINO
PERIODISTA

No sé muy bien lo que me voy a encontrar pero a estas alturas es casi obligado recurrir a LA RED cada vez que te sientas delante del ordenador. No hacerlo es como reconocer que eres analfabeto funcional. Así que, nada mejor que navegar para ver si descubro algo sugerente sobre el colectivo de registradores y su función y me inspiro a la hora de escribir

AMIBIOS... *Press F1... Keyboard detected... Microsoft Windows 98 (¡que barbaridad, ya han pasado tres años!)... Please wait... Mode seleccionar... Internet Explorer. ¡Por fin! Me voy a mi buscador habitual y le pido que me seleccione todo aquello que tenga que ver con el Registro. No sé muy bien lo que me voy a encontrar pero a estas alturas es casi obligado recurrir a LA RED cada vez que te sientas delante del ordenador. No hacerlo es como reconocer que eres analfabeto funcional. Así que, nada mejor que navegar para ver si descubro algo sugerente sobre el colectivo de registradores y su función y me inspiro a la hora de escribir. Resultado de la búsqueda: 386 sitios y 570 noticias: empresas dedicadas a diseño y programación, venta de relojes “checadores” de personal, una asociación que promueve el registro genealógico de gatos de raza y, sobre todo, páginas y páginas dedicadas al registro de reserva de dominios. Intento afinar : “registro y propiedad”. Resultado de la búsqueda: 22 sitios y 9 noticias. Me desespero.*

– **¿No era este el sistema perfecto para encontrarlo todo?**, le pregunto -por teléfono- a un “.com”...

– Y lo es. Lo que pasa es que a los españoles siempre nos ocurre lo mismo. Compramos una lavadora, tiramos a la basura el manual de instrucciones, no somos capaces de ajustar el tiempo de centrifugado y decimos que no funciona.

– **Aún así** -yo insisto- **es lentísimo.**

– Seguro que tiene que avanzar mucho más. Pero hace dos años tardábamos un minuto en entrar a una página de Estados Unidos y ahora lo conseguimos en cinco segundos y nos parece poco rápido. ¿No será que generamos en nosotros mismos demasiada ansiedad?

– Entonces resulta evidente que es el medio de comunicación del futuro, digo yo muy disciplinado y seguro de que así el experto “.com” estará contento de haberme llevado a su terreno.



NÚMERO
6

Vuelvo a equivocarme porque me dice que Internet no es el futuro sino el más tangible de los presentes. Intento dar por zanjada la cuestión pero me abruma con sus datos: en nuestro país hay casi siete millones de internautas; aunque ahora sólo se llega al uno, dentro de cuatro años la red se llevará un cinco por ciento de los 800.000 millones de pesetas que la publicidad mueve anualmente en el mundo. Y sigue: de momento la red ha conseguido unos niveles similares a los del cine. Y eso que el cine se inventó en 1895.

Ante tal avalancha recorro la réplica de manual y le recuerdo que cientos de empresas se están viniendo abajo y que muchas están recortando gastos y despidiendo personal lo que demuestra el bluf de la nueva economía, ante lo cual, él me responde que en época de recesión, Internet es el medio perfecto para los anunciantes que, al contrario de lo que sucede con otros medios, pueden saber día a día, minuto a minuto, como les está funcionando una campaña “on line” y como segmentarla porque se lleva un estricto control de cada una de las visitas que se efectúan a la página. ¿Lo que sucede en Bolsa? Son los inexpertos y los especuladores quienes lo desvirtúan todo pero la realidad es que los usuarios no están atentos al Nasdaq para seguir conectándose.

Solo me queda ya el recurso al pataleo. ¿Internet significa que somos libres?, le pregunto. ¿Cómo sé yo que no me están engañando y todo lo que me cuentan en la red es verdadero? ¿Quién controla a los que mienten?

– *Lo mejor, y tu deberías saberlo como periodista, es comparar y contrastar tus fuentes. En muy poco tiempo descubrirás, igual que sucede en los otros medios, quien te engaña y quien te dice la verdad.*

Todo se reduce, finalmente, a una cuestión de confianza.

Siempre igual. Cuestión de confianza y, a veces, hasta de fe. Busco confianza y fe en LA RED. Resultado de la búsqueda: 0 sitios, 5 noticias. Mejor lo dejo. ●



Publicidad restringida

JUAN MANUEL DE PRADA

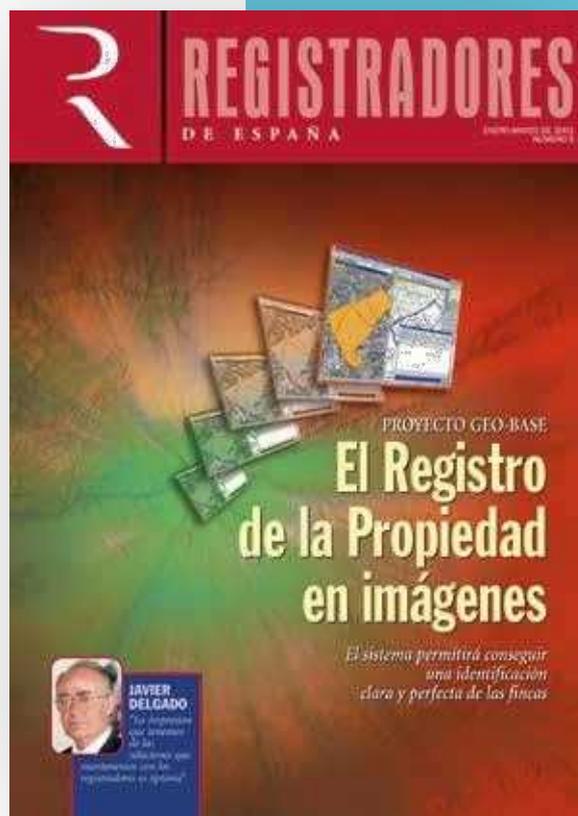
ESCRITOR

CONFESARÉ que mis conocimientos sobre el Registro de la Propiedad son algo confusos, tributarios de mi desinterés por los estudios de leyes que me amargaron la juventud. Pero todavía alcanzo a recordar las lecciones de Derecho Civil que explicaban el funcionamiento de aquel gran catastro de vanidades humanas (porque, si nuestro tránsito por la vida es pura vanidad, según nos enseña el *Eclesiastés*, con mayor motivo debe serlo el acopio de posesiones; recuerdo, sobre todo, que el Registro es público y, por lo tanto, accesible a cualquiera que desee conocer nuestro patrimonio de bienes inmuebles. Precisamente este carácter público del Registro de la Propiedad propició uno de los acontecimientos más incómodos y desasosegantes de mi carrera literaria, que ahora evoco aquí con ese alivio chamuscado de quien ya se cree repuesto del sobresalto, pero aún teme que la historia se vuelva a repetir.

Hace aproximadamente un par de años, recibí por carta -a través del periódico en el que colaboro- una declaración de amor, escueta y pretendidamente ecuánime, mecanografiada en apenas media docena de líneas. Como entre mi correspondencia, desde que mi nombre infringiera las fronteras del anonimato, figuran piezas desconcertantes que merecerían figurar

Precisamente este carácter público del Registro de la Propiedad propició uno de los acontecimientos más incómodos y desasosegantes de mi carrera literaria, que ahora evoco aquí con ese alivio chamuscado de quien ya se cree repuesto del sobresalto, pero aún teme que la historia se vuelva a repetir

en los anales del terrorismo epistolar, no hice demasiado caso de aquel billetito galante que pronto quedó enterrado o suplantado en mi memoria por otras misivas más atrevidas o energómenas. Jamás respondí a aquella declaración amorosa. Mi pretendiente epistolar, exasperada por este silencio, empezó a apedrearme con cartas en las que iba sustituyendo el tono protocolario y fingidamente ecuánime del principio por un tono desquiciado y energómeno, y la aseada mecanografía por una caligrafía impracticable y sinuosa que me recordaba las circunvalaciones de un cerebro averiado. Eran cartas que



NÚMERO
5

poco a poco iban perdiendo su laconismo de antaño y se decantaban hacia el misticismo o la pornografía.

En su última carta, entre párrafos oníricos, mi pretendiente afirmaba que se disponía a viajar a Madrid, para reunirse conmigo.

La perplejidad, ese último reducto de asombro en que nos refugiamos los incrédulos, me hizo descreer de este aviso o amenaza. Sin embargo, mi enamorada epistolar no avisaba en vano: algunos amigos escritores empezaron a telefonearme, previniéndome contra una mujer madura, rubia y ensimismada, que los asaltaba en los cafés y demás foros literarios, requiriéndoles mi dirección. Ninguno le había facilitado este dato, aunque mi perseguidora les había insistido hasta las lágrimas: en la fijeza verde de su mirada -me decían- se avecindaba la locura. Yo empecé a imaginarme con espanto creciente a aquella mujer desconocida, forastera en la gran ciudad, peregrina por los tenebrosos pasadizos del delirio, como un ánima en pena hipnotizada por un amor quimérico que ni siquiera por las noches, cuando volvía a la pensión tras la búsqueda infructuosa, la dejaba dormir. La imaginaba agotando sus ahorros en aquella misión imposible, desfallecida en cualquier esquina, con la intemperie descendiendo como una mortaja sobre su piel casi traslúcida, su piel aterida que pronto cobijaría su cadáver, a medida que el frío y el desánimo se fuesen ensañando con ella.

Antes de que esto ocurriera, mi perseguidora me encontró. Había contratado los servicios de un detective privado que la había desvalijado, a cambio de procurarle mi dirección. Luego supe que ese detective, para ahorrarse pesquias, había acudido al Registro de la Propiedad, donde obtuvo sin problemas el dato que su alucinada cliente le requería. Y yo me pregunto: ¿no habría que restringir -siquiera un poquito- la publicidad del Registro? ●



Salir corriendo

ALFREDO URDACI

DIRECTOR DE INFORMATIVOS DE TVE

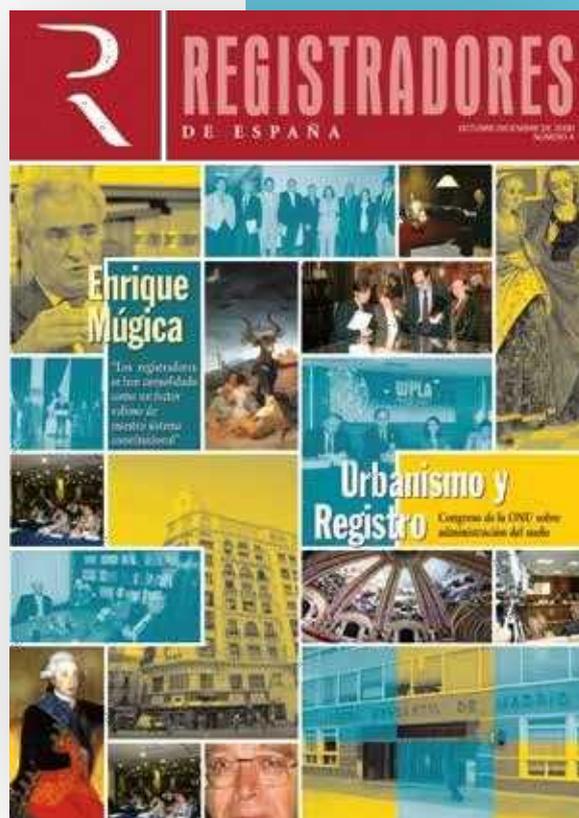
LA FRASE más repetida en la historia del cine no tiene nada que ver con el amor, ni con el odio, no es una frase amenazante, ni siquiera afirmativa, tampoco niega nada, ni es un insulto o un desahogo en forma de interjección. Es más bien una frase que pronunciada, abre un abismo de silencio, y de urgencia. Lo que ocurre después de pronunciada puede tener sonido ambiente, pero seguro que es el ruido de algo que se rompe. Es una frase acotada por signos de admiración: ¡vámonos de aquí! Lo leí en el Guinness de los record, con asombro.

Ese imperativo está formulado en plural, lo cual quiere decir que los que se marchan son al menos dos, que la escapada no es una fuga solitaria, es más bien colectiva, y por tanto solidaria. Indica también, si me permiten, que el cine ha habitado espacios poco acogedores, de los que la mayor parte de sus protagonistas, prefieren escapar. Y si el cine es el arte contemporáneo, el que ha reflejado nuestro tiempo, debemos pensar que nuestra vida ha circulado

Todo nuestro mundo contemporáneo está dominado, no por la prisa sino por la fuga, o más bien por la huida apresurada. Y así está claro que no se puede construir nada que dure

en los años del séptimo arte, es decir, en el siglo, por lugares áridos, inhóspitos, que invitan a la despedida. Nuestro mundo y nuestra historia están llenos de lugares y de situaciones que son para salir corriendo.

El cine en la historia comenzó retratando una fuga: la de los obreros de la fábrica, y es que el signo liberador por excelencia era la sirena, el equivalente de la campana rural que a medio día ordenaba parar para rezar el *ngelus*. También por aquellos años del cinematógrafo, los espectadores escapaban de las salas cuando veían la salida del tren en la estación parisina de Saint Lazare. Y es que aquella partida era



NÚMERO
4

tan real que parecía que la locomotora, en su encabritamiento, y en medio de sus resoplidos de vapor se venía sobre la oscuridad de la sala. Luego siguió por aquel plano final de Chaplin que se pierde en el horizonte haciendo círculos con su bastón. Las fugas han hecho célebres también las despedidas, como el epílogo de Casablanca. Y hemos terminado el siglo con el bueno de Forrest Gump que corre y corre más allá de cualquier meta.

Todo nuestro mundo contemporáneo está dominado, no por la prisa sino por la fuga, o más bien por la huida apresurada. Y así está claro que no se puede construir nada que dure. Hay cosas que necesitan su tiempo. Por ejemplo el amor, la seducción, las penas, las heridas de los sentimientos, el conocimiento, el arte y también la cocina. Otras son más adecuadas para el frenesí: el crimen, el sexo puro y duro, la comida rápida, el engaño. Así que no es extraño que en las películas todos quieran escapar. Lo duro, es cuando el universo de la ficción es un calco de lo que nos pasa a diario. Y cada vez quedan menos lugares cómodos.

Quizá por eso la vida, nuestra vida, se va retirando poco a poco de lo público para instalarse en lo privado. Los hijos se van tarde de casa, y salimos al mundo exterior a través de una pantalla y un mar que se llama Internet. Un lugar tan inseguro, que no hace mucho, un célebre presentador de televisión tecleó su nombre y se encontró con que alguien lo había inscrito como un dominio ajeno a la persona que recibió de sus padres esa identidad.

Aquí, entre nosotros, cada vez hay más personas que repiten esa frase imperativa del ¡vámonos de aquí! Y escapan sin tiempo ni siquiera de apagar la luz. ●



Crónica de Montevideo

MARTÍN PRIETO

PERIODISTA Y ESCRITOR

Tras muchas visitas al entrañable "paisito" caí en la cuenta de que la censurada prensa publicaba notas sin mayor explicación sobre nuevas obras en el camposanto, y con un viejo medio charrúa, mestizo de los indios de tal nombre que poblaron la Banda Oriental rioplatense, di en entender de mano de mi guía y los destripaterrones, el misterio del cementerio removido

DURANTE LOS AÑOS OCHENTA el viejo cementerio de Montevideo, trepado en una loma desde la que se contempla la poderosa y marrón desembocadura del Río de la Plata que mete agua dulce en el Atlántico Sur hasta más allá del horizonte, estaba siempre en un extraño estado de obras con zanjones, tunelamientos y pozos, sin aparente razón geométrica, como si aquel postrero refugio austral estuviera regido por un sepulturero loco.

Yo esos años viajaba constantemente a la República Oriental del Uruguay, bien en el puente aéreo con Buenos Aires bien en el tosiente vapor de la carrera que permitía una noche para contemplar la Cruz del Sur, para observar la lenta e inexorable descomposición del régimen militar del general "Goyo" Álvarez, quien siendo de escasa estatura usaba alzas en las botas de montar, pareciendo que llevaba las espuelas en las corvas. Tras muchas visitas al entrañable "paisito" caí en la cuenta de que la censurada prensa publicaba notas sin mayor explicación sobre nuevas obras en el camposanto, y con un viejo medio

charrúa, mestizo de los indios de tal nombre que poblaron la Banda Oriental rioplatense, di en entender de mano de mi guía y los destripaterrones, el misterio del cementerio removido.



NÚMERO
3

Un hacendado gallego, poderoso en tierras, casas, ganado bovino, muebles, joyas y dineros en efectivo, viudo y con notable prole, lo vendió todo adquiriendo lingotes de oro. Abierto el testamento tras su muerte encontraron un plano entre esotérico y criptográfico, sobre la ubicación del tesoro a partir de su propio mausoleo, con abstrusas indicaciones sobre horarios de verano e invierno, solsticios, inclinaciones de luces cenitales sobre determinadas cruces o árboles. Lo primero que hicieron los hijos fue acordarse poco cristianamente del padre, y a continuación exhumar una noche su cadáver, registrando infructuosamente hasta el cajón.

La intendencia (Ayuntamiento) de Montevideo esgrimió su propiedad sobre el camposanto y la tierra que hubiera debajo de las tumbas, aunque fueran perpetuas, y al fin llegó a un acuerdo con las familias en trance de desheredación, dando licencia para el zanjeo y la excavación, menos de las restantes tumbas, a cambio del cincuenta por ciento de lo encontrado. Hoy serán los tataranietos del hacendado quienes de vez en cuando retoman las obras fúnebres mientras el difunto ha logrado que sus deudos no le olviden jamás, e incluso lloren por él, pero de rabia encendida. La historia es cierta en todo punto aún cuando pudiera catalogarse de realismo mágico, y les incito a visitar el cementerio si viajan a Uruguay, por darme noticia última de cómo van los soterramientos en busca del tesoro perdido generación tras generación. ●



A mí que me registren

CÁNDIDO

PERIODISTA Y ESCRITO

ME IMPONE ESCRIBIR en una revista titulada “Registadores de España” (a mí que me registren) y aunque soy suspicaz como los gatos, incluso como los gatos escaldados, la cortesía con que me han invitado a escribir en esta página deshace toda sospecha de que pueda pasar al Libro en el que Todo se Apunta.

Los Registros de la Propiedad, se me ocurre pensar, son uno de los fundamentos de la paz social cuyo secreto está en que se sepa con toda claridad de quien son las cosas. Y el saber de quien son las cosas y el no querer cambiar las cosas de sitio es un precipitado de la propiedad, que es un instinto tan fuerte que

Los Registros de la Propiedad, se me ocurre pensar, son uno de los fundamentos de la paz social cuyo secreto está en que se sepa con toda claridad de quien son las cosas. Y el saber de quien son las cosas y el no querer cambiar las cosas de sitio es un precipitado de la propiedad, que es un instinto tan fuerte que ninguna filosofía e ideología alguna han conseguido acabar con él

ninguna filosofía e ideología alguna han conseguido acabar con él. Es tan fuerte el instinto de propiedad que llega hasta más allá de la tumba, haciéndose visible en la herencia. Los difuntos no pueden traspasar su vida individual, pero pueden traspasar sus cosas. El ser humano, como las ardillas, las urracas y otros bichos, es recolector, le gusta guardar cosas. A veces se pasa, como un pulpo al que mi entrañable amigo Chumy Chúmez tenía de descuidero durante el verano en una playa, que con sus numerosos tentáculos bien provistos de ventosas arramblaba con todo lo descuidado por los veraneantes.

Si en este mundo hay que poner orden en algo, ese algo es la propiedad. Figúrense hasta donde pueden llegar las cosas que Dürrenmatt escribió una obra de teatro titulada “Proceso por la sombra de un burro”. Si por la sombra de un burro se originan conflictos de propiedad, que será por una finca en la Castellana o veinte hectáreas de regadío en Extremadura, no lo quiero ni imaginar. Cuántas novelas no habremos leído, cuántas películas no habremos visto y de cuántos luctuosos sucesos

NÚMERO
2

rurales y no rurales no habremos sido testigos en lo que se organiza un zurrburri por una discusión entre propietarios que reclaman su mejor derecho sobre algo. De manera que es lo que yo digo. El registrador de la propiedad que parece un señorín modesto, un probo funcionario ante el que no tiembla el mundo, es un elemento capital de la civilización. Es, digamos, el responsable último de la ley de la gravedad universal de la sociedad, el cual evita que los cuerpos/propietarios se precipiten los unos contra los otros creando una situación de caos.

Al principio debió de ser difícil. Un individuo que fuera por el camino y descubriese una huerta jugosa diría, hombre, una huerta jugosa, me quedo en ella, pero siempre en casos así hay alguien que llegó antes. Conflicto y en el peor de los casos la sangre llegaba al río. Hasta que se pensó que hacía falta un registrador de la propiedad que literalmente pusiera las cosas en su sitio. Y se inventó la figura. Que hay disputa y controversia, pues uno se va al Registro de la Propiedad y se entera de quien es la dichosa huerta. Supongo que la gente ya se ha acostumbrado a esto, nunca he visto manifestaciones ni cartas a los periódicos en contra de los registradores de la propiedad. Lo tienen todo ordenadito y lo que ellos dicen va a misa e incluso a comulgar por que lo tienen escrito, fueron testigos aceptados y están para eso. En los asientos que ellos hacen la sociedad descansa. Desde luego que todo es más complicado de cómo yo lo digo, que soy incompetente en la materia, pero el fondo de la cosa es sencillo y nace de necesidades elementales. Primero viene el sentimiento y luego la técnica. Sin el sentimiento de la propiedad no habría registradores de la propiedad, que están ahí para que la propiedad derive sus efectos. Y con esto he llegado al final del artículo, asegurándoles que nunca me he visto en tal aprieto, mucho más que Lope de Vega cuando Violante le pidió un soneto. ●



Topicazos

PILAR CERNUDA

PERIODISTA

En algunos casos ocurre, vaya si ocurre. En otros, encuentras a los que han ganado una oposición pidiendo créditos en un banco, como cualquier hijo de vecino

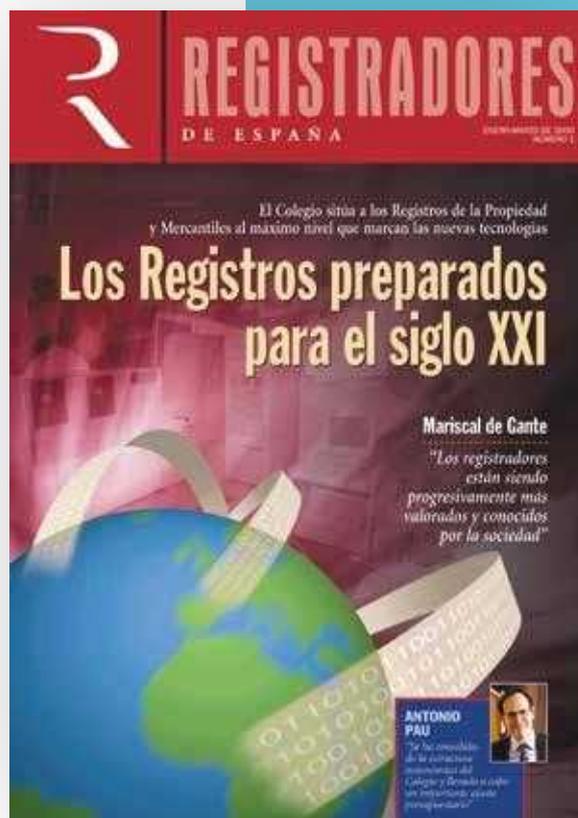
LOS ANDALUCES son jacarandosos, los gallegos desconfiados, los vascos muy duros de mollera, los aragoneses tercos, los cántabros vanidosos, los catalanes tacaños... nos invaden los tópicos, los lugares comunes, las imágenes preconcebidas.

No hace mucho, en una reunión en la que nos encontrábamos varios periodistas –ni fumo, ni bebo, ni trasnocho, “virtudes” que se adjudican a la llamada canallesca– un compañero ponía en duda que un invitado de aspecto pulcrísimo,

traje perfectamente cortado, peinado impecable y zapatos lustrosos fuera veterinario. El periodista era de los que habían adjudicado a los veterinarios la imagen de hombre tosco, aldeanoide y desaliñado, y no le entraba en su cabeza –corta de entendederas– que pudiera atender a un perro, un caballo o una vaca alguien de cultura amplia y al que gustaba vestir bien. De la misma manera que a ese compañero, seguro, no le encajaría una chaqueta cómoda por los años de uso, en quien

se ocupara de tareas diplomáticas, por poner un ejemplo, o en un ejecutivo del llamado alto standing.

Nos invaden los topicazos. He visto caras de asombro cuando decía que debía acudir a una reunión del colegio de mi hija –como si los periodistas no tuviésemos responsabilidades con los hijos y se nos tomara por aventureros permanentes–, y he advertido rostros de incredulidad cuando explicaba que a determinado político, con mucho mando en plaza, le gustaba meterse en la cocina para preparar un buen guiso para los amigos. Sin hablar de los ojos como platos que se le ponen a quienes cuento que determinada actriz de rompe y rasga dedica su tiempo libre a visitar a enfermos terminales, sin que



NÚMERO
1

esos terminales reconozcan en esa mujer, de jersey amplio y sin una gota de maquillaje, a quien ocupa portadas de revistas por sus supuestos romances.

Viene todo esto a cuento porque hay profesiones a los que no se les puede quitar la etiqueta ni aunque venga el diluvio. Decir que haces oposiciones a notaría, a abogado del estado, a corredor de comercio o a registrador y que te digan que tienes el futuro asegurado entre los ricos, es todo uno. Por no hablar de que las amigas de la futura suegra la envidian por el buen partido que ha encontrado su hija; y para las propias quisieran también alguien con esa profesión escrita en su tarjeta de visita

Las oposiciones han tenido siempre su morbo: cuesta sacarlas, son años de poca vida y pelar muchos codos, y se mira con cierta conmiseración al novio o la novia de quienes opositan; pero se cree saber que, al final del túnel, hay premio seguro con un despacho plagado de títulos, clientela que guarda cola y asuntos con los que se ganan grandes cifras con el mínimo esfuerzo.

En algunos casos ocurre, vaya si ocurre. En otros, encuentras a los que han ganado una oposición pidiendo créditos en un banco, como cualquier hijo de vecino. Pero con los estereotipos no se puede luchar fácilmente, así que continuará pensando la gente que los registradores son gente aburrida, pero que acumula tesoros, y continuará pensando también que los periodistas son golferas, simpáticos, desordenados, que están en el secreto de todas las cosas y que prefieren salir corriendo ante cualquier noticia a quedarse una tarde en casa con la familia. Y se equivocan. Por supuesto que se equivocan. ●



Registradores DE ESPAÑA

EDITOR

Colegio de Registradores

DIRECTOR

Antonio Tornel

SUBDIRECCIÓN

Leonor Recio Aguado

José Gómez de la Torre

REALIZACIÓN GRÁFICA

Artia Comunicación Gráfica S.L.

DISTRIBUCIÓN

BC&S Hispano Mail, S.L.

IMPRESIÓN

Artia Comunicación

Depósito Legal: M-6751-2000

REDACCIÓN Y**SUSCRIPCIONES**

Diego de León, 21.

28006 Madrid.

Tlf.: 91-270 17 91

WEB

www.revistaregistradores.es

E-MAIL

revistaregistradores@corpme.es

Todos los derechos reservados. Los contenidos de esta publicación no podrán ser reproducidos, distribuidos, ni comunicados públicamente en forma alguna sin la previa autorización de la dirección. Registradores de España es una publicación plural. La dirección no se hace responsable de la opinión de sus colaboradores en los trabajos publicados ni se identifica con la misma.





100